

94-DAN

DAN

PS

12bis

1



R. 12.207

EL TESTAMENTO DE CARLOS II

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

PLAN COMPLETO DE LA OBRA

PUBLICADOS

- 1.—El testamento de Carlos II.
- 2.—La Saboyana.
- 3.—Austrias y Borbones.
- 4.—El primer Carlos III.
- 5.—Almansa.
- 6.—La Princesa de los Ursinos (dos volúmenes).
- 7.—El Archiduque en Madrid (ídem íd).
- 8.—El Congreso de Utrecht.

EN PREPARACIÓN

- 9.—El triunfo de las lises.
- 10.—Aún hay Pirineos.

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

EL TESTAMENTO
DE CARLOS II

POR

ALFONSO DANVILA



TERCERA EDICIÓN



M A D R I D
ESPASA-CALPE, S. A.

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe
Madrid, 1929

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

Talleres ESPASA-CALPE, S. A. — Ríos Rosas, 24. — MADRID



PRIMERA PARTE

I

La Corte de las Españas aparentaba olvidar por unas horas la melancolía de su existencia, recobrando animación e interés, bajo el triunfo de su cielo sin par. Era el primero de mayo del año 1700, y el Sotillo de Madrid celebraba bajo sus frondas la romería de Santiago el Verde, inauguración oficial de la primavera en aquellos desdichados tiempos del reinado de Carlos II.

Sobre la hierba que alfombraba a trechos los ribazos del Manzanares, donde terminaba el famoso paseo, descansaban abigarrados grupos, mientras por las dilatadas alamedas centrales discurrían los curiosos, hervían las picaronas y molestaban de continuo los mendigos, santeros y gitanos.

Los aguadores, con sus burros cargados de cántaros, y los buhoneros franceses, pregonaban a voces su mercadería; los chiquillos, desgüeñados y sucios, acudían en tropel cuando veían algún fraile, para besarle correa o mano; mosconeaban los hidalgos de golilla, murmurando donaires al oído de las damazas, seguidas de pariente viejo o escudero; pavoneábanse los militares en sus deslucidos arreos; discutían los reverendos con los vejetes, al paso de las personas conocidas, mezclando cortesías y críticas; escandalizábanse, una vez más, los ciudadanos virtuosos ante la corrupción del trato de la

Corte; y mientras tales sentimientos animaban a la muchedumbre pedestre, pasaban y volvían a pasar por en medio del Sotillo las carrozas, coches, calesas, furlones y birrotones, donde los privilegiados de la fortuna cegaban con su vista al villanaje, ostentando riquezas más falsas que verdaderas y dando causa al padre Manzanares de no envidiar las ruedas del Tajo ni las naves del Guadalquivir.

Al compás de la gaita y el tamboril, de guitarras y panderos, improvisábanse bailes rústicos en que las sayas de las labradoras destacaban sus matices chillones; saltimbanquis italianos, con títeres o animales sabios, esforzábanse, más allá, por atraer la atención de los curiosos; las islas del río, que cualquier poeta de la época hubiera calificado, con notoria injusticia, de *hijas bellas de la espuma* o *retiros de Amaltea*, ofrecían comodidad donde reposar a familias y parejas que merendaban alegremente o se repetían amores en voz queda; los puentes rústicos eran ocasión de mil galanterías y alambicados discreteos al paso de las tapadas sobre los borriquillos adornados con alfombras de colores; por la Puerta Segoviana cruzaban sin cesar coches y carros entoldados, trasladando romeros desde el Soto a la Vega llana; y el sol de mayo iluminaba la escena con sus esplendores, dorando las copas de los añosos árboles, arrancando destellos a las armas y a las joyas, infundiendo momentáneamente calor y alegría en el viejo pueblo madrileño, cansado de oír miserias y abrumado por la tradición del poderío de sus Reyes y la inmensidad de su imperio.

A la sombra de unas zarzas y unos espinos en flor, tomaban asiento dos señoras adornadas con decencia, aunque sin lujo, a quienes acompañaban un eclesiástico joven y dos hidalgos; algo apartados de esta reunión, y dando espaldas a la alameda, des-

cansaban sobre la hierba dos jóvenes, casi dos niños, que cambiaban de vez en cuando algunas palabras, contemplando distraídos el manso curso del arroyuelo que a sus pies se deslizaba vergonzoso, como si recordara aquel dicho de un diplomático alemán, que aseguraba disfrutar el Manzanares de una prerrogativa especial entre los ríos: la de ser navegable en coche y caballo por cuatro o cinco leguas de su curso.

—¡Oh Madrid, Madrid! ¡Centro de infundios, sepulcro de pretendientes! ¡Quién te desconociera y juzgase por la presente animación!—clamaba uno de los caballeros del grupo, alto, enjuto, de traje raído y ademanes acompasados.

—Calle, don Bruno, y no alce su merced tanto la voz—replicaba, en tono varonil y decidido, la señora de más edad, cincuentona bien conservada y adobada, de aguileña nariz y ojos garzos, que contrastaban con sus oscuros cabellos, relucientes a fuerza de betún y de sebilló—. Cierto es cuanto venís afirmando sobre los males que nos afligen; pero no hay que desesperar, pues Dios no ha de permitir que su hija predilecta, la catolicísima España, perezca por falta de ayuda, después de tanto sacrificio hecho a Su causa.

—Bien se os conoce el origen palatino, mi señora doña Matutina, y las enseñanzas de conformidad y religión que recibisteis en casa de la difunta Reina Madre, que santa gloria haya—exclamó con cierta sorna el eclesiástico, en cuyos chispeantes ojos y condescendiente sonrisa adivinábanse una inteligencia poco común y una bondad a toda prueba.

—¡Alto allá, padre Piquer!—replicóle el hombre flaco, que se llamaba D. Bruno Zorraquín, cova-chuelista modesto de la Renta de Alcabalas, a quien sus escasos emolumentos y dilatada familia contri-

buían a exacerbar el espíritu de oposición—. ¡Alto allá, que a respeto y amor por nuestros Señores no me gana nadie! Y las ánimas del Purgatorio, de quienes Vuestra Reverencia es tan devoto, me sirvan de testimonio para afirmar que, como buen español, siempre he compadecido y puesto por encima de todo la persona sagrada de nuestro Monarca, que sufre y se aflige viendo que los Reyes que debieran besar sus plantas reparten sus dominios con la mayor desvergüenza. Su Majestad pecará de débil e irresoluto; pero los verdaderos criminales están junto a él, en su mismo lecho y repartidos por todos los empleos de mar y tierra. ¡Fuera yo quien ocupara la presidencia de Castilla en lugar de don Manuel Arias, y veríais...!

—¡Ah señor arbitrista y qué pronto descubrió su merced la hilaza!—interrumpió festivamente la segunda dama del grupo, terciando en la conversación y subrayando sus palabras con toda clase de arrumacos y guiños—. ¿Conque presidente de Castilla nada menos? ¡Bien dicen que, puestas a solicitar, más piden barbas que tocas! Pero en verdad que lleva razón don Bruno, pues tigres de Hircania y Barrabases sin entrañas han de ser esos Ministros que a espaldas de Su Majestad imaginan tan abominables maldades. Y lo que es ese tratado de repartición concertado últimamente por la Inglaterra y el pícaro Rey de los franceses, merecería que nuestro Señor enviare una vez más sus ejércitos y sus armadas contra ellos para pedir cuenta de tamañas desfachateces.

—Doña Mayor, con sus palabras—dijo Zorraquín—me recuerda las de un memorialista que, dirigiéndose a nuestro Monarca, escribía: «Las escuadras de Vuestra Majestad, abollando a Neptuno la movible espalda, darán ley a los vientos; y si acaso

rizaran éstos sus espumas, se les dará licencia para ser hermosas, pero no crueles.»

—¡Oh qué lindos conceptos!—palmoteó gozosa la dama.

—¡Pero, como casi todos los conceptos, falsos, doña Mayor! Por desgracia, es tanto el desamparo de fuerzas en que nos vemos hoy, que, en punto a ejército, gracias que contemos con veinte mil hombres, y por lo que toca a armadas, tendríamos que recordar aquello de: «La flota de España, dos navíos y una tartana.» Así que por ahora quedarán sin castigo esos Reyes y sus farautes.

—¡Caigan sobre ellos entonces—dictaminó solemnemente la letrada—todos los horribles tormentos que se contienen en el libro de nuestro amigo aquí presente el padre Piquer *Los gritos de las ánimas del Purgatorio*, que es la lectura que más me ha impresionado al respectivo en mi pecadora vida!

—No hagan caso de mi cuñada, que no es su fuerte la política—explicó el hidalgo que hasta entonces guardara silencio, y era un hombre regordete, bajo y rechoncho, llamado D. Primitivo Flon, establecido con botica, heredada de padres a hijos, en la calle de los Tres Peces—. Doña Mayor habla así por aparentar lo que no es, achaque de que todos padecemos, y más entiende de medicina y ungüentos que de diplomacia o teología. Los autores de su devoción son poetas o novelistas, y prueba de ello es que lleva dos días sin apartar la vista de un librejo de Francisco Santos que se titula *Periquillo el de las gallinetas*, y que se sabe de memoria los versos de *El veneno en la guirnalda y la triaca en la fuente*, de don Melchor Fernández de León.

Defendióse la acusada al escuchar tales agravios, poniendo de relieve la sutileza de su ingenio y las perlas de su boca, aun intactas, terminando por de-

clarar que, si era cierto que en materias de gobierno andaba un poco ayuna, en lo tocante al conocimiento de personas de la Corte podía rivalizar con el mismo Duende de Palacio, y en cualquier momento lograba repetir cuanta letrilla o sátira había circulado aquel año, pues todas se las guardaba un ciego que pedía limosna en las Niñas de Leganés.

—¡Lamentable signo de los tiempos en que vivimos!—murmuró el padre Piquer—. ¡La pluma de los satíricos se ha desencadenado, y no hay persona ni poder ante quien se detenga.

—Y si no— interrumpióle D.^a Mayor—ahí está el romance famoso que termina:

No conocéis que es la Reina
mundo, demonio y mujer,
y, en fin, por decirlo todo,
que lo demás no lo sé,
es ser la Reina de carne,
es ser el Rey de papel.

—Bien está señores míos, y basta de murmuraciones—exclamó la de Solís a este punto—: pasó ya al archivo de la Historia lo de los hechizos del Rey, y desterrados de la Corte andan el Almirante y el Príncipe de Darmstadt, el padre Gabriel y el músico Mateuchi: de modo que no nos queda sino pensar en la vida de Nuestro Señor y en que Dios le ilumine para resolver la cuestión de Su testamento.

—Harto se advierte al oídos— observó Zorraquín en tono entre respetuoso y burlón—que repetís las palabras de vuestro amigo el señor Canónigo don Juan Antonio Urraca, Secretario y privado de Su Eminencia el Cardenal Potocarrero.

—Y a propósito—inquirió el padre Piquer—: ¿no es sobrino del señor Urraca el mozo que habla con vuestra Casilda?

—Hijo de la única hermana de Su Reverencia— repuso la viuda de Solís—y se nombra Jenaro de Pereda.

Los ojos de todas las personas del grupo se dirigieron hacia los adolescentes, que continuaban su plática reposada y dulce.

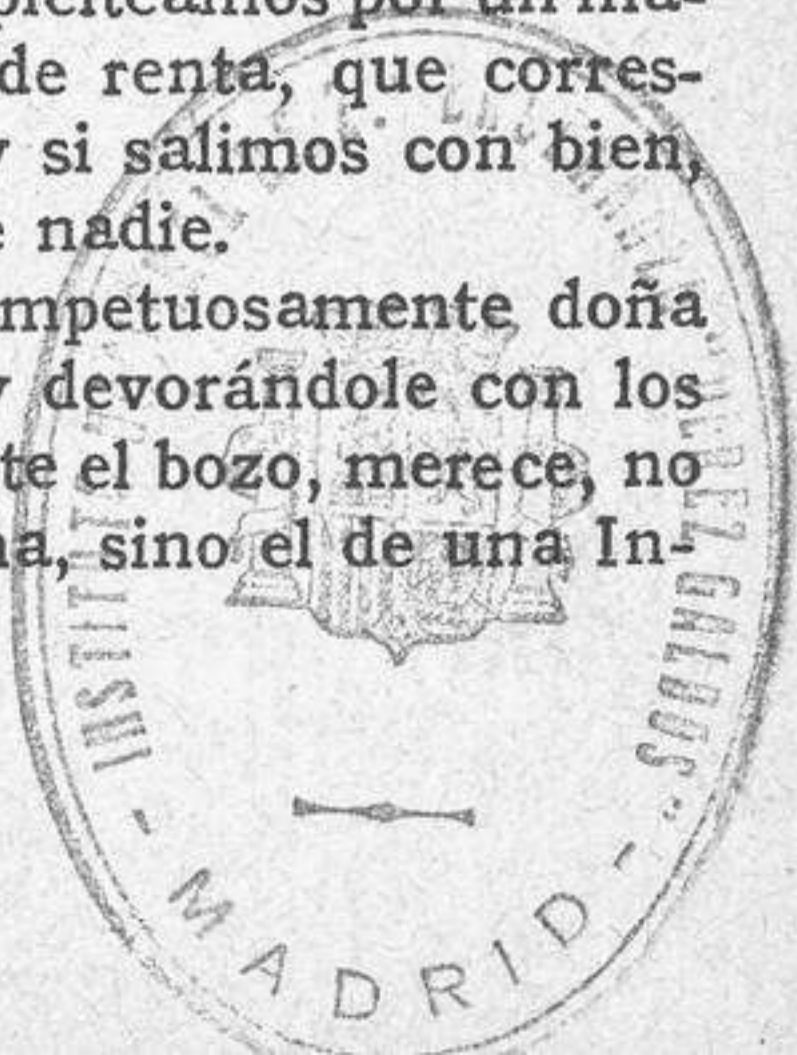
—Parece—dijo D. Primitivo— que los muchachos se expresan como personas mayores y que no tardaremos en verlos camino de la iglesia.

—¡Jesús, no hable de ese modo, don Primitivo, que apenas ha cumplido los catorce mi Casilda y los tiempos no están para pensar en mudanzas, sino para desenredar intereses! Harto fué el sentimiento que tuve al conocer el empleo que apetecía mi sobrina; pero bien dicen que los ojos son el matadero de las almas, pues apenas contempló Casilda al mancebillo, recién llegado de Toledo, fuéle el corazón detrás, y en aquel punto se acabaron para ella los juegos de la infancia.

—Vuesa merced, sin embargo—expuso maliciosamente Zorraquín—, con su valimiento y el amor que tiene a la muchacha, puede salvar todas las dificultades que se oponen a la felicidad de Casilda.

—No me diga eso, don Bruno, ni me tire con pullas—replicó, entre sulfurada y confusa, D.^a Matutina—que si mi sobrina y yo no cedemos a nadie en sangre, atravesamos tal crisis que nos vemos obligadas a malvivir. Gracias que pleiteamos por un mayorazgo de muchos ducados de renta, que corresponde en Aragón a Casilda, y si salimos con bien, no habrá menester la niña de nadie.

—Pues el galán—declaró impetuosamente doña Mayor, lanzando un suspiro y devorándole con los ojos—, aunque apenas le apunte el bozo, merece, no digo el amor de vuestra sobrina, sino el de una In-



fanta: que rara vez vi en mi existencia mancebo mejor parecido.

—Cierto que el mozo no es feo, aunque con más aspecto de doncella que el que corresponde a su edad; pero no cuenta con otros juros que sus buenas partes y la esmerada educación que recibió en Italia, donde sus padres, criados del Príncipe de Taurisano, pretendían dedicarlo a la Iglesia.

—¡Lástima de criatura!—musitó la sensible doña Mayor.

—¡Mejor empleo no hubiera podido haberle!: ¡que harto necesitada está nuestra Santa Madre de ministros, y por muchos religiosos que se ordenen nunca contará España bastantes para domeñar herejías y pedir el remedio de nuestros pecados!

—Despacio, despacio, doña Matutina—arguyó Zorraquín—, que entramos en siglo nuevo, donde si no es un hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne, cualquier sujeto es bueno para marido.

—¡Y a más—concluyó D. Primitivo—, que al dadas tiene el futuro para conseguir un puesto aquí o en Indias, pues el Cardenal, y por ende el señor Urraca, son hoy los dueños de estos reinos!

—¡Y está muy en razón que lo sean!—dijo la Solís con entusiasmo—. ¡Como que si yo fuere el Rey a nadie sino al clero confiaría la administración del Estado!

—Mire lo que dice doña Matutina—contestóle sesudamente Zorraquín—, que tocamos a cosas muy arduas para sentenciarlas tan de ligero, y...

Al llegar a tal punto de la conversación oyóse en el paseo confuso rumor de voces que, viniendo de lejos, impulsaban a los concurrentes a dejar apresuradamente sus acomodos para averiguar el motivo de tanto alboroto. Confusamente al principio,

percibióse al cabo la palabra mágica: «¡El Rey! ¡El Rey!»; y al escuchar tan inesperado anuncio comenzó la gente a correr hacia las alamedas, en tanto que los carruajes arremolinábanse y corveteaban los jinetes buscando la manera de echarse a un lado para dejar paso libre a la carroza de Su Majestad.

Doña Matutina y sus amigos, apenas enterados de la increíble nueva, pusiéronse en pie, y, sin cuidarse de los novios, dirigieron sus pasos hacia la calle, abriéndose camino a fuerza de codos entre la compacta multitud, que, dando pruebas de elasticidad admirable, estrujábase sin miramientos de ninguna especie, ansiosa por apreciar una vez más con sus ojos el verdadero estado del achacoso Monarca.

Al cabo, y no sin que D.^a Mayor estuviera a punto de sufrir algún desvanecimiento y el guardainfante de D.^a Matutina se adornase con varios desgarrones, lograron conquistar un buen sitio en el cordón de viandantes, a tiempo que por la larga calle central desembocaban los guardias valonas y españoles, precediendo al augusto coche, que se adelantaba al paso lento de sus seis mulas, rodeado de toda la pompa y grandeza acostumbrada en la Corte de los Austrias.

II

Tan arraigado estaba el sentimiento de la monarquía en los madrileños, que en aquel instante pareció circular una ráfaga de emoción por la apiñada concurrencia, haciéndola enmudecer y moviendo a unos pocos de la primera fila a doblar las rodillas cuando se aproximó la carroza, en cuyo fondo adivinábase la figura borrosa de Su Majestad.

Por suerte para nuestros conocidos, al llegar fren-

te al lugar donde ellos permanecían, detúvose obedeciendo a una seña del Soberano; y D.^a Matutina y los suyos pudieron saciar su curiosidad contemplando al Monarca, quien en aquel momento se inclinaba hacia el vidrio para transmitir alguna orden al Conde de Baños, que cabalgaba junto al estribo.

Escuchadas las breves palabras de Carlos II, dirigióse el primer Caballerizo hacia un vehículo próximo, en cuyas ventanillas se agrupaban varias señoras, y pidió a la que entre ellas parecía extranjera un minúsculo perrito que descansaba en su falda, y al que, por capricho de la dueña, adornaban largos pendientes de filigrana y piedras finas, sujetos con cintas de color de fuego. Apresuróse la dama a entregar el precioso animalito al Capitán, que acto continuo lo depositó en manos del Soberano, quien se entretuvo en acariciarle, mostrándole á la Reina, que se mantenía muy seria a su lado y no parecía interesarse mucho en la pueril distracción que su augusto esposo le ofrecía.

Doña Matutina, que miraba la escena con profundo interés, murmuró al oído de su compañera:

—¡Válgame Dios, doña Mayor! ¡Fíjese en lo desmejorado que está desde la última vez que salió en público!: ¡dijérase una lámpara que se consume!

—¡Y pensar—repuso muy quedo la Flon—que no cuenta sino treinta y nueve años y que a esa edad se contemplan los hombres en la plenitud de sus bríos!

—¡Sesenta le achacara cualquiera que no supiese la fecha de su nacimiento como yo, que recuerdo fué el domingo seis de noviembre de mil seiscientos sesenta y uno cuando la comadre Ayala le recibió en los brazos!

Efectivamente, surgiendo de la ancha golilla, bajo la que oscilaba un pequeño toisón de diamantes, in-

clinábase hacia el pecho un rostro enorme y desproporcionado que se encuadraba a los costados por escasa y lacia melena canosa, medio oculta en su parte superior gracias al enorme sombrero negro, donde relucía un joyel. Bombeaba la frente sobre los azules ojos sin brillo, que casi desaparecían bajo los pesados párpados; y la nariz, abultada y caída, apenas si guardaba distancia con el bello inferior, grueso y saliente a la austriaca, obligando al Monarca a tener perpetuamente abierta la boca con un gesto que le era familiar desde niño. Cubría su semblante extraña y enfermiza palidez, y en el severo traje a la española blanqueaban únicamente las afiladas y bellísimas manos que acariciaban al perrillo, mostrando en sus movimientos más familiaridad con la blandura que con la energía.

A su izquierda, muy erguida en el asiento, resplandeciente de joyas y ostentando su belleza fría, rubia y orgullosa de alemana entrada en carnes, permanecía la Reina D.^a Mariana de Noeburgo, tan absorpta en sus pensamientos y tan persuadida de la omnipotencia de su estado, que apenas si se dignaba responder con alguna inclinación de cabeza a las palabras del Soberano, aparentando ignorar la presencia de las personas inclinadas ante ella, convencida acaso de que tal actitud obedecía a la consideración y no al afecto, ya que jamás se preocupó la ambiciosa Palatina de conquistar un corazón durante los años que tan infructuosamente compartió el tálamo de su esposo.

Transcurridos breves minutos, y satisfecho su antojo, mandó el Rey devolver el perrito a su dueña, no sin que la observadora D.^a Matutina advirtiese que le faltaban los pendientes, y, tras de reclinarsse en los almohadones, con gesto de cansancio, hizo un ligero signo al Caballerizo, que emprendió de

nuevo la marcha en dirección a Madrid, perdiéndose de vista la carroza, circundada de guardias y seguida por numerosos coches de servicio, que bien pronto quedaron ocultos por nubes de polvo.

Desvanecido el encanto respiró la multitud con desahogo, dilatáronse los oprimidos pechos, y, como si la rápida y desconsoladora visión del Soberano hubiera tenido la virtud de recrudecer impresiones y excitar sentimientos un instante olvidados, aun pudieron escuchar los últimos servidores de D.^a Mariana algunas de las sátiras corrientes, repetidas por un grupo de lavanderas y chiquillos andrajosos, que gritaban:

¡Que todo castellano sea alemán!
 ¡Que sólo la desorden sea ley!
 ¡Que valga un real de a ocho cada pan!
 ¡De todo esto, qué se le da al Rey?

Y otro personaje de aspecto siniestro, sin hacer caso del espanto de los circunstantes ni manifestar temor de alguaciles ni corchetes, exclamó, amenazando a la comitiva que se alejaba:

¡Rey inocente!
 ¡Reina traidora!
 ¡Pueblo cobardel
 ¡Grandes sin honra!

—¡Jesús! ¡Jesús! Vámonos de aquí—gritaba doña Matutina, esforzándose por salir del remolino que formaba el gentío al reanudar el interrumpido curso—. ¡Nunca hubiera imaginado que llegara a tanto la descortesía y la irreverencia de esta canalla! ¡Ay doña Mayor, en qué tiempos vivimos! ¡Enferma voy del susto y de la rabia! ¡Un pie llevo deshecho! ¡Atreverse con Su Majestad! ¿Y a la señora Reina? ¿Qué no han dicho en su deshonra? ¡Una Princesa tan

ilustre! Gracias que no hemos podido oírlo sino los pocos que allí nos encontrábamos, ¿verdad? ¡Por fin nos vemos en seguridad! ¿Y el padre Piquer? ¿dónde se encuentra? Seguramente se habrá perdido y andará buscándonos.

—Deje su merced tranquilo al señor Capellán Cantor de las Descalzas Reales—repuso D. Primitivo—, y demos vuelta a nuestro retiro, que quizá encontremos allí al reverendo.

Así era en efecto, y el buen Piquer fué hallado consultando las notas de un librito muy resobado que acaparaba toda su atención, aumentando el pasmo de sus amigos al enterarse de que ignoraba cuanto había ocurrido.

La curiosidad de D.^a Mayor no reconoció entonces límites, y de ella la sacó Zorraquín diciéndole que desde hacía muchos años constituía la preocupación de su virtuoso amigo el establecimiento en Madrid de un Monte de Piedad que remediase la pobreza que aniquilaba a España por culpa de la usura.

—¡Y así se hará, con el auxilio de Dios!—declaró D. Francisco Piquer con aire de profeta—: *In me omnes spes est mihi*. ¡Y a ello dedicaré cuantos recursos obtenga, aunque vuestras mercedes se rían de mis esperanzas!

—No se amosque, padre—contestóle Zorraquín—, que todos estamos convencidos de la santidad de sus planes y de que en nuestra tierra más se precisan guardianes que datarios; pero las cosas están de modo que ya no hay donaire donde hay pedidura, por lo cual es posible que su arbitrio resulte tan difícil como el mío de ocupar la presidencia de Castilla, a menos que se produzca ese milagro que espera doña Matutina, y con ella la mayoría de los españoles.

—¡Ay señores!—exclamó la ex Camarista—; ¡no se burlen, que vengo muerta del sofoco que acabamos de pasar! ¡A lo que hemos llegado! ¡Pobre Señor! ¡Pobres de nosotros todos, si Dios no nos salva!

III

—¿Por qué estáis distraído, Jenaro?—preguntaba en tanto la niña a su galán, que, mudo y como absorto, contemplaba el horizonte, donde comenzaban a arrebolarse las nubes, anunciando el ocaso de aquella brillante tarde de mayo.

—Mi pensamiento está en vos, Casilda; pero escuchando a mis espaldas el mundo que se conmueve y agita, considero cada vez más obscuro e incierto mi porvenir en él, y, a la par que me asusta, atraeme con fuerza irresistible.

—Hace un rato me pareció, en efecto, que cuando mi tía y sus amigos nos dejaron solos sentíais deseos de acompañarlos; ¿por qué no lo hicisteis?

—¿Podía abandonaros, Casilda? ¿No me habíais declarado vuestro deseo de permanecer toda la tarde en este sitio?

—¿Y qué importa mi deseo cuando se trata de vuestro gusto? Mi intención es sólo complaceros. Libertaos, pues, conmigo de todo miramiento, que no por ello advertiréis mudanza en mis afectos.

Al escuchar las anteriores palabras, pronunciadas en tono firme y sencillo, permaneció un punto suspenso el mancebo, admirando a la gentil muñequita, cuyo aspecto no permitía suponer tan sereno juicio en primavera tan temprana.

Abrumada por el volumen del tontillo verde galoneado de franjas plateadas, del que colgaba informe chafalonía de dijes y *agnusdei* de escaso valor,

emergía el busto de la jovencita como menuda flor de esbelto tallo. Su rostro, agraciado e infantil, de delicadas, aunque no muy correctas, facciones, hubiera podido juzgarse como bello a no ser por los lunares distribuidos con profusión y el blanquete y doble carmín que se extendían por mejillas, boca y orejas. El cabello, rubio y sedoso, partido en medio de la frente, era el único don que ostentaba su agradable aspecto natural, aunque complicado con excesivos lazos y flores de artificio. Dos enormes pendientes, con pedrería a todas luces falsa, descendían entre una cascada de moños celestes hasta tocar los hombros de la niña. Y de aquel ridículo conjunto de galas y atavíos, algo deslucidos, sólo se destacaban los ojos de la doncellita, ojos de color indefinible, que unas veces parecían verdes y grises otras, pero que siempre cautivaban por su expresión de dulzura, de bondad y de inocencia.

—¡Casilda, amor de mi vida!—murmuró Jenaro—, ¡quién tuviera vuestra serenidad, vuestra confianza y vuestra resignación con el futuro!

—¿Por qué me decís eso? ¿Acaso vuestro señor tío no os trata bien? ¿O le ocurre algo a doña Aldonza en Toledo? Confíadme todas vuestras penas, Jenaro.

—No os alarméis, bien mío, que mis palabras sólo se relacionan con sutilezas de mi espíritu inquieto y vagabundo. Mi señora madre goza de cabal salud y me escribe dándome buenos consejos y animándome en cuanto puede. Mi tío, en cambio, no parece hacer hasta ahora mucho caso de mi insignificante persona.

—¿Habéis sido ya presentado al Cardenal?

—Sólo le he visto de lejos. ¡A mi tío tampoco le encuentro a menudo, y eso que va para tres meses que llegué a la Corte y se me concedió ración y casa

en el palacio de Portocarrero! ¡Pero es aquello tan grande! ¡Entra y sale tanta diversidad de gentel! ¡Acaso no haya tenido tiempo de ocuparse de mí! Lo cierto es que cuando me habla y me socorre con algunos dineros añade siempre que tenga paciencia, que conozca Madrid, que estudie los usos y costumbres de la Corte, que elija amigos de que me pueda valer en la necesidad, y que, sobre todo, aprenda a ser discreto y reservado, pues en tales cualidades estriba la fortuna de los hombres cuando no han nacido mayorazgos.

—¿Y te parece poco?—exclamó Casilda, substituyendo el *tú* al *vos* de manera tan inesperada y franca que hizo reír alegremente a la pareja.

—¡Pobre Casilda!—concluyó por decir Jenaro, pensando en la cara que D.^a Matutina hubiese puesto al escuchar de labios de la niña aquella terrible falta a la etiqueta—. ¡Qué penitencia tan dura debe de ser el vivir con tu tía!

—¿Por qué dices eso?—repuso dulcemente la niña.—¡Doña Matutina es muy buena para mí! Cuando faltaron mis padres, ella me trajo a su lado, y en su compañía me ha tenido hasta ahora. Cierto que nuestra actual situación es tan precaria que, por disimularla y seguir aparentando una posición desahogada, emplea a veces arbitrios que podría excusar; pero en el fondo no es mala, y sus momentos de cólera duran poco.

—¿De modo que tú no conoces a la familia de tu madre?

—Sólo por referencias. Mi madre se casó a disgusto y murió después de mi nacimiento. Mi padre y doña Matutina empezaron en seguida las discusiones con un tío mío que vive en Valencia, donde parece que ocupa un lugar muy alto. De su genio no sé nada; doña Matutina le detesta, pero su juicio

tal vez peque de apasionado. ¡El corazón me dice que no ha de ser tan malo como aseguran!

—¡Y tu corazón no ha de engañarte, Casilda! Fíate siempre de su consejo, porque oyéndote parece que la existencia se aclara y que tu gracia mejora cuanto miras y cuanto piensas.

—No te pases de lisonjero, amigo mío, ni me concedas virtudes que no poseo. Yo sólo sé querer y aun no he tenido tiempo de aprender a odiar. ¡Acaso en ti estriba todo el mérito que haya en ello!...

Al terminar aquellas palabras, los jóvenes vieron interrumpida su conversación por las voces de las personas mayores, que reclamaban su presencia, pues lo avanzado de la tarde imponía la retirada y D.^a Matutina deseaba aprovechar el vehículo, conseguido gracias a la fineza de una de sus protectoras, para visitar a ésta y referirle cuanto en la romería había sucedido.

La presencia del Sr. Zorraquín, incorporado al grupo durante el paseo, obligó a Jenaro a cederle su puesto en el coche, especie de zapato alpargatado con ruedas, en que apenas cabían seis personas.

Requirieron las damas los mantos, envolviéndose en ellos para resguardar sus cuerpos del polvo y la suciedad; caláronse teja y chambergo, respectivamente, el clérigo y los hidalgos; ciñóse la espada con juvenil gallardía el mozalbete, y dirigiéndose todos, a través del gentío, en busca del indispensable transporte de sus fatigadas piernas.

El crepúsculo de la tarde y la tenue brisa que de la ribera llegaba contribuían a hacer más deleitoso aquel fin de la romería, que se prolongaba como se prolonga y saborea el gusto del manjar ya conocido o del placer recién conquistado.

Junto a los enamorados, una voz de suave timbre cantó:

Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarte el agua
corres con fuego.

.....

IV

Cuando Jenaro se quedó solo, viendo desaparecer el coche en que se alejaba el objeto de sus pensamientos, vaciló unos instantes entre emprender valerosamente el regreso a pie o buscar algún acomodo, en forma de mula, carro o tartana, que le permitiese realizar el trayecto hasta la villa con un poco menos de fatiga, aun a costa de su bolsa. Tanteó ésta, y ya se disponía a buscar algún asiento, cuando repetidas aclamaciones que venían del paseo llamaron su atención con irresistible poder, haciéndole cambiar de rumbo y enderezar sus pasos hacia el lugar donde mayores eran aún la animación y hormigueo de jinetes y carrozas.

Al verse al poco tiempo mezclado, por su propia resolución, entre aquella diversidad de gentes y galas, suspiró el mancebillo, sintiendo hervir en su pecho mil desconocidas e indeterminadas ansias.

Sin saber hacia qué lado encaminarse, iba de un lugar para otro, disfrutando de la última claridad de la tarde, cuando volvió a escuchar más cerca los vítores que antes llegaran a su oído, y que se elevaban sobre los demás rumores del paseo. Dirigiéndose hacia el punto de donde procedían descubrió al fin una suntuosa carroza de diferente hechura y mayor lujo que las corrientes, tirada por cuatro caballos tordillos, que avanzaban pausadamente, al mismo tiempo que un grupo de personas de diversas cataduras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

«¡Viva el señor Embajador de Francia!» «¡Viva la Casa de Borbón!» «¡Viva el Duque de Anjou, legítimo heredero de la Corona de España!...»

Apenas si le fué dable a nuestro héroe contemplar entre las cortinillas de seda la enorme peluca y el astuto rostro del representante de Luis XIV, que se estiraba cuanto podía para dar gracias al público por aquellas muestras de adhesión, tan ruidosas como nunca oídas en Madrid, pues al producirse un breve silencio, debido al cansancio de los que chillaban, alzóse muy cerca de Jenaro otra voz que, en tono recio y con acento de mando, increpaba a los manifestantes diciéndoles:

—¡Atrás, canalla! ¡Tened la lengua! ¡En España nadie grita sino «¡Viva Carlos II! ¡Viva nuestro Rey!»

A tales palabras respondieron inmediatamente terribles denuestos y soeces injurias de parte de los alborotadores, quienes, sorprendidos y furiosos, lanzáronse contra el atrevido que los agraviaba. Desapareció en un dos por tres la carroza del Embajador, con prudencia diplomática, al ver el sesgo que tomaba el incidente; las mujeres que se encontraban más cerca principiaron a dar chillidos; emprendieron desordenada carrera los timoratos; aproximáronse los matones, con propósitos fáciles de determinar, y comenzaron a llover cuchilladas y golpes, acompañados de sonoros vivas y mueras en favor o en contra de Austrias y Borbones.

Jenaro, que hasta entonces había permanecido como mero espectador, sintió, no obstante, que la sangre se agolpaba en sus sienes al apreciar el peligro inminente que corría el desconocido, cuya opinión únicamente había encontrado tres o cuatro defensores entre la multitud que presenciaba la reyerta. Los tipos de los agresores inspiraban, por otra parte, poca simpatía, pues adivinábase en ellos a los

alborotadores de oficio, mezclados con algunos de esos individuos que siempre se encuentran en semejantes trapisondas.

Forzado a defenderse el embozado, por el superior número de sus contrarios, desprendióse rápidamente de la capa, arrollándola en la siniestra mano, a guisa de escudo, y, sin cesar de atajarse los golpes que le iban dirigidos, comenzó a retroceder paso a paso, buscando el abrigo de algún árbol que le resguardara las espaldas. Jenaro se encontró de aquel modo junto al valiente, y su mano, que hacía tiempo sujetaba el puño de la espada, conteniendo los nerviosos deseos de desenvainarla, vióse movida a la acción por irresistible impulso cuando, al fijar su vista en el desconocido, cuyo sombrero rodaba en aquel instante por el suelo, reconoció, con indecible emoción y asombro, las nobles facciones del hijo de su antiguo protector, del heredero de las grandezas y honores de la Casa de Olmedo, del poseedor de uno de los nombres más ilustres de España e Italia.

Rápido como la centella, y empuñando el acero en la diestra, lanzóse entonces en su socorro, deteniendo un golpe que le asestaban de costado, al propio tiempo que su voz juvenil gritaba:

—¡Resistid un momento, señor, que aquí estamos los criados de Taurisano para defenderos!

Aquel nombre, familiar a los madrileños, corrió de boca en boca al instante, decidiendo el éxito de la refriega. Jenaro, a pesar de su innegable habilidad, tuvo muy poco que hacer, pues el número de los defensores del desconocido aumentó de tal manera en pocos segundos, que sus adversarios, viendo maltrecha la partida, comenzaron a batirse en retirada, tratando de esquivarse entre las sombras que empezaban a obscurecer las alamedas.

Cuando, emocionado y confuso, se acercó nuestro

amigo, recibióle el caballero con efusivas palabras de reconocimiento por el inesperado auxilio que le había librado de aquellos miserables.

—¿Pero no me reconoce Vuestra Excelencia?—exclamó decepcionado el mancebo—. ¡Soy Jenaro de Pereda! ¡El hijo del antiguo Intendente de vuestro padre!

—¿Genarino? ¿Eres tú? ¿Por fin te encuentro? ¡Qué felicidad deberte mi salvación! Ven, alejémonos de aquí, donde no tardarían en acudir rondas y alguaciles. ¿Has visto qué lance más estúpido? ¡Por ahí pienso que quedan algunos heridos! Pero, muchacho, ¡qué bien manejas la espada! ¿Recuerdas mis lecciones? ¿Sabes, Jenaro, que nunca imaginé tener tanta suerte esta tarde? Cierto que no vi a la dama que buscaba; pero en cambio he humillado al representante de Luis XIV y conseguí hallarte después de tantos años de inútiles afanes...

—¡Señor, los corchetes!; ¡partid!—interrumpió Jenaro.

—¡Contigo! ¡Esta noche no te separas de mí! ¡Regresaremos juntos! ¡Tengo tantas cosas que preguntarte y que decirte! ¡Necesito tanto de una persona leal con quien poder confiarme sin miedo de que me traicione!

.....

Los pasos de la ronda se oían cerca. En el paseo, los faroles de los vehículos comenzaban su danza de estrellas. El encanto de la romería se había desvanecido por completo, y la obscuridad, el silencio y la tristeza tornaban a reinar en la muchedumbre cortesana.



V

En tanto que la carroza emprendía su regreso a Madrid, ambos jóvenes evocaban los recuerdos que les eran comunes. Aquella vida regalada y tranquila del palacio de Taurisano en Nápoles, donde el viejo D. Ramiro gozaba de la entera confianza del Príncipe padre, aparecíase a sus respectivos hijos como un sueño de ventura y de paz.

Mientras el gentil D. Próspero, que entonces se llamaba Duque de Olmedo, delectaba el amor en brazos de las bellezas más alegres de tan galante Corte, Jenaro seguía los estudios de Bolonia, aprendiendo con desusada facilidad cuantas materias eran necesarias para ingresar en la carrera eclesiástica, única que exigía verdadera ilustración a sus alumnos.

Lenguas vivas y muertas, historia, matemáticas, teología y bellas letras, enseñadas por los profesores más ilustres de Italia, se disputaban la atención del seminarista, quien, obedeciendo los deseos de su padre y las indicaciones del Príncipe, conformábase con aquella existencia, en que nada le faltaba para sus necesidades y hasta para su regalo.

Los meses en que periódicamente se trasladaba a Nápoles constituían para Genarino temporadas de recreo, viéndose tratado más como miembro de la familia que como criado de ella. El brillante Duque de Olmedo dignábase entonces perder algunas horas de su ocupada existencia enseñándole los secretos de la esgrima o los placeres de la jineta, deportes en que era el joven prócer consumado maestro.

El porvenir parecía sonreír al estudiante, y ya se preocupaban en la Casa de buscarle algún beneficio adecuado para su entrada en el mundo, cuando una

terrible y penosa enfermedad que estuvo a punto de segar su existencia en flor obligó a los padres del presunto sacerdote a retirarle de los sagrados estudios e instalarse junto a él, en Roma, hasta su completa curación.

Las travesuras del Duque de Olmedo motivaron, también por la misma época, el alejamiento del fogoso heredero, quien, acatando las órdenes paternas con la ciega obediencia inherente a los de su clase, vióse obligado a dirigirse a Milán con recomendaciones para el Príncipe de Vaudemont, y de allí a Flandes, donde combatió a las órdenes del Marqués de Bedmar, en el ejército del Elector de Baviera, Gobernador de los Países Bajos españoles.

Hallándose en Lieja, donde convalecía de heridas causadas en la guerra que terminó con la paz de Ryswick, sorprendió a Olmedo la tremenda noticia de la muerte de su padre, D. Marco Antonio, ocurrida en una de sus famosas quintas de la campiña napolitana, a consecuencia de un accidente de caza.

La sorpresa y el dolor del joven Duque fueron extraordinarios y commovieron a cuantos le rodeaban. Ni la edad ni la salud del Príncipe padre permitían suponer un fin tan próximo. Por pronto que quiso acudir su hijo, ya habían transcurrido tres meses del fallecimiento, y cuando, al llegar a Nápoles, preguntó por el fiel Pereda le contestaron que el anciano servidor, con su mujer y el convaleciente Genarino, había abandonado la casa, dejando todos los asuntos en perfecto orden. Al propio tiempo le entregaron una carta del Intendente en que se despedía tiernamente del servicio ducal, en razón de su avanzada edad, y protestando de su amor y lealtad hacia la Casa.

Inútiles resultaron cuantas diligencias hizo entonces y después el nuevo Príncipe para encontrar

a D. Ramiro y a los suyos. El anciano Pereda parecía haberse complacido en borrar sus huellas. Ni en toda Italia, ni en España, donde no tardó el de Taurisano en establecerse definitivamente, pudo hallar el menor rastro de la familia, hasta que la casualidad puso frente a sus ojos a Jenaro, en uno de los trances más comprometidos de su vida.

—Y ahora que te he referido yo mis sucesos—concluyó el Príncipe—, cuéntame los tuyos y comunícame el motivo que movió a tu padre a separarse de una Casa en que tanto se le estimaba y donde siempre se le recibirá con los brazos abiertos.

—¡Ay, señor, por desgracia mi pobre padre no podrá aprovechar vuestros ofrecimientos, porque ya no existe!

—¿Que don Ramiro es muerto?—interrogó con ansiedad Taurisano.

—Mi padre murió en Barcelona, donde nos trasladamos desde Civita Vecchia cuando dejamos Italia. Su Excelencia no se imagina el apego que don Ramiro sentía por la Casa en que había encanecido, y a la que sirviera con la lealtad de un viejo criado. Derramando lágrimas se separó de ella y sin querer esperar vuestra llegada para no cambiar de resolución.

—¡Y así hubiera sucedido ciertamente! ¿Pero a qué obedecía tal empeño?

—Nunca he podido comprenderlo, aunque sí dar-me cuenta de que su resolución era inquebrantable. Tal vez fuera el sentimiento por la desaparición de Don Marco Antonio, a quien desde niño sirvió de confidente; acaso el cuidado de mi salud; ¡quién sabe si sus achaques y los disgustos que debió soportar en los últimos tiempos habían destruído el equilibrio de sus facultades! Lo cierto es que al finalizar el año noventa y ocho nos encontramos mi madre y yo solos en la ciudad de Barcelona, y tan

traspasados de dolor, que, sin pensar en más viajes, nos establecimos en un pueblecito costero cerca de la gran ciudad. Como año y medio permanecimos allí, haciendo una vida tan retirada y campestre, que apenas si conocíamos otra gente que pastores u hortelanos; pero aquella existencia y descanso fueron mi salvación, pues, retoñando el vigor de la mocedad y sintiendo correr por mis venas el ardor impetuoso de la juventud, logré convencer a mi madre del escaso fervor que me animaba para abrazar el estado eclesiástico y de mis deseos de emplear en cualquier otra carrera la ciencia adquirida. Vino al fin mi tutora en condescender a mis ruegos, y decidió escribir a su único hermano, el señor Canónigo don Juan Antonio Urraca, consultando el rumbo que debía imprimir a mi destino. La respuesta del tío fué llamarnos a Toledo, donde nos recibió con el mayor afecto, prometiendo encargarse de mis adelantos.

—¿Y viniste a Madrid con doña Aldonza?

—No; mi madre prefirió quedarse en Toledo, y me confió al cuidado de su hermano, con quien desde entonces vivo, en casa del señor Cardenal Portocarrero.

La frente del Príncipe se contrajo, como si un pensamiento secreto y doloroso le hiciera cavilar. Al cabo de un rato volvió a preguntar:

—¿Y cómo no se te ocurrió, ya que eres tan buen gramático, escribirme en tanto tiempo, recordando la amistad que nos unió y el gusto con que siempre aprecié cuanto al nombre de Pereda se refiere?

—¡Ya se me ocurrió, señor! Y alguna vez fué escrito el pliego hasta el fin. Pero al imponerse mi madre de ello, rasgó el papel, diciendo que sin su licencia no cometiera semejante disparate; que ya no pertenecíamos a la Casa y mi situación era dema-

siado humilde para molestar a señores tan altos con correspondencias que parecían dirigidas a solicitar ayudas que ofenderían la memoria de mi padre.

—Pero ahora, desde que estás en Madrid, ¿no me has visto cien veces? ¿No te has encontrado conmigo en alguna parte?

—Verle, sí; pero de lejos. Encontrarme, no lo he conseguido hasta hoy. Oír hablar, eso sí. En Madrid todo el mundo habla de Vuestra Excelencia. ¡Su nombre es tan popular...!

—Déjate de tratamientos y responde con sinceridad: ¿por qué no has venido a visitarme desde que estás en la Corte?

—Temía que no me reconocierais..., como ha sucedido hace un rato, o que hubieseis cambiado de modo de ser; y además...

—Además, ¿qué?

—Mi madre, al salir de Toledo me encargó repetidas veces que nada hiciera por acercarme a vos y que escondiera a todo el mundo nuestro conocimiento en Nápoles, evitando pronunciar siempre que pudiese el nombre de Taurisano. ¡Y a fe que no me ha costado poco trabajo el complacer a mi señora!

Taurisano apretó afectuosamente el brazo del joven, murmurando en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¡Tu madre tenía razón! El nombre de Taurisano, partidario de los Austrias y de la Reina, enemigo acérrimo de cuanto huele a francés, no sería buena recomendación para ti en casa de Portocarrero.

—Así debe ser—repuso en seguida Jenaro—. Pero yo le juro, señor, que nuestro cariño por Vuestras Excelencias no se ha extinguido nunca y que muchas veces oí repetir a mi madre que jamás tendría la Casa de Taurisano una servidora más leal que Aldonza Urraca.

—¡Verdad! ¡Verdad! ¡Y tú acabas de demostrarme que no has olvidado su ejemplo! Entonces era mi Casa lo que debía ser, mientras que ahora..., ¡si vieras qué diferencia! En fin, ¡qué hemos de hacerle! Y después de todo, ¿qué importa? ¡Por suerte, aun no estoy casado, ni me casaré nunca!

—¡Vaya un disparate, señor! ¿Ha de acabarse en vos nombre tan ilustre?

—Yo me entiendo, Genarino. ¡Si tú supieses...!

En aquel momento detúvose el coche, y mientras uno de los lacayos desplegabá el complicado estribo, para que los caballeros pudieran descender, D. Próspero preguntó a Jenaro:

—¿Adivinas dónde nos encontramos?

El joven dirigió la vista en torno suyo, descubriendo una calle de árboles centenarios.

—¡Estamos en el Prado!—continuó el Príncipe—. ¡El famoso Prado de San Jerónimo, marea del aura cortesana, recreo de los sentidos y universidad de los amantes! ¿Y sabes lo que venimos buscando? ¡Una aventura, en que me agradaría tenerte por compañero! ¿Vienes?

Al escuchar la palabra aventura cruzó ante los ojos de Jenaro la imagen de Casilda, como si su recuerdo le inspirase una duda. Después la reflexión le convenció de la inutilidad de sus escrúpulos. Además, ¿existía modo de rechazar la invitación del Príncipe?

Aquellas consideraciones acabaron de decidirle, y, saltando a tierra, comenzó a caminar junto a Taurisano, que guardaba silencio, admirando sin duda la quietud y la belleza del paraje.



VI

En efecto: la tranquilidad del Prado, debida no sólo a la hora, sino a la romería de Santiago el Verde, que aquel día atrajera toda la muchedumbre cortesana hacia el Sotillo, veíase turbada únicamente por misteriosas parejas, refugiadas a la sombra de los frondosos árboles, o por algún caminante que discurría a través de los desiertos paseos.

La temperatura primaveral; los efluvios de las rosas que, al pie de los árboles, trepaban por los troncos y embalsamaban la atmósfera; el murmullo de las fuentes, que, desde la del *caño dorado* en adelante, refrescaban el ambiente; el misterioso encanto de la tradición y de los recuerdos en aquel palenque de la discreción y el enrevesado decir de amores, todo contribuía a deslumbrar la imaginación de Jenaro haciéndole presentirse héroe de inauditos lances y disponiéndole a rivalizar en ellos con el modelo de gentileza que caminaba a su lado.

Taurisano, por el contrario, acostumbrado a discurrir por los áulicos jardines de Italia o los admirables vergeles de Flandes, apenas si concedía atención al renombrado paseo madrileño, recorriendo con la vista sus largas calles, iluminadas por la luna, o registrando las obscuridades de la umbría, como si tratara de encontrar alguna huella que orientara sus pasos.

Sin atender el reclamo de varias voces femeninas que chistaban discretamente, haciendo volver la cabeza al inocente Jenaro, proseguía el Príncipe su camino, muy arrimado a las tapias de los jardines de Maceda y de Monterrey, cuando sus ojos de lince debieron de descubrir al fin algo que llamara su atención, pues cambiando de rumbo, y torcien-

do a la derecha, desembocó en una plazoleta donde alegre fuentequilla rodeada de césped ofrecía cómodo asiento a dos tapadas, que pugnaban por llenar de agua un búcaro, que la más decidida sostenía entre las manos.

El cuidado con que Taurisano caminaba no fué bastante, sin embargo, a impedir que sus pasos fueran oídos por las damas y que éstas se incorporasen rápidamente al divisar a los hombres que se acercaban. Detenidos los indiscretos, y dudoso el Príncipe, como si temiera equivocarse, aprovecharon las desconocidas aquel momento de vacilación para emprender rápida fuga, con el andar ligero y gracioso tan característico de las españolas de entonces.

Oyóse el crujir de sedas, llegando hasta los curiosos cierto perfume delicadísimo y raro, que no se parecía a ninguna de las conocidas y mareadoras esencias con que inundaban sus ropas las damas en tiempos de Carlos II. Aquella sensación obró en Taurisano como si acabara de recibir una estocada en mitad del pecho. Jenaro le vió cambiar de semblante y sintió que la mano que se apoyaba en su brazo clavábase en él con nerviosa fuerza.

La voz del Príncipe, trémula y emocionada, murmuró:

—No hay duda, son ellas. Mi corazón lo presagiaba. Vamos detrás, y tú, Jenaro, procura entretener a una con todas las galas que te proporcione el ingenio mientras yo converso con la otra, pues hoy se ha de decidir mi suerte.

Mientras así hablaban los dos galanes seguían a las fugitivas, que no moderaban la carrera, y ya se disponía Taurisano a imitarlas, cuando una de las damas tropezó en algo, cayendo al suelo en graciosa postura, sin que el manto permitiese gozar

ninguno de sus encantos, salvo la mano derecha, que quedó al descubierto.

Llegaron en dos saltos el Príncipe y Jenaro, a tiempo que la derribada se ponía en pie, y comenzó el de Pereda a jugar del vocablo, aparentando un aplomo y experiencia que estaba muy lejos de poseer.

—Señora: ¿Por ventura se habrá atrevido esa tierra descortés y bárbara a lastimar esta aurora que encubre el manto?

—Perdonad, hidalgo—repuso precipitadamente la encubierta, mirando a su compañera, obligada a escuchar también las palabras de Taurisano—. El momento no abona tales lisonjas, ni la que habla es persona que os las ha de feriar: así que podéis excusar su gasto y despejar el paso, que traemos prisa.

—Fuerza será obedeceros; pero dadme lugar antes a que os traiga aquel búcaro que dejasteis caer, para que vuestro corazón se sosiegue un poco con la fresca linfa que allá cerca se derrama.

—Excusad la descortesía, pero mi amiga me hace señas. ¡Que andamos algo retrasadas y nuestra casa cae lejos!

—Vuestra amiga, o, por mejor decir, vuestra competidora, más piadosa con mi compañero que vos conmigo, no sólo escucha sus razones, sino que las responde.

—¡Ay de mí, desafortunada, que todo se perderá por mi culpa!

—¿Os habéis lastimado?—preguntó candorosamente el mancebo.

Sorprendida la tapada al escuchar la dulce voz que le hablaba, examinó por primera vez al doncel que le había tocado en suerte, y contemplando su aspecto agradable comenzó a mudar de actitud con él.

—¿Sabéis, señor estudiante, que me parecéis más olvidado de Alcalá que lo estuvieron de Grecia los soldados de Ulises? Id por el agua, si en ello ponéis tanto empeño. O mejor, aguardad—añadió después de asegurarse que la plática de su compañera proseguía su curso—y ayudadme a deambular hasta la fuente, que, en efecto, creo que me he lastimado un pie.

—¡Dadme la otra mano!—suplicó el mozuelo, oprimiendo la que ya estrechaba entre las suyas.

—Basta con que honréis la una, que vais muy de prisa en vuestros ascensos, y recordad que muchos almendros se perdieron por haber tenido flores antes de sazón.

—¡La producción de las flores puede ser serenidad del tiempo y no atrevimiento del árbol!

—¿Tan mozo y ya bachiller? Levantad el búcaro, que cayó a esta parte.

—Aquí le tenéis, señora. Dignaos posar en él los rubíes de vuestra boca, y se tornará diamante.

—¡Oh entendimiento, dulce atractivo del alma! Seguid hablándome así, que soy muerta por hemistiquios y cláusulas exquisitas.

La elocuencia de Jenaro entibióse un tanto al escuchar aquella reflexión vulgar; pero, recobrándose luego y pensando en su misión de entretener a la encubierta, prosiguió, cada vez más almibarado:

—No ocultéis la mano, que parece sol de Noruega en lo presto que se esconde. ¡Basta que el manto avaro sirva de sagrada nube a la cifra de perfección de vuestra persona!

—¡Ah! ¡Y cómo se conoce que sois nuevo en la Corte! ¿No sabéis que aquí cada manto es un escollo y que detrás de él se esconde casi siempre un rostro polifemo o una cara juaneta? Si como, poco advertida, os mostré una mano permitiera a vuestra vista

cebarse en mi rostro, ¡qué burlado quedaríais! ¡Bien haya quien hizo mantos!

—¡Mal haya quien los inventó, señora, que solamente en España nos privan de tantos gustos!

—¿Por qué decís solamente en España? ¿Por ventura habéis salido más allá de Alcalá? ¿O curasteis en Salamanca?

—Aunque nacido aquí, he vivido la mayoría de mis años en Italia.

—¿Cómo os llamáis?

—Jenaro de Pereda, para serviros. Y a vos, mi señora tapada, ¿con qué nombre he de suplicaros?

—¡Llamadme Angélica, si os empeñáis en nombrarme de algún modo; pero antes de usar de tal favor volvamos a ver si nuestros compañeros se impacientan. ¿Cómo se apellida vuestro amigo?

—Por Próspero le conozco. Mas no os molestéis en descubrirlo, pues desde aquí podéis ver que han desaparecido, buscando sin duda mayor misterio a sus confidencias. Esperémoslos conversando, persuadidos de que no es la primera vez que se encuentran ni la postrera que se busquen.

—¡Jesús me valga!—exclamó la tapada, mostrando la mayor alteración en su voz y ademanes—. ¿De dónde sacasteis semejante figuración? ¿Os confió él tal? ¿Publicó sus imposibles esperanzas?

—Mi compañero es tan reservado— se apresuró a corregir Jenaro—, que no sólo no me ha dicho nada, sino que preferiría el tormento a comunicar un secreto de su corazón. Dejémoslos encarecer sus sentimientos y hablemos de los nuestros, que en tan buena ocasión se venían declarando.

—¡Qué gentil Petrarca para hacerme Laura!

—¿Tan desgraciado y torpe me juzgáis? Advertid que tengo los ojos niños y portuguesa el alma. Y que no seríais el primer ruiseñor, o, como diría

un poeta, la primer cítara de pluma que se enredase en mi señuelo.

—Eso no lo dudo, que aunque os veo mal el talle, por la sombra de la noche, tengo por imposible que, a lo menos en una cosa, dejéis de ser dichoso.

—Ponedme entonces a prueba—exclamó Jenaro, volviéndose a apoderar de una mano de su interlocutora, que no lo notó o fingió no tomar en serio la acción del mozalbete.

Este, por el contrario, advirtió al estrechar la prenda que, lejos de corresponder al artificio poético de su imaginación, ninguna particularidad ofrecía que la diferenciara de las corrientes, pues en nada recordaba el perfume que de modo tan vivo impresionara a Taurisano, ni, por lo regordeta, áspera y corta, permitía suponer que perteneciese a ninguna Duquesa, sino más bien a mujer de condición modesta a quien no eran extrañas las labores de la aguja.

—Tanto me distinguiréis—continuó en esto la tapada—, que acabaré por creer los extremos de vuestro minotaurista estilo. ¿Seríais capaz, como el joven David, de libertarme del gigante que entenebrece mis soliloquios?

—Vuestra hermosura mande, y será obedecida; no digo yo eso que pedís, que es nada, sino cuanto humanas potencias pueden realizar en materias amorosas me atrevería a prometeros si, como piadosa me otorgasteis vuestra mano, consintierais en deslutar al sol de la noche que lo encubre, mostrándome vuestro divino rostro.

Al terminar aquella frase, y antes de que Angélica pudiese contestar en apropiada forma, sorprendió a la pareja la inesperada aparición de la segunda encubierta, que, a pasos inciertos, y como persona que está a punto de desmayarse, dirigíase ha-

cia ellos. Apenas la divisó la interlocutora de Jenaro, adelantóse solícita, dejando con la palabra en la boca al mancebo. Secretearon ambas mujeres, y al cabo de breves instantes, volviéndose la primera tapada, comenzó a despedirse de Pereda en cortesías y apuradas frases, alegando una súbita indisposición de su amiga, que las obligaba a retirarse sin pérdida de tiempo.

Disimulando su contrariedad, ofrecióse Jenaro a escoltarlas, presumiendo que por el cochero o el alquilador de la silla podría venir en conocimiento del nombre y señas de las mujeres; mas adelantándose Angélica a tales intenciones, respondióle afablemente:

—Si queréis hacernos merced y demostrar vuestra cortesía, no habéis de pasar de aquí, señor Jenaro, ni seguirnos; pues obrar de otra manera perjudicaría a nuestra honra: que somos conocidas en la Corte y los criados podrían descubrir nuestra escapatoria.

—¿Y hemos de separarnos así, sin concierto de nuevas vistas?—preguntó el mancebo, herido en su vanidad y lamentando en su fuero interno el tiempo perdido en utilizar hipérboles y repetir frases aprendidas en novelistas y autores cultos.

—¡Qué remedio!—contestó, entre dulce y burlesca, la tapada.—Fiadlo todo al tiempo y recordad que no se ganó Zamora en una hora, ni que el señor Jenarillo ha de aspirar a consagrar obispos antes de recibir él mismo las órdenes del caso.

Corrido permaneció Jenaro al escuchar semejante despedida, y hasta hubiera osado desobedecer las terminantes órdenes de Angélica, siguiéndola en la obscuridad, por la que rápidamente se alejaba, si en el mismo instante no cruzase por su memoria el recuerdo de Taurisano.

¿Qué había sido del Príncipe? ¿Qué clase de explicaciones mediaron entre la encubierta y él? ¿Dónde estaría o qué accidente podía haberle sobrevenido capaz de interrumpir un diálogo tan apaciblemente comenzado?

Preso de la mayor inquietud, y olvidando su propia desventura, procedió Jenaro a recorrer el solitario paseo en busca de su protector.

Ya desesperaba de encontrarle, cuando creyó descubrirlo sentado en una piedra, inmóvil, con la cabeza entre las manos, en actitud abatida y como si meditase profundamente.

Al acercarse Jenaro, el Príncipe levantó el rostro, y, reconociendo al mozo, preguntó con voz que hirió tristemente los oídos de Pereda:

—¿Se marcharon?

Jenaro contestó afirmativamente, y la sorpresa dilató su semblante al fijarse en Taurisano.

La luna daba de lleno en las facciones de éste, y a la claridad del astro veíanse brillar las lágrimas que surcaban las mejillas del noble más festejado por las damas de la Corte de Carlos II.

.....

VII

Aquel descubrimiento y el silencio en que persistió el Príncipe mientras salían del Prado y tomaban puerta de Alcalá en dirección a la ciudad, acabaron de desconcertar a Jenaro, que esforzaba inútilmente su imaginación por interpretar los efectos de la escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos.

¿Quiénes eran aquellas mujeres tan iguales de aspecto como diferentes de sentimientos? El acento de

picardía de Angélica, así como la desigual composición de su lenguaje, inclinaba cada vez más el ánimo a juzgarla como avispada servidora o, todo lo más, confidente de la otra; pero ésta constituía un misterio absoluto para el mozo, quien, deslumbrado por sus esperanzas de conquista, en nada había reparado, salvo en el singular y exquisito perfume de la tapada.

¿Había obedecido el encuentro a la casualidad o se trataba de alguna cita concertada de antemano? ¿Respondía el dolor del caballero al desengaño de una esperanza frustrada o al sentimiento de una ruptura imprevista?

El cariño que Jenaro volvía a sentir por su antiguo señor hubiérale movido a consolar aquel silencio y reconcentrado dolor que, secas las primeras lágrimas, nada dejaba traslucir; pero el respeto sellaba sus labios, impidiéndole hablar ni hacer nada para interrumpir aquella situación embarazosa.

De este modo fueron recorriendo la distancia que los separaba de la iglesia del Buen Suceso, sin darse cuenta siquiera de los barquinazos y vaivenes del coche, cuyas ruedas encontraban a cada paso baches y pozos que acusaban la completa desidia de los Regidores en la conservación de las vías cortesananas.

Al llegar a la Puerta del Sol, Taurisano mandó detener bruscamente el carruaje, y, descendiendo con rapidez, transmitió breves órdenes a sus lacayos, que desaparecieron por la vecina calle del Arenal, mientras el reloj de la Victoria daba pausadamente las diez de la noche.

Escuchando la hora, y viendo Jenaro que el Príncipe se encaminaba con paso resuelto hacia la calle Mayor, creyó llegada la ocasión de despedirse y emprender el regreso hacia casa de Portocarrero,

donde los hábitos de orden eran incompatibles con aquellas trasnochadas.

Pero a las primeras palabras que se atrevió a pronunciar repúsole Taurisano:

—¿Te parece obra buena abandonarme en esta sazón, después de tanto tiempo de ausencia? ¡No! ¡Ya que el destino me hizo encontrarte cuando menos lo pensaba, no he de volver a perderte tan pronto!

Doblegóse ante estas razones la voluntad de Jenaro, y, sintiéndose orgulloso por la distinción de que le hacía objeto un hombre de aquella calidad, decidió acompañar al Príncipe dondequiera que fuese.

La calle Mayor ofrecía ante ambos la claridad de su rúa, limitada por los dos cordones de edificios que comenzaban en las célebres gradas de San Felipe el Real por un lado y las casas de Oñate por el opuesto.

No era ciertamente la capital de la Monarquía española en tiempos de Carlos II, aunque bastante populosa aún, el lugar de delicias donde, según los mentirosos cronistas, competían lo jarifo del brío, lo bizarro de la gala, la ostentativa opulencia, el discreto cortejo y el político agasajo, sino una ciudad grande, fea y triste, en que los vecinos con su abandono y las autoridades con su indiferencia contribuían a que el aspecto fuera más sórdido y peores sus condiciones de salubridad e higiene.

Las residencias particulares de humilde aspecto y desigual altura, sin ninguna ornamentación, construídas de ladrillo trabado con tierra, o de tierra solamente, alternaban por todos lados con los inmensos caserones de la Grandeza y los conventos de las Congregaciones, abundando entre las casas aquellas fabricadas a *la malicia*, o sea de un piso, con el fin de eludir el tributo de aposento.

La suspicaz naturaleza de los españoles, ocultan-

do las ventanas con celosías de todo tamaño, colocadas detrás de las rejas, contribuía a prestar un aspecto misterioso y triste a sus calles, cuya profunda obscuridad durante la noche sólo era interrumpida por el tembloroso resplandor de los farolillos suspendidos ante las imágenes que poblaban su recinto, o adosados al muro de algunas casas que cumplían los bandos sobre alumbrado público.

La abundancia de gente maleante o necesitada que desde los últimos años pululaba por la ciudad, el pésimo y escaso empedrado y el imperio, en punto a limpieza, de ideas y prejuicios tan extraños como los que gobernaban los actos de aquella sociedad inculta y rutinaria, convertían además la capital en un lugar peligroso e insalubre, donde era realmente aventurado circular a determinadas horas de la noche.

Ninguno de estos inconvenientes parecía, sin embargo, impresionar el ánimo de Taurisano y de su compañero mientras recorrían la calle Mayor, iluminada poéticamente por la luna, que, suavizando y fundiendo las asperezas de las líneas, las huellas del tiempo y los excesos del mal gusto, parecía prestar nuevo encanto a las cosas, como sucede a la realidad de la vida cuando se la contempla a través del velo de la ilusión.

Pasadas las Platerías y llegados junto a la antiquísima iglesia del Salvador, detúvose al fin el Príncipe, contemplando un destartalado y enorme palacio que se levantaba al fondo de la plazuela y que ninguna claridad ni ruido dejaba escapar de su interior.

Suspiró Taurisano con fuerza, llevándose la mano al corazón, mientras sus labios murmuraban algunas palabras entrecortadas, que Jenaro no logró distinguir.

A los pocos segundos encendióse luz en uno de los balcones del edificio, y, estremeciéndose, el Príncipe se refugió precipitadamente en el ángulo de sombra que proyectaban las Casas de la Villa, como si temiera ser descubierto.

Reaccionando al cabo, cruzó de nuevo la calle Mayor, y arrastrando al atónito joven, internóse con él por el dédalo de enmarañadas vías que partían de la vieja mansión de los Acuñas, constituyendo de aquel antiguo barrio uno de los parajes más intrincados y perdedizos de la capital.

Con evidente conocimiento de los lugares, aunque parecía no ver ni fijarse en nada, atravesó el caballero las irregulares y abandonadas callejas, subiendo empinadas cuestas o bajando por barrancos en que con dificultad circularía un coche.

Al fin, y con no poca sorpresa del mozo, comenzaron a descender hacia el pretil del Alcázar, y la imponente mole de éste, suspendida como un nido de águilas sobre las alturas que le servían de asiento, surgió de pronto, bañada por la radiante luz de la luna y rodeada de las casas de oficios, conventos y parroquias que formaban como una especie de fortaleza o prolongación de su majestad.

Al encontrarse frente a la morada de los Reyes, orgullo y veneración de todos los españoles, los pensamientos del Príncipe de Taurisano parecieron cambiar de curso, fijando sus ojos en la vasta superficie, rematada graciosamente por las agudas torrecillas conocidas por los nombres de Torre de la Reina y Torre Dorada.

Jenaro, que tantas veces había visitado la plaza de Palacio, concurrida y bulliciosa desde las primeras horas de la mañana, no pudo menos de fijarse también, con supersticioso temor, en el aspecto mis-

terioso y fantástico que ofrecía el enorme edificio, donde dijérase que nadie habitaba.

¡Allí se encerraba, sin embargo, el secreto de las resoluciones que informaban los destinos de la Monarquía! En aquellos salones y aquellas cámaras, cuyos esplendores había oído ponderar el jovenzuelo, se desarrollaba desde hacía treinta y seis años el drama de la existencia del Soberano de ambos mundos, que agonizaba, al igual de sus reinos, sin saber aún cuál de los dos conseguiría sobrevivir al otro.

Rompiendo el silencio, la voz del Príncipe de Taurisano elevóse profunda y dolorosa, como si por sus labios hablase toda la lealtad y el desengaño, todas las cualidades y defectos de aquella generación nacida en el ocaso del poder de los Austrias e impotente para contener la ruina de la Monarquía:

—¡Duerme tu sueño, altivo sepulcro de nuestras glorias! ¡Descansa en reposo, altar de nuestras grandezas! ¡Que tu manto de púrpura se extienda sobre todas las humillaciones y todas las miserias que contemplamos! ¡Que la Providencia ilumine a tu dueño y le inspire la resolución más acertada en la tragedia que a la cabecera de su lecho se está representando!... Mira, Jenaro—continuó el Príncipe, mostrando al mancebo la silueta del severo palacio—. Fíjate bien en su inmensidad y en su gallardía. Desde él se dictaron leyes al mundo entero y hasta él llegaron las súplicas y los homenajes de cuantos Soberanos ciñeron corona; en sus bóvedas resonó el eco de todas las pasiones humanas y divinas; los Reyes y Reinas que lo habitaron, convertidos en semidioses, levantaron a un punto la dignidad de su cargo que jamás será igualado por Emperador de ningún hemisferio. Identificados con su absoluto poder, doblegamos poco a poco los Grandes nues-

tras altivas frentes, y abandonando Estados vinimos a agruparnos junto al Trono, para aumentar su majestad con el esplendor de nuestras fortunas y nuestros nombres seculares. Convencidos de que nuestra suerte depende de la suya, debiéramos unirnos para defenderle y sostenernos, y en lugar de obrar así sólo hemos acertado con nuestra pereza, nuestra vanidad y nuestra ignorancia a permitir que la mansión de Felipe II y de Carlos V se convierta en escenario de intrigas y pedestal de ambiciones que escarnecen su majestad y prostituyen su grandeza. Nos quejamos del Rey, a quien no supimos educar ni defender, y desconocemos que pudiera mejor el Rey quejarse de nosotros, que ni con la espada ni con el consejo logramos impedir la disminución creciente de su poderío. ¿Qué porvenir te aguarda, Alcázar de los Austrias, y qué suerte está reservada al poderoso imperio que aun depende de tu dueño? ¿Consumaráse la ruina que muchos tememos, o renacerá tu hegemonía con más impulso y vigor en manos del futuro heredero de tus glorias? ¡Quién sabe! ¡Quizá algún día desaparecerás tú también, con todo lo que representas, y los Reyes venideros te substituirán por otro palacio de deslumbrante magnificencia! ¡Pero jamás sus habitantes podrán contemplar desde él la inmensidad del horizonte sin pensar con tristeza en la inmensidad de tierras y de gloria que poseyeron sus antecesores, y que ellos no disfrutarán ya nunca!

A este punto llegaba Taurisano de su peroración cuando oyóse rodar a lo lejos un coche, con el estrépito particular de los grandes vehículos de la época. Impulsado por la curiosidad de averiguar quién se retiraba del Alcázar a horas tan inusitadas, alzó Jenaro la cabeza, y, a pesar de la distan-

cia, reconoció al momento la carroza, murmurando asombrado:

—¡Su Eminencia el Cardenal Portocarrero! ¿Qué le habrá retenido hasta ahora en Palacio?

Una carcajada irónica, cruel, de Taurisano fué la única respuesta del Príncipe a la candorosa observación del rapaz.

Desapareciendo al momento su anterior exaltación, murmuró con acento de terrible sarcasmo:

—¡Necio de mí, que al hablar antes de los peligros que amenazaban al Trono ignoraba que su primer Ministro velaba por los destinos de la Monarquía! ¡Vámonos, Jenaro! ¡La suerte de España está asegurada! ¡La religión nos ampara y vela el letárgico sueño de Su Majestad! ¿A qué preocuparnos de otra cosa que no sea la alegría de nuestra juventud y la satisfacción de nuestros apetitos? *Il mondo se governa da se stesso*, decía nuestro Santo Padre Urbano VIII, y sin duda tenía razón que le sobraba! Sígueme, muchacho, que nada nos queda por hacer en este sitio.

—¿Dónde vamos, señor?—se atrevió a preguntar Jenaro, mientras abandonaban la plaza de Palacio.

—¡Ya verás, ya verás! ¡Basta de política y de tristezas!—repuso el Príncipe con tono febril—. Acompáñame, te debo una satisfacción. Vamos donde encontremos amor, alegría, olvido; donde todo es fácil y los únicos libros que cuentan son los de recibo. Allí no encontrarás conspiraciones ni discretos, pero en cambio nos proporcionarán vino y cena y conocerás algunos de los personajes más ilustres de la Corte. No te separes de mí. ¡Vamos a casa de la Jusepa, en el mentidero de los comediantes!

El recuerdo de Casilda, lejano y confuso, volvió

a presentarse ante los ojos de Jenaro, quien estuvo a punto de excusarse con Taurisano; pero cuando iba a hacerlo descubrió en el rostro del Príncipe tanta amargura y desilusión, que por tercera vez la cortedad le hizo renunciar a sus propósitos y seguir los pasos que le guiaban en el silencio de la noche.

VIII

Estaba situada la casa de Jusepa en la calle de Cantarranas, muy cerca, en efecto, del famoso mentidero de los cómicos, a cuyo gremio pertenecía la graciosa propietaria, dama de la compañía que actuaba en el Corral de la Cruz y más conocida en la Corte por su habilidad en el trato de señores eminentes que por su talento en la escena.

La decadencia del teatro español en 1700, donde el arte descendió al nivel más bajo que puede imaginarse, no impedía que histrionisas y saltatrices disfrutaran como nunca del favor de grandes y chicos, pues la corrupción de la sociedad era extrema y el rigor de los Corregidores, y aun de la Santa Inquisición, apenas si se entretenía en las relajadas costumbres cuando no rozaban las materias de fe o contradecían los usos de la devoción.

Por ello, al abrirse la puerta de la casa de la calle de Cantarranas, después de bien examinados por el ventanillo los rostros de los visitantes por una esclavilla negra, que sonreía mostrando la blanca dentadura, ninguna sorpresa demostró Taurisano viéndose en una cuadra adornada con lujo y escuchando a lo lejos grandes risotadas y voces, acompañadas del punteo de vihuelas y del ruido de cristal y vajilla.

Advertida la dueña de la casa por aquel ángel de

Monicongo, acudió luego la Jusepa muy solícita, recibiendo a Taurisano con grandes extremos de satisfacción y trabando conocimiento con Jenaro, a quien el Príncipe presentó como un gentilhomme amigo recién llegado de Nápoles.

Era Jusepa mujer de arrogante porte, ojos negros, rizos de ébano, entrada en carnes y de lengua fácil y desenvuelta, aunque ajena a los vocablos y silogismos de moda, por lo cual gozaba más fama de sincera que de culta.

A las preguntas de Taurisano respecto a sus huéspedes contestó prontamente:

—Aun no hay muchos, rey de mi gusto. Como es natural, el Conde de Aguilar, que hoy es el dueño de todo en la casa, y el de Frigiliana, su padre, que no tardará en venir; Petronila León, la Portuguesa y Juana Portillo; Jerónima con el Marquesito; don Antonio Zamora, que casi se mata con el autor y Damián de Castro, por achaque de comedias, y... ¿quién más?... ¡Ah!, sí..., el Niño malo y la Mari-blanca con su duque de los Cameros, que aun no ha muerto de necio por miedo a dar en el suelo con tantas grandezas como lleva a cuestras.

Retrocedió Taurisano al escuchar este nombre, pintándose en su rostro el desagrado que le producía el encuentro con aquel prócer, conocido en la Corte como el más bobo y degenerado de todos los nobles, famoso por su perpetuo estado de embriaguez y el olvido total con que arrastraba por el lodo los ilustrísimos títulos heredados de sus regios abuelos.

Jusepa, a cuya malicia nada escapaba, insistió con Taurisano:

—Entra, ¡gala de la Corte! ¿Qué te importa del Duque, si está Su Excelencia de suerte que no conoce a nadie? Aguilar se alegrará de verte, y la Portu-

guesa también, que no te ha olvidado. Además, aun no es tarde y espero gente, pues se murmura que van a cerrar los corrales y todos aguardamos noticias que traiga el Conde padre; Lorenza te vendrá con algún recadito de esos que te gustan, si sabe que estás aquí, y Flora me ha prometido no faltar, si el cuidado del de Alba se lo consiente. Alégrate, pues, y no pongas esa cara de cuaresma, que estás entre amigos, y mis convidados holgarán de conocer a ese mocito que te acompaña, y que parece un San Juanillo de alcorza.

Vencido al fin por la insistencia de la cómica, dejóse llevar el Príncipe por la mano de Jusepa, y así atravesaron varios aposentos que proclamaban el floreciente estado de la actriz y la generosidad de sus constantes e innumerables protectores, en cuyo número había figurado un tiempo el propio Taurisano.

Al llegar a la sala de donde partían las voces, Jenaro retrocedió, sorprendido ante el espectáculo que se ofrecía a su vista, poco acostumbrada a tales francachelas y mediasnoches.

Agrupadas junto a una mesa en que relucía la plata y el cristal, devoraban los manjares y bebían los néctares al alcance de su mano tres o cuatro mujercillas alegres y decidoras, prendidas a lo dama y sentadas con abandono entre varios hombres muy tiesos y espetados.

Presidía la reunión un personaje de traza feísima, aunque de expresión por demás inteligente y astuta, que ostentaba en el pecho la roja cruz de Santiago, y en quien Jenaro reconoció en seguida al joven Conde de Aguilar, una de las figuras más calificadas de la Corte, no sólo por sus evidentes talentos, sino por su ambición, su lengua viperina y su falta absoluta de escrúpulos.

En otra mesilla aparte discutían acaloradamente

EL TESTAMENTO DE CARLOS II.

tres hombres más, que debían ser poetas y comediantes; y al extremo de la sala, una pareja, tiernamente enlazada, parecía oír con delectación el hábil punteo de un músico, que de vez en cuando cantaba a media voz alguna jácara que les producía a ambos extraordinaria risa.

La aparición de Taurisano fué acogida con gran algazara, pues de todos los presentes era conocido y estimado el Príncipe, tan liberal de condición como apuesto de persona.

Mientras éste se dedicaba a responder los cumplimientos del Conde de Aguilar, Jenaro no se hizo de rogar para comer de algún plato y beber varios tragos de lo añejo, escanciado por la ninfa a cuyo lado tomara asiento, que era segunda dama de la compañía en que actuaba Jusepa y respondía al nombre de Juana Portillo.

—Bien se conoce—palmoteó ésta al contemplar cuán presto desaparecía medio pollo entre los dientes del hambriento mançebo—que en Italia los cuidados del cuerpo no contrarían las potencias del alma, y no como en Madrid, que cualquier Señoría se juzga deshonrada si comete algún exceso o le hace traición al agua.

—No lo dirás por el Duque de los Cameros ni por mí, ¿verdad?—preguntó el caballero sentado a su izquierda, y que, por el desaliño de su traje, desarrollo del abdomen y encendido color del semblante, parecía un símbolo de la gula, la desvergüenza y el descuido.

—¡Razón tienes, Niño, que pocos te vencerán con la botella en la mano!—repuso convencida la Portillo—. ¡Y ésa ha de ser una de las muchas razones que te separan de tu hermano!

—A propósito, ¿cómo andas de amistades con don Augusto?—inquirió Taurisano desde su asiento—.

¿Os reconciliasteis antes de su partida para la Embajada?

—No me hables, Príncipe—contestó el apoplético caballero—, que aun me retoza la risa por el cuerpo cuando me acuerdo de nuestra última entrevista.

Y aproximando su silla a la de D. Próspero, comenzó a referirle en voz alta una historia picaresca, salpicada de obscenidades y dichos graciosos, que hicieron desternillar de risa a las mujeres y consiguieron desfruncir el ceño del Príncipe.

Jenaro era el único que no acababa de darse cuenta de la condición del narrador, por lo cual terminó por inclinarse al oído de su vecina para preguntárselo.

—Bien se ve que sois forastero en la Corte—repuso la Portillo riendo—, pues no conocéis en ella a don Isidro Niño de Guzmán, hermano segundón del Marqués de Teruel, y tan diferente de éste, que todo Madrid los distingue con los apodos de *el Niño bueno* y *el Niño malo*, respectivamente.

—¡Ay niño! ¡Quién te mudara el rostro, te acostumbra al aseo y te suprimiera veinte años de malicia, para tenerte siempre al lado y alegrarse la vida con tus cuentos!—exclamaba en tanto la mujer que antes escuchaba la vihuela, abandonando a su compañero, medio vencido por el sueño.

—¡Mariblanca!—observó Jusepa—. ¡Repara que dejas al Duque solo, y se enojará Su Excelencia si despierta y se encuentra al lado con la cara de los músicos!

—¡Una higa se me da de sus enojos, pues ya me tiene cansada y me hará renegar del Potosí si esto sigue!—contestó malhumorada la aludida, que era una lúndísima rubia, pequeña de cuerpo y airosa de talle, con unos ojos azules que parecían reflejar el sol de Andalucía—. ¡Toda la noche escuchando sus

necedades y soportando sus caricias de borracho empalagoso! Mejor me estaba seguir en Sevilla bailando la chacona hasta caerme rendida y sustentarme con un picadillo de mondongo, que arrastrar Milanés y Nápoles consumiendo mi juventud al lado de tal hombre! ¡Ay! ¡Si no tuviera madre y una recua de hermanos por quien mirar, y qué presto lo despediría!

—¡Tú no harás fortuna en la Corte, Mariblanca! —sentenció gravemente la Jusepa—; ¡que nunca te acostumbrarás a correr con el humor de estos señores y aprovecharte de sus mercedes mientras dura la mocedad, que presto desaparece!

—¡Con mi bobo quisiera verte! —continuó Mariblanca sin hacer caso—: ¡que al fin y al cabo, Aguilar, aunque feo, es discreto!

—Pues aprende de su mujer —terció la Portillo—, que con ser tan gran señora como es y tan público el desprecio que de ella hace el Duque, soporta sus necedades como una santa y nadie encuentra tacha que poner en su fama.

—¿No sabéis la historia que cuentan de ella? —interrumpió el Niño—. ¡Pues allá va! En la primera vez que salió de Atocha la Duquesa después de su parto, presentóse ante el esposo adornada con una saya de riquísima tela. «¿Qué os parece de mi vestido?», le preguntó a Los Cameros; y éste le contestó: «Buena tela, ¡pero muy mal empleada!» «Lo mismo dicen de mí en la Corte», repuso la dama, y le volvió la espalda.

—Pues si habla así ese fénix, no será extraño que alguna vez haya recibido en sus espaldas o rostro alguna fineza del esposo: que él es hombre, aunque apocado, que cuando bebe a todo se anima, y aun a cosas tales que me da vergüenza repetir las.

—¿Qué estáis murmurando ahí? —interpeló Tau-

risano desde la otra punta de la mesa—. ¿Habéis venido a confesaros o a divertirlos? Mariblanca, ¿por qué no bailas una de esas danzas que disipan la melancolía?; ¿o es que mi amiguito te ha dado en los ojos y quieres enseñarle algún paso?

—¡Alto allá!—interrumpió Juana Portillo—, que este angelote está apartado para un retablo que yo tengo encargo de cuidar y no he de cederlo a nadie.

—¡No hayas penas, Juana, que no te lo he de quitar!—aseguró riendo Mariblanca—. Más altos tengo los pensamientos, y el hombre que me ha de sacar del infierno en que vivo ha de ser un Príncipe, por lo menos, o seguiré en la esclavitud hasta que Dios quiera.

—¡Pues ya te puedes condenar, que para ti no hay remedio!—chilló la compañera de Taurisano, que, por haber trabajado un tiempo en Lisboa, donde recogió galas y joyas, era conocida con el nombre de la Portuguesa—. Este Príncipe de corales y de ámbar es mío y no lo he de trocar aunque te estés bailando tres días delante de él esos pasos que te han hecho tan famosa y que inventó otra tal como tú, según dice don Antonio Zamora.

—Modera la lengua, Petronila—interrumpió el poeta desde su asiento—, que eso no lo dije yo, sino el latín del reverendo padre Mariana en su libro *De Spectaculis*. ¡Y haya más respeto para mis canas!

—¡Cuando ésas sean canas habrá manchas en la luna!—contestóle muy amable la Portuguesa, que esperaba un buen papel de dama en la próxima comedia del poeta oficial de la Corte.

—¡Válgame Dios y qué severa se levantó hoy su señoría!—declaró atufada la Mariblanca, que no había tragado aquella alusión a sus talentos de danzarina—. Parece que la Condesa olvidó el refrán de «Robles y pinos, todos son primos»; ¿o ganó su mer-

ced el oro en Lisboa redimiendo cautivos? No haría, por aquello de «Libro cerrado, no saca letrado».

Iba a contestar la Portuguesa en forma adecuada, y tal vez a producirse alguna de aquellas batallas que constituían las delicias del Conde de Aguilar, cuando acertó a distraer la atención de todos la llegada de varios convidados nuevos, que entraron trayendo en andas a una hermosísima mujer, a quien precedían un señor anciano y un caballero joven y autorizaba como dueña una espantable vieja cubierta de tocas, cuyo oficio no era difícil de adivinar en sus llorones ojos, desdentada boca y judaizante nariz.

Al instante resonaron gritos generales de «¡Viva Floral! ¡Vivan los Condes de Frigiliana y Écija! ¡Muchos años para la madre Lorenza!», y los concurrentes rodearon a la incitante hembra, que repartía abrazos y donaires, saludada y festejada por todos, salvo por el amodorrado Duque de los Cameros, que continuaba en su rincón luchando con las tinieblas que nublaban su entendimiento.

IX

La presencia de Flora y de sus acompañantes tuvo la virtud—que alguna había de producirse en aquella asamblea—de aumentar la animación, incluso del triste Taurisano, quien desde aquel momento comenzó a perder la gravedad y a tomar parte en el regocijo general.

Era la arrogante mujer una de las más excelsas histrionisas de su época e intérprete favorita de los poetas D. Francisco Bances Candamo y D. Antonio de Zamora, que le escribieron no pocas obras para su lucimiento y gloria, hasta que la pasión y celos

del VIII Duque de Alba, viudo ya en aquella sazón de una hermana del señor Duque de Arcos, lograron el milagro de retirar pasajeramente de la escena tan sazonado talento, compensando tamaño sacrificio con la prodigalidad de sus dones en forma tan principesca, que amenazaba llevar a la ruina la poderosa Casa de los Toledos.

En la comedia, en la calle Mayor o en el Prado, era Flora la mujer que más miradas atraía, constituyendo uno de los escándalos de la Corte y figurando como amiga declarada del ilustre magnate, tan ciego por sus gracias, que ni a su hijo y heredero trataba bien, guardando todos sus miramientos para la desenvuelta cómica.

Por desgracia para el de Alba, la opulencia no había podido extinguir en Flora aquel fuego del arte y afición a la gente baja que desde niña sintiera, ni la nostalgia de aplausos, que eran tan necesarios a su vida como el oro y los diamantes a su vanidad. Por ello, su mayor placer consistía en aprovechar cualquier coyuntura para burlar la ducal vigilancia y correr al encuentro de sus amigos o autores, mezclándose por unos instantes a su vida y costumbres, en unión de alguna persona de dudoso nombre o cortejo de ocasión.

Así, apenas llegada en brazos del primer galán Antonio Ruiz, su antiguo compañero de triunfos, y de otro individuo de aspecto agitanado y profesión indefinible, conocido por el nombre de *el Mulato*, corrió la pasión de Alba hacia la mesilla donde discutían D. Antonio Zamora, el *autor*, y el célebre gracioso Damián de Castro, ansiosa por enterarse de los últimos chismes del mentidero, mientras las demás mujeres quedaban espantadas de la sarta de perlas que traía al cuello, murmurando del lujo de aquella mujer, que llegaba al extremo de usar en el

lecho sábanas de tafetán negro, refinamiento nunca visto hasta entonces en el mundo de la galantería madrileña.

Desvanecida por los recién llegados la especie de la probable suspensión de comedias, serenáronse los ánimos, como ya lo estaban los respectivos apetitos, y alguien propuso jugar a los naipes, invitación que inmediatamente fué aceptada con entusiasmo por las damas, que se apresuraron a disponer la mesa, seguras de cobrar algún espléndido barato de parte de los caballeros gananciosos.

El único de los presentes que no demostró tanta satisfacción por el anuncio fué Jenaro, que en su vida había tocado una carta y recordaba con vergüenza la insignificante cantidad que encerraba su bolsa, por lo cual sintió verdadero júbilo cuando, al pasar junto a Taurisano para mudar de asiento, deslizó el Príncipe entre sus manos un bolsillo, acompañando el obsequio con una de esas sonrisas de que sólo los grandes señores han poseído el secreto.

Tan rápido fué el movimiento del Príncipe, que a todos hubiera escapado, a no vigilar los argos pitarrrosos, por no llamarlos ojos, de la madre Lorenza, quien adelantándose hacia el prócer comenzó a saludarle en esta forma:

—¡Edades, que no meses ni semanas, me parecen haber transcurrido sin haber visto al caballero más noble y más galán que rejoneó toros en el mundo! ¡Bien decía mi vecina Gervasia, cuando al levantarme esta mañana me dió un vahido de tanto ayuno y mortificación como traigo, que a la noche tendría la sorpresa más feliz conversando con alguien que compite en el valor con Alcides y con Antínoo en el gesto!

—¡Entonces, madre—interrumpió el Niño malo—

diríjete a mí y no a Don Próspero, pues al vivo hiciste mi retrato.

—Cállate, picarón—respondióle al punto Lorenza—, y da gracias a Dios que te conserva la disposición y los ánimos, pues harto tienes con seguir sano y mozo a pesar de la vida tan estragada que llevas.

—A mí me pasa como a los catalanes: que antes perderán la vida que sus fueros—retrucó alegre el segundón.

—¡Halagadora anocheció la tarde, Lorenza!—expuso Taurisano—. Bien se conoce que Santiago el Verde te trató bien, pues a risa de primavera suenan tus palabras.

—¿Qué dice el pecador de Santiago el Verde? ¿Ha de ir una pobre beata como yo al Sotillo, donde sólo se encuentra perdición y escándalo? Quédese eso para jóvenes como mi señor, que en tal palenque habrá dado bebedizo de amores a cualquier belleza cochuna. Cuatro misas oí esta mañana en Jesús, que apliqué por cuatro personas de mi conocimiento que se encuentran en un aprieto distinto. Dedicué mi tiempo después a visitar en el hospital a una ahijada que atraviesa un mal momento por culpa de cierta confusión. Fuíme de allí en casa de la citada Gervasia, que es mujer muy de bien y me convidó a comer.

—¡Cuál te habrás puesto el cuerpo!—interrumpió Aguilar, muerto de risa.

—El vino es la leche de los viejos, señor Conde—prosiguió impertérrita la estantigua—. Y aun así, no abusamos, pues tres reales del de Rota es muy poca manifiatura. Aparte de que si bebo es por disipar melancolías: que harto dolor es para mí verme en esta edad sin consuelo, con tanta familia como he criado y tantas ahijadas como he sacado de pila.

—¿Pues y tu sobrina Jerónima, aquí presente? ¿Por ventura ha renegado del parentesco desde que

trata con marqueses?—preguntó Frigiliana, señalando a la aludida, mujer ya hecha y de buen semblante, que no se apartaba un punto de su compañero, jovencito que apenas representaba dieciséis años, a pesar de la huella que los excesos habían impreso en su agraciado rostro.

—¡Ay señor Conde—gimoteó Lorenza—, no me recuerde Su Excelencia mi mala suerte, que bastante lloré cuando el Marquesito de Guadalaviar se me llevó, cual otro Tenorio o Mañara, a ese consuelo de mi ancianidad!

—¿Y no te queda otra sobrina, aunque sea segunda o cuarta, porque ya sabemos que de tercera no tienes nada?—preguntó muy serio Taurisano.

—En este momento no recuerdo bien las edades. Pero déjeme Vuecencia un respirillo o ayúdeme con alguna luz que me traiga a la memoria si una hija de la cuñada de mi primo que estuvo en Argel ha entrado ya en los diecisiete o sigue aún en el convento de Santa Clara de Mataojos.

—¡Vayan esos reales para ayuda del esfuerzo!

—¡Dios se lo pague, Príncipe mío!, que de una necesidad notable me saca tu Excelencia con ellos; y bien dicen Virgilio y León Suavio que los metales tienen espíritu, pues ahora recuerdo una comisión que me dieron para esa juventud, pero que he de repetir muy quedo, si quiero cumplir con un juramento que hice.

—¿Y vos juráis, siendo tan cristiana, madre?—preguntó resentida y celosa la Portuguesa, mientras Lorenza murmuraba sus confidencias al oído de Taurisano.

—Sí juro, hija; pero no en vano, como otras se agitan por conservar lo que se les escapa. ¡Que a enemigo que huye, puente de plata!

—¡Ah mujeres, mujeres!—murmuró Frigiliana, a

quien divertían en extremo aquellas escaramuzas—. ¡Qué pérdida representaría para el mundo si Naturaleza os hubiera hecho como las cigarras, cuyas hembras no cantan jamás!

—Si tal sucediera—replicó Lorenza—no podría asegurar a Vucencia, que camina siempre tan gallardo que no parece sino de veinte años.

—¡Lorenza, bien sé que mientes!; pero, ¡por vida del Rey, que me huelgo de oírtelo decir!

—¡Las truchas y las mentiras—declaró el de Aguilar—, cuanto mayores, tanto mejores!

—¡Calla, hijo, que razón tengo en contestar cuando me dicen que soy el peor hombre de la Corte que sí lo sería a no existir tú, que me mejoras en parte!

La carcajada que siguió a este chiste, uno de los más familiares de Frigiliana, y tanto más notable cuanto que encerraba una profunda verdad, apenas si fué oída por Jenaro de Pereda, quien desde que se sentara a la mesa veía desaparecer con creciente espanto cuanto poseía, como si un genio maléfico se propusiese despojarle de todos los escudos que un instante fueran de su propiedad.

Indiferentes en tanto los demás señores a los azares del juego, de acuerdo con la tradicional flema española, generalizábase cada vez más la conversación, escuchándose la voz del Conde de Écija, que refería la visita del Ministro francés al Secretario general del Despacho, D. Antonio Ubilla, verificada aquella misma noche, para quejarse de los insultos recibidos por el Embajador en la fiesta de Santiago el Verde.

Era el Conde de Écija una de las figuras más curiosas de aquella Corte, y, aunque de excelsa cuna, su reputación no pasaba de mediada, tanto en lo referente al valor como a la sinceridad de sus actos. Libertino hasta la médula; vicioso, como gran parte

de sus congéneres; inteligente, aunque desprovisto en absoluto de instrucción, accidente propio a la mayoría de los Grandes españoles, considerábasele generalmente como el prototipo de los egoístas, que sólo miran su conveniencia en todo y que son capaces de sacrificar cualquier escrúpulo al logro de sus ambiciones. Perspicaz en extremo para adivinar el rumbo de la fortuna, acercábase siempre al sol que más calentaba, y su intimidad o privanza con alguien eran signos indudables del futuro encumbramiento de éste.

La anécdota del Sotillo, referida por el ingenio sutil de aquel hombre, desfigurábase por completo, mostrándola como una ofensa hecha a la dignidad de Luis XIV, que hubiera podido dar al traste con la paz de todas las Potencias de Europa. Flora, que había asistido a la escena, no pudo menos de rectificar las afirmaciones de Écija, asegurando que las cosas habían sucedido de modo muy diferente, pues sólo un desconocido, y por cierto de aire bien principal, constituyó el obstáculo que a sus desaforados gritos encontraron los alborotadores.

Comenzó entonces la discusión sobre la calidad de aquel enigmático y valeroso personaje, que seguramente debía ser algún partidario del bando austriaco, terminando Écija por declarar que el asunto había pasado al Consejo, encomendándose el informe del caso a la rectitud de Su Eminencia el Cardenal Portocarrero, varón santo, cuyas claras y reconocidas virtudes no tardarían en derriamar luz sobre el misterio.

Aquellos desmesurados elogios de la persona del Cardenal molestaron al Conde de Aguilar, que odiaba al Arzobispo, y que se apresuró a interrumpir con su agria voz:

—Ya salió a relucir el ginovés en tu boca, Écija;

que por cierto me sorprendía no haber oído su nombre desde que entraste en esta casa. Nada diré contra Su Eminencia hasta ver el milagro que de sus manejos resulte; pero lo que sí quiero prevenirte es que no repitas tanto eso de las virtudes de Portocarrero, pues aquí mi padre podrá contarte lo que sucedió en Roma, cuando él estaba allí y Portocarrero era joven, con una famosa Duquesa de Bracciano, que ahora lleva el título de Princesa de los Ursinos.

Protestó Écija de la calumnia en tono airado, diciendo que todo aquello no eran sino chismes del populacho y de la camarilla austriaca de la Reina, enemiga de la influencia que el Cardenal disfrutaba con Su Majestad; insistió Frigliana en el rumor de los amores, contando con indiscutible gracejo varias desvergonzadas anécdotas, que deleitaron a las damas, y, por fin, Taurisano, cuya experiencia de las cosas de Italia era conocida, fué reclamado por Écija como testimonio de la falsedad de tales ignominias.

El Príncipe, que desde el comienzo de los cuentos del Conde había dado señales de impaciencia, hirviendo en deseos de declararse autor del ataque a los lacayos de Harcout, vióse colocado en difícil situación al contemplarse como árbitro de la reputación de Portocarrero, pues bien claro se presentaron ante sus ojos las consecuencias que de su respuesta podía obtener un hombre como Écija.

Por ello, y echando el asunto a broma, prefirió esquivar el lazo que se le tendía, protestando de que su erudición amorosa no alcanzaba a tan apartadas épocas.

—Cierto que olvidaba—se contentó con decir Écija—que un burlador como tú tiene hartos con ocuparse de sus propias aventuras y tratar de aumentarlas cada día con nuevas e imposibles conquistas.

Prueba de ello son las apuestas que andan corriendo por la Corte sobre el nombre de tu actual pasión.

Estremecióse Taurisano de inquietud al escuchar tales palabras, pronunciadas con la mayor cordialidad, y trató de echar el caso a broma; pero el veneno había sido lanzado y no tardó en producir sus efectos.

Con la característica pesadez de las mujeres cuando se empeñan en averiguar algo, comenzaron las circunstancias a marear al Príncipe con sus preguntas, hasta que Jusepa, viendo crecer la nerviosidad de Taurisano, cuyo carácter pronto e impetuoso conocía, exclamó, apartándolas de su lado:

—Vaya, no seáis impertinentes ni molestéis a Su Excelencia, que si la dama existe, será tal que antes se dejará matar que declarar el nombre, como hacen todos los caballeros de su clase.

—¡Dejadle, muchachas, que tiene razón Jusepa! —gritó también la Jerónima—. Hablad de otra cosa, o que el Conde de Écija nos cuente una de esas historias picantes que tanto nos divierten.

—¿Y por qué vamos a cambiar de conversación ni a qué respeto faltamos con ello?—repuso la Portuguesa, a quien la manifiesta indiferencia del Príncipe había agriado en contra suya—. ¡Me figuro que el amor del caballero no será la Reina doña Mariana de Noeburgo, para que nos callemos!

Los ojos de Écija brillaron de alegría y los labios de Taurisano dejaron escapar un insulto al escuchar el augusto nombre de la esposa del Rey, profanado por aquella mujerzuela.

Mas, enardecida ésta y furiosa al verse tratada tan bajamente por su ex cortejo, irguióse en actitud amenazadora, derribando cuanto a su paso se oponía, y, parándose, a lo maja, en medio de la sala, exclamó:

— ¿Y qué tendría de particular que la Reina pu-

siera los ojos en un vasallo, si desde que llegó no ha hecho otra cosa sino servirnos de ejemplo a todas las malcasadas?

Las terribles palabras de la ofendida hembra resonaron en la asamblea como otros tantos truenos, que obligaron a los concurrentes a abandonar sus asientos, temerosos del sesgo que tomaba la conversación.

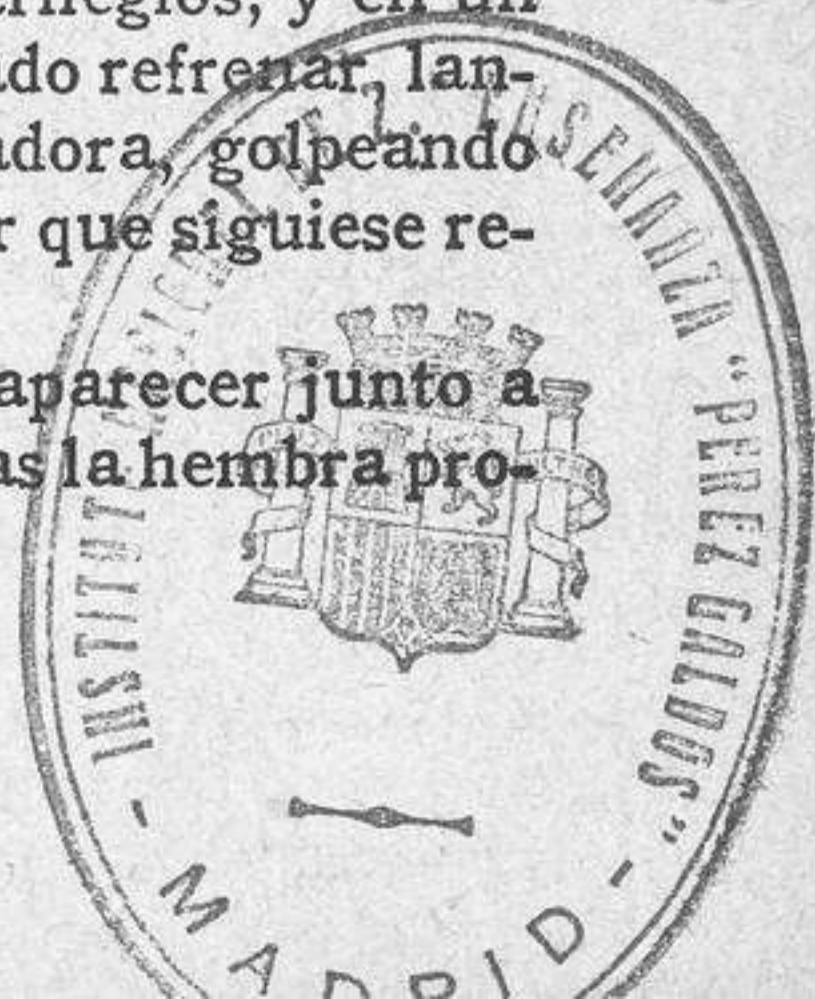
—¿Pues qué sucedió con el Príncipe de Darmstadt?—siguió escupiendo la bravía—. ¡Bien sabían en Alemania lo que se hacían al mandarle por segunda vez a Madrid! ¡La primera falló porque la Reina María Luisa no quería mas que a sus franceses, y pagó con la vida el desprecio que hizo del enviado! ¡Pero con esta alemana la cosa quedaba en familia y lo que urgía era un Príncipe de Asturias que nos asegurase los reinos!

—¡Calla! ¡Calla!—rugió Taurisano, conteniéndose para no golpear a la mujer.

—¡Cómo me voy a callar, tesoro, si esto no es mas que el principio!—continuó la Portuguesa—. ¡Después del de Darmstadt, vino mi señor el Almirante, que era planta demasiado marchita para que diera fruto! ¡Tras de él, el cojo y el italiano Mateuchi; eso, que sepamos! ¿Qué tiene de particular entonces que ahora le toque el turno a otro Príncipe, tan gallardo como el primero y con mucho más arrojo para conseguir cuanto se proponga? ¿No está aún vivo Carlos II y el testamento por publicarse?

Ciego de ira al escuchar tales sacrilegios, y en un momento impulsivo que no le fué dado refrenar, lanzóse Taurisano contra la calumniadora, golpeando con la diestra su rostro para impedir que siguiese repitiendo infamias.

Recibido el bofetón, no tardó en aparecer junto a la nariz un hilillo de sangre, mientras la hembra pro-



rrumpía en denuestos mezclados con sollozos y gemidos, repitiendo sin cesar.

—¡Cobarde! ¡Es verdad!, ¡verdad! ¡Todo Madrid lo sabe! ¡Pegar a una mujer! ¡Cobarde! ¡Así sois todos, grandes y pequeños!

Chillaron las mujeres, agrupadas en torno de la compañera; agitáronse los hombres, diversamente impresionados, y Jenaro corrió a ponerse al lado de su protector, que, pálido por la emoción y arrepentido ya del brutal, aunque merecido castigo, enjugaba con un pañuelo el sudor que humedecía su frente.

En aquel momento parecióle notar al mozo que el semblante del Conde de Écija reflejaba disimulada satisfacción por la escena.

Taurisano debió de notarlo también, o suponerlo, porque, recobrando su altivo continente, aproximóse hacia donde los señores cuchicheaban y exclamó con acento de desafío:

—¡Ya acabáis de ver cómo en un punto permite el Cielo que pueda olvidarse la más noble sangre de lo que a su hidalguía corresponde, cuando ve escarnecido y arrastrado por el fango lo que más sagrado debe ser para nosotros, el honor de nuestros Reyes! ¡Hace unas horas me vi forzado también en el Sotillo a desenvainar la espada para contener los desmanes de unos miserables, pagados por el Embajador de Francia, que se atrevieron en vida de nuestro Soberano a vitorear otro Monarca! ¡Que a tales extremos hemos llegado en esta desventurada tierra! ¡Juzgad, pues, de lo que será capaz mi corazón si en lugar de una débil mujer o de unos bellacos asalariados se atreviese un igual a mí a manchar su boca haciéndose el mantenedor de semejantes torpezas.

Al terminar de decir estas palabras reinó profundo silencio en la habitación, interrumpido únicamente por los sollozos de la Portuguesa.

Al fin, el Conde de Frigliana, con su marrullería de viejo, interrumpió la embarazosa escena diciendo alegre:

—¿Conque fué el señor Príncipe de Taurisano el héroe de la aventura de Santiago el Verde? ¡Buena lección para el Embajador y para Su Eminencia! ¡Pero qué locura de muchacho exponerse a un disgusto por culpa de cuatro malandrines! ¿Quién piensa en dar importancia a semejantes bagatelas? ¿No las cantan a las puertas de Palacio o las pegan escritas en sus paredes? ¡Se acabó el antiguo respeto, querido Próspero, y ése es uno de los peores signos de las mudanzas de los tiempos! ¡Ea, venga un poco de baile, muchachas! Comience esa zarabanda famosa, a ver si pega fuego en las personas honestas, como dice el cronista. ¡Jusepa, anima a la gente! ¡Damián, una letrilla! ¡A recordar tus triunfos, bella Flora! ¡Y tú, Príncipe, corre a estrechar entre tus brazos a la Portuguesa, que si te ha dicho algo que no debía, sólo fué herida por los celos y resentida por la frialdad con que desde tu llegada la trataste! ¡Música! ¡Música! ¡Que yo me encargo de volver sordo al Corregidor si corre la multa!

Rompieron las castañuelas el baile, al compás de las guitarras; comenzó el lascivo contoneo de los cuerpos, ejecutado con la maestría en que eran célebres Jerónima y Mariblanca; y en tanto que las hembras se aproximaban a sus respectivos galanes, dirigióse Taurisano donde la Portuguesa permanecía abnegada en llanto, y con frases corteses le presentó una rica sortija que se sacó del dedo, y que tuvo la virtud de disipar los últimos gemidos de Petronila, no tardando mucho tiempo en participar ésta también, con su natural ímpetu, del regocijo de la compañía.

Cuando mayor era el bureo y, olvidados del cie-

lo, sólo pensaban los concurrentes en los goces de la tierra, escuchóse de pronto la caída de dos cuerpos, seguida de gritos y protestas.

Interrumpiendo el barullo, dirigieron todos la vista hacia el lugar donde venía el estruendo, e inmediatamente prorrumpieron en carcajadas.

Era el Duque de los Cameros, que al despertar de su sueño, e imaginando tener siempre al lado a la gentil Mariblanca, se había abrazado de uno de los músicos y venido al suelo con él, prodigándole sus ternezas y quejándose de su inconstancia, con toda suerte de juramentos y protestas amorosas.

.....

X

Cuando Jenaro regresó a las casas de Portocarre-ro, sitas en la calle de Santo Domingo, junto a las de Oropesa, era ya entrado el día, y la multitud de clérigos, pretendientes y visitantes había invadido desde muchas horas atrás el portalón, el zaguán y las antecámaras, gracias a lo cual pudo penetrar el desordenado mozalbete y subir hasta su camaranchón, ubicado en la señorial torrecilla del edificio, desde donde se divisaba curioso panorama de tejados, cúpulas y azoteas.

» No se detuvo, por cierto, el mancebo en admirar aquella perspectiva, sino que, rendido y agotadas sus juveniles fuerzas por los excesos de la noche anterior, desengañado del prestigio de los poderosos al contemplar de cerca sus flaquezas, y sin una moneda en los bolsillos, cayó, vestido y todo, en el miserable lecho que constituía el principal mueble del cuarto, quedando al instante profundamente dor-

mido, con ese sueño irresistible y reparador que sólo la juventud es capaz de proporcionar a sus favorecidos.

No duró mucho, sin embargo, el descanso, pues a eso de las dos de la tarde penetró en el altillo el hermano Benigno, familiar y criado de Su Reverencia el Canónigo Urraca, para comunicar al mancebo que D. Antonio le esperaba en su despacho.

Al escuchar tan inesperado mensaje arrojóse Jenaro inmediatamente de la cama, dirigiéndose hacia el cojitranco aguamanil que en un rincón procuraba mantenerse derecho, y, tras de refrescarse el rostro con varios chapuzones y pasar el medio peine que constituía su ajuar por las revueltas guedejas, desapareció en dos saltos, escaleras abajo, dejando absorto al lego, que se santiguó devotamente ante aquella incomparable diligencia.

Los ímpetus y la serenidad del mozo disminuyeron, sin embargo, al encontrarse frente a frente con su tío y advertir el ceño que fruncía el rostro del Canónigo.

Era D. Juan Antonio Urraca, elevado por sus méritos y perseverancia al eminente puesto que disfrutaba en el gobierno de la mitra Primada de España y en la amistad del Arzobispo, uno de esos caracteres que, identificados en absoluto con su profesión y dedicándole todos los esfuerzos, consiguen realizar casi siempre el objeto de sus ambiciones. De origen cercano al pueblo y en contacto con éste desde su infancia, conservaba aún en su semblante moreno, espesísimas cejas, abultados labios, chispeantes ojos y abundoso y crespo cabello aquella expresión de reposada astucia, perpetua desconfianza e inquebrantable tesón que distinguieron siempre a los campesinos de Toledo, dulcificada gracias a los hábitos del disimulo y deseo

de agradar, adquiridos en una larga práctica del mundo y de su sagrado ministerio.

Tras algunos paseos silenciosos por el cuarto, el reverendo acabó por sentarse junto a la enorme mesa de trabajo y, encarándose con Jenaro, comenzó a expresarse del siguiente modo:

—Bien sabes que por voluntad expresa de tu madre consentí hace tres meses en traerte aquí y buscar una salida a tus ambiciones, dada tu negativa a seguir la carrera de la Iglesia, única que ofrece iguales ventajas en España a todos los mortales.

Jenaro quiso hablar, pero el Canónigo continuó:

—Desde que estás aquí, y sin que te dieras cuenta, he procurado estudiar tu carácter, con la esperanza de que, ya que en lo físico eres tan distinto, pudieran coincidir nuestros humores. Por desgracia, todas mis esperanzas han resultado fallidas, descubriendo únicamente en ti una sensibilidad más femenina que varonil, incertidumbre y falta de fijeza en tu ser, desinterés e indiferencia por cuanto se refiere a grandes empresas, y atracción y gusto por las que se compaginan con la ostentación y la vida ociosa; finalmente, un alejamiento evidente por los lugares religiosos y las amistades serias, que te han hecho olvidar en algunas ocasiones, y especialmente en la noche última, el respeto que a mí y a la casa en que vives nos debes, dejando de recogerte en ella a la hora honesta y acostumbrada en que se cierran sus puertas.

Anonadado Jenaro ante la severidad de aquellas palabras y sorprendido por el descubrimiento de la reciente calaverada, clavaba los ojos en el suelo, sin atreverse a levantarlos, de miedo que el sagaz Urraca leyera en ellos las huellas de sus últimos errores.

—No pretendo al expresarme así—siguió dicien-

do éste—condenar en absoluto tus sentimientos ni contrariar tus inclinaciones en lo que tienen de honesto, aunque me parezcan prematuros unos y otras. La niña de Solís y tú sois aún muy jóvenes para formalizar lo que no puede mirarse sino como juegos y travesuras de muchachos. Bien sé que entre los estragos de los nuevos usos hanse generalizado los matrimonios de criaturas apenas salidas de manos de sus nodrizas y ayos; pero esto, que sólo se explica entre grandes señores por la necesidad de conservar las Casas, no es aplicable a tu condición ni a la de Casilda. Y ya que hablamos de Casilda, permite que te diga que no demostraste el mejor acierto en tu elección, pues la doncella, aunque medianamente agraciada, sólo piensa en composturas y afeites, como es natural que suceda con la fatal educación recibida al lado de su tía doña Matutina, a quien no sé si conoces y sobre la cual convendrá que me exprese con toda claridad.

Al llegar a este punto y ver a la tierna Casilda tan injustamente tratada, ganas le dieron a Jenaro de arrollar por todo y responder al Canónigo en la forma que merecía su descomedimiento. Mas, sin dejarle tiempo de tomar la palabra, continuó aquél:

—¡Doña Matutina! ¡Si tú conocieras, como yo, los antecedentes de esa mujer, a buen seguro que no te habrías acercado a lo que de algún modo se relaciona con ella! Camarista de la Reina Madre, doña Mariana de Austria, fué la tía de Casilda una de las partidarias más entusiastas del Duende de Palacio en los albores del valimiento de éste; graciosa, atrevida, conceptuosa en el decir e infatigable en la intriga, gozó un momento de privanza con Su Majestad, de esos que el capricho de los Príncipes concede a sus menores sirvientes, causando más de cuatro enojos al bastardo Don Juan de Austria con

sus enredos y embelecocos de todo orden. A poco sobrevino la derrota y el destierro de la Reina a Toledo. Entonces nos conocimos doña Matutina y yo, recibiendo de sus labios confidencias preciosas respecto de personas y cosas de la Corte... ¡Qué lejos me parece todo aquello!... ¡Don Juan! ¡La Reina!... ¡Todos muertos!, ¡todo cambiado!... El regreso de Doña Mariana a Madrid y el primer casamiento del Rey iniciaron la desgracia de doña Matutina. ¡La privanza de los Reyes es tan caprichosa en la elección como en el abandono!... Desde entonces comenzaron para la Solís los malos tiempos, y su fortuna fué derrumbándose hasta llegar al deplorable estado en que la vemos. A pesar de tanto desengaño, tan arraigado está en su ánimo el instinto palaciego, que el principal anhelo de toda su vida consistiría en penetrar de nuevo en el Alcázar, sin cuya atmósfera no puede vivir. Desde los desvanes de Uceda, a los que se aferra con todas las fuerzas de su voluntad, contempla a todas horas las torrecillas de la Casa Grande, objeto supremo de sus envidias y sus ansias, aunque todas las influencias y la perseverancia que ha puesto en juego para conseguir un puesto en ella hayan resultado hasta ahora inútiles. Yo mismo, que en el fondo me intereso por la Solís, y que me hubiera constituido un auxiliar inapreciable y seguro en Palacio, me he estrellado ante la negativa irrevocable de Carlos II a encontrarse de nuevo con la antigua confidente de su madre. ¡Ya ves tú: un Monarca cuya vida es una serie de debilidades y concesiones, que reserva su energía y su voluntad para un asunto de escaleras abajo, movido quién sabe por qué secretos resentimientos o qué penosos recuerdos!

Sorprendido ante el inesperado giro de la conversación, el despecho de Jenaro habíase ido trocando

en atención profunda, pareciéndole adivinar a través de las herméticas palabras del Secretario de Portocarrero muchas cosas más de las que éste decía, como si hasta él llegara una ráfaga de marchitos amores y olvidadas memorias, de cosas desvanecidas y condenadas a sepultarse en el secreto de las conciencias austeras.

—Por desgracia—siguió Urraca—, la única esperanza que cabe hoy a la tía de Casilda consiste en la sentencia de un pleito que sostiene en Zaragoza, y que si se fallara a favor de su pupila convertiría a tu ídolo en una rica heredera. Pero los fueros de Aragón son soberanos, los procedimientos lentos y los enemigos de Casilda poderosos y obcecados: de modo que es posible, y aun probable, que nos muramos todos sin ver el fin, mientras el papel sellado se amontone y rivalice en altura con la Torre Nueva. A pesar de tanta contrariedad y tanto decaimiento, no creas que doña Matutina haya disminuído su orgullo ni sus pretensiones. En el fondo, a todos nos desprecia; tu calidad como futuro de Casilda le parece muy poca cosa, y sólo le atrae en ti la influencia que por mi mediación pueda concederle el Cardenal. ¡Eso sí!: para llegar a merecer la confianza de Su Eminencia no hay en cambio oficio que no esté dispuesta a desempeñar, ni comisión que le parezca indigna, y por ello, te confesaré que algunas veces nos servimos de ella, mediante algún estipendio, para pequeños asuntos confidenciales imposibles de ser desempeñados por un hombre.

—¡Basta! ¡Basta, señor!—interrumpió por fin Jenaro, a quien aquellas revelaciones avergonzaban doblemente, no sólo por confirmar sus vagas sospechas sobre la condición y falta de escrúpulos de doña Matutina, sino porque empañaban de rechazo el nombre de Casilda—. ¡Basta! ¡Que tal pintáis a

esa mujer que acabaréis por hacerme renegar del día en que la conocí! Pero si lo anterior es verdad, yo le juro a Su Reverencia que la sobrina no se parece en nada a la tía, y que si calla y apenas se atreve a levantar los ojos delante de ella no es sólo por cortedad, sino por el disgusto que le inspira la manera de ser y obrar de su tutora. En cuanto a lo que a mí toca, razón tenéis, señor tío, en echarme en cara mi ociosidad e ingratitude. Mas servíos ponerme a prueba confiándome algún trabajo o indicándome algún camino que pueda seguir, y os venceréis de mi buena voluntad.

—Aquí te quería justamente traer—repuso el Canónigo con presteza—, y si te he dicho cuanto oíste, fué para mostrarte el abismo que se abre a tus pies. Efectivamente ha llegado el momento de que comiences a trabajar para conquistarte esa posición con que tu madre sueña. Aguza, pues, tus oídos y tu entendimiento, en la inteligencia de que has de prometer por el Cristo crucificado que nos escucha guardar profundo y absoluto secreto sobre cuanto oigas y en adelante salga de mis labios.

Impresionado por el tono con que Urraca pronunció las últimas palabras, no pudo menos Jenaro de responder con un gesto afirmativo, extendiendo la mano hacia el crucifijo de talla que presidía la mesa, junto a la escribanía y el breviario de su tío.

XI

—Has de saber—comenzó a explicar éste, en tono más bajo, y después de cerciorarse de que nadie les podía oír—que en los actuales momentos se preparan grandes acontecimientos y mudanzas en España. La Corona, tan probada por Dios en los

últimos años, necesita ofrecer al Cielo el sacrificio más costoso a su corazón, en holocausto al bien de sus vasallos y a la integridad de su herencia. Para consumir tan gigantesco esfuerzo precisábase la autoridad de un hombre que pudiera influir con sus luces cerca de nuestro Monarca y a quien le correspondiese después desempeñar el primer papel en el nuevo orden de cosas. Comprenderás que al hablar así me refiero a mi Eminentísimo Prelado y Señor, el Cardenal Portocarrero, y no es éste el momento de referirte la serie de circunstancias que fueron precisas para que ese modelo de rectitud, que al principio sustentara la opinión más generalizada en la Corte, evolucionase y terminara por cambiar en secreto de parecer, erigiéndose al cabo en mantenedor y propagandista de la nueva solución, impuesta por la necesidad y la conveniencia. Empeñados desde entonces, cuantos le servimos, en la más terrible lucha, puesto que se trata de volver las cosas del revés y convertir en nuestro mejor amigo al que hasta ayer constituyó nuestro enemigo más encarnizado, aun queda mucho espacio que recorrer y no nos consideramos bastante fuertes para arrojar el guante a los contrarios y desafiar públicamente su poder. En tales condiciones, y no obstante la creciente importancia de nuestro partido, necesitamos de auxiliares inteligentes, dóciles y, sobre todo, muy reservados, que sepan ver, oír y callar, guardando el incógnito en cuantas misiones se les confíen. Ahora bien: entre los centenares de personas de que hubiera podido disponer me he fijado en ti, mi único sobrino, para ofrecerte esta ocasión de introducirte en los negocios. Su Eminencia necesita un nuevo empleado que venga a ser como traductor o copista de su cámara privada. En tu mano estriba, pues, el conquistar mi aprecio y conseguir que se

abran ante ti las puertas de ese mundo por que suspiras y que hasta ahora desconoces. ¿Puede contar el Cardenal con tus servicios? Tu porvenir depende de la palabra que pronuncien tus labios. Piénsalo bien, y después respóndeme.

El buen sentido de Jenaro dióse perfecta cuenta de la importancia de aquel momento, y los pocos minutos que tardó en contestar sirviéronle para consultar *in mente* con las personas y afectos que ocupaban algún lugar en su vida.

Aunque poco explícito Urraca y manifestándose por enigmas, comprendió de sobra su sobrino que el Canónigo le proponía la incorporación a uno de los dos grandes partidos en que se encontraba dividido el reino con motivo de la sucesión de Carlos II, y que este partido era el de los Borbones, descendientes de las Infantas Ana y María Teresa de Austria.

La indiferencia absoluta del rapaz por uno y otro bando, a pesar de las continuas discusiones escuchadas sobre el particular desde su llegada a la Corte, impedíale formar juicio ni mostrar inclinación por ninguno de ellos.

Pero tratábase de justificar las esperanzas de su madre, a quien adoraba; tratábase también de conquistar el *aurea mediócritas* que le pusiera en posesión del cariño de Casilda; tratábase, por último, de comenzar su existencia de hombre libre, consciente y responsable de sus actos.

Hubiérase presentado semejante oportunidad dos días antes de las novelescas aventuras del Sotillo, y no encontrara Jenaro palabras bastantes para agradecer la impensada fortuna que convertía en realidad los ingenuos sueños y modestos proyectos compartidos por Casilda.

Mas la perturbadora aparición del Príncipe de Taurisano en su tranquila existencia, y el reciente

y desalentador descubrimiento de las intrigas y claudicaciones de la Solís, habían conseguido trastornar en pocas horas todos los pensamientos del hijo de D.^a Aldonza, introduciendo en su corazón y en su cerebro las más diversas controversias.

Entre el mundo que la noche anterior levantara la punta del velo ante sus deslumbrados ojos y la sociedad mezquina, interesada y vulgar que representaban Urraca y todos sus secuaces, era menester elegir sin vacilaciones y sin distingos. «¡No más Príncipe!—decía a Jenaro su razón—. ¡No más paseos ni diversiones entre personas superiores a tu clase, que acabarán por corromperte y convertirte en un holgazán vanidoso, como la muchedumbre de hidalgos que pululan por la Corte, o en un gentil-hombre capigorrón y pendenciero de los que pueblan las antesalas de los Grandes!»

Todo aquello era la evidencia, y, ¡sin embargo!...

La voz ruda e impaciente del Canónigo vino a interrumpir las reflexiones del mozo.

—Vamos, hombre, ¿qué decides? Si te desagrada el trato, no tienes mas que declararlo y mañana mismo te puedes volver a Toledo.

Aquellas palabras, que aventaban todas las quimeras de la imaginación del pobre adolescente, acabaron de demostrarle la realidad de su vida tal como el destino la ordenaba, y, forzado por las circunstancias, despidiéndose con un gran suspiro de todo lo que en su mente consideraba como fantasía y prohibido encanto, inclinóse murmurando:

—Su Reverencia manda en mí como en su servidor, y espero que nunca tendrá que arrepentirse por haber depositado su confianza en este humilde muchacho, que sólo desea honrarle y complacerle.

La suerte estaba resuelta, y ante aquella sumisión tan completa, el autoritario Urraca, que, con todo su

talento, no podía adivinar lo que sucedía en el interior de Jenaro, contempló con benevolencia la juvenil apostura del mozo que ante él doblegaba la fina cabeza, orlada de rubios bucles.

—¡Enhorabuena!—murmuró al cabo de un rato—. Ahora es menester que confirmemos la gracia y recibas la bendición de Su Eminencia. Acompáñame.

Y sin hacer caso de la emoción que el inesperado anuncio producía a Jenaro, levantóse rápidamente el Canónigo, haciendo un signo al joven para que siguiera sus pasos.

En lugar de trasladarse directamente a la sala en que acostumbraba el Primado a conceder sus audiencias, tomó D. Juan Antonio el camino más largo, saliendo a la espaciosa galería que rodeaba al patio, y, sin hacer mayor caso de las reverencias y genuflexiones con que era saludado por eclesiásticos y seglares, metióse por una puertecilla vecina al salón de pajes, atravesando después varios aposentos llenos de gente, hasta penetrar en una sala algo reducida y adornada con bastantes cuadros, donde dos frailes conversaban animadamente con un señor Obispo y algunas dignidades toledanas.

Mientras D. Juan Antonio se incorporaba al grupo, que le recibió con grandes muestras de amistad, Jenaro, algo apartado, continuaba pensando en el acontecimiento que iba a cambiar su vida y a comprometerle para siempre en las filas del partido que según su tío se disponía a salvar a España de la ruina que la consumía.

¡Por fin, y dentro de algunos minutos, sería le dable saciar su curiosidad y conocer a aquel insigne personaje que hasta entonces sólo contemplara de lejos, como una visión de fuego, de quien todo Madrid hablaba, reconociendo generalmente sus virtudes y buena intención!...

XII

Entretenido con estos pensamientos y la novedad de los lugares, apenas si se dió cuenta el joven de la desaparición de los visitantes, y su sorpresa no reconoció límites al descubrir al orgulloso Urraca entreabriendo con gran sigilo la mampara de damasco rojo que comunicaba con las habitaciones del Cardenal, para enterarse de lo que sucedía en el interior.

—Quería ver si Su Eminencia estaba solo—murmuró al fin, dirigiéndose al mancebo—. Pero aun permanecen con él los señores Marqués de Villafranca y Conde de Santisteban del Puerto, del Consejo de Su Majestad; así, que me parece tendremos para rato.

Sin saber qué responder, iba a dirigir el sobrino una pregunta sobre el objeto de aquella visita tan importante, cuando aparecióse en el cuarto, viniendo del salón de los pretendientes, un caballero en quien al punto reconoció Jenaro al Conde de Écija, que adelantó hacia Urraca con grandes cortesías, sin reparar siquiera en el joven, inadvertencia que éste atribuyó a su buena estrella, pues ningún deseo tenía de ser identificado por el noble señor, sobre todo en presencia del reverendo, que ignoraba aún los sucesos ocurridos en la casa de la calle de Cantarranas.

Decidido a mantener la ignorancia del Conde, retiróse Jenaro algunos pasos, volviéndose de espaldas para guardar mejor el rostro y sumiéndose aparentemente en la admiración de una pintura de la escuela de Carreño, que representaba un guerrero a caballo, protegido por una Victoria alada, que, bajando del cielo, publicaba a los vientos, por medio

de la trompeta de la fama, los hechos y los triunfos del glorioso personaje.

Sin fijarse por el momento en éste, y a pesar de la distancia que le separaba de su tío y de Écija, la curiosidad de Jenaro pudo más que todos los respetos, y, aplicando el fino oído a la conversación, trató de sorprender algunas frases que le pusieran en la pista del verdadero carácter de aquel hombre, en quien sospechaba uno de los peores envidiosos de la fortuna y gloria de Taurisano.

Lo primero que causó extrañeza en el cándido sobrino de Urraca fué la total mudanza de maneras del Conde al encontrarse en el palacio de Portocarrero y conversar con el privado de éste. Su corrección, el atildamiento de sus frases y la sencillez de sus gestos contrastaban notablemente con la satírica intención y licencioso hablar puestos de manifiesto la noche anterior en casa de la comedianta.

—¿Lo ve? ¿Lo ve Su Reverencia?—decía en tanto el Conde—. Ya sabía yo que éstos estaban en el ajo: como que fueron los primeros de los cinco. Y los demás caerán cuando llegue la hora. Es cuestión de tiempo y paciencia. Por de pronto, los que están ahí son los más importantes. Santisteban, a pesar de su pereza y de las vueltas de su carácter, es el mejor hombre de Estado que tiene el Consejo y el menos apegado a las máximas antiguas y a las etiquetas de Palacio, y Villafranca, además de su puesto de Mayordomo mayor, es, con Villena, el hombre más considerado por todo el mundo.

Urraca contestó algunas palabras que Jenaro no pudo oír, pero sí la respuesta de Écija.

—No lo temáis. Su Eminencia los convencerá también, y si los gana tenemos asegurado el triunfo. El único irreductible será siempre Taurisano, y aun para ése se me ha ocurrido un medio...

Al escuchar aquel nombre, Jenaro, siempre de espaldas, dió un paso para acercarse y escuchar mejor; pero su presencia debió de llamar entonces la atención del Conde, pues el mozo notó que el caballero se volvía hacia él y preguntaba algo en voz baja.

La respuesta de Urraca pareció tranquilizarle, mas ninguna otra frase completa pudo llegar ya a sus oídos, manteniéndose la conversación en voz muy queda.

Una vez le pareció volver a escuchar el nombre de Taurisano, pronunciado por el Conde, así como el de la Reina y el de Colonna, interrumpidos por discretas risotadas del Canónigo. Al cabo de algún tiempo se oyeron voces en la habitación del Cardenal, y apenas hiciéronse perceptibles, desapareció con presteza el de Écija, precipitándose Urraca hacia la roja mampara, que giraba sobre sus goznes dorados, para salir al encuentro de los dos Grandes, a quienes despedía Portocarrero desde adentro.

Sin poder contenerse esta vez, volvióse Jenaro también para examinar los personajes que tan alto lugar ocupaban en la Corte. El que marchaba primero, anciano venerable que podía contar setenta años y que en su traje y solemnes ademanes proclamaba su apego a todo lo ranciamente español, debía de ser el Marqués de Villafranca, Mayordomo mayor de la Reina; el otro, pequeño de estatura, suelto de movimientos, de vestido más a la moderna, y que al pronunciar algunas frases de adiós al invisible Portocarrero demostraba un absoluto dominio del mundo y del buen decir, no podía ser otro que D. Francisco de Benavides, Conde de Santisteban del Puerto, famoso por el interés que siempre demostrara en la fortuna de cualquier pariente.

Mientras los consejeros desaparecían, acompaña-

dos por el obsequioso Urraca, los ojos de Jenaro volvieron a fijarse en el retrato aparatoso y teatral del guerrero conducido por la Victoria, donde el pintor había acumulado toda clase de alegorías y emblemas de la omnipotencia, de la abundancia de bienes y de la protección a las artes y a las letras.

Examinando con atención el rostro, reconoció al fin en las facciones del pomposo héroe al desventurado Carlos II, convertido por obra del adulator pincel en modelo de jinetes apuestos, cubierto el mezquino pecho por damasquina coraza, tocada la deforme cabeza con gran sombrero de plumas, sosteniendo el bastón de mando en una mano y dominando con su férreo brazo los ímpetus del corcel que se encabritaba ante el abismo abierto delante de sus cascos.

A la vista de tal imagen, que tan bien correspondía a la prosa oficial, al lenguaje de las gacetas, a las dedicatorias de los libros, a las hipérboles cortesanas y al honrado convencimiento de no pocos entusiastas de la Monarquía, Jenaro no pudo menos de pensar en la miserable existencia de aquel grande de la tierra, tan envidiado de todos y tan digno de lástima.

.....
 El ruido de una campanilla agitada con fuerza vino a distraer al mozo de sus pensamientos; Urraca, que en aquel momento entraba con el júbilo pintado en el rudo semblante, agarró del brazo a su sobrino y le empujó dentro de la cámara de Portocarrero, diciendo, con voz respetuosa y dulzona:

—Señor, aquí tiene Vuestra Eminencia a mi sobrino, de quien le he hablado y que desea besar vuestro anillo.

—Entra, Urraca, entra—murmuró al fondo una voz afable—. ¿Encontraste a Santisteban y al Marqués? Acércate, muchacho, no tengas miedo.

Y Jenaro se encontró delante del hombre más importante de España, que sonreía desde su sillón, alargándole una mano en que brillaba enorme esmeralda, que el mozo rozó con sus labios al tiempo que caía de rodillas ante el Príncipe de la Iglesia.

XIII

Contaba en aquella época el Arzobispo de Toledo D. Luis Fernández Portocarrero sesenta y nueve o setenta años de edad, y su figura alta, majestuosa y llena de nobleza imponía por su aire venerable y la inconfundible distinción de raza que de ella emanaba. La cabeza, de regulares facciones, que en su juventud coronaron negros rizos y vióse adornada por fino bigote y puntiaguda barba, brillaba en 1700 por su placidez y viveza, cubierta por la nieve de sus cabellos.

Mientras Jenaro continuaba en su reverente postura, impresionado por la escena y aguardando con ansiedad las palabras del Purpurado, prosiguió éste, dirigiéndose siempre a Urraca y aspirando una porción de tabaco en polvo:

—¿Qué opinión sacaste de Villafranca? Santisteban, que es zorro viejo, y mucho más listo, dice que por el momento conviene seguir guardando el mayor secreto hasta ver el efecto que produce el conocimiento del último tratado de repartición, y que tiempo habrá de hablar a todos, pues mientras el Almirante siga haciendo de las suyas en Granada no hay que temer de los demás, que son incapaces de tomar ninguna resolución.

En lugar de responderle directamente, debió el Canónigo favorito indicarle al arrodillado mancebo, pues cambiando de tono, y adoptando el habitual al

despachar audiencias, murmuró con bondad un poco afectada:

—Levántate, hijo. Ya me han dicho que, aunque alejado de nosotros, eres buen cristiano y posees letras y humanidades aprendidas en Italia. Yo también estuve por allí bastantes años en servicio de Su Majestad, y es un hermoso país, aunque no tanto como el nuestro. ¿Sabes latín?

—Sí, Eminencia—repuso el mozo, muy sorprendido por la pregunta.

—Bien, bien. El latín es uno de los conocimientos más útiles al hombre. ¿Conoces Horacio?

—Sí, Eminencia—volvió a contestar Jenaro.

—¡Bravo, bravo!—aprobó el Cardenal—. Pues ya que le aprecias, recuerda siempre una de sus máximas: *Fata viam inveniunt*. «Los destinos se abren el camino», y nunca lo olvides.

Jenaro, cuya memoria era excelente, no pudo menos de observar que el Cardenal se equivocaba en la cita, atribuyendo a Horacio una frase de la *Eneida*, de Virgilio, aplicable en muy distinto sentido; pero guardó profundo y respetuoso silencio.

Portocarrero continuó, en tono distraído, como si pensara en otra cosa, y volviendo a atiborrar su nariz de tabaco, que se derramó por labios y barba.

—Sin duda, como mozo, has de gustar otros poetas, y no te reprobaré siempre que no me hables de los que hubieran hecho mejor en romper sus plumas que en emplearlas en materias tan inútiles como nocivas.

Sin atreverse a interrumpir el silencio que sucedió a las anteriores palabras, Jenaro reflexionaba, a pesar suyo, sobre la diferencia de maneras y opiniones que existía entre el Jefe de la Iglesia española y los Prelados italianos que había tenido ocasión de conocer en Bolonia y Roma.

Indiferente el Purpurado a los juicios que pudiera formular el chiquillo, y convencido de que acababa de prestarle sobrada atención, dirigióse nuevamente a Urraca, como si reanudase el hilo de sus interrumpidos pensamientos.

—Mira—le dijo—, será menester que veas hoy mismo al confesor. Torres Padmota no me inspira ninguna confianza y se deja influir demasiado por el Inquisidor y los Infantado. A éstos ya sabemos cómo contentarlos. Pero si se realiza la jornada de Aranjuez habrá que tener cuidado. Benavente asegura que el Rey anda desazonado estos días y que ha principiado de nuevo con sus brusquedades y caprichos, maldiciendo a cada momento de los gabachos.

—Vuestra Eminencia conoce demasiado el carácter de Su Majestad, para alarmarse por una respuesta más o menos.

—Tienes razón—continuó el Purpurado—. Pero no sé qué mudanzas noto, que me hacen sospechar si existe algún medio de correspondencia entre Granada y el Alcázar. La Reina aparenta una seguridad inquebrantable y no habla sino de viajes, fiestas del Corpus y corridas de toros, afirmando que nunca disfrutó su esposo de mejor salud. Hasta parece que han llamado pintores para encargarnos no sé qué máquinas de tramoya. Sin duda debe de andar el Príncipe bonito en todas las intrigas. ¡Ah! ¡Si pudiéramos tapar la boca de ése, o alejarle como a Oropesa! ¡Entonces sí que estaríamos tranquilos!...

La mirada de Urraca advirtió al Obispo de la presencia de Jenaro, que escuchaba con avidez el diálogo. Volviéndose entonces hacia el joven, exclamó el Cardenal, en tono algo afectado:

—Tu tío me aseguró que posees el francés, el italiano y que puedes traducir el alemán, cosas muy

útiles en el puesto de confianza que vas a desempeñar cerca de nuestra persona. Confío en que estarás dispuesto a emplear en él todos tus talentos y no tardará en presentarse la ocasión de poner a prueba tu discreción. Trabaja con fe y con humildad, pues, como dijo el clásico: *Molliter austerum studio fallente laborem*. «El placer que proporciona el trabajo hace olvidar su fatiga.» Si te portas bien, algún día encontrarás la recompensa, y ese día será feliz para mí, por lo que me interesa cuanto se relaciona con el nombre que llevas.

Murmuró Jenaro algunas palabras de gratitud, que Urraca confirmó, y tras de besar nuevamente el anillo de Su Eminencia, salieron ambos de la estancia.

Cuando ya estaban cerca de la puerta, volvió a oírse la voz del Purpurado, que decía:

—No, tú no te vayas, Urraca, pues aun no te lo he dicho todo. Tu sobrino puede retirarse.

Tras la última reverencia cerróse la pesada mampara, y Jenaro se encontró de nuevo en el salón de pinturas, aturdido y sin saber qué pensar ni qué decir del personaje que acababa de conocer.

La impresión que Portocarrero le había producido en aquella brevísima visita era completamente distinta a la que su imaginación y sus esperanzas le hicieron concebir. Aquel hombre afable, noble, preocupado de chismes palatinos, respondía poco al modelo de gobernantes sagaces, cuya visión del futuro hace cambiar el destino de los pueblos.

» Semejaba demasiado a todos los demás grandes señores que sucesivamente habían ocupado el Gobierno del reino y contribuido a la ruina de éste. Uno más, superior, sin duda, en honradez e intenciones a los otros, pero encerrado, como todos, en la rutina de sus prejuicios y sus rencores. Con aquel

hombre se podía triunfar en una intriga cortesana, pero no disminuir la miseria y aniquilamiento del país.

Su misma desdeñosa benevolencia al recibir y acoger a los inferiores demostraba la ineficiencia de sus dotes como caudillo y la falta en su carácter de aquel poder sugestivo que caracteriza a los conductores de almas, quienes con dos frases o un gesto saben atraerse para siempre el corazón de sus secuaces.

Predicar el reposo y la astucia en lugar del arrojo y la acción al mancebo que por primera vez escuchaba sus inspiraciones, equivalía a destruir en el fondo de su espíritu todos los sueños que hacen apetecible el porvenir.

La figura del Príncipe de Taurisano volvió a presentarse ente Jenaro: ¡Qué diferencia de Portocarrero! ¡Tan joven, tan exuberante de vida y entusiasmo!

Con amarga melancolía lamentó el mancebo en aquel instante su precipitación al aceptar las proposiciones de Urraca y la barrera que en adelante separaría su vida de la del Príncipe. ¡Aquél sí que era un jefe para derramar hasta la última gota de sangre en su servicio, y no los acólitos del Cardenal, que acabarían por convertir a España en un inmenso cementerio, donde sólo se escucharan las campanas de las iglesias y conventos esparcidos por toda su superficie!

Desengañado de sí mismo, sintió Jenaro la necesidad de abandonar el mundo de ficciones que le ahogaba, de refugiarse en otra atmósfera más natural y menos viciada, de franquearse con alguien tan humilde y tan sincero como él!

El nombre de Casilda acudió a sus labios, y, sin poder resistir la necesidad de verla y oírla, voló del cuarto en que se hallaba, precipitóse por escaleras y

galerías, atravesó salones y zaguanes hasta encontrarse en la calle, y una vez allí, respirando con fuerza, echó a correr cuesta de Santo Domingo abajo en dirección a la calle Mayor, donde se encontraba el palacio de Uceda, morada de la elegida de su corazón.

XIV

Sin reparar en las personas ni oír siquiera las lamentaciones de los mendigos que le salían al paso, contraviniendo las severísimas órdenes de D.^a Matutina, atrevióse a llegar el galán al enorme portallón decorado con las armas de los Sandoval, y, penetrando dentro, sin preguntar a nadie el camino, comenzó a subir al último piso, donde, según las explicaciones de Casilda, se hospedaban los antiguos criados de la difunta Reina madre.

Llegado allí, detúvose un instante, dudoso sobre la dirección que debía tomar en aquel laberinto de puertas y ventanas, hasta que la alegre voz de su novia, que cantaba a lo lejos, guióle hacia las habitaciones ocupadas por las Solises.

Exponiéndose a los peores riesgos, decidióse entonces el mozo a llamar a Casilda por su nombre, aunque desfigurando la voz por si acaso contestara la tía, y, como si la Providencia ayudara sus planes, abrióse al poco tiempo una de las ventanas y apareció en el fondo la cabeza infantil y expresiva de la graciosa muchacha, despojada de todas las pinturas y artificios que la presunción de su tutora la obligaba a emplear cuando salía a la calle, y mucho más linda y fresca que nunca.

—¡Casilda, luz de mis ojos!—murmuró el joven-cillo tendiendo ambas manos hacia la niña—. ¡Sin

duda me inspiró Dios al recordarme tu nombre en este trance!

Dedicada la doncella al aseo y limpieza del aposento, sostenía aún la escoba entre sus manos, y un pañizuelo graciosamente atado para resguardar el cabello del polvo añadía encanto al encendido color del rostro y a la sonrisa picaresca que lo animaba.

Indescriptibles fueron su sorpresa y desconcierto al encontrarse en tal disposición con su pretendiente, que permanecía extasiado contemplando aquel cuadro, tan distinto del que acababa de abandonar y tan superior a la hinchazón e hipocresía que inspiraban todos los actos de la vida en el palacio de Portocarrero.

Procurando ocultar el desorden de su tocado y esconder las enrojecidas manos, que al instante dejaron escapar la escoba, apoyóse Casilda en el alféizar de la ventana, donde varios pajarillos, prisioneros en sus jaulas, piaban alegremente, y comenzó a informarse de los motivos que trajeran a Jenaro hasta allí en horas tan inusitadas como peligrosas para su reputación.

Tranquilizada al escuchar las explicaciones del mozo, apresuróse a pedir disculpas por el desaliño en que la encontraba durante la ausencia de su tía, que la había dejado cerrada con llave, advirtiéndola de que quizá no volvería hasta la noche.

Aquella noticia acabó de serenar a Jenaro, que, instalándose junto a Casilda, del otro lado de la ventana, preguntó con sorna:

—¿Y dónde ha ido tan de prisa la ínclita doña Matutina? ¿Será a algún bautizo, o a algún duelo de Marqueses?

—¡No es persona mi tía que se incomode por tan poca cosa!—repuso donosamente la jovencilla—. ¡A una Princesa, o algo parecido, ha ido a visitar!

que para ello desenterró todas sus galas, y aun gastó los últimos reales en alquilar silla, diciendo que de tal señora depende hoy nuestro porvenir.

—¿Y queda muy lejos la casa de Su Excelencia?

—En esta misma calle, junto a la plazuela del Salvador.

—¿Qué dices?—preguntó Jenaro, que al instante recordó la expedición nocturna de Taurisano—. ¿Es una casa grande, con portalón a la calle, y jardín que debe salir a la del Sacramento?

—A eso no podría contestarte, porque yo no la conozco; lo único que sé, por haberlo oído a mi tía, es que su protectora es una Princesa italiana de mucha historia, que estuvo antes en la Corte, y ahora volvió de viuda, para ver a su familia. Parece que es bellísima y la llaman con un título que yo nunca he oído. Aguarda..., ¿cómo es?... ¡Ah, sí! ¡La Condestablesa!... Así le dice doña Matutina, que tiene mucha admiración por ella, aunque asegura que es persona de genio algo enfermo, pero muy gran señora y dueña de tesoros incalculables, que le dejó un tío que fué Cardenal en Francia y gobernó a Luis XIV.

—¡Mucho sabes, Casilda!—expresó Pereda, calculando que aquella trapisondista beldad debía de ser la tapada del Prado—, y confieso que tu relato me inspira deseos de conocer a tan ilustre dama, que seguramente ha de poseer el secreto de volver locos a los hombres.

—¡Sí hará!—afirmó muy seria la niña—, aunque encontrará muchos que, por bobos, no merezcan el ascenso. Pero dime, ¿no venías tan melancólico? ¿O me diste el susto de tu visita para saber nuevas de doña Matutina?

—¡Ay Casilda, no es eso!—exclamó Jenaro, volviendo a la realidad de sus preocupaciones—. Tu

sola presencia y el sonido de tu voz tienen para mí la virtud de calmar las tempestades que se desencadenan en mi pecho. Por ello te busco, para que me hables y saques de mi corazón este otro Jenaro que me da miedo. Voy a ser franco: hay momentos en que el brillo de las cosas, los halagos de la fortuna, el torbellino de la ambición ciegan mis ojos, y siento un impulso irresistible que me lleva hacia adelante y me inspira sueños en que me veo convertido en un gran Ministro, en un General invencible. Y en esos ataques, que, por suerte, duran poco, paréceme que sacrificaría todo a la realidad de mis ilusiones.

—¿También me sacrificarías a mí?—interrogó asustada la niña.

—¡No!, ¡a ti, no! Porque esos delirios pasan pronto, y a ellos sucede un desencanto, un disgusto de mi persona, una repugnancia por todas las vanidades y las ficciones del mundo, que me moverían a abandonarlo todo y huir contigo a cualquier parte: ¿qué te parece de esta enfermedad?

Repetidas veces había escuchado Casilda semejantes confesiones en labios de Jenaro, asustándola no poco aquella mitad de su alma, desconocida y aventurera, que, por instinto, reconocía contraria a su felicidad; pero, ignorante de los sucesos ocurridos la víspera y creyendo que se trataba de una desanimación transitoria, limitóse a contestar:

—¡Miren y a qué pozo de ciencia se le ocurre consultar al cuitado! ¿Quién soy yo para darte consejos, ni cómo he de salvarte si, por más que discurro, nada encuentro que merezca tu disgusto ni tu desesperación? Cuando te quejabas de tu suerte era porque tu tío no te hacía caso ni se ocupaba para nada de tu persona; hoy que se muestra tan solícito contigo y que te presenta a Su Eminencia, también

te sientes infeliz. ¿Pues qué pretendías? ¿Que el señor Cardenal te consultara de buenas a primeras sobre los asuntos de Estado o te saliera ofreciendo un virreinato o una presidencia?

—No, no es eso—protestó Jenaro—; y para que juzgues mejor sobre lo que me sucede, será menester que te instruya de algunos antecedentes que desconoces.

Obedeciendo al decir estas palabras al impulso de depositar en el pecho amigo todos sus secretos, confió entonces el hijo de Pereda a la sobrina de la Solís su encuentro con el Príncipe de Taurisano, los ofrecimientos y pruebas de amistad recibidas de éste, las preferencias que le inclinaban hacia el magnate y su sentimiento al contemplar el obstáculo que por su propia voluntad había levantado entre su humilde persona y la del protector de su infancia.

Oídas con atención las explicaciones del mancebo, contestó la muchacha:

—Yo no entiendo de cosas de gobierno ni sé hablar como mi tía de todos los personajes habidos y por haber; porque, la verdad, no me importan; y con tal de ver disminuir la miseria que nos abrumba, hacer respetar la justicia que nos falta y conservar el culto de Dios, para que no nos deje de su mano, me basta y me sobra, dándoseme tanto de Borbones como de Austrias, y aun del moro Muza que venga a heredar los reinos.

—¡Lo mismo me sucede a mí!—confesó lealmente Jenaro.

—En cuanto al mundo y las gentes—prosiguió Casilda—, tampoco me deslumbran, pues los usos y costumbres del día, que yo veo reflejados en este rinconcito de la tierra que constituye mi casa, me parecen una afectación y una mentira. Pero como

es necesario emprender algún camino para los que no somos nada y tú estás en la edad de acometer la empresa, pienso que ni tu madre, ni tu tío, ni el excelentísimo señor Arzobispo pueden llevarte a nada malo ni contrario a la honra, por lo cual debes estar satisfecho de haberte puesto en sus manos.

—¿Y el Príncipe?—interrogó, a pesar suyo, Jenaro.

—El Príncipe, con todas sus grandes cualidades, que no discuto, te confieso que me inspira menos confianza y..., ¿por qué no decírtelo?... menos simpatía. Su influencia sobre ti me da miedo. A su lado, imagino que te acechan mil peligros desconocidos. ¿Por qué se ha opuesto siempre tu madre a tu encuentro con su Excelencia? ¿Por qué empeñarse en sustraerte a su amistad echándote en brazos del señor Urraca?

—¿Crees tú, entonces, que...?

—Yo sólo creo en una cosa—afirmó la niña—, y es en mi cariño por ti, que durará mientras yo viva, y que para mí es todo el Gobierno, y el mundo, y la política, y la ambición.

—Dices *mi* cariño—observó el mozo—; ¿por qué no *nuestro* cariño, Casilda?

—Porque del mío—repuso gravemente la niña—estoy segura, y durará siempre, suceda lo que suceda. Mientras que del tuyo, no sé, tengo dudas; me quieres, sí; pero me quieres a tu manera, como si fuera una parte de tu vida y no toda tu vida. A veces, como ahora, vienes a mi encuentro seguro de que mi corazón siempre te espera. Otras, ¡quién sabe si sucederá lo contrario! Yo comprendo que tú eres superior a mí y que mi entendimiento es demasiado sencillo comparado con el tuyo. Mi espíritu no acostumbra a volar por las alturas de la ambición ni de otras muchas cosas, y tú te das cuenta

de ello. ¡Quién sabe si algún día mi persona y mi amor te parecerán demasiada poca cosa o te llegarán a estorbar para la continuación de tu existencia! ¡Por eso digo *mi* cariño y no *nuestro* cariño, Jenaro!

—No hables así, Casilda. Tu amor me acompañará siempre, y si alguna vez incurriese en tu enojo perdóname desde ahora, y no lo atribuyas a olvido ni a desprecio, pues tu nombre y tu recuerdo echaron raíces en mi pecho como las flores tempranas en la tierra virgen, y jamás podré dejar de sentir su aroma ni de pensar que fueron las primeras que abrieron sus capullos al compás de mis palabras. Yo te juro...

—¡No jures!—interrumpió bruscamente Casilda, tapando la boca de Jenaro con sus manecitas, que el mozo se apresuró a cubrir de besos—; aborrezco los juramentos, que sólo se han inventado para tener el gusto de quebrarlos. Sin ellos te quise y sin ellos te creo. Pero ten siempre presente lo que te voy a decir. ¡Para mí eres tanto, tanto, que si un día llegara a notar que mi afecto embarazaba tu fortuna o que tu entusiasmo disminuía, que mi amor comenzaba a estorbarte, o que por cualquier causa era conveniente mi sacrificio, aceptaría éste con resignación y, aunque me muriera de pena, seguiría queriéndote desde lejos y bendiciendo las cadenas con que tu afecto me aprisionó desde el primer día que nos conocimos!

Iba Jenaro a contestar aquellas nobles palabras como se merecían, cuando se oyó a lo lejos el recio pisar de unos chapines y la tos inconfundible de D.^a Matutina, que sorprendió y llenó de espanto a los muchachos. Despidiéndose con un honesto y furtivo abrazo, que hizo enrojecer de confusión a la niña, desapareció el galancete en tres brincos,

por una escalerilla situada enfrente, que debía de conducir a la azotea del inmenso edificio.

Agazapado en los escalones, y sin atreverse a mover pie ni mano, permaneció algún tiempo en aquella incómoda postura, para dar lugar a que la Solís abriera la puerta y penetrara en el aposento. Desde su escondite pudo descubrir a la ex Camarista y escuchar los resoplidos de su garganta.

Venía D.^a Matutina hecha un ascua de oro, tan afeitada y compuesta que cualquiera que no la conociese hubiérase prendado de su gesto y altanero porte. El vestido, de tafetán leonado, desaparecía bajo la profusión de adornos de todos colores, y el busto, aun gallardo y esbelto, gracias a la ayuda de ballenas y aceros, dibujábase provocativo bajo el manto de seda, que traía derribado y era de los que se llamaban soplones, con más puntas que gradas de Recoletos.

Al introducir la llave en la cerradura y darle vuelta comenzó a llamar a Casilda, y aun pudo escuchar Jenaro las palabras con que saludaba su encuentro.

—¡Casildilla, hija, socórreme, que no puedo más y estas escaleras acabarán con mi cuerpo! ¡Hazme aire, que me ahogo! ¡Quítame todo con mucho cuidado, que el alquilador vendrá luego a recoger sus prendas, y si nota algún desperfecto, gritará, como de costumbre! ¡Cuenta bien las joyas, para devolverlas a sus dueños! ¡Ay desdichada de mí, que me parece perdí el abanillo de doña Mayor! ¡Medio escudo se empeñó en cobrar el sillero, que era cuanto tenía, y aun se marchó rezongando el bellacón! ¡Qué tiempos, Señor! ¡En la calle no cabe un alfiler, y parece que el populacho trata de amotinarse, pidiendo pan, como el año pasado! ¡Milagro será que no tenga que salir el Santísimo para impedir algu-

na desgracia! ¿Hay algo que comer? ¿Pero en qué pasaste las horas, perezosa? ¿Cómo nos vamos a arreglar? Bueno, ayunaremos si es preciso, como ayunan la mayoría de los españoles. Del Palacio de los Cameros vengo. ¡Si vieras qué hermosa está aún la Condestablesa! ¡Y qué bríos! ¡Siempre es la misma! Apenas llegada, ya comenzaron sus aventuras y sus disgustos con la familia. En un convento quieren encerrarla, como en tiempos de su esposo, pues dicen que andan locos por ella los dos galanes más famosos de la Corte: ¡el Príncipe Taurisano y el Conde de Écija! Es mucha mujer doña María Mancini, y el Cardenal Mazarino incurrió en la mayor de sus tonterías no dejándola casar con Luis XIV. ¡Esa sí que hubiera sido una Reina de verdad, y no la pobre Infanta Doña María Teresa, que les mandamos de acá! ¡En su triste ejemplo debes aprender lo que consiguen la sumisión y el amor ciego por un marido revoltoso y bien parecido!

Jenaro no quiso oír más, temeroso de no poder contenerse, y, saliendo de su escondrijo, abandonó las casas de Uceda pensando en la vida de privaciones y vergüenzas a que se veía condenada Casilda, por culpa de su incorregible tía.

¡Sí! ¡Él, Jenaro, la sacaría de aquel Purgatorio, aunque para ello fuera preciso trabajar noche y día y atender a Portocarrero y a Urraca y al mundo entero en cuanto le mandasen! Razón tenía la niña: ¿qué se le importaba de Austrias ni de Borbones? ¿A qué venía preocuparse de Taurisano ni de sus enredos? Su deber estaba trazado, y de aquel propósito no bastarían a desviarle vacilaciones ni escrúpulos. ¡Su porvenir se llamaba Casilda de Solís y Centelles!

SEGUNDA PARTE

XV

El ardor con que desde aquel día se dedicó Jenaro al trabajo tuvo la virtud de sorprender al reverendo Urraca, por lo inesperado del caso.

Temeroso el mancebo de las consecuencias que para la firmeza de su resolución pudiera acarrearle un nuevo encuentro con Taurisano, y deseando, por otra parte, que el Príncipe no interpretara mal su silencio, resolvióse a escribirle disculpándose y exponiendo las razones que le impedían volver a verle, así como aceptar nuevas mercedes de su mano.

Consumado así el sacrificio de sus ilusiones, y creyendo haberse despedido para siempre de la brillante figura de su primer benefactor, procuró Jenaro entretener los días repartiéndolos entre la asidua corte de Casilda y la traducción al francés de interminables memorias, escritas en el pedantesco estilo de la época, sobre hacienda o defensa nacional; trabajos que si cansaban su mano abrían en cambio sus ojos y entendimiento a los increíbles males y defectos que corrompían la monarquía, avergonzándose de que tales noticias fueran conocidas de extranjeros antes de tratar de corregirlas, o por lo menos aminorarlas, los españoles. La situación era en verdad horripilante, y la ruina del Estado tan pública, que no bastaban a disimularla explicaciones ni artificios de ningún género.

Raras veces alcanzó nación alguna un decaimiento comparable al que acompañó las postrimerías del reinado de Carlos II, en que no se veía salida por ninguna parte a la bancarrota y dijérase que el Gobierno revestía caracteres de fideicomiso o adoptaba aspectos de funeral.

La despoblación de los campos; la falta de unidad entre las Coronas que formaban la Monarquía; el menosprecio del trabajo e industrias; el abandono de la agricultura, reducida a aquella parte de tierras imprescindible para la subsistencia de sus trabajadores; la situación intolerable de las clases menestrales, y la multiplicidad fabulosa de impuestos y gabelas, hacían casi imposible la vida e influían en la situación de resignado fatalismo que caracterizaba a los súbditos de la Católica Majestad.

Desguarnecidas fronteras y plazas fuertes; sin ejércitos de mar ni tierra, salvo un puñado de soldados, extranjeros en su mayor parte; entregadas las ciudades de Flandes a guarniciones holandesas; vacías las arcas del Tesoro; despreciadísima la moneda, y confiada la tranquilidad de los reinos a la promesa de Luis XIV de no declarar la guerra mientras durase la vida de Carlos II, fijábase la vista de todos los españoles en el Rey, como si en su exangüe persona se cifrara la clave de todo el porvenir, sin atreverse a desear su muerte ni su salvación, por temor a las consecuencias que uno u otro suceso pudiera acarrear para sus súbditos.

Establecido de modo regular el tráfico y venta de empleos y honores; sin prestigio la justicia; multiplicándose los robos y hasta los crímenes, que muchas veces quedaban impunes, la necesidad general llegó a un punto en que no se sabía de dónde tomar dinero, y nadie se sorprendía al contemplar

mendigando en iglesias y hospitales a veteranos de Flandes o a personas de consideración y respeto.

Razón tenía, por consiguiente, el Maestro Fray Juan de Castro al escribir aquellas palabras que Jenaro aprendió de memoria, y que decían:

«Yo contemplo la Monarquía de España como un gran cuerpo que fué muy robusto, el cual enfermó, y para sanarle, con poco conocimiento del achaque, se llamaron médicos para curarle; pero solicitando ellos acabar y no sanando el enfermo, le hicieron romper las venas para que totalmente perdiera las fuerzas.»

Mas con ser tan grandes los anteriores males y tan amargas las lecciones que Pereda iba adquiriendo en su estudio, no eran, sin embargo, los que más preocupaban a los habitantes de la coronada villa, entretenidos en resolver el problema diario de su subsistencia, comentar las novedades y chismes de Palacio, atender a cuanta intriga fraguaban los Grandes y discutir, sobre todo, el problema de la sucesión del reino y el nombre del Príncipe que pudiera en breve otorgar los premios y los castigos.

Éste era el gran asunto en los círculos de la capital, cuya opinión, muy dividida, buscaba al problema la solución más de acuerdo con sus particulares intereses, constituyendo la casa del Cardenal el verdadero centro de los trabajos a favor de la dinastía borbónica y elaborándose allí cuantos escritos eran menester para refutar calumnias y desvanecer errores.

Uno de los primeros que confiaron a Jenaro fué obra del famoso jurisconsulto D. José Pérez de Soto, en el que se demostraba, con notable copia de documentos, el preferente derecho del Duque de Anjou a la sucesión de los dominios de la Corona.

No se reducía, sin embargo, el trabajo del mozo a copiar o traducir memorias, sino que a menudo veíase obligado a visitar las losas de Palacio, como comúnmente se llamaba al patio del Alcázar, en cuyo piso bajo estaban instalados los Consejos, a fin de recoger papeles o cumplir alguna comisión de Urraca, y siempre que podía aprovechaba aquellas escapatorias para visitar en su covacha a D. Bruno Zorraquín, escuchando las explicaciones del viejo empleado, que, con la experiencia adquirida en tantos años de crítica, contribuía no poco a concretar los conocimientos de Jenaro e instruirle de los antecedentes sobre personas y cosas, ciencia tan necesaria siempre en España para comprender el misterio de los sucesos de la Monarquía.

Desde el primer momento en que D. Bruno trataba conocimiento con el rapaz, habíale demostrado singular simpatía, en contradicción con su genio áspero, que le hacía pasar por un ogro entre sus habituales relaciones.

La modestia de Pereda, el injusto trato que solía infligirle D.^a Matutina, y la sospecha del secreto papel que Jenaro comenzaba a desempeñar en casa de Portocarrero, movían a Zorraquín a desahogar su corazón y sus pensamientos ante el aprendiz de política, que le escuchaba horas enteras con evidentes signos de admiración.

Poco a poco, y a medida que el mozo empezaba a comprender el fondo honrado del agriado personaje, íbase transformando en amistad la relación de ambos, constituyendo un placer para el anciano contribuir con sus enseñanzas a la ilustración del adolescente.

—La culpa principal del desorden en que vivimos—solía repetir aquél—corresponde a Su Majestad la Reina, que en lugar de aprovecharse de la

omnipotencia que gozó a su llegada y del odio a los franceses que entonces sentía toda España sólo se ocupó de dominar al Rey y alejarle de los Ministros y Señores que no se doblegaron ante ella. Confiada en que Dios realizaría un milagro concediéndole el hijo, para lo que dicen no es hábil nuestro Monarca, rodeóse de personajes tan peligrosos como el galante Darmstadt y el narciso Almirante, o gentuza como la Berlips, *el Cojo*, *la Mula* y qué sé yo cuántos más, que con sus cohechos y escándalos deshonoraron la púrpura Real, haciendo aparecer a doña Mariana ante el pueblo como una mujer soberbia, inepta, codiciosa y corrompida, que sólo piensa en acumular tesoros y acabar de vender cuantos cargos se conservan en esta tierra. Hubiéranos traído a tiempo un Archiduque, a quien hiciera educar y jurar como Príncipe de Asturias, y otra suerte fuera la nuestra; pero deslumbrada con las promesas de unos y otros; dudosa entre si le convenirá elegir por segundo esposo al Delfín de Francia o al hijo del Emperador, ha dejado que sus contrarios le ganen la mano, y hoy mismo ignora qué partido seguir ni qué actitud adoptar, viendo la catástrofe que se le viene encima. Repara, en cambio, con qué habilidad procuran aislarla sus enemigos, con tu protector, Portocarrero, a la cabeza. Primero fué Darmstadt, a quien enviaron a Barcelona; después, el Almirante y Oropesa; a ellos siguieron la Berlips, *el Cojo*, *el Capuchino*, el músico. ¿Quién le queda a la Reina de algún valer? El Embajador Conde de Harrach, que es un joven violento e impopular; el Conde de Frigiliana, a quien no en vano se llamaba «la traición laureada» en aquella gran comedia de *La Torre de Babel y la confusión de Babilonia*, cuya publicación causó tan grande escándalo; el de Aguilar, que es harto mozo

y de quien tampoco se puede fiar mucho; Veraguas, que por pereza y astucia no se comprometerá; Mancera, que de puro viejo no cuenta; Taurisano, que es el más resuelto, y Ubilla, que, ocurra lo que ocurra, tratará siempre de quedarse en el puesto que ocupa.

Los errores de la Soberana constituían el tema favorito de los discursos de Zorraquín, que no ocultaba, por otra parte, sus convicciones austriacas, y un día que se hablaba de los devaneos que la maledicencia popular atribuía a la Noeburgo atrevióse Jenaro a formular una pregunta que quemaba sus labios desde la famosa orgía de casa de Jusepa.

—Y dígame, don Bruno, ¿quién será en la actualidad el feliz caballero a que corresponde tal fortuna?

Al oír esto el covachuelista permaneció un momento en silencio, escrutando con sus sagaces ojillos el rostro del mancebo, como si temiese que éste le tendiera un lazo; por fin, repuso:

—Dificilillo es contestar a tu pregunta, hijo. Porque ¿quién sabe con certeza lo que pasa en el interior del Alcázar? Acaso sean todos embustes, como los que cuentan de la vida del Rey. Pero lo malo en estas cosas es dar pie para la primera historia, que las demás se suceden según la conveniencia de quien las propala. Ahora se habla mucho, entre los borbónicos, del Príncipe de Taurisano, y puede que por lo que toca a la dama lleven razón; sin embargo, yo no lo creo y me parece una maniobra política.

—¿Por qué? ¿No cuenta la Reina treinta años y no es el Príncipe el mejor mozo de España?

—Pues precisamente por eso. ¡Si se tratara de otro personaje menos visible...! En fin..., ¡yo no sé! ¡Puede ser! ¡Es tan singular la vida de ese Señor!

¡Es tan raro que no piense en casarse para perpetuar su nombre! ¡Todo el mundo afirma que su existencia esconde algún secreto!

—¿De qué género?

—¡Quién sabe, ni quién es capaz de decirlo! ¡Seguramente de amor! ¡Y aun puede que sea ése de la Reina! En la familia de Taurisano abundan los dramas y los misterios. Tú no debes ignorar que la madre de don Próspero, la Duquesa de Olmedo, enloqueció al dar a luz a su primogénito y murió al cabo de bastantes años, sin haber recobrado el uso de la razón.

—Sí; eso lo sabía, por haberlo oído en la casa. ¡Pobre señora!

—¿Y no has oído referir también que el Príncipe, padre de don Próspero, fué asesinado en Nápoles?

—¡Mentira!—exclamó impetuosamente Jenaro, a cuyo conocimiento jamás había llegado semejante especie—. ¡Don Marco Antonio falleció a consecuencia de un accidente de caza, según oí referir mil veces a mi padre, que estaba presente y asistió en los últimos momentos a Su Excelencia! ¿Quién iba a desear la muerte de un caballero tan perfecto y tan intachable?

—Sus excelentes cualidades no impidieron que en la juventud fuese un galán de romance y que sus aventuras y triunfos amorosos anduvieran de boca en boca, como hoy andan los de su hijo.

—¡En Italia todo el mundo le consideraba como un santo y un ejemplo de viudos!

—Acaso allí le vieran en la segunda parte de su vida. Pues mientras permaneció aquí, puedo asegurarte que no sucedía lo mismo, y que a pesar de sus méritos contaba con bastantes enemigos que deseaban su muerte.

—¡Qué horror! ¿Pero cómo es posible, si fuera eso cierto, que mi padre no declarase la verdad y que no se haya perseguido a los culpables?

—¡La justicia, Jenaro, suele detenerse ante muchos casos, y las familias prefieren el silencio a la publicidad de ciertas venganzas que traen aparejada la deshonra de los grandes nombres! Lo único cierto es que se habló y que nadie trató de poner en claro el hecho. Por eso te dije que la fatalidad parecía perseguir al Príncipe Próspero desde su cuna.

—¿Tendrá algo que temer de sus enemigos?

—Cuanto puedan realizar para desacreditarle y concluir con el prestigio de su apellido, lo harán seguramente. Tú no sabes aún hasta dónde puede llegar la política en esta tierra. Taurisano representa hoy el apoyo más firme del partido de la Reina. Hasta que consigan alejarlo de su lado no cesarán y para ello se valdrán de mil medios. Si sus amores con doña Mariana no dan juego, le inventarán otros. Como por las buenas no se ha logrado hacerle aceptar ningún virreinato, tratarán de eliminarle por algún procedimiento. Lo peor del caso es la simpatía que inspira el Príncipe y su absoluto desinterés. Para vencerle necesitarán de toda su astucia y de todo su poder, ya que ninguno se atreve a dar la cara en la lucha. El único que se ha decidido a iniciar la campaña es el Conde de Écija. Pero como se trata de un pusilánime, lo que hasta ahora se le ha ocurrido redúcese a presentarse como émulo de Taurisano en bizarría y majeza, creando una leyenda de rivalidad entre ambos, que casi nadie toma en serio y que acabará en cuanto se lo proponga el Príncipe.

—¡Siempre pensé que el tal Écija era un malvado!—exclamó imprudentemente Jenaro, dejándose llevar de su indignación.

—Pues qué, ¿le conocías tú de antes, muchacho? —preguntó con malicia D. Bruno; y notando la confusión que hacía enrojecer el semblante del mancebo, añadió con bondad:

—Mira, Jenaro: Yo no quiero sorprender tus confidencias, sino recibirlas y guardarlas cuando a ti se te antoje; así, que pongamos punto a esta conversación de Príncipes y magnates y vámonos a casa de doña Mayor, que es la hora de su tertulia, y en ella debe encontrarse la sin par Casilda esperando al joven más reservado que existe en este mundo. Por lo que toca a Taurisano, ya que veo te interesa tanto, procuraré averiguar cuanto a él se refiera y tenerte al tanto de sus venturas y desgracias, aunque hay alguien en Madrid que las conoce mejor que yo, y ese alguien es el Cardenal Portocarrero, tu actual protector.

XVI

La aplicación del mozo no desmereció en las semanas que siguieron, desempeñándose con tan discreto tino en cuantos trabajos le fueron encomendados, que las memorias de jurisconsultos y arbitristas comenzaron a alternar en su mesa con otros escritos más interesantes y de carácter reservadísimo.

Primero fueron unos despachos interceptados, quién sabe por qué medios, al Representante del Emperador; después, toda una correspondencia debida a la pluma del Barón Bertier, Ministro del Elector de Baviera en Madrid, y un alto funcionario español que se ocultaba con el seudónimo de González, dirigida al Encargado de los asuntos de Maximiliano en Bruselas.

¿Cómo una documentación tan secreta, y cifrada por añadidura, podía llegar hasta el Palacio del Cardenal y encontrarse en poder de Urraca?

Jenaro, que cada día iba asombrándose menos de las cosas, aprendió que era uso corriente comprar a los secretarios, a los copistas o a los correos, abrir y descifrar las cartas, y cuando no bastaban estos recursos, acudir a otros más censurables, desvalijando en un bosque o en una encrucijada al mensajero, de cuya vida no volvía a saberse en ocasiones.

Por las indiscretas y detalladas noticias contenidas en aquella singular correspondencia vino el despierto traductor en conocimiento de muchos particulares que le orientaron respecto de la situación de los principales personajes de la Corte, de la marcha de las negociaciones con el Rey y de las alternativas de la salud de Carlos II, combatido perpetuamente entre las observaciones del Cardenal y los ataques de nervios de D.^a Mariana de Noeburgo.

«Su Majestad amaneció hoy con el accidente.» «El Rey tiene las piernas hinchadas y no puede caminar, aunque lo ocultan.» «Ayer sangraron al enfermo.» «Esta noche comenzaron a supurar de nuevo los abscesos.» «La fiebre no le abandona.» «La expedición del Pardo no pudo realizarse porque sobrevino el desmayo, y el Caballerizo dió orden de retirar los coches.» «Los médicos aseguran que las llagas han vuelto a aparecer y que el paciente no tiene sino dos meses que sufrir.»

Aquel terrible diario se repetía hasta lo infinito, haciendo temblar la pluma en manos de Jenaro al apreciar el lento martirio que agotaba la resistencia física del pobre Monarca y la crueldad con que unos y otros atormentaban sus días.

De las cartas del representante bávaro, y sobre

todo de las firmadas por el misterioso González, desprendíase la verdad de la mayoría de las acusaciones formuladas contra la Reina, cuyo violento carácter y desmesurada codicia no servían sino para agriar todas las querellas y entorpecer todos los arreglos.

Mientras la Embajada de Francia, por un lado, y Portocarrero, por otro, iban ganando partidarios a los Borbones, valiéndose de promesas, halagos y dulzuras, disminuía el número de defensores de la causa austriaca, cada vez peor defendida por sus ministros y naturales patronos.

La conquista de un Grande, de un Consejero, de un garnacha o de una persona de influencia, constituía por sí sola la demostración de los talentos del Cardenal, y sobre todo de su Secretario, quienes por conseguirla valíanse de cuantos medios eran posibles, utilizando preferentemente la influencia de personas obscuras, gentileshombres, clérigos o sirvientes que privaban en las respectivas casas, y llegando hasta emplear la elocuencia de labios femeninos cuando no cabía otro recurso, gastando importantes sumas en la reducción de tales asistencias.

Individuos subalternos, cuyos nombres jamás recordará la Historia, merecían durante unos días las atenciones más finas por parte del orgulloso representante de Luis XIV, y Jenaro, que seguía con creciente interés las informaciones que iba trasladando al castellano, tropezaba a menudo con apellidos que le eran familiares y de los que nunca hubiese sospechado se encontraran mezclados en semejantes trapisondas.

Repetíase frecuentemente entre ellos el de cierta señora francesa llamada Madama Daguerry, que habitaba en el Palacio del Buen Retiro, por lo cual

no fué poca la sorpresa de Pereda al recibir un día el encargo de visitar a la misteriosa dama, que, de acuerdo con las instrucciones de Urraca, le esperaba en la ermita de San Bruno, reduciéndose la comisión a depositar en sus manos un pliego de modo que nadie se enterase.

Explicados minuciosamente por el Canónigo todos los detalles pertinentes, pues nunca había estado el mozo en el Buen Retiro, encaminóse alegre el mensajero a su destino, celebrando aquella prueba de confianza que su tío le concedía, y que demostraba su creciente aprecio.

Ninguna dificultad encontró al entrar por la puerta del Ángel y dirigirse al Ochavado, siguiendo el camino que le trazaran, hasta topar con la Madama, que, después de cambiar la seña convenida, recibió de sus manos el paquete, sin aparentar la menor sorpresa.

Satisfecho del rápido término de su misión, iba Jenaro a retirarse, cuando lo apacible del lugar inspiróle el pensamiento de alargar un poco el paseo, seguro de encontrar la salida si por casualidad se extraviaba en el deleitoso parque.

Subiendo por la ermita de San Bruno, encontróse pronto frente al *Estanque grande*, cuyas proporciones le asombraron, recorriendo sus márgenes, en las que se advertían hasta cuatro embarcaderos y varias norias, que le prestaban singular amenidad, así como la isleta oval, cubierta de árboles, que se levantaba en el centro, donde en otras épocas más felices se representaron comedias y zarzuelas de Calderón y de Bances Candamo, exornadas con toda clase de máquinas y artificios.

Complacida su curiosidad y renunciando a internarse por las espesuras del *Cazadero de liebres* y las *Atarazanas*, comenzó a desandar lo andado,

creyendo seguir el mismo camino y sin advertir que poco a poco se alejaba más del punto de partida.

Obedeciendo al deseo de conceder algún descanso a su fatigado cuerpo y gozar unos instantes del indefinible encanto que emanaba de aquel jardín, otrora animado por el bullicio de la alegre corte de Felipe IV, dejóse caer Pereda sobre el mullido césped, evocando en su imaginación los fantasmas de Príncipes y poetas cuyas novelescas aventuras habían arrullado su niñez, descritas por D. Marco Antonio en sus horas de añoranza.

Perdida la noción del tiempo, permaneció Jenaro en la misma postura de ensoñador abandono hasta que el murmullo de algunas voces que cerca de él departían volvió su ser a la realidad, moviéndole a desperezarse y salir al encuentro de los paseantes para averiguar el camino que debía seguir en su regreso.

Avanzando en dirección al lugar donde hablaban, encontróse de pronto ante una especie de barrera, formada por recortados cipreses que impedían el paso, e introduciendo la cabeza entre las flexibles ramas trató de averiguar quiénes eran los que hablaban, a fin de obtener su auxilio.

Pero casi en el mismo instante que descubría el grupo retrocedió asombrado al reconocer en su centro la figura altiva y majestuosa de D.^a Mariana de Noeburgo, a la que rodeaban dos damas, un enano y tres o cuatro señores, entre los que Jenaro sólo pudo distinguir al Embajador Conde de Harrach y al Príncipe de Taurisano.

Vestía la Palatina a la francesa, con su acostumbrada magnificencia, y en su rostro joven, blanco y de facciones algo pronunciadas persistía siempre aquel empaque y adusto gesto, que no conseguían suavizar la sombra de sus rizosos cabellos ni los

acompañados movimientos del abanico que acariciaba su busto.

Tan imprevisto como peligroso encuentro suspendió por unos segundos la respiración de Jenaro, haciéndole buscar instintivamente alguna senda por donde escapar.

Sus pies, sin embargo, como si estuvieran sujetos a la tierra, negábanse a caminar, y sus oídos, afinados por el silencio de los jardines, escuchaban sin querer la conversación de la Soberana y de sus cortesanos.

—El Almirante me ha hecho saber que la Andalucía entera está en nuestro favor y que apenas se publique el desembarco del Archiduque en Lisboa se levantará en armas para defender sus derechos. Lo mismo escribe el Príncipe desde Barcelona.

—¿Y el Rey?—preguntó alguien—, ¿qué dice Su Majestad?, ¿qué efecto le ha producido la comunicación de Blecourt respecto al último tratado de repartición?

—Su Majestad no ha variado, y cuando no guarda el lecho continúa haciendo la misma vida de siempre: piedad y religión por un lado, asistencia a los consejos, en que parece que de nada se entera, por otro. Los únicos ratos en que simula animarse es cuando habla con sus locos y sus monstruos, cada uno de los cuales está pagado para hacerle escuchar distinta cosa. Si el Cardenal le encarece los riesgos de su salvación, se aflige. Si otro se atreve a hablar de los Borbones, le reta. Ayer se le escapó decir que el tratado de repartición le ha producido una alegría, y es la de no volver a recibir al Gabacho en su Cámara, pues el de Harcourt le tenía hartó; y como el Sumiller tratase de defenderlo, contestó el Rey: «Déjame en paz, Benavente. Vaya noramala y no vuelva que andará todo más tranquilo.»

—Todo eso está muy bien; pero ¿y el testamento,

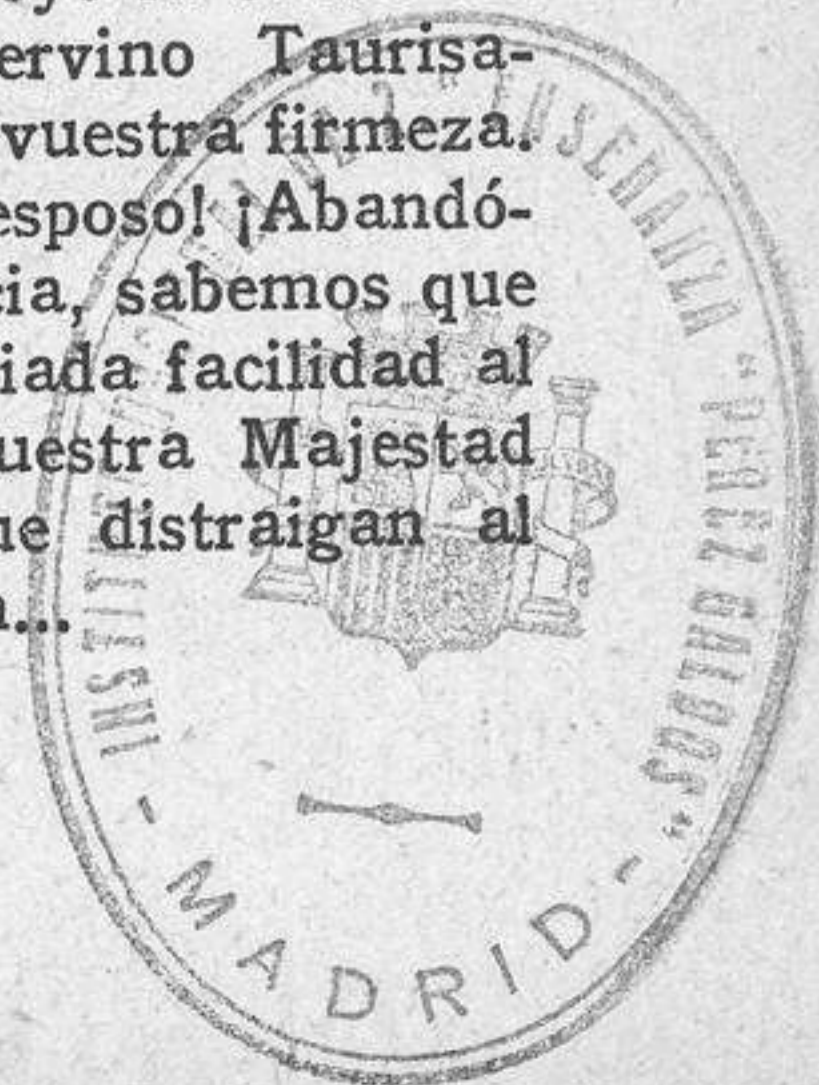
Señora?—suplicaba la voz respetuosa y vibrante de Taurisano—. Mientras no tengamos el testamento en nuestro poder cualquier revuelta precipitará la guerra general y acabará con la reputación de la Casa de Austria.

—¡El testamento está hecho, firmado y tal, que no pudiéramos desear otro mejor!—repuso pausadamente la Reina—. ¡Todo depende de que nuestro Señor guarde el secreto, cosa harto difícil, y de que no se enteren ni el Cardenal ni los suyos, pues entonces tendríamos que comenzar de nuevo!

—¡Cuánta debilidad!—exclamó con impaciencia el Conde de Harrach, que no brillaba por sus expresiones respetuosas—. ¡Cuánto misterio! ¡Ah Señora! ¡Y qué otra fuera nuestra situación si Vuestra Majestad se hubiera dejado guiar desde el principio por los consejos de mi amo, que sólo desea vuestra gloria y el triunfo de la justicia!

—Mi conducta—contestó orgullosamente doña Mariana—se ha inspirado siempre en mis deberes de Soberana, y nadie tiene derecho a criticarla, sobre todo el Emperador mi cuñado, que, aparte de su debilidad en allanarse a los tratados de desmembración de esta Monarquía, tampoco ha guardado conmigo aquel miramiento y consideración que se debe a una Princesa de su Casa y sangre.

—¡Quién duda señora, que a Vuestra Majestad se debe todo y que sin su augusto apoyo la causa del Archiduque estaría perdida!—intervino Taurisano—. Pero, por favor, no desmaye vuestra firmeza. ¡Acérquese Vuestra Majestad a su esposo! ¡Abandónelo lo menos posible! Por desgracia, sabemos que nuestro Señor se pliega con demasiada facilidad al último que escucha. ¡Inspírele Vuestra Majestad confianza! Invente diversiones que distraigan al Rey, como hacía el señor don Juan...



—¿Qué queréis, Príncipe, que inventemos, si al menor proyecto de fiestas o de toros interviene Su Eminencia para poner el grito en el cielo diciendo que no hay dinero y que el pueblo acabará por atacar el Alcázar y asesinar al Rey si en lugar del pan que necesita ve derrochar los escudos en pompas miserables y entretenimientos vergonzosos?

—Pues finja Vuestra Majestad amabilidad con el Cardenal, para que no sospeche; simule prestar oídos a sus proposiciones, para ganar tiempo.

—¡Eso no haré aunque me costara el Trono! Que tengo recibidas tales ofensas de Portocarrero, que jamás podré aparentar bondad hacia un hombre que aborrezco. ¡Ah! ¡Si no fuera por la púrpura que viste!...

El silencio que aquellas palabras produjeron en la asamblea fué interrumpido por la voz de una dama que preguntaba:

—¿Y al Almirante qué se le puede responder?

—Decidle que tenga calma, mientras Su Majestad no empeore—principió a explicar Harrach—. Explícadle...

En aquel instante, el enano de la Reina, que examinaba recelosamente en torno, por si algún indiscreto venía a sorprenderlos, lanzó un grito que hizo enmudecer a todos, señalando con la mano el muro de ciprés donde se escondía Jenaro.

Creyóse éste descubierto, y antes de pasar por la vergüenza de una fuga imposible adoptó la mejor solución en tan crítico trance, que fué apartar las ramas que le ocultaban y presentarse a la vista del grupo, como si casualmente tropezara con él.

Asombrados y sobrecogidos por el temor y la cólera, al contemplar aquel inesperado testigo de sus tratos, permanecieron unos segundos inmóviles los compañeros de D.^a Mariana; pero aquella actitud duró poco, pues lanzándose el Embajador y otro

caballero del séquito sobre el indefenso mozo, le arrastraron a los pies de la Reina, haciéndole caer en el suelo.

—¿Quién eres, miserable?—interrogó iracunda y soberbia la Soberana, que desde que oyera el grito del enano habíase cubierto el rostro con un velo—. ¿Qué hacías ahí? Contesta pronto, o si no...

—Dejadle por nuestra cuenta—exclamó Harrach—, ¡que nosotros nos encargaremos de hacerle confesar!

Iba a manifestar algo el desgraciado mancebo para sincerarse, cuando fijándose Taurisano en él, y reconociéndole al punto, interrumpió al Embajador diciendo:

—¡Pero señor Conde! ¿Qué hacéis? ¡Si ese muchacho es un antiguo criado de mi casa, a quien conozco desde su niñez! ¡Dejadle libre! Vamos a ver: explícanos cómo te encuentras aquí a estas horas y qué curiosidad te trajo.

Jenaro, conmovido por aquella muestra de cariño que tan a tiempo le llegaba, se apresuró a explicar en breves palabras su entrada por los jardines, su extravío en ellos y su intención, al oír voces, de acercarse para preguntar el camino que debía seguir; evitando pronunciar el nombre de Portocarrero y el de la Madama que motivara su visita.

El Embajador y sus acompañantes escuchaban las razones del mancebo con evidente desconfianza. Pero al terminar Jenaro su pequeño discurso el Príncipe comenzó a tranquilizarlos, diciendo alegremente:

—No se preocupen, señores, pues nada hay que temer de este encuentro, y el rapaz ha contado la verdad. Yo salgo fiador de él, y me encargo de reprenderle en mi casa para que no vuelva a repetir el juego en su vida. Acércate, Jenaro, besa la mano a

esta señora y pídele perdón por el susto que con tu presencia le has causado. ¡Ahora puedes marcharte!... ¡Aguarda!—añadió al verle retirarse mustio y contrito—. ¿Sabes el camino?

Y como el joven respondiese con un gesto negativo, acercóse Taurisano hasta él para guiarle, alejándose algunos pasos de la Reina y de los demás conspiradores.

Cuando se encontraron bastante lejos detuvieron ambos su marcha a un tiempo, y el Príncipe contempló la expresión desconsolada del mancebo, que permanecía confuso, como si pugnara por decir algo que no acababa de salir de sus labios.

—¡Señor!—exclamó al fin con voz temblorosa—. ¡No vaya a creer Vucencia que soy un espía ni que estaba ahí por cuenta de nadie!...

Taurisano no le dejó continuar, y pasando suavemente la mano por las rubias guedejas de su protegido murmuró:

—¡Ya lo sé! ¡No te aflijas!, ¡ya sé que no eres culpable!, y olvida cuanto has visto y escuchado, pues a todos nos va la vida en ello. ¡Te lo pido por la santa memoria de nuestros padres! Mañana te espero en casa a las nueve. ¿Vendrás? No faltes, porque tengo que hablarte de cosas muy serias.

Y dando media vuelta, desapareció en la umbría, dejando a Jenaro más azorado que nunca y combatido por toda suerte de encontrados sentimientos.

XVII

Al dirigirse el siguiente día a la célebre huerta de Taurisano, que con la del Almirante y el Príncipe Pío figuraba entre las residencias más deleitosas de la Corte, iba nuestro héroe repasando en su interior

los episodios que en tan grave aprieto le pusieran, y cuyo secreto estaba decidido a guardar con todo el mundo, incluso con Casilda.

Llegado a la puerta de los jardines, e introducido en éstos, permaneció suspenso ante la belleza del paraje, que, conservando su carácter de vergel español, ostentaba además el encanto de las quintas italianas, con sus antiguas estatuas, sus artísticas fuentes y sus hermosas balaustradas.

Una vez en el interior de la casa, a la que se penetraba por varias terrazas de mármol, que comunicaban directamente con las habitaciones de verano, en que residía el Príncipe, fué en aumento el asombro de Jenaro, comprobando la verdad de los relatos que describían la huerta de Taurisano como un lugar de perfecciones.

Acostumbrado Pereda a la sobriedad de la residencia de Portocarrero, donde aun alternaban las losas de rojo ladrillo, las paredes encaladas y las puertas conventuales con las pinturas de mérito y los damascos milaneses, no pudo menos de admirarse ante los techos de Lucas Jordán, las columnas de jaspe y los pavimentos de mármol, que realzaban el valor de los lienzos que cubrían los muros.

Precedido de un maestresala, recorrió el mancebo varios aposentos, hasta llegar a la pieza donde el Príncipe acababa de vestirse, rodeado de una pequeña corte de gentileshombres, caballeros y pajes, que permanecían respetuosamente en pie.

Acogido con manifiesta alegría por Taurisano, que apenas le vió comenzó a saludarle con cariñosas bromas alusivas a la rareza de sus encuentros, sintió Jenaro que poco a poco íbanse desvaneciendo las prevenciones de su ánimo, en presencia de aquel Señor, hacia quien le atraían con irresistible fuerza todas las simpatías y todos los instintos.

Sin hablar para nada del motivo de la visita, como si quisiera antes tranquilizar a Jenaro y devolverle el aplomo, continuó Taurisano examinando las telas y adornos que mostraban varios mercaderes y discutiendo con sus familiares los detalles de los vestidos y colores que pensaba lucir en una próxima fiesta de toros, inventada para distraer al Rey de sus melancolías.

Respondiendo a las preguntas del Príncipe, en tanto que dos servidores daban el último toque al peinado de Su Excelencia, desempeñábase cada cual en la consulta como mejor le parecía, excitando algunas veces con sus agudezas la risa del magnate.

Despedidos los sastres y zapateros, y mientras el aristocrático torero conversaba con sus caballerizos sobre la elección de corceles para la fiesta, entróse puertas adentro un personaje totalmente vestido de negro, cuya nariz autorizaban enormes antiparras y que sostenía bajo el brazo un gran cartapacio atiborrado de papeles.

Al verlo prorrumpió Taurisano en protestas y lamentaciones, resistiéndose a escuchar las palabras del recién llegado y motejando a éste de inoportuno y aguafiestas.

—Pero, Señor—protestaba el hombre—. ¡Si llevo un año sin conseguir ser oído! ¿Cuándo se dignará Vuestra Excelencia conceder unos minutos de atención a este humilde servidor, que pasa sus noches en claro meditando sobre el desorden de la Casa? Ahora acabo de enterarme de que el Señor se prepara a realizar una nueva locura y prodigalidad, como si no fueran ya hartas las que...

—¿Y qué os importa, maese Nicolás?—repuso altanero el Príncipe—. ¿De cuándo acá los contadores se entrometen en menesteres ajenos a sus oficios?

¿Son míos o vuestros los bienes que heredé de mis padres?

—¡Quién sabe lo que ocurrirá si vive muchos años el señor Intendente!—murmuró uno de los pajes, en voz bastante alta para que el hombre de las antiparras le dirigiera una mirada terrible, al mismo tiempo que replicaba con voz contrita:

—¡Si yo no me mezclo en nada! ¡Si soy el primero en entermecerme viendo a mi dueño llevándose en todo la palma de la galantería! Pero...

—Pero ¿qué?—interrumpió el gran señor—. ¿Por ventura han desaparecido mis estados, o los dineros de Italia no llegan con puntualidad a vuestro poder? ¡Mil veces oí decir al Príncipe don Marco Antonio que, salvo las Casas de Lerma, Medinasidonia y Sessa, ningún otro mayorazgo igualaba al mío!

—Ciertísimo, Señor; pero las calamidades de los tiempos consienten que Vucencia no cobre las rentas de tanto señorío y que ni siquiera pueda reclamar el pago de buena parte de ellos, porque sus vasallos no tienen con qué hacerlos efectivos, y en algunos lugares ha desaparecido tan por completo el numerario que los labradores truecan las cosas como en los tiempos primitivos.

—¡Dejadlos entonces en paz, que no nací para esquilmarlos, sino para protegerlos!

—¿Y si no pagan, con qué vamos a vivir? ¡Si Su Excelencia se decidiera por lo menos a suprimir algunas bocas inútiles de esta Corte de capellanes, gentileshombres, pajes, escuderos, caballeros, músicos y lacayos! ¡Cuatrocientas raciones se pagan diariamente en casa, Señor! ¡Cuatrocientas bocas que mantener, de las que Vucencia ni siquiera conoce los nombres!

—¡Setecientas me dijo el de Medinaceli que se alimentaban en la suya!—repuso Taurisano—, y mi

tía la Duquesa de Osuna tiene trescientas mujeres, entre dueñas y doncellas, a su servicio. Conque no me fatiguéis, maese Nicolás, y despejadme el cuarto, que estoy, ¡vive Dios!, cansándome, y puede que vos y el cartapacio acabéis saliendo de aquí mucho más pronto de lo que fuera vuestro pensamiento.

—¡Sólo un instante, Señor! ¡Dignaos firmar estas cedulillas, que son las provisiones de empleos de la casa de Contratación! ¡Cincuenta firmas nada más!

—¿Pues vale la pena de poner tantas veces mi nombre por la ruin suma que representan?

—¡Son quince mil ducados!

—¡Treinta diera yo por excusar la molestia y no volverme atrás en lo que dije! Retiraos, maese Nicolás, y enriqueceos en buen hora; pero procurad al menos servir nuestra mesa y que nada falte en ella para mi regalo y el de mis huéspedes. Sobre todo, no tratéis, mientras yo viva, de condenar a la miseria a una sola de las personas cobijadas bajo las alas del águila de mi escudo, porque toda vuestra elocuencia resultaría inútil.

Agachó las orejas el fantasmón al verse tratado de aquel modo en público, y, sin atreverse a murmurar palabra, retiróse, haciendo reverencias hasta desaparecer por la puerta.

Dando suelta al regocijo que iluminaba los rostros atreviéronse entonces algunos de los presentes a criticar al que acababa de marcharse; pero el Príncipe no consintió que pasaran adelante las burlas, y, advertidos con esta lección y otorgada a poco licencia para retirarse, fueron ejecutándolo todos, dejando a su señor, ya vestido y compuesto, con Jenaro, quien, entretenido y maravillado por aquellas novedades, tan conformes a su genio, ardía en deseos de hablar a solas con su ilustre amigo.

—¿Ves, Genarino?—comenzó diciendo D. Próspe-

ro—. ¿Ves a lo que ha venido a parar aquella casa que tú conociste tan ordenada? ¡Ah, don Ramiro de Pereda, qué dirías si resucitaras y asistieras a tanto desquicio!

Mas reaccionando pronto de su severidad y dejando caer el brazo sobre el hombro de Jenaro, exclamó con amargura:

—¡Después de todo, hacen bien! Yo soy solo, y él creo que alimenta siete bocas en su casa, sin contar mujer y suegra. Harto castigo lleva con lo que le dije, y a estas horas estará temblando el pobrete. En verdad que estuve duro afrentándole delante de tanto belitre, y más cuenta me hubiera tenido estudiar un momento los papeles de su cartapacio. ¡Razón no le falta en algunas cosas! En fin, ¡otro día veremos! Por de pronto le he de enviar algún regalo que le endulce el disgusto. Ahora hablemos de otra cosa. ¿Tú crees que voy a contentarme con las razones que me escribiste y que voy a renunciar a verte y conversar contigo porque hayas entrado al servicio de mi ínclito amigo el Cardenal Portocarrero? No, Jenaro; por mucho que te aprecien Su Eminencia y tu tío, la Casa de Taurisano debe representar siempre en tu corazón un afecto que nunca encontrarás en otra parte, y sin faltar a las obligaciones de tu nuevo empleo podemos...

Iba a interrumpir el mozo, cuando se abrió una de las puertas más próximas, apareciendo en ella un anciano simpático y bien vestido, que, con aire de misterio, adelantóse hacia el Príncipe como si tuviera algo muy importante que comunicarle.

Taurisano lo detuvo con un gesto, y señalando al muchacho le preguntó alegremente:

—Dámaso, ¿no conoces a quien tengo al lado? Fíjate bien, es Jenaro; ¡el hijo de don Ramiro de Pereda!

—*Possibile* —exclamó enternecido el vejezuelo, que veía con dificultad y tuvo que aproximarse al mancebo y casi tocarlo para convencerse—. ¡Genarino! ¡Qué guapo mozo está hecho!

—¿Ocurre algo, Dámaso? ¿Me buscabas? Delante de Jenaro puedes hablar sin cuidado.

—Ocurre—murmuró el recién venido, hablando en italiano—que ha llegado a la huerta una silla de manos sin cifra, donde se oculta una tapada que parece gran señora y que pide ver en seguida a Su Excelencia, para un asunto de la mayor importancia.

—¿Su nombre?

—No lo ha dicho. En el jardín quedó, sin querer salir hasta escuchar vuestra respuesta. Pero sus palabras son apremiantes y demuestra por el imperio con que habla que es persona acostumbrada a mandar y a ser obedecida.

El Príncipe quedó un momento pensativo. De pronto una sospecha cruzó por su mente.

—¡Que pase! ¡Condúcela tú, para que nadie la vea! Y tú, Genarino, entra en esa habitación y aguarda. ¿Será posible, Señor? ¿Será posible?—añadió en voz emocionada y tan bajo que apenas si se adivinaron sus palabras.

XVIII

La habitación en que se encontró Jenaro era una gran sala, pintada completamente al fresco, que debía de servir de dormitorio al Príncipe, a juzgar por el imponente lecho que ocupaba uno de los muros.

Aun no había tenido tiempo para examinar los demás detalles del cuarto, pensando atropelladamente si la misteriosa encubierta sería la Reina en per-

sona, cuando apareció de nuevo D. Dámaso haciéndose cruces y con muestras del mayor espanto por lo que sin duda acababa de oír o ver.

Dirigiéndose a Jenaro con la misma confianza con que lo hubiera hecho años antes, cuando ocupaba en Nápoles el puesto de ayo de D. Próspero, exclamó, dejándose caer en el único sillón que se veía en el cuarto:

—¡Bagatela! ¡Quién lo hubiera creído! ¡La Condestablesa en Madrid y en intrigas con mi Señor! ¡Perdidos somos, Jenaro! ¡Que donde pone esta mujer su mano, allí acaban la paz y el reposo de todo el mundo!

—Pero ¿quién es la Condestablesa?—preguntó Jenaro, muerto de curiosidad, recordando la aventura del Prado y la visita de D.^a Matutina a la misma dama, referida por Casilda.

—¿No conoces a la Princesa doña María Mancini, sobrina del Cardenal Mazarino y viuda del Condestable Colonna? ¡Pues raro es el hombre que no habrá oído hablar de ella en Europa, donde sus travesuras la han hecho más célebre aún que a las demás hermanas!

Jenaro, que efectivamente había oído nombrarla alguna vez en Roma y en Madrid, sintió que se le oprimía el corazón al ver comprometido el afecto de su protector con una mujer semejante.

—¿Entonces?...—preguntó a D. Dámaso, queriendo salir de dudas— . ¿La tapada del Príncipe...?

—Es ella misma—confesó el ayo—. En cuanto se descubrió, la reconocí a pesar de mi ceguera, pues casi no ha variado, y aquellos ojos, una vez admirados, jamás se olvidan.

—¿Es muy orgullosa esa dama?

—¡Tanto, que por su orgullo perdió el Trono de Francia!

—¿Y bella?

—No es propiamente una belleza, y de jovencilla aseguran que era fea; pero su atractivo resulta tan grande, que se cuentan por centenares los hombres que han caído a sus pies.

—¿Según eso, no debe ser muy limpia su fama?

—*Amor ordinem nescit*, dijo San Jerónimo en su carta a Cromacio, y María Mancini, desde que fué mujer, no ha pensado sino en dos cosas: en el amor y en la libertad. Su vida entera se encierra en esas dos pasiones, y por ellas ha conocido todas las grandezas y todas las miserias de este mundo, incluso el hambre. Posición, riquezas, nombre, todo le ha sido indiferente cuando se trató de contrariar una inclinación o disminuir su independencia. Unicamente aquí en Madrid, donde su familia es poderosa, pues en ella se cuentan los Medinaceli, los Cameros y los Balbases, fué donde pudo el Condestable dominar por algún tiempo los ímpetus de su mujer encerrándola en conventos y prisiones, de donde a menudo se escapaba, causando tales escándalos en la Corte, que nuestro Señor don Carlos II respiró cuando supo su marcha, y todo el mundo quedó persuadido de que nunca volvería, sobre todo después de fallecido el Príncipe Colonna y en posesión de su colosal patrimonio.

—¿Por qué habrá vuelto entonces?—inquirió Jenaro.

—¡Quién sabe! Con la Condestablesa es aventurado presumir nada y hay que prescindir de la lógica. Lo mismo puede obedecer su viaje al interés de un afecto que al de una intriga política. Acaso por primera vez haya despertado en ella el cariño de la familia. *Rarum enim ferme sensus communis in illa fortuna*

—¿No será por causa de algún nuevo amor?

—¡Acaso! Porque cuando yo me retiraba, parecióme que pedía celos a don Próspero, acusándole de traidor e inconstante.

Convencido ya del todo al oír esto, apartóse Jenaro unos pasos para no escuchar las voces que del cuarto próximo venían, hasta que, entreabriendo las grandes puertas de cristales que comunicaban con los jardines, salió a éstos, seguido del preceptor, que le interrogaba acerca de la vida que en todo aquel tiempo había llevado y de los detalles de la muerte de D. Ramiro.

Al cabo de largo rato de charla disponíanse a regresar, cuando vieron acudir un sirviente que, con manifiestas señales de alarma, los llamaba agitando los brazos.

La noticia no era para menos, pues se trataba de la visita de un grupo bastante numeroso de caballeros, presididos por el Marqués de los Balbases y acompañado de un piquete de guardias, que, después de rodear la huerta, pretendían ver al Príncipe y registrar la casa, en nombre de Su Majestad, para apoderarse de la Princesa Colonna, escapada aquella noche del convento en que había sido reclusa dos días antes por orden del Monarca.

El hallazgo en los jardines de la misteriosa silla de manos, y la confesión de los servidores que la custodiaban, declarando haber conducido una tapada cuyas señas coincidían con las de la Condestablesa, acababan de confirmar las sospechas del Marqués y sus deudos, aumentando su empeño por visitar el palacio.

Ante el peligro que amenazaba a la Mancini y a su Señor, sintió D. Dámaso que le nacían alas en los pies, y, tomando por el camino más corto, echó a correr, sostenido por Jenaro, mientras decía a éste:

—¿Ves cómo tenía razón en presentir una desgra-

cia? ¡Si es el sino de esa mujer! ¡Ah maldecida embrollona!...

Sin pararse en escrúpulos y quebrantando toda clase de etiquetas, penetró el ayo en la sala donde la Condestablesa y Taurisano continuaban departiendo, para advertirles del riesgo que corrían. Irguióse amenazador y furioso el Príncipe ante la ofensa que suponía para su sangre el empeño del Marqués de los Balbases; cayó de rodillas la dama, llorando sus desdichas y pidiendo a D. Próspero la salvase, por su honor de caballero; meditó D. Dámaso inútilmente, sin encontrar medio alguno para evitar el escándalo; comenzaron a oírse las voces de los que se acercaban y de los criados que trataban de impedirlo; y mientras Taurisano se dirigía a su encuentro, María Mancini, loca de terror, precipitóse en el cuarto donde permanecía Jenaro de Pereda, cerrando la puerta tras sí.

Al volverse la dama y encontrarse frente a frente con el mancebo, permanecieron ambos un momento mudos y sorprendidos, contemplándose ansiosamente.

El asombro de Jenaro no reconocía límites al descubrir por fin aquella mujer por cuyo amor era capaz una persona como el Príncipe de arriesgarlo todo. La Condestablesa, olvidada en tan críticas circunstancias de coqueterías, presentábase a sus ojos como una vieja, cuyos años no alcanzaban a disimular los afeites ni las composturas.

¿Y era por aquella ruina por quien Taurisano sacrificaba su juventud y sus esperanzas, renunciando al matrimonio y a la felicidad en aras de un amor insensato? ¡Razón tenían entonces los que afirmaban que los españoles habían perdido el seso y que la decadencia de sus sentimientos corría parejas con las desdichas de su Rey!

María, entretanto, examinaba con insistencia al agraciado mozo, detallándole de pies a cabeza, mientras se dibujaba leve sonrisa en su semblante, que al momento se transformó, adquiriendo una expresión de encantadora malicia, que hacía olvidar todas las arrugas y estragos del tiempo.

En seguida habló, y su voz, cálida y apasionada, que tantas veces supo hacer temblar de entusiasmo a los que la escuchaban, acabó de corregir la primera impresión del adolescente.

—¡Caballero!—exclamó precipitadamente la gran señora—. ¡Quienquiera que seáis! ¡Si tenéis estima por el dueño de esta casa y compasión de una desdichada mujer a quien sus enemigos persiguen para encerrarla y perderla, amparadme y concededme vuestra ayuda!

Aquella súplica inquieta, vibrante, tuvo la virtud de impresionar a Jenaro, que respondió balbuceando:

—¿Y cómo he de salvaros, infeliz de mí?

—¡Nada más fácil!—interrumpió la Colonna, tranquilizada ya por completo al escuchar la respuesta del joven—. Vuestra cara y buen talle abonan el artificio y justificarán todo a los ojos de quienes me buscan. ¡Dadme vuestro traje y tomad el mío, antes de que nos sorprendan!

Y rápida como el pensamiento, sin detenerse por la expresión de asombro y turbación que se dibujaba en el rostro de Jenaro, comenzó la Condestablesa a desprenderse de las galas que la adornaban, quedando en un momento libre de aceros y guardainfantes.

Ante determinación tan brusca, el mancebo no tuvo otro remedio sino conformarse con el recurso propuesto e imitar la conducta de la dama, dándose escasa cuenta de lo que hacía, pues sus ojos no encontraban lumbre sino para admirar los torneados

brazos que se agitaban, mostrando perfecciones intactas por los años, que habíanse detenido respetuosos con aquella obra maestra del soberano artífice.

Sí; ahora comprendía Jenaro la leyenda y la aureola de la mujer extraordinaria con quien se encontraba en coyuntura tan singular como dichosa. ¡Ningún mortal podía resistir el mágico resplandor de aquellos ojos ni el dulce suspirar de aquella boca!

.....
A lo lejos comenzaron a escucharse de nuevo los gritos y las dicusiones de los caballeros que se iban acercando.

María Mancini, segura ya de su salvación y rejuvenecida al contacto de la picante aventura, que le recordaba los buenos tiempos de su existencia, sin ocuparse de los hombres que a dos pasos arriesgaban la vida por su culpa ni de cubrir la blancura de sus propias carnes, ayudaba en tanto a Jenaro a revestirse del pesado tontillo y a ceñir el apretado corsé, riendo como una loca de la torpeza del muchacho y hundiendo con delectación sus manos en los revueltos bucles que cubrían la cabeza del mancebo.

Las voces del Príncipe de Taurisano y del Marqués se oyeron claras y distintas en el salón vecino.

—Satisfecha vuestra curiosidad, señor Marqués, de aquí no habéis de pasar, pues nada se encierra en ese cuarto que importe a vuestra curiosidad ni al servicio del Rey, a quien presentaré hoy mismo mis quejas por este insulto.

Sin detenerse a escuchar la respuesta de su cuñado, la Condestablesa dió los últimos toques al peinado de Jenaro, desprendióse de una rica cadena que colgó a su cuello, envolvióle en amplio manto de gloria, y, satisfecha de su trabajo, retrocedió algunos pasos para juzgar del efecto.

El semblante aniñado del adolescente, enrojecido

por la emoción y luciendo sus ojos más brillantes que de costumbre por la provocativa escena, aparecía bellísimo, mientras su cuerpo, suelto y flexible, acomodábase como un guante a los atavíos femeniles que lo ocultaban.

La dama permaneció unos segundos en extática admiración, y dejando escapar un suspiro murmuró:

—¡Oh juventud, juventud! ¡Unico bien de este mundo!...

Las puertas del aposento temblaron en aquel momento, sacudidas por alguien que pretendía forzarlas, y una voz de hombre intimó solemnemente:

—¡Abrid, en nombre del Rey!

María ahogó una carcajada, y mientras las hojas de madera se bamboleaban como si fueran a derrumbarse, recogió cuidadosamente los vestidos de Jenaro, dió a éste sus últimas instrucciones, y, abriendo una ventana, desapareció velozmente por ella, no sin antes volverse y enviar un beso a su galante salvador.

En el mismo instante una de las puertas cedió, y, precipitándose por el espacio libre, apareció un anciano de nobilísimo aspecto, que al divisar la tapada dirigióse amenazador hacia ella exclamando:

—¡Señora, daos presa, y servíos acompañarme a donde estaréis bien guardada!

Jenaro dejó escapar un ligero grito, y llevándose la mano al pecho desplomóse desmayado en el sillón.

Acercáronse todos, rodeándole, y al encontrarse con aquella desconocida que respiraba débilmente y parecía sufrir de la mayor congoja, apenas si el Marqués de los Balbanes y sus parientes pudieron disimular el disgusto y enojo que les producía su equivocación y la gratuita ofensa que acababan de infligir a un personaje de la categoría y valimiento de Taurisano.

Tras de saludar respetuosamente a la dama y disculparse el de los Balbases en nombre de los demás por su atrevimiento y falta de galantería, retiráronse todos en silencio, precedidos por el dueño de la casa, que desde que entró no había pronunciado palabra, y apenas traspuesto el umbral de la puerta comenzaron a deshacerse en excusas y cumplimientos.

Jenaro ya no los oyó, porque su memoria entreteníase en recordar dónde había visto una de las caras de los acompañantes del Marqués, que le devoraba con los ojos, mostrando los signos más evidentes de su entusiasta admiración. ¡Aquel semblante lo había encontrado él en alguna parte y en alguna ocasión!...; pero ¿dónde?... Por fin se hizo la luz en sus recuerdos. ¡Sí!..., no había medio de engañarse. ¡Allí!, ¡en casa de Jusepa!

¡Era el mismísimo Duque de los Cameros!, ¡el amartelado galán de la graciosa Mariblanca! ¡Y ante la idea de haberle soplado el cortejo a la bailarina, acometió tal risa al mozuelo, que, olvidándose de todo, estalló en sonoras carcajadas!...

XIX

¡Singular país y especial modo de pensar el de España en los albores del siglo XVIII! Dijérase que sus súbditos necesitaban para vivir y amar que un sentimiento áspero y angustioso aguijoneara sus sentidos y su voluntad. La posesión tranquila de la felicidad, el goce mesurado de la belleza armoniosa, el atractivo dulce y sereno de las cosas y de las ideas constituía letra muerta para el alma desequilibrada y violenta de los españoles de entonces.

Su constitución física y moral, sus músculos y hasta su voluntad encontrábanse tendidos como la

cuerda de un arco, incapacitándolos para todo lo que no fuera exagerado y absurdo. La exaltación de su amor prestaba a éste caracteres de ensueño o de delirio permanentes. Era un fanatismo, y como todos los fanatismos, necesitaba del dolor, y hasta de la sangre, para fortificarse y subsistir.

Familiarizados con las aventuras menos verosímiles y abrumados por las fatídicas predicciones que resonaban de continuo en sus oídos, la desaparición de la Condestablesa y la insólita visita de las familias de los Balbases y Medinaceli a la huerta de Taurisano sirvieron para distraer por unos días la atención pública de los cortesanos, popularizando aún más la figura del Príncipe y volviendo a la memoria de los madrileños el nombre y las excentricidades de la Princesa Colonna.

A casi nadie sorprendía el rumor de los supuestos amores del gallardo D. Próspero con la vieja Mancini, admitiendo como natural lo que en cualquier otro país hubiera sido juzgado por monstruosa perversidad o manifiesta insania.

Lo mismo en las «losas» de Palacio que en las gradas de San Felipe ocupáronse, pues, las ociosas lenguas en hacer comentarios respecto de la última escapatoria de María Mancini, censurándose generalmente la actitud de la familia, a quien se atribuía el deseo de obtener más riquezas aún de la generosidad de la Condestablesa, a trueque de la libertad de ésta.

La violación del domicilio del Príncipe consideróse sobre todo como una señal del calamitoso desorden reinante y como un ataque directo de los partidarios del Duque de Anjou al amigo de la Reina, multiplicándose con tal motivo las sátiras y repitiéndose innumerables frases atribuidas a los principales personajes, incluso al desventurado Carlos II,

quien, enterado de los sucesos, era fama que había respondido: «Parece que los Medina y los otros andan también enredados en tratados de repartición y que la cuestión de testamento no es patrimonio del Alcázar.»

Uno de los lugares donde tratóse el punto con mayor extensión correspondió a la tertulia de doña Mayor de Flon, cuya tierna sensibilidad pereciase por los episodios novelescos.

—Guiada de los consejos de mi vagabunda imaginación, que suele recrearse en la resolución de los problemas más intrincados—pontificaba una tarde la culta dama—, pienso yo que la Princesa, como tan alta e ilustre Señora que es, y dueña de un corazón que, a pesar de los años, es un Etna de pasiones eróticas, propónese entregar a nuevo dueño sus inmensas riquezas, buscando un esposo que la haga feliz e ilumine el último período de su existencia. ¿Y dónde encontrar mejor marido que en esta Corte, donde los hombres de buen gesto abundan como una prueba más de la benevolencia de Dios? El rumor público señalaba hasta ahora al Conde de Écija como el galán declarado de la Condestablesa desde la llegada de ésta a la Corte; pero ¿no es posible que habiendo conocido después al Príncipe de Taurisano vacile su corazón entre ambos?

—Observad, doña Mayor—argüía D. Tadeo Céspedes, empleado del Consejo de Órdenes y asistente a la tertulia—, que la edad de doña María Mancini no es apropiada para matrimoniar por segunda vez.

—¡Al rosal llaman discreto porque, de todos los árboles, florece el último!

—¡No será en este caso por haberle negado sus favores el sol, que desde bien temprano le abrasó con sus rayos!—dijo Céspedes, aludiendo delicadamente a los amores de Luis XIV.

—Piense además mi señora cuñada—observó el gordinflón D. Primitivo—que hartó pasó la Princesa con su primer esposo para pensar en esclavizarse con un segundo, que le dará peor vida, puesto que ya no tiene sino riquezas y le faltan la juventud y la hermosura de antes.

—¡Ah señores, y a cuánto llega la ineptitud de los hombres en lo que toca a comprender el alma de las mujeres! *Omnia vincit amor*, dijo el poeta. Eso sin contar que la Condestablesa está hecha un pino de oro, y, como dice el refrán: «De la tumba por el paño, del pastelón por la hojaldre.»

—¡Encarecimientos mentirosos, que más que alabanzas son consuelo de las partes defectuosas! Y por mis cuentas la Princesa debe contar la misma edad del Rey de Francia, ¡si no le supera en años!

—¡Alto allá, don Primitivo!—interrumpió doña Matutina, que se encontraba también en la reunión con Casilda—. Doña Mayor lleva razón. Que yo he tenido oportunidad de contemplarla de cerca, y os aseguro que su buena conservación excede a cuanto puede imaginarse.

—¿Vióla su merced tapada?—preguntóle con sorna Zorraquín.

—No, sino descubierta y mostrando una garganta por el degollado que más de una jovencita envidiaría.

—Canas hay que negrean a fuerza de betún, y las salseras del solimán prestan diez rostros en un día a la devota que las frecuenta.

—¡Y aun cuando así fuere! ¿Cómo explica don Tadeo—interrumpió airada D.^a Mayor—que nobles tan ilustres anden locos y a punto de matarse por sus gracias?

—Diremos que para encontrar solución a tal desatino, muy propio de la época que atravesamos, será

menester que salga de su cárcel el reverendo Froilán Díaz y pregunte al Vicario de las monjas de Cangas cómo ha de conjurarse el maleficio de esos Señores y si ha de seguirse la misma ley que el año pasado con Su Majestad.

—¡Basta!—intervino Fray Francisco Blando, de la Orden de Predicadores, que apuraba una taza de chocolate indiano, escuchando divertido, hasta entonces, la discusión; pero que había fruncido el ceño al oír hablar de los protagonistas del famoso proceso de los hechizos del Rey—. ¡Basta, repito! No mezclemos lo santo con lo profano ni juzguemos a quienes dependen de otros tribunales más altos. Y siga la conversación por donde doña Mayor la había enderezado, que, como afirma Horacio, «nada impide expresar la verdad en forma risueña».

—Dígame entonces, Fray Francisco—preguntó la dueña de la casa al tonsurado—, Vuestra Reverencia, que lo sabe todo y más, puede sacarme de una curiosidad que ha tiempo me preocupa: ¿por qué pinta la antigüedad al Amor con un pez en la mano y en la otra flores?

—Porque, según los gentiles, es igual señor de mar y tierra.

—¡Qué alegoría tan linda! ¡Y cómo entendían los antiguos las sutilezas del querer! ¡Lástima no haber nacido en aquellos tiempos!

—¿Por ventura pretendía su merced adornar con los anteriores atributos a la Condestablesa, para simbolizar a la abuela de Venus?

—¡Callad, por favor, don Bruno, que vuestra vulgaridad anega mi poesía en el piélago de la desilusión! Pero vamos a ver, ¡cínico Diógenes!, si no es la idea de casarse o el atractivo de una pasión, ¿cuál ha de ser el objeto de la venida de doña María Mancini a España?

—¿Queréis que os lo diga con toda franqueza? —dijo Zorraquín, animado por la discusión—. Pues en mi sentir, y guárdenme el secreto, el viaje de la Condestablesa obedece a una orden de su Soberano, que no es don Carlos II, como muchos piensan, sino nuestro augusto vecino el Señor Luis XIV, que tiene puestos los ojos en esta Corte, y conociendo las relaciones y parentescos de la Princesa en Madrid, ha juzgado oportuno enviárnosla para que, bajo el manto de sus travesuras, ayude los propósitos de Su Majestad Cristianísima y cumplimente las instrucciones que le dé la Embajada respecto de personas y cosas.

—¡Ave María!—protestó azorada D.^a Matutina—. ¡Dónde va a parar el señor Zorraquín con sus manías y sutilezas! ¡Doña María Mancini convertida en agente político! ¡Nunca oí más gracioso disparate! ¿Por qué no nos acusa a todos los presentes de lo mismo?

—¡Pues no sé de qué se asombra su merced!—declaró muy serio el covachuelista—: que más corresponde a la edad de la Condestablesa cursar las aulas de la diplomacia que los estrados de la galantería, y menos ofenderá a Dios en este nuevo estado que yo le adjudico que en el otro que vuestras mercedes le atribuyen.

—Yo le aseguro— repuso terminante la viuda de Solís—que se equivoca de medio a medio en sus suposiciones.

—Entonces agradeceremos que su merced, como tan privada de la Mancini, se sirva ilustrarnos, en lugar de hacernos preguntas sobre lo que atañe a la Princesa.

—¿Yo, privada de nadie? ¡Ay, triste de mí!—apresuróse a decir D.^a Matutina, eludiendo la respuesta con grandes extremos—. ¡Sólo una vez tuve la honra

de besar las manos de mi antigua protectora, y los minutos que con ella conversé se consumieron en evocar memorias pasadas!

—Pues yo—aseguró D. Tadeo Céspedes—confieso que diera un dedo por leer la correspondencia de doña María con Versalles y escuchar sus argumentos para hacer cambiar de opinión a los partidarios del Archiduque; que por cierto serán las únicas cartas contemplativas que hayan salido de su pluma y el solo platonismo practicado por su corazón.

—Paso, paso, don Tadeo—exclamó Fray Francisco, interviniendo en la contienda—, que no están lejos los tres pimpollos de don Primitivo con la sobrinita de doña Matutina, y pueden oír las crudezas de vuestro lenguaje, que ofenderían su modestia de ángeles.

—¿Cómo se encuentra Casilda tan sola?—preguntó el padre Piquer, que hasta entonces había permanecido ajeno a la discusión y entregado a sus eternas cavilaciones—. ¿Por ventura ha dejado de festejarla el joven Pereda?

—No, señor—repuso la Solís, muy contenta del cambio de conversación—. Cada día crece su entusiasmo, a despecho de todas mis frialdades; pero ya es hora de que el mozo aproveche su tiempo, y ahora no le vemos con tanta frecuencia porque las atenciones de su empleo le retienen casi constantemente junto a su tío, el señor Canónigo Urraca.

—¡Pues lo que son las cosas!—continuó inocentemente el bendito Capellán—: ¡yo juraría haberlo visto ayer en carroza por la calle del Barquillo, en compañía de un señor que, á juzgar por su aspecto, declaraba serlo muy grande!

—¡Jenaro en carroza y con tal compañía!—exclamó desconcertada D.^a Matutina—. ¿No estaría

distraído con sus dichosas alcancías, padre Piquer? El propio joven me dijo que trabajaría hasta la noche en el palacio de Portocarrero, y ¡ay de él si hubiese intentado engañarme!

—Nuestro Capellán ve visiones—intervino Zorraquín tratando de salvar a su protegido—, porque buena parte del día la pasó el sobrino del señor Urraca en las covachuelas, donde tuve el gusto de hablarle.

—Tal vez me haya equivocado; ¡pero hasta me pareció que esquivaba mi saludo!—balbuceó el bonísimo señor.

—¡Seguramente fué un error!—concluyó doña Matutina—; aunque mire, padre, por si acaso, será mejor que no repita delante de la niña lo que acabáis de contarnos, pues la juventud es desconfiada y los celos tan fáciles de despertar como difíciles de extinguir en el pecho de la que quiere bien.

La Solís, al decir esto, miró hacia la reja donde se agrupaban las cuatro jovencuelas, examinando desde adentro los transeúntes que pasaban por la calle. Destacábase entre todas, por su aire tranquilo, la gentil Casilda, a quien las Flones comunicaban sus secretos confiadas en la superioridad de juicio de aquella chiquilla, tan parca en palabras como segura en sentencias.

¿Ignoraría la muchacha los posibles devaneos de su galán, confiada en el amor de éste? ¿O trataría de engañar su vigilancia ocultando los pasos en que el mancebo entretenía sus vagares?

Doña Matutina, que hasta entonces, y manteniendo su estudiada actitud de desdeñosa conformidad, no había parado en mientes en el cambio de conducta que observaba Jenaro, recordó una porción de detalles que podían justificar la denuncia del padre Piquer, y sintiendo hervir de indignación

su altivo pecho, propúsose vigilar desde aquel momento las acciones del muchacho, resuelta a intervenir en ellas sin consideración de ningún género.

Desgraciadamente para Jenaro no tardó mucho en presentarse la ocasión anhelada por la ex Camarista de D.^a Mariana, gracias a la imprudencia del Príncipe y a su pretendida rivalidad con el Conde de Écija.

XX

Pocos días después de la anterior conversación aparecieron pegados una mañana en las puertas del Alcázar, las Casas de la Villa y los Mentideros sendos pasquines, que decían:

En el mercado del gusto
dicta hoy su ley la Madama.
¿Qué pensará del asunto
nuestra ilustre Soberana?

Aquel ataque directo y envenenado al honor de la Reina, mezclando su nombre con el de la Condestablesa en un lance donde figuraba el Príncipe de Taurisano como protagonista, dió pábulo a toda clase de comentarios, proporcionando uno de los mayores disgustos de su vida al protector de Jenaro.

Ciego de ira, y deseando vengar en alguien la ofensa con que se ultrajaba a D.^a Mariana, echóse a la calle D. Próspero, dispuesto a descubrir el origen del soez epigrama, aunque le fuera en ello su fortuna, y tras de recorrer concejos y fiscalías y hablar con corregidores y alguaciles, ofreciendo fabulosas ganancias si se hallaba al culpable, dió vuelta por la calle Mayor, donde tuvo la suerte de encontrar al sobrino de Urraca, dirigiéndose en su compañía

hacia San Felipe el Real, imaginando que allí podría averiguar algo de lo que tanto le interesaba.

Hervía la concurrencia en las famosas gradas, que, venidas muy a menos, por la mudanza de los tiempos, aun conservaban la reputación de primer tribunal de la Corte, donde se propalaban las noticias, se discutían las novedades, se decía mal de todo el mundo y se comentaban las procaces composiciones que los ingenios herederos de Quevedo y Villamediana prodigaban, usando de lenguaje y formas jamás conocidas ni toleradas en España hasta entonces.

Aunque el ilustre D. Gabriel Alvarez de Toledo y el Marqués de Mondéjar, entre otros meritísimos varones, pretendieran levantar el espíritu de sus contemporáneos, el estrago era tan grande que, exceptuando la sátira, en que se vertía la amargura de la crítica, ningún otro género lograba ser gustado de la cortesana grey, a la que sólo deleitaban los disparates de las comedias de figurón, las groserías de entremeses y bailes o los alambicamientos poéticos de laberintos, acrósticos, ecos, paronomasias, retrógrados y otros ruines entretenimientos propios de literaturas decadentes.

Lo único que se había podido salvar en aquel naufragio total de la cultura era el dicho agudo, la frase anónima, que lanzada al azar esparcíase rápidamente, alcanzando tanto mayor éxito cuanto menos responsabilidad cabía a su autor.

A las gradas de San Felipe acudía el tropel de ociosos murmuradores y descontentos que constituía la mayor parte de la población, codeándose en democrático consorcio el barbilindo con el hidalgo de ejecutoria, los pegotes y moscones con los estudiantes y militares reformados o por reformar, los poetas y literatos con la inmensa turba de mendigos desha-

rrapados que hormigueaban por todas partes a la espera de la sopa boba, que los Agustinos de San Felipe repartían después del toque de ánimas, con más prodigalidad que substancia.

La circunstancia de coincidir aquella reunión vespertina con el paseo por la calle Mayor y las funciones de vísperas en algunas de las iglesias vecinas contribuía a aumentar la ficticia animación del areópago, antaño tan ilustre y entonces dominado por el ambiente de tristeza y miseria que ahogaba a Madrid y obscurecía el brillo de todas sus fiestas.

Abriéndose paso entre la multitud, que se asombraba al reconocer entre ella un personaje de tantas campanillas, penetraron Taurisano y el sobrino de Urraca entre los grupos, dirigiéndose hacia uno bastante numeroso, donde, rodeado de varios eclesiásticos, algún cómico, D. Antonio Zamora y el Teniente de Caballos D. José de Cañizares, peroraba el insigne Bances Candamo, figura principal de las letras españolas y antiguo poeta de la Corte.

Interrumpido en su oración a la vista del Príncipe, comprendió éste que acaso se trataba de algo que podía desagradarle, y, con su habitual benevolencia, dirigióse a los oyentes preguntando sobre qué materia discutía Candamo que no mereciera ser continuada en su presencia, a lo que el discreto Zamora, después de pensarlo un poco, contestó:

—Don Francisco se preparaba a recitarnos unos versos relativos a las corridas de toros, de que es tan conocido detractor, y como Vucencia sustenta la opinión contraria y parece que se prepara a darnos una nueva muestra de su gallardía en la plaza Mayor, sin duda el buen Candamo no ha juzgado cortés proseguir su discurso.

Comprendió al punto Taurisano que no era aquél sino un pretexto para disimular el verdadero objeto

de la conversación, que debía de girar alrededor del odioso pasquín motivo de sus preocupaciones; pero aceptando la excusa y desvaneciendo el escrúpulo, rogó a Candamo que le explicara las causas de mantener aquella antipatía, en la que le precedieran tantos personajes ilustres.

—Pues digo, Señor—atrevióse entonces a balbucear el poeta—, que, respetando la opinión de Vucencia, el inconveniente más grave que yo encuentro a las corridas de toros es convertir en espectáculo festivo la solemnidad de la muerte, pues con ello piérdese el horror que ésta inspira y huye la compasión del pecho de cuantos la presencian.

—¡Buen argumento, a fe mía!—exclamó sonriendo el Príncipe—. ¿Y son éstos todos los males que encontráis en ellas?

—¡No, Señor! ¡Bien claro expuse los otros en mi canto épico del César Africano!

—Pues repetidlos, que no los recuerdo, y contad de antemano con mi indulgencia por cuantas críticas contenga, que la libertad es privilegio de poetas.

Tranquilizado con aquella aprobación, adoptó Candamo el grave continente que exigía tan solemne caso y con voz reposada y clara comenzó a declamar:

Así los españoles, con romano
pecho, aplaudiendo bárbaros arrojos,
tienen por regocijo cortesano
de sangre humana y bruta hartar los ojos.
¡Oh Lactancio! ¡Oh Crisóstomo! ¡Oh Cipriano!
¿Qué dijerais al ver cuán sin enojos,
en estas fiestas, de homicidios feos
el aplauso y la vista se hacen reos?

Aquí llegaba el celebrado autor en su recitado, que todo el grupo oía con extremada atención, cuando los ojos de Taurisano, que recorrían la concu-

rrencia, más numerosa y abigarrada cada vez, tropezaron de pronto con la conocida figura y el pálido rostro del Conde de Écija, a quien acompañaban diez o doce personas, entre las que pudo reconocer al *desafortado Butrón*, al maestro León y al Doctor Tafalle y Negrete, llamado por sus contemporáneos *el divino Aragonés*.

Nublóse la vista del Príncipe al descubrir a su imaginado competidor, e impaciente por escuchar algo de lo que en voz baja refería y celebraban sus corifeos con extraordinario regocijo, apenas si concedió atención a la segunda estrofa de Bances Candamo, que proseguía así:

¿Qué dijerais al ver que, tan nefando
espectáculo todos aplaudiendo
del bruto están la saña deseando
y el riesgo de su prójimo riendo;
al ver lo poco que se alteran cuando
comete el bruto el homicidio horrendo,
y que prosiguen, ¡ah dolor prolijo!,
con ánimo sereno el regocijo?

El grupo de Écija, como si lo hiciera adrede, había ido aproximando poco a poco, y no pudiendo Taurisano dominar su impaciencia, interrumpió al poeta exclamando:

—Buenos versos, Bances, y buena elocuencia, aunque vaya contra mis gustos. Ahora sería el caso de parodiaros y repetir aquellas palabras vuestras:

¡El Rey puede hacer hidalgos,
pero Candamos no puede!

Los aplausos del grupo coronaron la última frase del magnate, y el autor, lisonjeado en extremo por aquel elogio, se apresuró a responder:

—Aunque cronista de mis propias alabanzas, permitid, Señor, que os asegure que ni el rocío idáleo

de que habla Pontano, ni la mirra del Orontes, ni todas las hierbas sabeas, armenias ni pancayas fueran para mí tan agradables como las palabras que acabo de escuchar en vuestra boca.

Disponíase Taurisano a superar tales conceptos, en medio del silencio de todos, cuando a pocos pasos de distancia se escuchó la voz metálica del Conde de Écija, que decía bastante alto a sus interlocutores:

—Pues yo os anuncio, en cambio, que he hecho voto de disciplinarme en procesión nunca vista, hasta verter dos onzas de sangre al pie de la reja de mi adorada, el día siguiente a la primera cita en que haya conseguido gozar de su hermosura y humillar para siempre al rival que me la disputa, y que hasta ahora nada ha logrado, a pesar de todos sus esfuerzos.

Apenas oída semejante baladronada, a la que siguieron grandes aplausos, hizo ademán el Príncipe de arrojarse sobre el indiscreto hablador; mas agarrándole Jenaro por un brazo, procuró contenerle con todas sus fuerzas, murmurando muy quedo:

—Señor, ¡por ella!, ¡por su honra y nombre! ¡Pensad que vuestra intervención equivale a señalarla!

Reinó un momento de inquietud en el auditorio, que, conocedor de la emulación existente entre ambos caballeros, esperaba el principio de un lance tan famoso como el del Almirante de Castilla y el Conde de Cifuentes, que tanto trabajo dió años atrás a las plumas de sus contemporáneos.

Pero las palabras del mozo impresionaron a Taurisano en tal forma que, dominándose por un supremo esfuerzo, permaneció inmóvil durante breves segundos, dando lugar a que Candamo y los toros, persuadidos de que el Príncipe no quería aprovechar la ocasión, estrecharan el círculo en

torno de D. Próspero, escondiendo los pasos del Conde, quien, de acuerdo con su costumbre, apresuróse a despejar el campo y desaparecer entre la muchedumbre.

Renegando de la habilidad de aquel hombre para defender sin dar la cara, apartóse a poco tiempo el Príncipe de sus amigos, y, sin fuerzas para oponerse, dejóse conducir por Jenaro a la próxima iglesia de la Victoria, donde se celebraba la novena de San Lorenzo, con asistencia de lo más florido de la sociedad madrileña.

Antes de entrar, sin embargo, detúvose el Príncipe, y clavando su vista en el mancebo, le preguntó:

—¿Quién te ha inspirado las palabras que ha poco pronunciaste, y que parecieron aviso del Cielo para librarme de cometer una de las acciones más insensatas de mi vida? ¿Por qué me hablaste así y qué sabes de los secretos de mi vida?

—Nada, Señor—contestó sencillamente Jenaro—, sino lo que vos mismo os habéis servido confiarme y lo que yo pude observar, primero en el Prado y después en la huerta. En cuanto a las palabras, fueron dictadas por mi cariño y por el deseo de evitar una disputa pública que hubiera servido de diversión a la chusma que nos rodeaba.

—Sí; ¡tienes razón! ¡Un escándalo! Eso es, sin duda, lo que el Conde buscaba, y por eso levantó tanto la voz. Desde hace días mis enemigos parecen empeñados en provocarme alguna cuestión ruidosa que traiga aparejada el duelo, para valerse de ese pretexto y conseguir mi destierro. ¡Pero no lo lograrán! ¡No lo lograrán...!, a menos que se atrevieran a...!

El Príncipe contempló de nuevo a Jenaro, como si deseara hacerle alguna confidencia; mas reparan-

do en el aspecto aññado del mozo, se detuvo y acabó diciendo:

—¡No! ¡Aun no ha llegado el momento! ¡Algún día te lo confiaré todo, pues sé que tú me comprenderás! Ahora sigamos tu inspiración y entremos en la Victoria. La frescura de la iglesia conseguirá tal vez entibiar el fuego que abrasa mi pecho.

XXI

Por desgracia, la atmósfera que se respiraba en la *parroquia de las Damas*, como generalmente se llamaba a la iglesia de la Victoria, no era la más a propósito para refrescar los pensamientos de nadie, pues la fama de Fray Diego de Todos los Santos había congregado tal número de devotos y de oyentes, que la nave del templo resultaba chica para el gentío que llenaba sus ámbitos.

A pesar de la devoción, rayana en idolatría, de los españoles de entonces, y del tradicional respeto por cuanto al dogma católico hacía referencia, la compostura del público en el interior de las iglesias dejaba bastante que desear, produciendo asombro y hasta escándalo en los extranjeros que por primera vez nos visitaban.

No hablemos de la turba de lisiados, enfermos y menesterosos aglomerados a la puerta; ni de la multitud picaresca de silleros, lacayos, rodrigones y pajes que comentaban en la calle la vida y milagros de sus amos; ni del enjambre de sacristanes, músicos, cantores, beatas de oficio y suplicacioneros repartidos por coros y capillas, sino de aquellas piadosas observantes que, atendiendo el santo sacrificio de la misa o escuchando los argumentos y razones de los detestables predicadores de la época,

encontraban espacio para investigar con el rabillo del ojo todos los rincones del templo y mantener en él sus amorosas relaciones, tomando a Dios por tercero de sus aventuras y devaneos.

El lenguaje por señas, o del abanillo, en que tan extremadas fueron siempre las madrileñas, funcionaba sin descanso en todos los lugares santos, y la caída al descuido de un manto, la aparición de una mano, el desenfundar de un guante, la pérdida de un bolsillo o rosario, y el asomo de un ojo asesino, constituían otros tantos recursos para atraer la curiosidad o la admiración de los hombres.

No paraban en esto los abusos ni las ofensas a Dios, sino que, confiado en su divina misericordia, convertíanse a menudo los santuarios en lugar de citas y encubrimiento de aventuras, donde solían encontrarse los enamorados con mayor seguridad, burlando las precauciones del mundo y de las familias.

Añádase a esto la conversación constante, el remover de sillas, los suspiros y flatos de las beatas, las discusiones y risas de los hombres en el atrio, y las muestras de aprobación, lágrimas, gemidos, observaciones y carcajadas que sucesivamente iba suscitando el orador desde la sagrada cátedra, y se tendrá una idea del aspecto y animación de la parroquia de la Victoria en una tarde de sermón, con motivo de la festividad de San Lorenzo mártir.

Al penetrar Taurisano y Jenaro en el concurrido templo la voz suave y aterciopelada de Fray Diego de Todos los Santos clamaba en medio de la comunión de sus oyentes:

«¿Adónde vas, abrasado galán pirausta, derretida estuante mariposa; dónde giras, te remontas y elevas, que en la flamígera presurosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pías por la pira de tus

incendios?... ¿Adónde, regia, generosa garzota, rizado penacho de plumas en el peinado aire de la esfera, pavón de vistosas y matizadas alas, que alimentaste de la incorruptible substancia del cedro, en la frondosidad del más bien cuajado Líbano? ¡Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso, que si acaloras tus derretidas ansias al impulso de tus volantes violencias, el impulso de tus volantes violencias soplará la hoguera de tus derretidas ansias...!»

Al llegar aquí, Jenaro, que, a fuerza de empujones, consiguiera avanzar algunas varas, sintió que alguien le asía de la manga del traje y que una voz exclamaba en tono bajo, con melosa ironía:

—¿Adónde va lo bueno, señor Jenaro, que ya no conoce a sus antiguas amigas? ¿O, por ventura, el exceso de trabajo consiguió desvanecer el entendimiento de su merced, trayéndole hasta aquí sin darse cuenta?

Jenaro reconoció el adobado rostro de D.^a Matutina, que con expresión de pantera le examinaba de pies a cabeza, mientras sus dedos, agarrados siempre al traje, impedían al joven reunirse con el Príncipe, que continuaba su camino hacia adelante.

Junto a la de Solís, lucía D.^a Mayor costosas galas, y más allá, la pobre Casilda, desfigurada por los adornos que la vanidad de su tía la obligaba a ostentar, contemplaba ansiosamente la escena, sin atreverse a intervenir para no agriarla más.

Disimulando el mancebo su contrariedad, no tuvo otro remedio sino arrodillarse junto a D.^a Matutina, maldiciendo de la poca suerte que le sonreía y buscando en el fondo de su entendimiento los embustes más apropiados para justificar su presencia allí y adormecer las desconfianzas del basilisco. Pero la Solís, como buena lagarta, no se dejó ganar la mano,

y sin hacer caso de los codazos de D.^a Mayor ni de las miradas suplicantes que desde lejos le dirigía Casilda, comenzó a reprender en severos términos al jovenzuelo por su falta de formalidad, su descuido en atenderlas desde hacía tiempo, el desenfado de su conducta, los repetidos engaños de sus ausencias y una porción de cosas más, que la elocuente y fácil palabra de la ex Camarista fué enumerando con una claridad que para su discurso hubiera querido el elocuente Fray Diego de Todos los Santos en su interminable sermón alegórico, anagógico y panegírico.

Tentado estuvo en aquel momento el impaciente Jenaro de mandar a paseo a la intransigente e hipócrita señora, cantándole de paso dos o tres verdades de las aprendidas en el despacho de Urraca; pero cuando iba a hacerlo, su vista tropezó con la carita compungida de la inocente Casilda, y sintiendo remover en su interior todos los afectos que a la niña le ligaban, contentóse con responder algunas breves razones que justificaran lo ocurrido, atribuyendo su presencia en la Victoria a una repentina indisposición del tío, que le había dejado en libertad para correr a escuchar la palabra de Fray Diego, con la esperanza de encontrar además una persona que le proporcionara alguna ventana para la próxima fiesta de toros.

Tragó a medias el anzuelo la desconfiada viuda, y ya se disponía a replicar, cuando varias vecinas chistaron reclamando silencio para oír al modelo de la elocuencia, que seguía prodigando su inspiración en honor del «Fénix de cambiantes españoles rayos, pirausta de religiosos incendios, nuestro invicto mártir español San Lorenzo».

Murmurando protestas y repartiendo miradas furibundas en torno suyo, permaneció un rato doña

Matutina escuchando las ponderaciones del predicador, que en aquel momento hablaba del pan eucarístico, describiéndole así:

«Encarnada macolla de teándrica espiga, que en el ignito agosto, de calor intensa, tranzó la segur de inexorable Parca; ¡grano rubicundo y tostado que por incendios de sus exhaladas finezas se subplantó al trillo de las más execrables tiranías!»

Doña Mayor, al escuchar tan incomprensible jergonza estremecíase de gusto, como si se sintiera acariciada por las estrambóticas palabras; pero cuando oyó poco después que, hablando de San Jerónimo, le daba Fray Diego el título de *escintelante fanal de la Iglesia*; que al tormento de San Lorenzo le llamaba *catastro de fuego*; al santo le concedía chistosamente el apodo de *soasado fénix*, y hasta llegaba a afirmar que su maravilloso homónimo el de Arabia conocía su muerte próxima por el *vehemente, voraz, agitado soplo de la ética de sus crecimientos*, no pudiendo contener el entusiasmo, inclinóse del lado de la Solís murmurando:

—¡Ay amiga, qué hombre y qué pico de oro!
¡Quién le estuviera oyendo toda la vida!

Aprovechando aquel respiro, Jenaro, que lo único que entendía del sermón eran las citas en latín, porque no las podía cambiar el fraile, esforzóse en encontrar las miradas de Casilda, que, medrosa y encogida, apenas si se atrevía a levantar los ojos del suelo para no llamar la atención de su iracundia. Descorazonado entonces el joven, dedicóse a buscar al perdido Taurisano, divisándole al fin cerca de una de las capillas laterales, arrodillado devotamente junto a dos tapadas, con quienes le pareció que cambiaba palabras, procurando guardar la mayor compostura para que sus vecinos no se dieran cuenta.

Interesado en el juego, trataba el muchacho de no perder detalle, cuando resonó de nuevo en sus oídos la voz de D.^a Matutina, que tornaba al asalto con mayores bríos y copia de argumentos que anteriormente.

—Hace ya tiempo, caballero, que deseaba hablar en estas materias y poner las cosas muy en claro para deslindar situaciones y definir responsabilidades; no por cierto en obsequio vuestro, sino en el del señor Urraca, por cuyo solo nombre y respetabilidad os di entrada en mi casa y con los míos.

—¿Pues yo qué he hecho, señora?—se atrevió a preguntar Jenaro, bastante amostazado—. ¿No procuré siempre honrar a vuestra merced y a su sobrina en cuanto me ha sido posible?

—¡Los hombres hacen honra de lo que quieren, y al principio de su afición abundan en ponderaciones; mas presto descubren su verdadero ser, especialmente si andan sueltos por la Corte, que encierra en sus calles todos los vicios y es tienda de toda mercadería, donde manos ginovesas saben mondar el cuerpo, roer los huesos y exprimir la bolsa!

En el momento que caía sobre Jenaro aquel diluvio de apóstrofes, sus vigilantes pupilas creyeron percibir que una de las tapadas junto a las que permanecía arrodillado el Príncipe volvía la cabeza hacia atrás y le reconocía, saludándole discretamente.

Sin advertirlo, por suerte, la implacable D.^a Matutina, proseguía su homilía, recordando la limpieza de sangre de los Solises, más noble y vetusta que el árbol de Guernica, las prendas que adornaban a su sobrina, las esperanzas de futuras riquezas y el honor increíble que constituía para Jenaro la pretensión de alcanzar la mano de aquella novena maravilla del mundo.

Aburrido el muchacho y disgustado ante la idea de que Taurisano o sus interlocutoras pudieran descubrirle en tan enojosa controversia, buscaba inútilmente algún recurso para cortar la conversación, cuando el predicador, que llevaba dos horas de gritar sin descanso, sacando a colación todas las divindades pentílicas y habiendo sutilizado a sus anchas sobre el amor de Dios, la fe del Santo y la hoguera del Fénix, concluyó su obra maestra con estas palabras:

«¡Fuego de Dios, y qué fineza!... ¡Fuego de Lorenzo, y qué constancia!... ¡Fuego del Fénix, y qué ave... María!...»

Aquel modo tan original de terminar la oración logró llevar al colmo el entusiasmo de la concurrencia, que, sin cesar en sus alabanzas de Fray Diego, comenzó a levantarse para abandonar el templo, donde el calor y la aglomeración resultaban insoportables.

Doña Mayor, embelesada con la última agudeza del fraile, no encontraba frases suficientes a exponer su complacencia, y Jenaro, que deseaba terminar cuanto antes el disgusto con Casilda, de quien ya había recibido la gracia de varias miradas, atrevióse a suplicar a la Solís:

—¡Si vuestra cortesía me permitiera decir dos palabras a vuestra sobrina, presto lograría yo aplacar todas las tempestades!

—¿Y quién le dice al señor atrevido—repuso sulfurada la tía—que sea ella la que debe ser satisfecha, cuando soy yo la que pide explicaciones? Harto me doy cuenta de que con cuatro ponderaciones quedará la inexperta desvanecida y perdonará todos los yerros, que en verdad nadie diría que Casilda es de mi sangre; pero este juez que os habla no es tan fácil de convencer y necesita muchas más disculpas

de las que el presente lugar permite, por lo cual servirás tu merced quedarse aquí sin acompañarnos y preparar la defensa ante mi tribunal, que fallará vuestro pleito mañana en la tertulia de Flon.

Respiró el mozo viéndose por fin libre, sin percatarse del lazo que le tendía la Solís, y, haciendo un profundo saludo a las damas, despidióse de la afligida Casilda con una mirada en la que trató de poner toda la elocuencia de sus sentimientos. Después permaneció inmóvil en el centro de la iglesia, viéndolas marchar y dando al diablo el día y hora en que la suerte le puso delante de aquel ejemplo de farsantas, que por desgracia regía el destino de sus amores y enturbiaba los placeres de los mismos.

Tan grandes eran su enojo y distracción, que no se dió cuenta de la proximidad de Taurisano hasta que el Príncipe, que lo había estado examinando sin que lo advirtiera, murmuró a su oído:

—¿Quién era esa mujer que te hablaba, Genarino, y que parecía devorarte con los ojos? ¡Yo conozco la cara, aunque no recuerdo dónde la he visto! ¡Terribles bríos de suegra o de tía aparenta la señora! ¡Pisa con tiento, hijo mío, y recuerda tu mocedad, que es el bien más precioso con que hoy cuentas! Hace una hora me diste brava lección de prudencia evitándome cometer una ligereza de que ya estaría arrepentido. Permite que a mi vez te ayude con un consejo, inspirado en el cariño que te profeso: ¡No te cortes la cabeza casándote de niño con una mujer vulgar y de familia sospechosa, pues quién sabe si estás llamado a grandes empresas, como mi corazón presiente!...

Aquellas palabras, pronunciadas en tono tan afectuoso como solemne, resonaron en la cabeza de Jenaro como otras tantas mazas que intentaran destruir los pensamientos que allí se albergaban.

Aturdidos por nuevos y desconocidos sentimientos que despertaban en su pecho, dejóse conducir hasta los pies de la iglesia, donde eran ya contadas las personas que se veían.

Un rumor de sedas y un perfume sutilísimo, inconfundible, delicado, vino a sacarle de su ensimismamiento trayéndole a la memoria recuerdos desvanecidos.

En aquel punto dos tapadas pasaron junto a ambos caballeros, rozando casi con sus mantos los zapatos de Jenaro. Precipitóse galante y respetuoso Taurisano a ofrecerles agua bendita con la diestra, mientras su compañero, que no había acertado a moverse, estremecíase al reconocer la voz de una de las encubiertas, que murmuraba al pasar:

—Bien hizo el Prado en medorizar desconfianzas a las peregrinas amorosas, señor Jenaro; y conste que no os alabo el gusto, pues la madre, por la edad, debe ser censo perpetuo, y la niña tiene más aspecto de Débora para el gobierno que de Laudomia para el amor. ¡En fin!, cada cual haga su gusto, y que se cumpla el refrán: «Que mi hija hermosa, el lunes a Toro y el martes a Zamora.»

Quiso replicar el mozo a la desenvuelta Angélica; mas cuando se disponía a hacerlo ya habían desaparecido ambas damas, dejando tras sí la aromática estela que permitía identificarlas.

Acelerando el paso, y sin atender las órdenes del Príncipe, que le prohibía seguir las, aun pudo el curioso Jenaro divisar a las fugitivas, que navegaban por la Carrera de San Jerónimo, donde las esperaba modesta carroza de dos mulas, y examinándolas con mayor atención, parecióle que la compañera de Angélica era más alta y se movía de otro modo completamente distinto al de la Condestabla.

—Pues si no es ella, ¿quién puede ser entonces?...
—comenzó a pensar el sorprendido Jenaro.

Y distraído con sus quimeras pasó por delante de dos ojos que desde la frontera puerta del Buen Suceso seguían todos sus movimientos, y que al verle desaparecer del brazo del Príncipe expresaron el mayor asombro y desconcierto, mientras una voz fuerte y varonil decía maquinalmente:

—¡El Príncipe de Taurisano y Jenaro unidos, como dos amigos! ¡Y yo que creía bobo al muchacho! ¿Tratará de completar la obra emprendida por doña María Mancini? ¡Al diablo y al señor Urraca se les ocurre únicamente emplear semejantes procedimientos para conseguir sus propósitos!

XII

El cúmulo y la variedad de ocupaciones que siguieron a este memorable encuentro y la acogida inesperada y blanda que hallaron las excusas del mancebo cerca de D.^a Matutina, contribuyeron a calmar por de pronto la tempestad que se cernía sobre los protagonistas de esta historia, aunque sin destruir la impresión penosa y humillante que recibiera Jenaro al escuchar las desentonadas razones de la Solís y darse cuenta del abismo insalvable que existía entre el medio que rodeaba a su novia y el que simbolizaba el Príncipe.

Por primera vez sintió entonces el mozo germinar dentro de su alma un impulso de rebelión y desobediencia contra las personas que le condenaban a un futuro limitado y anónimo, como si tal destino constituyera el máximo de felicidad a que pudiera aspirar en la existencia.

La ambición que hicieron despertar en el ánimo

de Jenaro las profecías de Taurisano manifestóse bien pronto en el interés con que prosiguió sus trabajos y en el anhelo por tomar una parte más activa en la farsa que continuaba desarrollándose entre los muros del palacio de Portocarrero.

El círculo de sus conocimientos aumentóse por aquellos días con el de D. Mariano Ubilla, Secretario general del Despacho, y con el, aun más importante, de Fray Nicolás de Torres-Padmota, confesor de Su Majestad.

Por los secretísimos conciliábulos que con ambos mantuvo y por ciertas preguntas que le hicieron sobre redacción de cartas en latín e italiano, vino el muchacho a comprender que, combatido el Monarca, y repugnando la proposición de convocar Cortes, había resuelto pedir la opinión del Santo Padre para acallar los escrúpulos de su conciencia.

Admirando en su interior el hábil medio inventado por Su Eminencia (a quien constaba que Inocencio XI era enemigo de la Casa de Austria), aunque deplorando que tamaño conflicto se resolviese como si fuera únicamente un asunto de familia, condújose nuestro héroe en aquella coyuntura con tan sencilla prudencia que, sin escatimarle elogios, y fiado en su dominio de la lengua francesa, encargóle Urraca otra misión cerca del Enviado de Su Majestad Cristianísima, desconocido hasta entonces de Jenaro.

Tratábase de la repetición de ciertas palabras convenidas, que D. Juan Antonio le hizo aprender de memoria, advirtiéndole además de algunas respuestas que podía añadir si el francés solicitaba más aclaraciones, y encargándole sobre todo que evitase el emitir pareceres sobre política, desviando tal plática a que era monsieur Blecourt muy aficionado.

Reemplazaba éste desde hacía poco tiempo a su pariente el Embajador Marqués de Harcourt a

quien le había sido concedida licencia para retirarse a Bayona, con pretextos de salud, aunque en realidad obedeciera el acuerdo a diversas y complejas razones.

Los franceses y sus partidarios afirmaban que el viaje del Marqués respondía sólo a las instancias de éste y a la consideración de Luis XIV, que no había querido ponerle en el duro trance de comunicar a Carlos II la firma del último tratado de repartición, seguro de que la noticia heriría profundamente la dignidad del Soberano y de todos sus súbditos.

Blecourt, que tenía más de militar que de cortesano, cumplió su deber lo mejor que le fué posible, y aun tuvo que añadir, a poco, la no menos embarazosa declaración de que su amo consideraría como *casas belli* la admisión de soldados del Emperador en cualquier plaza de España. Análoga protesta fué necesario hacer con motivo de los rumores de una próxima visita del Archiduque Carlos a la Corte.

A pesar de tan ingratas comisiones, que le enajenaron las simpatías del Alcázar, gozaba el Enviado francés de agradable reputación en Madrid, donde su afabilidad y cordura contrastaban con la intemperancia y altivez del joven Conde de Harrach, Ministro del Emperador, pudiendo bien pronto apreciar Jenaro el fundamento de tales juicios al verse recibido y tratado por Blecourt como un igual, no obstante su modesta representación.

Preparábase, de regreso en casa de Portocarrero, a informar a Urraca del resultado de la comisión, cuando apareció de pronto ante sus ojos la estafalaria figura del lego Benigno, sosteniendo en los menguados brazos una gran canasta de mimbre que casi se vencía al peso del contenido.

Precipitándose sobre el hermanuco para aliviarle

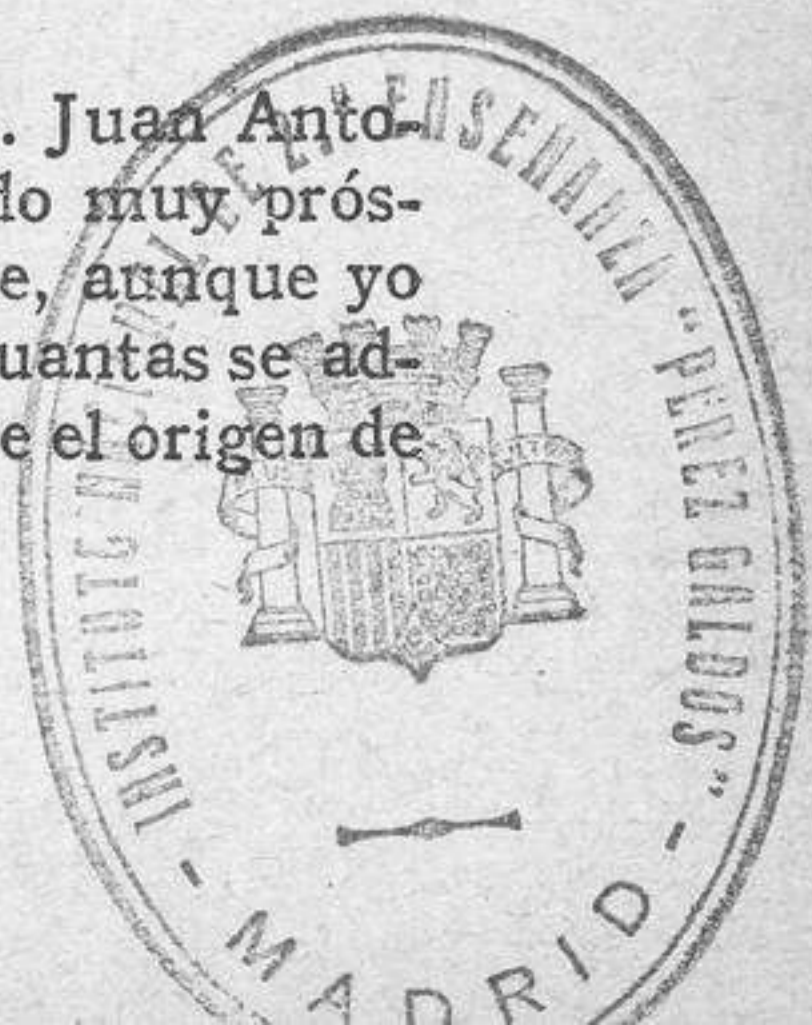
de la carga, apoderóse Jenaro de un billete que acompañaba al envío, y que, abierto y leído, decía así:

Por satisfacerme de vuestra persona he demorado más de lo justo en corresponder con obras a lo señalado de vuestros favores. La intención, que no el envío, sirvan de heraldo a mi agradecimiento. Viváis muchos años con los mismos sentimientos que os fiarán corazones no tan desengañados como el mío. El escudero que os lleva esta carta os entregará otro vestido a cambio del que me prestasteis, y un regalo, para que con él obsequiéis a quien podáis estimar. Aceptad ambas cosas como memorias de un alma reconocida a lo mucho que merece vuestra juventud y valor.
La dama de la Huerta.

Sorprendido y curioso Jenaro por el intempestivo y tardío obsequio de la Condestablesa, descubrió el rico damasco que envolvía a la bandeja, y encontróse con un magnífico traje de seda negra, emparejado del mismo color, con el tahalí y cinto corcheteados de seda, y guantes y ligas de tafetán punteados del mismo metal; completaba el regalo alguna ropa blanca de la más fina y una bolsa bien repleta, que contenía además un diamante, montado en sortija, que deslumbraba con sus luces.

Entreteníase el aturdido mozo en hacer brillar los cambiantes de la piedra ante las maravilladas pupilas de Benigno, cuando sintió pasos detrás de sí, y al volverse para descubrir quién era, topóse con su tío Urraca, que le contemplaba severamente, como pidiendo una explicación sobre la presencia en el cuarto de tan fastuosas galas.

—Por lo que veo—exclamó al fin D. Juan Antonio—tu estado de fortuna hase tornado muy próspero, pues te permite mercar cosas que, aunque yo no entienda de vanidades, superan a cuantas se admiran en esta casa. ¿Podrías explicarme el origen de todo esto?



—Bien comprenderéis, señor tío, que este lujo no puedo procurármelo yo con mis modestos recursos, ni me atrevería a ostentarlo aquí, si no se tratara de un regalo que acabo de recibir por manos de un escudero desconocido.

El Canónigo se acercó para admirar la riqueza de la seda, y dirigiendo una mirada de soslayo a las demás cosas añadió con ironía:

—*Nec sunt mihi nota potentium munera.* ¡Espléndido presente, que demuestra no está agobiada la persona que lo envía por arbitrios ni gabelas!... Y... ¿no tienes sospecha de quién pueda proceder tan regio obsequio?

—Aunque no estoy seguro—repuso Jenaro, que había pensado hasta entonces en el modo de salir del compromiso sin publicar el nombre de María Mancini—, creo que este regalo, tan indigno de mi humilde persona, procede del heredero de mi antiguo protector, el excelentísimo señor Príncipe de Taurisano, a quien encontré casualmente hace algún tiempo, y que habrá querido manifestar de este modo su aprecio por los servicios de mi padre, que durante tantos años perteneció a la Casa.

—¡El Príncipe de Taurisano!—murmuró Urraca—. ¡No me habían engañado entonces los que me aseguraron haberte visto pasear en compañía de tan alto Señor, aparentando disfrutar con él de especial valimiento!... Mira, Benigno—añadió, después de un rato de silencio—, recoge esa bandeja y déjanos, pues mi sobrino y yo tenemos que hablar de asuntos que no admiten testigos.

Obedeció sin chistar el lego, y cuando el Canónigo y Jenaro estuvieron solos volvió a contemplar don Juan Antonio al mancebo, como si quisiera leer los secretos y los propósitos que se ocultaban en aquella graciosa cabeza, que ya no se rendía ante él con

la sumisión de antes, sino que osaba permanecer erguida en actitud resuelta.

—Vamos a ver, Jenaro—comenzó diciendo el tío, procurando conservar el tono calmoso y benévolo que convenía para atraerse la confianza del muchacho—. Las palabras que acabas de pronunciar constituyen una novedad y una complicación tan inesperada para todos mis proyectos, que necesito me expliques en seguida cómo y cuándo han principiado tus relaciones con el Príncipe y qué razones te han movido a ocultarme hasta ahora un conocimiento tan peligroso para todos nosotros.

Turbado ante la solemnidad de las palabras de Urraca, aunque decidido a utilizar la ocasión que se le ofrecía para hacer público el afecto que le unía al Príncipe, refirió el joven su encuentro casual con el magnate, desfigurando un poco los hechos, así como la invitación de Taurisano a visitarle en la huerta y el empeño de que le acompañara alguna vez para añorar juntos recuerdos de Italia y evocar la memoria del Príncipe D. Marco Antonio y de don Ramiro de Pereda.

—¿Y no sabías al obrar así—interrumpióle bruscamente el Canónigo—que ese señor militaba en las filas opuestas de nuestro partido, y que al aceptar su amistad, que no puede ser otra que la de amo a criado, arriesgabas el peligro de que el mundo creyera que eras un centinela puesto por Su Eminencia junto a él o que Taurisano te había ganado con sus mercedes para que le revelaras los secretos de esta casa?

—El Príncipe—contestó con tono más firme Jenaro—sabe desde el primer momento que sirvo a Vuestra Reverencia, y para decidirme a volverle a ver prometió no hablar nunca de materias políticas en mi presencia. En cuanto al mundo, mal haría en



sorprenderse viendo a un mozo mostrar su reconocimiento a una persona que siempre honró a su familia, colmándola de beneficios.

—Si es así—preguntó Urraca—, ¿por qué en lugar de dirigirse tu madre a mí para encargarme de tu fortuna no te entregó a Taurisano, cuyo nombre nunca le oí pronunciar desde su regreso a Toledo?

Repitiendo las explicaciones dadas en otra ocasión al Príncipe cuando le dirigió análoga pregunta, contó Jenaro a su tío todo lo ocurrido desde su salida de Nápoles hasta la llegada a Madrid.

Al acabar su relación, el Canónigo permaneció caviloso, hasta que, mirando con fijeza al sobrino, preguntóle con la mayor naturalidad:

—¿Y qué responderías a la persona que te propusiera valerte de esa increíble confianza que gozas con Taurisano para labrar tu fortuna de un modo muy rápido y conseguir la realización de todos tus planes?

—¿Mi fortuna?—balbuceó inquieto el adolecente—. ¡No os entiendo!

—¡Pues me sorprende!—repuso con acritud don Juan Antonio—. ¡Porque en otras cosas te pasas de lince! Pero si te empeñas en que hable con claridad, te complaceré. ¿A quién juraste fidelidad y por cuenta de quién trabajas?

—A Vuestra Reverencia y por el señor Cardenal—contestó sin vacilar Jenaro.

—¿Te encontrarás entonces dispuesto a cumplir siempre nuestras órdenes?

—No creo que Vuestra Reverencia tenga hasta ahora queja ninguna de mí.

—Al contrario, me encuentro muy satisfecho y cada día te considero más capaz de llevar a buen término los negocios que se te encargan, sobre todo si

desechas algunas ideas locas que te bullen dentro de la cabeza.

—Vuestra Reverencia no tiene sino indicarme lo que debo hacer para cambiar de conducta.

—¡Enhorabuena, así nos entenderemos mejor! Mira, Jenaro. Desde que estudias a mi lado has podido adivinar la organización perfecta de informaciones que nos dan tanta superioridad sobre nuestros contrarios. En todas partes, en los rincones más ignorados, en las celdas más apartadas, distribuidos en el reino entero, hay ojos que se fijan, oídos que retienen lo que escuchan, bocas y plumas que transmiten y cumplen las instrucciones que desde aquí les enviamos. Uno de los pocos lugares que se han resistido a esa fiscalización es precisamente la casa de tu amigo, donde hasta ahora sólo pudimos valerlos de individuos muy subalternos o personajes desprovistos de cordura, que han fracasado en todos sus empeños... Ningún mal deseamos al Príncipe de Taurisano—añadió rápidamente el Canónigo al descubrir un gesto de Jenaro—. Por el contrario, don Próspero es una de esas personas que honrarán siempre el partido a que pertenezcan y cualquiera de ellos se considerará dichoso por contarle entre sus jefes. Su decidida adhesión a la Reina, más por caballeridad que por entusiasmo, y sus compromisos con la Casa de Austria le han colocado desde un principio enfrente de Su Eminencia y han justificado nuestros ataques; pero si esa obstinación pudiera vencerse de algún modo, o existiera alguien que por cualquier medio le hiciera cambiar de parecer, o le decidiera, por lo menos, a permanecer indiferente, esa persona tendría derecho a solicitar cuanto quisiera como recompensa de su hazaña. ¿Me comprendes ahora, Jenaro?

—Sí, señor—repuso tristemente éste—. Com-

prendo a Vuestra Reverencia y lamento tener que desagradarle; pero la misión que me propone paréceme tan imposible, conociendo como conozco el carácter del Príncipe, que me veo obligado a declinarla desde luego, con el mismo sentimiento que declinaría el honor de emular los méritos de esos auxiliares que contribuyen con sus informes a ilustrar vuestro recto criterio, si por una casualidad mereciera mi insignificancia ser realzada con semejante distinción.

Mordióse los labios Urraca al escuchar tan discreta repulsa a sus insinuaciones, y, sin poder disimular el despecho que le producía la resuelta actitud del mancebo, exclamó sarcásticamente:

—¿Quiere decir que rechazas mis ofrecimientos? ¿El encargo que trato de confiar a tu amistad, y que demuestra mi interés por el Príncipe, resulta una deshonra a los ojos del caballerito, que se permite dar lecciones de honra a sus superiores? ¿Y qué harías si, molestado por tu negativa, comunicara las ideas que acabas de exponer a la tía de Casilda, que tan pocas simpatías te profesa? Acaso la de Solís, a quien nunca podrás convencer del fundamento de tus escrúpulos, te cerraría la puerta de su casa.

—¡Si tal desgracia ocurriera, pensaría que Vuestra Reverencia me advirtió con tiempo de la mal reputada lealtad de la dama, y que acertó al calificarla de intrigante y trapisondista!

—¿Y si la propia Casilda llegara a olvidarte?

—¡Juzgaría equivocada mi elección, y pediría licencia al señor Cardenal para abandonar la Corte y buscar en otro suelo el remedio de todas mis desdichas!

Al llegar aquí detuviéronse ambos interlocutores, como si midieran sus respectivas fuerzas. Urraca, admirado de las contestaciones del sobrino, a quien

hasta entonces juzgara como un niño débil y sin voluntad, no pudo menos de mostrar su sorpresa, exclamando:

—¡Bien se observa al oírte que el trato de los Grandes sirve para ensoberbecer a los que le disfrutan, pues jamás te atreviste a contestarme como hoy lo haces! Prosigue en tu obstinación; pero nunca olvides la presente conversación ni la modestia de tu cuna. ¡Los Príncipes gustan mucho de que los diviertan y regalan a sus compañeros de placeres; pero jamás se preocupan de mejorar la suerte de éstos!

—El Príncipe de Taurisano—atrevióse a responder Jenaro—no se parece a esos que Vuestra Reverencia pinta, pues desde el primer día me ofreció su casa, su amistad y su bolsa, encargándose de mi porvenir si quería entrar a su servicio.

—¿Y por qué no aceptaste?—preguntó irónicamente el Canónigo.

—¡Porque había dado ya mi palabra a Vuestra Reverencia, jurando delante de Cristo que jamás traicionaría sus secretos, y los pobres como yo no tenemos más fortuna que nuestra honra!—contestó el acongojado muchacho, ocultando el rostro entre las manos para que su tío no advirtiera las lágrimas que acudían a sus ojos.

Urraca, muy admirado, examinaba con mayor atención que antes la actitud de Jenaro, que le conducía de sorpresa en sorpresa, revelándole un alma que hasta entonces no sospechara en el tímido mozo. Al fin, y aparentando compasión, dignóse acariciar con su mano el hombro del sobrino, diciendo en tono indulgente:

—¡Bueno, hombre!, ¡bueno!; no te aflijas ni hagas caso de lo que acabo de proponerte, pues todo fué para probar tu firmeza. Tus respuestas me han dejado tranquilo y contento. Continúa siendo tan reser-

vado como hasta aquí y no cuentes a nadie los secretos que se te confíen o que vayas descubriendo. Si terminado este asunto, en que ya me eres indispensable, quieres quedarte en casa del Príncipe, yo mismo te daré licencia para ello; y si es necesario me encargaré de convencer a tu madre, que tanta oposición demuestra a pronunciar el nombre de Taurisano.

Levantó radiante la vista Jenaro al escuchar tan blandas razones, y, loco de alegría, cubrió de besos la mano del tío, apresurándose a salir del cuarto para ocultar su emoción, mientras el Canónigo continuaba meditabundo, frunciendo la áspera pelambre de sus cejas, que era el signo de mayor preocupación en el Secretario de Portocarrero.

Al cabo de un rato, saliendo de su abstracción y agitando furiosamente la campanilla, ordenó al tembloroso Benigno, que acudía a su llamada:

—¡Preven a las personas que te indiqué para que no pierdan de vista a mi sobrino, y en cuanto anochezca avisa a la vieja de Solís que la espero esta noche, pues tengo necesidad de hablarle con urgencia!

XXIII

Aquella tarde y las siguientes fueron empleadas por Jenaro en comprar galas y adornos para que Casilda luciera en la plaza Mayor con ocasión de la próximas fiestas de toros, sin verse forzada a acudir a los recursos de alquiler que D.^a Matutina usaba en tales casos.

Algo protestó, por fórmula, la ex Camarista al recibir el sorprendente regalo, en que se consumieron buena parte de los doblones de la Condestablesa; pero, aplacados sus melindrosos escrúpulos con la

explicación del origen de tan nueva riqueza, y sobre todo con la vista de una húngarina y un tapacuellos de puntas de tramoya dedicados a su excelsa persona, consintió al fin en admitir el presente, que los usos de entonces autorizaban.

Desde aquel instante, y sin descuidar el papel de enojoso Argos, sólo se ocupó la Solís, como buena y castiza madrileña, en preparar su aparición en la plaza Mayor, llegando su vanidad al colmo con el balcón de los de a doce ducados que Jenaro le consiguió, gracias al Príncipe, y el anuncio de un coche, ofrecido también por la generosidad del magnate, para asistir a la fiesta.

Justamente el 8 de julio habíase celebrado otra análoga, a la que D.^a Matutina vióse obligada a renunciar por falta de medios, fingiendo repentina dolencia, que la tuvo encerrada en las casas de Uceda. Por ello, y deseando corregir la mala impresión que en sus contertulios produjera aquel eclipse de fortuna, apresuróse a invitar, con amabilidades de gran señora, no sólo a D.^a Mayor y a D. Primitivo con sus tres pimpollos, sino al propio Zorraquín, que con taimadas alusiones molestaba de continuo su orgullo.

Llegó por fin, que todo llega en el mundo, el ansiado día de los toros, y la Corte amaneció vestida de gala, disponiéndose a lucir su tradicional bizarría a despecho de angustias y estrecheces.

Decidido por su parte Jenaro, con infantil presunción, a deslumbrar a Casilda con su garbo, resolvióse a estrenar el magnífico traje de María Mancini, encontrándose tan gallardo con él que no pudo menos de mostrarse antes a la admiración del hermano Benigno, quien no cesaba de hacerse cruces al contemplar al sobrino de su amo convertido en un verdadero señor, infinitamente más apuesto que

todos los que hasta entonces viera en el palacio de Portocarrero.

Análoga opinión fué compartida por el séquito de D.^a Mayor al ver llegar al compuesto mozo en su coche, presintiendo la viuda de Flon que Jenaro fuera un encubierto Príncipe de Samarcanda o Bohemia, mientras las desvanecidas herederas de D. Primitivo devorábanle con los seis ojos a un tiempo, envidiando la suerte de su amiga en la feria de los maridos.

Únicamente Casilda, a quien Jenaro hubiera querido ver rendida, permaneció silenciosa, como si la novedad en el aspecto de su novio hiciera nacer alguna inquietud en su ánimo.

—¿Qué te sucede, Casildilla?—murmuró Jenaro a su oído, un tanto desilusionado al notar la actitud de la niña—. ¿Tienes por ventura alguna queja de mí? ¿O te ha regañado tu tía al verte tan hermosa?

—No, Jenaro—repuso la doncellita—. ¡Mi mayor alegría es verte contento, y demasiado comprendo que lo estás!

—Entonces—preguntó el joven—, ¿qué te sucede? ¿Por qué esa cara de entierro? Ya verás cómo nos vamos a divertir y cómo has de entusiasmarte con la vista de toda la Grandeza y la bizarría del Príncipe. Esta mañana fuí a visitarle y quedé admirado del lujo de las libreas que va a sacar y de la estampa de los caballos que piensa lucir. Si no hubiera sido por mi tío, yo también habría salido en su cuadrilla, que ya lo tenía todo dispuesto.

—¡Tú no!—interrumpió Casilda, angustiada—: ¡que aún eres hartito joven para esas cosas, y si te sucediera alguna desgracia...! ¡Dios mío!..., ¡no quiero ni pensarlo!... ¡Nunca he visto toros, pero me parece que me han de disgustar!

—¡Calla, mujer! ¡Y si te emocionas, puedes dis-

traerte mirando la plaza, que yo iré nombrándote todas las personas que conozco!

—¡Ay Jenaro!—suspiró la niña—. ¡Si supieras el terror que me inspira ese mundo que tanto te impresiona, y que al fin ha de acabar con el amor que me tienes!

La llegada del coche a las vecindades de la plaza Mayor interrumpió el diálogo, viéndose Jenaro obligado a emplear toda su habilidad en contribuir a la bajada de las mujeres, que se vieron en apuros para hacer pasar sus vestidos sacristanes por la estrecha portezuela.

Las exclamaciones burlonas de algunos chiquillos y vagos que por allí merodeaban forzaron al mozo a reparar en el exagerado adorno de D.^a Mayor, cuyos abundantes cabellos desaparecían bajo un gallón, salteado de cintas de rosas que descendían hasta los hombros, y en el tocado de las niñas de Flon, que, convertidas en tres Mayos, ostentaban profusión de tembladeras, bronjas y gregorillas de similar, ocultando los tímidos degollados con sendas toquillas crespadas, que ponían un punto de ridículo en el grupo.

Bajo aquella mortificante impresión entró Jenaro tras de las mujeres en los soportales, donde se les unieron D. Primitivo y Zorraquín, que, conocedores como nadie de los tortuosos caminos que era preciso seguir, condujeron hasta el balcón a damas y galán, quedando maravillados todos al contemplar el espectáculo que presentaba la espaciosa plaza.

Las cuatrocientas setenta y siete ventanas con balcón que se abrían en su recinto, salvo las reservadas en la Panadería para las Majestades y comitiva, aparecían repletas de espectadores, sin contar con la muchedumbre repartida por talanqueras, tendidos, barandillas, troneras, terrados y azoteas.

Los frontispicios de ladrillo rojo, terminados por balaustradas de hierro, ocultábanse en parte merced a colgaduras de todo género, y las célebres Casas de la Panadería, situadas al costado, elevaban al cielo sus puntiagudas torrecillas, en competencia con las de la Casa de la Carnicería, edificada enfrente.

El enarenado piso, que medía cuatrocientos treinta y cuatro pies de longitud por trescientos treinta y cuatro de anchura, veíase concurrido por numerosos grupos, que aguardaban la llegada de los Sobranos examinando los balcones y gradas para reconocer a los personajes que en ellos tomaban asiento.

—¡Válgame Dios y cuánto señorío encierra nuestra capital!—proclamaba entusiasta D.^a Mayor, señalando a una y otra parte con la mano, que surgía blanca, gracias al solimán albañil, de una manga hueca con vueltas bailarinas, enriquecida con sobrepunños puntillados—. ¡Vinieran ahora los que nos escarnecen y aseguran que somos un pueblo muerto, y quedarían desvanecidos con el presente alarde!

—No se deslumbre, amiga—observaba con superioridad D.^a Matutina, cuyo mal humor y notoria preocupación habíanse manifestado desde su llegada—, que otras fiestas he visto yo mejores, y sobre todo más alegres.

—¿No te diviertes viendo tanta gente?—preguntaba una de las Flones a Casilda, que permanecía triste y pensativa en medio de la algazara general.

—¡Déjala!—repuso otra de las hermanas—; desde que contempló al señor Jenaro tan galán, siente celos de todas las que lo miran.

—No es eso—confesó la niña—, sino que pienso que esta plaza y cuantas solemnidades se celebran en ella tienen por fin la muerte, y que por muchos aplausos que en ella se escuchen nunca se apagarán los ecos del dolor ni el recuerdo de los estertores de

la agonía: ¡muerte de herejes, muerte de criminales, muerte de fieras! ¡Acaso entre tanta víctima haya perecido también algún inocente! ¡Cuántas madres y cuántas esposas habrán llorado pensando en este rincón donde hoy nos divertimos sin reparar en lo futuro ni en lo pretérito!

—¡Bravo, Casildilla!—aprobó el sonriente D. Primitivo—; razón llevas en lo que dices, hija. Aquí, en efecto, han terminado sus días muchas personas: tantas, que quizá, si resucitaran, podrían ocupar buena parte de los balcones en que hoy nos vemos.

—¡Como que en ninguna otra parte de Madrid se han levantado cadalsos desde hace años!—aseguró macabramente Zorraquín—; por cierto que cuando es de garrote se alza allí, frente a la Panadería; si es de horca, junto al portal de los Paños, y cuando se trata de degollados, en la parte de la Carnicería.

—¡Ay Primitivo!—suplicó impresionada D.^a Mayor—. ¡No nos encojas el corazón con esos detalles! Y tú, niña, alégrate contemplando ese Ganimedes que tienes al lado y no pienses en cosas tristes, considerando sobre todo que estás en el pedestal donde el Alférez Mayor del reino hace la proclamación de los nuevos Soberanos, que es el suceso más glorioso que puede imaginarse.

—Tiene razón doña Mayor—sentenció la Solís, que recorría con sus avizores ojos los ámbitos de la plaza como si tratara de descubrir algo escondido, hasta topar con una misteriosa celosía, colocada no muy lejos y fuera de alineación, semejante al famoso balcón de Marizápalos, donde la leyenda suponía haberse ocultado la famosa Calderona en otra fiesta semejante.

La novedad de la obra acusaba la precipitación en complacer a alguien bastante poderoso para infringir ordenanzas, y la circunstancia de no adivi-

narse a nadie detrás permitía suponer la resolución de guardar el incógnito hasta última hora.

Inclinándose al oído de D.^a Mayor, murmuró la de Solís algunas palabras que hicieron prorrumpir en graciosas carcajadas a la Flon, que contestó, haciéndose la escandalizada:

—¡Ay amiga!, no haya cuidado, que pasaron esos tiempos para no volver más. Ya verá su merced cómo llegado el momento se asomará el señor Nuncio o el Consejero de la Cruzada. Los de ahora no piensan sino en el confesor y en lo que más allá les aguarda. ¿No habéis oído contar que en el último viaje al Escorial se empeñó en ver los cuerpos de sus antepasados, y el único que pareció impresionarle fué el de su difunta esposa?

—¡Fábulas, doña Mayor, a las que no deben prestar fe las personas sensatas!—apresuróse a decir la prudente Solís, temiendo que alguien las oyera.

Pero las niñas estaban muy entretenidas admirando a una hermosísima mujer que había aparecido dos balcones más allá, acompañada de imponente dueña y dos o tres hombres que parecían rendirle servil acatamiento.

Las modas francesas, que poco a poco se abrían paso, demostraban su superioridad en aquel magnífico cuerpo vestido a la chamberga con falbalás y pretintallas, y en aquella cabeza peinada de bucles, sobre los que se erguía doble cresta de encajes, acompañados de rizos y garcetas del más fino gusto.

—Señor Jenaro—decidióse a preguntar una de las Flones—. ¿Quién es esa señora de la izquierda, tan bien adornada, que os mira de vez en cuando, como si os conociera?

Jenaro, que había reconocido en ella a la famosa comediente Flora, la amiga del Duque de Alba, que, en efecto, no le sacaba la vista de encima, como si

quisiera recordar dónde había visto a aquel mancebo tan gallardo, no pudo menos de enrojecer al contestar, aparentando indiferencia:

—Ignoro quién pueda ser, Feliciano; acaso alguna extranjera que siente curiosidad por admirar las galas españolas en talles tan gentiles como los de ustedes.

Pero Casilda conocía demasiado el rostro de su novio para no percatarse de su turbación. Sin decir palabra, volvió la espalda a la provocativa beldad, acentuándose en su rostro el gesto de disgusto, para no desaparecer en toda la tarde.

—Doña Matutina—exclamó en esto Zorraquín, excitadísimo—. ¿Sabéis lo que dicen nuestros vecinos? ¡Que Su Majestad no viene porque le ha acometido el accidente, y que se está tratando de suspender la fiesta y ordenar rogativas por la salud del Monarca!...

XXIV

Aquel rumor, salido quién sabe de dónde, y propalado en un momento por la plaza, bastó para interrumpir todas las conversaciones.

Tan desigual y achacosa era desde mucho antes la salud de Carlos II, que sus vasallos habíanse acostumbrado a las alternativas de vida o muerte del Soberano, viéndole algunas veces asistir a fiestas con su aspecto cadavérico y melancólico, o emprender cortos viajes al Escorial, que era su jornada favorita, y rogando otras, cuando sabían que su existencia corría peligro o los médicos ordenaban aquellos terribles remedios que constituían la especialidad de la época.

La imaginación popular, amante siempre de las exageraciones y de las noticias sensacionales, acep-

tó, por consiguiente, sin discutir, la funesta nueva, y, puesta a rivalizar en intención y fantasía, comenzaron a recorrer por la plaza los detalles más increíbles respecto del suceso, acompañados de tal colorido y pormenores que pudiera fiárselos como verdaderos.

Comenzóse por afirmar que el Rey había nombrado Junta de Gobierno mientras su enfermedad; que la Reina había sido desterrada a Segovia; que el padre Froilán Díaz acababa de ser llamado a la cabecera del enfermo, pues Su Majestad no quería otro confesor; que el Conde Harrach salía a buscar al Archiduque y que éste debía estar ya cerca de Portugal, traído sin duda por algún mensajero celeste; que los franceses disponíanse a invadir el territorio español por la parte de Guipúzcoa; que una conocida beata, reputada como santa, declaraba haber tenido una visión en que un águila y una paloma se disputaban un cetro y que éste chorreaba sangre, lo cual era indicio seguro de la muerte del Rey; que aquella noche aseguraban muchos haberse podido descubrir en las inmediaciones de Alcalá un terrible cometa, nuncio de espantables desdichas; y, por último, que D.^a Mariana de Noeburgo era la culpable de todo, pues, resuelta a casarse con el Archiduque, había propinado un tósigo al Monarca, que el Almirante le había hecho llegar desde Granada.

A este punto llegábase en la desatinada locura y atrevimiento de las lenguas, cuando algunas personas de las que ocupaban los balcones de la Panadería levantáronse presurosas y se metieron adentro, produciendo con su acción un compás de universal espera. A poco se oyeron los pífanos y demás instrumentos que anunciaban la llegada de Sus Majestades, y tranquilizados como por encanto la inque-

tud y susto de los espectadores, trocóse en alegría la pasada ansiedad, manifestándose tales sentimientos en aplausos al aparecer Carlos II, destacándose sobre el rojo tapiz con dosel colocado bajo el gigantesco escudo de armas esculpido en el centro del real edificio.

Poco acostumbrado ya el Soberano a recibir aquellas expresivas muestras de adhesión por parte de sus vasallos, saludó con afecto a la asamblea, acomodándose en el sillón y colocando a su izquierda a la Reina, en tanto que la cortesana grey tomaba asiento según su jerarquía y preeminencias.

Soltáronse de nuevo las lenguas, con mayor ímpetu que antes, y renació la animación que precede siempre a los grandes espectáculos y en muchos constituye el principal atractivo.

Mientras la guardia de Archeros y de la Lancilla comenzaba el despejo de la plaza, para dar lugar al riego de la arena, que se hacía mediante cincuenta toneles de agua, manejados por otros tantos forzudos gallegos, las señoras del balcón de D.^a Matutina no se cansaban de nombrar personajes, tratando de subir la voz para deslumbrar con sus conocimientos a los vecinos más próximos.

—¡Ave María, qué perdido está Su Majestad! —proclamaba compadecida D.^a Mayor—. ¡En cambio, doña Mariana engorda que da gusto! ¡Y qué riqueza la de su vestido! Dicen que entre ella y la Camarera Duquesa de Alburquerque han pasado muy serios disgustos, pues la Reina quería reformar los trajes de las damas y disminuir los tontillos; pero la Duquesa, como española tan severa que es, no admite alteraciones en la etiqueta.

—¡La Alburquerque severa! —decía con suficiencia D.^a Matutina—. ¡Se conoce que la gente se ha olvidado de la vieja Duquesa de Terranova, su pre-

decesora en el cargo! ¡Aquella sí que era señora de bríos! ¿Pero esta Camarera? Si es un ángel de Dios, que no piensa más que en sus riquezas y en verse rodeada de gente casi todos los días allá en su casa, frente a la Encarnación.

—¡Nadie lo diría al verla con ese traje de viuda, que parece una monja!—observó una de las niñas de Flon—. A mí me gusta más cualquiera de las otras damas, y sobre todo aquella pareja de jovencitos que está en el piso de arriba y que parecen dos niños. ¡Miren qué seria y espetada se tiene ella debajo de tanto adorno y tanta perla! ¡Y su compañero no le habla ni parece ocuparse sino de examinar los balcones! ¡Por fuerza han de ser hermanos, y huérfanos ambos! ¡Pobrecitos!

—Su merced se equivoca, Violantita—atrevióse a decir Jenaro, que acababa de reconocer en el caballere te al infantil admirador de la provocativa Jerónima—: esos tiernos señores son los excelentísimos Marqueses de Guadalaviar, marido y mujer desde hace dos años, aunque no lo parezcan por la edad ni por el entusiasmo.

—¡Vean qué preciosos! — palmoteó Feliciano Flon—. ¡Así hemos de contemplarlos pronto a ustedes!—añadió acercándose a Casilda y Jenaro, para no ser oída de las personas mayores.

Estremeciéndose instintivamente el muchacho al recordar la expresión de cansancio y prematuro vicio del Marquesito, y, sin contestar, detuvo la vista en otra ventana donde lucía la procaz fisonomía de la Jerónima, insaciable de amor y de oro, que discutía con Jusepa y Damián de Castro, mientras el galán Antonio Ruiz la contemplaba con aire de vencedor y el niño malo de Guzmán trataba de esconder su dionisíaca figura para no ser reconocido por su aristocrática parentela.

—¡No hablen de criaturas—interrumpió en esto D.^a Mayor—estando allí las dos señoras más importantes de la Corte!

—¿Quiénes? ¿La Duquesa de Aveiro y la de Osuna?

—Por cierto; y ¿dónde se encontrará mujer que compita con la de Aveiro y que sepa como ella la historia sagrada y profana, y que entienda casi todas las lenguas vivas y muertas de la tierra, incluso el hebreo? ¡Su casa sí que es el centro cotidiano de cuanto Madrid encierra de notable y el tribunal que alcanza mayor autoridad en nacionales y extranjeros!

—¿Cómo se llama el señor que está con ellas y no cesa de mirar hacia aquí?—preguntó inocentemente Violante, sin notar la sonrisa de Jenaro, que se volvió del lado de la insigne Flora.

—Ese—repuso al punto D.^a Matutina—es nada menos que el Duque de Alba, cuñado de la de Aveiro, a quien sus caprichos y rarezas impiden desempeñar el papel que le corresponde en el Gobierno, no obstante sus inclinaciones austriacas. Y los otros que entran ahora son los Duquesitos de Arcos y de Baños, hijos de la Duquesa, que tampoco me parece simpatizan con los Borbones.

—El señor Cardenal no está junto a Sus Majestades, ¿verdad, Jenaro?

Aquella pregunta quedó sin contestación, pues, distraído el mancebo en registrar la plaza, acababa de reconocer a la tía Lorenza, acompañada de dos nuevas sobrinas de seráfico aspecto, sentadas cerca del poeta Cañizares y de D. Antonio Zamora, que bromeaban con ellas.

Zorraquín respondió por él, diciendo:

—Su eminencia no es afecto a esta clase de fiestas. Los que permanecen en pie detrás de los Reyes,

por razón de sus cargos, son el Marqués de Villafranca, el Conde de Santisteban, el Duque de Medinasiona y el Conde de Benavente.

—¡Qué de gente debe de vivir a costa de Sus Majestades!

—A miles de raciones asciende lo que en el Alcázar se consume diariamente—declaró el cavocheulista—; lo malo es que, a pesar de tanta magnificencia, la necesidad ha llegado a tales extremos que los palafreneros se han despedido por falta de pago de sus sueldos y el Caballerizo Mayor ha tenido que llamar gente de las calles para limpiar los caballos de Su Majestad, que se morían de hambre.

Retirados los guardias a sus sitios acostumbrados, debajo del balcón de los Soberanos, donde habían de permanecer durante toda la corrida, sin más defensa que sus alabardas, presentáronse en la arena seis alguaciles, ricamente vestidos, cuyos caballos atravesaron luego la plaza para conducir a los caballeros que debían lidiar. La aparición de éstos, seguidos de sus respectivos servidores, provocó el entusiasmo de la muchedumbre, que aplaudía el desfile.

Sobresalían entre la comitiva la cuadrilla del Príncipe de Taurisano y la del Conde de Écija, vestida ésta a la turca y aquélla a la húngara; pero dominando en todo la de Taurisano por la riqueza inusitada de los trajes y la soberbia estampa de los doce caballos, que conducían otros tantos palafreneros, aparte de seis mulas enjaezadas que llevaban los rejoncillos, e innumerables lacayos, pajes, capeadores y sirvientes de todo género, que aumentaban el lucimiento.

Ninguno de los espectadores que contara menos de medio siglo había presenciado igual pompa ni visto a la cabeza de ella un caballero tan arrogante como el Príncipe, por lo cual, y obedeciendo a uno de esos impulsivos movimientos de simpatía por lo

rumboso que conmueven a las multitudes, púsose en pie la que llenaba gradas y tendidos y desde la arena a los techos, en que negreaba la gente, escucháronse aclamaciones que proclamaban la soberanía de la gentileza a favor de Taurisano.

Jenaro, entusiasmado al contemplar el éxito de su noble protector, y cansado de gritar y aplaudir, interrumpió sus manifestaciones para decir a Casilda, en tono de reproche:

—¿Has visto en tu vida un señor más perfecto y un triunfo más espontáneo? ¿No te gusta, o es que te has empeñado en disgustarme de la fiesta? ¿Por ventura te he ofendido en algo sin advertirlo?

—¿No me has de ofender?—repuso al fin la niña, esforzándose por no echarse a llorar delante de la gente—. ¡Si desde que hemos llegado no sé qué sucede que parece que todas las mujeres te conocen y quieren atraer tu atención! ¡Nunca hubiera venido a los toros para sufrir este nuevo tormento! ¡Antes era esa señora francesa de al lado; ahora son unas tapadas que entraron en aquella celosía y que de vez en cuando sacan una mano y hacen señas como si quisieran llamarte!

Jenaro, intrigadísimo y sin dar importancia a los celos de la joven, pues era la primera vez que ésta los demostraba, inclinó el airoso cuerpo fuera del balconcillo para examinar la misteriosa celosía.

Efectivamente, a través de las rendijas distinguíanse varios bultos negros y una mano que trazaba rápidos signos señalando a Jenaro y a la arena, como si quisiera explicar algo muy importante. Por desgracia para el adolescente ignoraba su ingenio el lenguaje de las manos, y por más esfuerzos que hizo no logró comprender de qué se trataba.

Lo único que pudo sospechar fué que uno de aquellos mantos escondía a la marisabidilla Angélica,

según la forma y ademanes con que le saludaba. Pero las otras, ¿quiénes podían ser? ¿Acaso la Condestablesa, obligada por las circunstancias a asistir de incógnito a la fiesta? ¿Acaso...?

Meditando en el problema, volvióse Jenaro para explicar algo a Casilda, y por primera vez desde que la conocía sintió impaciencia y disgusto al ver a la joven enjugar con disimulo las lágrimas que corrían por sus mejillas.

XXV

Mientras procuraba calmarla a fuerza de protestas, maldiciendo en su interior del exclusivista afecto de la chiquilla y de su manifiesta repugnancia por los usos y costumbres del mundo, los alguaciles habían dado entrada al primer cornúpeto, que, abierta la compuerta, lanzóse a la plaza con toda la fuerza de su instinto, en medio de los alaridos de la muchedumbre.

Pero si la tarea de tranquilizar a Casilda ofrecía pocos inconvenientes para un mozo de la labia de Jenaro, no sucedía lo mismo con la suspicacia y enojo de D.^a Matutina, despiertos al percatarse, con su madura experiencia, del juego de manos entablado desde la celosía, y aun de las frases que los misteriosos dedos trataban de hacer llegar a Jenaro, que consistían en pedirle que viniera cuanto antes a su encuentro para transmitirle una noticia de la mayor gravedad.

Ofendida la Solís en lo más sagrado de su orgullo al comprobar la existencia de otro nuevo misterio en la vida del mozo, en poco estuvo que, olvidando conveniencias, no estallase su indignación y eliminase en el acto de su compañía al miserable e hipócrita Jenaro; mas la presencia del covachuelista y

de toda la familia Flon moderó los fuegos de doña Matutina, haciéndole adoptar meditabunda actitud de sibila, con los ojos fijos en la celosía, como si tratara de acumular pruebas contra el culpable.

Por suerte, tanto D.^a Mayor como los demás acompañantes permanecían atentos a los incidentes de la lidia, escuchando las explicaciones de D. Primitivo, profundo conocedor de todas las suertes, y los pronósticos de Zorraquín, que se preciaba de adivinar por la lámina del toro las marrullerías y juego que había de desarrollar hasta su muerte.

Gracias a tal circunstancia pasó inadvertido para su curiosidad el manejo de la endiablada mano, y, cansada ésta de repetir siempre las mismas palabras, viendo que Jenaro no las comprendía, y evitaba mirar hacia el peligroso balconcillo, retiróse al fin a su interior, manteniéndose en reposo y ocultando su vista a las corrosivas miradas de D.^a Matutina.

Solicitada ésta por los gritos de las niñas y los aspavientos de D.^a Mayor, no tuvo otro remedio que fijarse en la arena, donde Taurisano ejecutaba prodigios de habilidad y de guapeza, hincando la punta del rejón en el morrillo del toro y rompiendo la lanza a tiempo de salvar el brioso caballo merced a rápida vuelta que esquivaba la furia del animal herido.

Por cinco veces recogió el Príncipe de manos de sus lacayos otros tantos rejoncillos, que fué clavando sin que su corcel sufriera el menor arañazo, y a la sexta embestida, aprovechando con maestría la ventaja del terreno, acertó a colocar el hierro con tan certero tino, que, apenas quebrado el palo y aparecidos los pájaros y flores que encerraba, permaneció unos momentos el animal como atontado y al fin dobló las rodillas, esperando el golpe de gracia que terminara su vida.

Estalló la ovación en el admirado pueblo, corveteó gallardamente el caballero, y, refrenando el galope de su potro, dirigióse hacia el balcón de Sus Majestades para saludar respetuosamente y agradecer las muestras de aprobación que acababa de recibir su habilidad.

En el mismo instante abrióse la puerta del aposento en que se encontraba Zorraquín y apareció un lacayo con librea negra que preguntó si se encontraba allí el Sr. Jenaro de Pereda, para quien traía un obsequio de parte de unos amigos que deseaban guardar el incógnito.

Recibido el mensaje por D. Bruno, y temiendo alguna imprudencia o broma de muchachos, permitióse levantar la tela que ocultaba el envío, descubriendo una cestilla, encima de la cual venía un papel doblado, que se apresuró a esconder rápidamente.

No había casi terminado el escamoteo cuando las alegres Flones acudieron curiosas, quedando maravilladas ante el contenido de la cestilla, que encerraba seis libras de dulces, un par de guantes, un barro y un abanico, amén de varias docenas de bizcochos y otras fruslerías de menor importancia.

Inspirado en aquel momento Zorraquín, proclamó que la cestilla venía de parte del generoso Taurisano para las damas del balcón, y, lisonjeadas éstas por la fineza del magnate, comenzaron a gustar las golosinas tan oportunamente llegadas.

—¿Se fijó en la calidad de todo, doña Matutina?—decía D.^a Mayor—. Seguro que no ha de bajar el costo de ciento veinticinco reales de vellón. ¡Afortunado mortal el que puede regalar con esa suma a cada uno de sus conocidos.

—¿Pero qué estáis diciendo, amiga?—interrumpió malhumorada la Solís—. ¿No recordáis que el

obsequio de las cestillas se hace únicamente a los Señores del Consejo y a los Grandes de España? Sin duda el Príncipe habrá querido singularizarse con nosotros. ¿Qué dijo el criado al entrar? ¿Por quién preguntó, D. Bruno?

Obligado a mentir, Zorraquín no quedó por bajo de las insidias de su interlocutora; pero como si un presentimiento advirtiera a ésta de que la engañaban, manejóse de tal modo que desde aquel momento acaparó la atención del covachuelista, obligándole a sentarse a su lado e impidiéndole llegar hasta Jenaro.

Así presenciaron la corrida del toro correspondiente al Conde de Écija, que si demostró gracias de jinete y recursos para defenderse, no acabó de complacer por entero al público, que recordaba aún la magnífica faena de Taurisano y creía notar exagerada prudencia en el Conde, no obstante la insignificancia del torillo que le tocara en suerte.

Resonaron por fin los atabales y clarines que anunciaban la salida del bicho que correspondía de nuevo al Príncipe, y otra vez aplaudió el gentío al presentarse en la arena el noble rejoneador con traje y caballos nuevos. Pero la alegría del público tornóse en estupor y los gritos en murmullos de inquietud cuando pudo contemplar la estampa de la nueva fiera salida del corral, tan diferente por su corpulencia, defensas y terrible aspecto, de los demás animales, escogidos adrede para lucimiento de los caballeros.

—Me parece que este toro—sentenció D. Primitivo—no debieran haberlo elegido para una fiesta como la de hoy, pues no es idóneo para la suerte del rejón, y si el Príncipe tiene la desgracia de distraerse puede proporcionarnos alguna escena lamentable.

Aprovechando aquellos minutos de ansiedad, en

que todas las damas contemplaban la arena, don Bruno, que aguardaba la ocasión, deslizó el papel en la mano de Jenaro, murmurando unas palabras a su oído. Ruborizóse el muchacho, y retirándose al interior leyó las líneas que contenía la misiva, trazadas con rasgos desiguales, que acusaban la emoción de quien las había escrito.

La carta contenía únicamente estas palabras:

Advertid al Príncipe que una voluntad traidora ha hecho cambiar el toro para él destinado, trocándolo por otro que puede ocasionarle la muerte. No perdáis tiempo, pues los minutos son preciosos, y decidle que por él ruega quien le quiere.

Tambaleóse de emoción el mancebo al leer los anteriores renglones, y su cólera no reconoció límites al pensar que el retardo en enterarse del alarmante aviso se debía a la antipática D.^a Matutina.

Por desgracia, ya no era tiempo de cumplir con el encargo que le acababa de ser comunicado, y únicamente la Providencia podía salvar a Taurisano del peligro en que se encontraba.

Enmudecido por el temor, y sin hacer caso de las tímidas observaciones de Casilda, seguía Jenaro con indecible espanto el curso de la suerte, admirando la tranquilidad del Príncipe y su invencible arrojo al habérselas con un animal tan superior en poder y mañas a todos los demás.

Escarbando la arena con las pesuñas, y hociqueando el suelo, retrocedía el toro cada vez que Taurisano intentaba acercársele, embistiendo de la manera más traidora cuando menos lo pensaba el caballero, que salvaba la arremetida gracias a prodigios de celeridad y destreza.

El público, impresionado por aquel duelo entre la fiera y el hombre, seguía con evidente ansiedad

los episodios de la lucha, animando con sus murmullos a Taurisano cuando éste conseguía alguna ventaja. En distintas ocasiones logró el diestro magnate colocar su hierro en el cuerpo del bruto; pero receloso y aleccionado el toro por los sufrimientos, tornábase cada vez más suspicaz y traicionero.

Ocultando el rostro entre las manos, disimulaban muchas damas su miedo ante la mortal refriega; palidecían bastantes hombres contemplando el evidente riesgo del Príncipe, que ya había estado a punto de ser enganchado varias veces por los cuernos del animal; ningún espectador podía sustraerse a la sugestión del terrible espectáculo, y en la enorme plaza reinaba un silencio profundo, como si se adivinase la vecindad de una tragedia.

Decidido en esto Taurisano a concluir de una vez y afrontando gallardamente la muerte, resolvióse a forzar la atención del toro acercándose más de lo que la prudencia aconsejaba. Rápido como la centella, alargó entonces el brazo, y con un supremo esfuerzo clavó el rejón en la misma cruz del animal, que se bamboleó al impulso del golpe, como si fuera a desplomarse inerte.

Creyéndolo así el Príncipe, y orgulloso de su triunfo, distrajo un momento su mirada, llevándose la mano al sombrero para saludar a la Corte, que rompía en delirante ovación; pero aquel momento fué aprovechado por la vengativa fiera para saciar su sed de sangre. Reuniendo sus últimas fuerzas en una acometida suprema, embistió contra el bulto que relumbraba ante sus ojos, y caballo y caballero rodaron por la arena, envueltos en una nube de polvo.

Resonó un alarido universal de horror al ver aniquilada tanta juventud y tanta bizarría; desde el balcón de Jenaro se percibió claramente el grito de

una de las damas de la celosía; levantóse la Reina instintivamente de su asiento, juzgando muerto a su leal paladín; Casilda se echó a llorar, renegando del cruel espectáculo; y, en tanto que un diestro de la cuadrilla de Taurisano acercábase a la moribunda fiera para traspasarla con su espada, los lacayos del Príncipe precipitáronse sobre su señor, y lo condujeron hacia la barrera.

—¡No ha muerto! ¡Aun vive!—gritaron algunos desde abajo, antes de que el ensangrentado cuerpo desapareciera.

Sin escuchar aquella voz de suprema esperanza, Jenaro, loco de horror y desesperación, trató de lanzarse fuera del aposento, desoyendo la voz de Casilda y las advertencias de los demás; pero adelantándose D.^a Matutina, pronta como un relámpago, y cubriendo la puerta con su cuerpo, silbó venenosamente:

—¿Es el muerto o son las damas de la celosía a quien su merced trata de auxiliar?

—¡Señora, déjeme pasar y no me haga faltarle al respeto!—suplicó el mancebo—: ¡que harta culpa tienen vuestras desconfianzas y sospechosos procederés en lo que acaba de ocurrir!

—¡Dios me perdone—rugió la Camarista—si en esas palabras no se encierra un insulto que os ha de costar muy caro!

—¡Por muy caro que me resulte nunca se igualará a la desdicha que me aflige!

Y sin añadir más frases, ciego por la impaciencia y el deseo de recibir el último aliento de su noble protector, atreviéronse las manos de Pereda a apartar suavemente a la Solís del sitio que ocupaba.

Chilló la dueña al sentirse tocada por el mancebo, como si la hubiera picado una víbora, y, en el paro-

xismo de la furia, sólo acertó a exclamar, mientras Jenaro desaparecía:

—¡Villano! ¡Atreverse a una dama! ¡Villano! ¡Bien se ve tu nacimiento! ¡Vete! ¡Vete y no vuelvas a ponerte en mi presencia ni a pensar en lo que jamás ha de ser tuyo!

Mas todos sus insultos resultaron ya vanos, y al comprobar que se encontraba sola encaminóse rápidamente hacia el balconcillo, donde proclamó su implacable sentencia, dirigiéndose a su sobrina que la escuchaba temblando:

—¡Desde este momento puedes despedirte de ese miserable, hija mía, pues no es digno de tu amistad, ni mucho menos de tu afecto! ¡Jenaro de Pereda ha muerto para nosotros, y no consentiré que vuelvas a verle ni hablarle en tu vida, o dejaré de ser quien soy!

Y volviendo el rostro hacia sus asombrados compañeros, continuó con ellos la conversación, sin preocuparse de la infeliz Casilda, que cayó desmayada en brazos de sus compadecidas amiguitas.



TERCERA PARTE

XXVI

Terribles fueron para el reposo de los personajes de esta historia las semanas que siguieron a la célebre fiesta de toros de la plaza Mayor.

Trasladado a su huerta el Príncipe de Taurisano, luchaba entre la vida y la muerte, asistido por los doctores más famosos de la Corte.

Desaparecida misteriosamente Casilda de las casas de Uceda la misma noche del drama, ignorábase en absoluto el nombre del convento donde D.^a Matutina la había depositado, a fin de sustraerla a las asiduidades de Jenaro.

Afligidísimo éste por la persistente gravedad de D. Próspero, a cuya presencia érale imposible llegar, y desesperado ante el fracaso de todas sus tentativas para descubrir el paradero de su amor, dábase al diablo sin saber qué partido tomar, en tanto que corrían los días, dando entrada al otoño, que parecía aumentar con sus melancolías la pesadumbre de Madrid entero.

Ni siquiera le quedó al mancebo el recurso de distraerse y aislarse en el trabajo, pues, como si Urraca quisiera demostrarle indirectamente la pérdida de su confianza o el temor de su penetración, no tardó en compartir la mesa y el quartucho que le servía de despacho con un sacerdote recién llegado

de Italia, que se llamaba D. Liciniano Téllez, personaje singularísimo e insigne traductor, pero tan parco en palabras y carnes que más parecía espíritu que materia.

Instalado frente a Jenaro, y con el rostro hundido sobre los papeles a causa de una miopía extraordinaria, pasaba mañana y tarde el nuevo auxiliar sin detener su pluma, a no ser para acudir al cuarto de Urraca, con quien permanecía horas enteras, recibiendo instrucciones, cuyo objeto era imposible raslucir.

A los respetuosos ofrecimientos de Pereda, o a sus intentos de aproximación contentábase el misterioso eclesiástico con inclinar levemente la cabeza y responder un monosílabo, volviendo acto continuo a su interminable tarea, sin parecer enterarse de la presencia del muchacho en el cuarto.

Abandonado de todos, vió disminuir el sobrino de Urraca la importancia de los manuscritos que pasaban por sus manos, hasta quedar reducidos a la nada; cesaron las comisiones o visitas confidenciales y llegó un punto que, falto de datos positivos y reales, fuéle imposible continuar la marcha de las negociaciones, a no ser con los recursos de su imaginación.

Merced a ella, comenzó a sospechar que el Santo Padre había respondido la consulta del Rey inclinándose a favor de los derechos del Duque de Anjou, siendo el padre Liciniano Téllez el secretísimo correo portador de la inapreciable nueva; asimismo pudo adivinar que, combatido Carlos II por su esposa y los adictos del Archiduque, demoraba su resolución definitiva, no obstante los esfuerzos de Portocarrero, quien acaso en aquel tiempo tenía ya noticia de existir otro testamento firmado que designaba por heredero al hijo del Emperador.

Pero aquellos esfuerzos por penetrar los secretos de la política valiéndose únicamente de indicios o suposiciones, fatigaron pronto el espíritu de Jenaro, cada vez menos inclinado a interesarse por el curso de sucesos cuya solución ya no le importaba en vista del alejamiento de Casilda y del inminente peligro de la vida de Taurisano.

Aprovechando la aparente indiferencia de Urraca, relajáronse poco a poco la aplicación y la asiduidad del mancebo, multiplicándose sus salidas y prolongándose éstas en detenidos paseos que le permitieran descubrir el asilo de su novia, o en diarias peregrinaciones a la huerta de Taurisano para obtener noticias del enfermo y cruzar breves palabras con el afligido D. Dámaso.

Por fin, y ya mediado el mes de septiembre, las polencias del Príncipe experimentaron favorable crisis, que permitió admitir en su compañía a los familiares, y Jenaro tuvo entonces la alegría de conversar con su protector y explicarle lo sucedido en la fiesta de toros, entregándole el billete, que don Próspero besó con transporte, guardándolo como reliquia debajo de sus almohadas y asegurando al aturdido mozo que aquellos renglones compensaban y hacían que diera por bien empleado no sólo el intento criminal de sus enemigos, sino cuantos sufrimientos había pasado hasta entonces, pues al fin venía a saber que su pasión era correspondida por la deidad a quien adoraba sobre la vida y la muerte.

Impresionado por aquel amor, tan inexplicable para sus años y su candor, pasmábase Jenaro de los efectos que las líneas del billete producían en la rápida convalecencia de Taurisano, moviéndole a pensar si sería la Condestablesa una hechicera que enloqueciera a los hombres valiéndose de filtros y combinaciones diabólicas, o si aquella complaciente

dama serviría únicamente de pantalla para deslumbrar al público y esconder otro afecto mucho más secreto y digno de los méritos del Príncipe.

¿Acertarían los que propalaban el rumor de las amistades entre D. Próspero y la orgullosa Noeburgo?

Los únicos indicios que el mozo poseía para pensar así estribaban en las ligeras diferencias observadas al salir de la Victoria entre el talle de la tapada del Prado y el de la Princesa Colonna; mas como si esta misma pretendiera disipar toda obscuridad al respecto, presentóse de improviso una noche en la huerta de Taurisano, manteniendo con el enfermo tan larga e íntima plática, que casi llegaba la media noche cuando la aventurera señora decidió volver al convento donde permanecía aún reclusa, dejando al Príncipe dichoso y resuelto a levantarse al siguiente día para reanudar su existencia habitual, aunque para ello tuviese que reñir con todos los doctores y cirujanos del mundo.

Ante aquel prodigio desvaneciéronse las dudas de Jenaro, y, respetando la increíble elección de su ilustre amigo, decidióse a pensar únicamente en servirle, sin guardar los miramientos y reservas de antes, ya que la tácita conformidad de Urraca, por una parte, y la ausencia de Casilda, por otra, le liberaban de toda clase de obstáculos para demostrar al Príncipe su inquebrantable amistad.

XXVII

Una de las primeras resoluciones de Taurisano al emprender de nuevo su vida activa consistió en disponer con toda pompa la visita de reconocimiento al Alcázar con objeto de besar las manos de Sus

Majestades y darles gracias por las distinciones y honores de que le hicieran objeto durante la pasada enfermedad.

Elegido el día 20 de septiembre para cumplir tan grato deber, y no pudiendo ser acompañado en el ceremonioso acto por Jenaro, acordaron entre ambos darse cita en el Corral de la Cruz y pasear después en coche por el Prado.

Satisfechísimo el rapaz con el plan, asistió al paso de la lujosa comitiva, que encabezaba la famosa carroza ochavada con vidrieras cristalinas de más de vara de alto y muchos adornos de plata, que constituía una de las alhajas vinculadas en Casa de Taurisano, tirada por cuatro hermosas yeguas blancas y seguida de numerosos cabellerizos y pajes vestidos de terciopelo negro, con galones de oro en los cabos y botonaduras de oro.

Ocupaba el asiento del fondo el Príncipe, llevando a la derecha al Conde de Lemos, que era quien hacía los honores a su Casa, y a la izquierda, al Duque de Medina de las Torres, a cuya familia pertenecía por los Olmedo, teniendo al frente a los Condes de Frigiliana y de Aguilar y al Marqués de Alcañices, éste por encontrarse ausente su hermano el Almirante de Castilla.

La carroza de Lemos seguía de respeto, luciendo sus brocados con adornos de oro y la librea de los lacayos con cabos de raso mosqueado y botonaduras de plata.

Maravillado por la contemplación de tanto lujo y contento al ver el lozano aspecto del ilustre don Próspero, apresuró Jenaro la marcha hacia la calle del Príncipe, deseoso de no perder el primer acto de la comedia *El hechizado por fuerza*, con que comenzaba el espectáculo a las tres en punto.

Instalado en el cómodo aposento de Taurisano,

olvidóse pronto el mancebo de que existían Urracas ni Solises en el mundo, escuchando los medianos versos, plagados de ripios y vulgaridades, que el gracejo de Damián de Castro hacía sólo soportables, y entreteniendo sus distracciones en admirar a la brillante Flora, que resplandecía enfrente, atraída, como de costumbre, por la nostalgia de la abandonada escena y el ambiente, ni muy limpio ni muy sano, de sus compañeros de profesión.

Todos, en efecto, poetas, amigos y cómicos, parecían haberse dado cita aquella tarde en el destartado Corral, y tanto el apretador de cazuela como los encargados del orden en el patio veíanse apurados para acomodar al público, ansioso de aplaudir a Damián en uno de sus papeles favoritos y distraerse presenciando una de las más famosas comedias de figurón de aquellos tiempos, tan inclinados a semejantes engendros, cuando no a los execrables dramas y comedias de magia, que empobrecían la escena ilustrada por Calderón y Lope.

Ya la salida del celebrado gracioso, caracterizando al infeliz Don Claudio, en cuerpo de jubón, con un rosario en la mano, seguido del vejete Pinchaúvas, había provocado unánimes demostraciones de regocijo, que fueron aumentando en la escena de la disputa por la cuenta de la compra, comentada festivamente por la luneta, en que triunfaba con sus dichos el niño malo de Guzmán, más a gusto entre la gente maleante que en los estrados de sus deudos y naturales relaciones.

La entrada de Jusepa, muy bizarra y lujosa, representando a Doña Luisa, interrumpió un momento la algazara, para escuchar la relación que empezaba:

Don Luis de Orozco, mi tío,
cuya nobleza heredada
le dió un mayorazgo en Burgos
y en Milán una Bengala...

Desempeñándose discretamente en su papel gracias más a la simpatía del público que a su talento, y acompañada de la risita desdeñosa de la gran Flora, tan superior a ella como actriz, continuó Jusepa la escena, mientras Pinchaúvas peinaba a Don Claudio, y el público reía con todas sus ganas saboreando los mil detalles groseros con que Damián de Castro glosaba las palabras del autor, dando muerte a innumerables animalitos moradores de sus gudejas y proporcionando ocasión con ello al Niño Malo para que le interrumpiera con algunas observaciones de su peculiar repertorio, que inmediatamente eran respondidas desde el tablado por el agudo *gracioso*.

Acostumbrada la concurrencia a tan sabrosos aditamentos, y aun a otros mucho peores cuando se trataba de bailarinas o farsantas, no perdía sílaba del chabacano diálogo, sucediéndole lo propio a Jenaro hasta que, atraídos sus ojos por irresistible magnetismo, separánrose de la escena para fijarse en un aposento vecino, desde donde le contemplaba fijamente una dama, medio oculta por espeso velo.

Sin gran dificultad, merced al generoso descote y a los ricos anillos que lucían sus dedos, pudo reconocer el mozuelo a D.^a María Mancini, autorizada por otra encubierta, que apenas si se movía ni mostraba detalle alguno que permitiera su identificación.

Intrigado el curioso Jenaro, más por el aspecto de la confidente, en quien trataba de descubrir a la parlanchina Angélica, que por la presencia de la Condestablesa, entretúvose desde entonces en ob-

servar los gestos de ambas mujeres, causando con tal conducta gran satisfacción a la Madama, quien sin ocultar el gusto que le proporcionaba la presencia del gracioso rapaz, comenzó a disparar contra él las saetas de sus miradas, indiferente a los ademanes de impaciencia que de vez en cuando escapaban a su compañera.

Contento y agradecido al principio Jenaro por las afectuosas demostraciones de María Mancini, no tardó, sin embargo, en percatarse, a pesar de toda su inexperiencia en achaques femeniles, de que aquella señora extralimitaba su proceder dejando escapar de sus pupilas extraños resplandores, que comprometían el reposo del mozuelo.

Creendo que la actitud de la Condestablesa respondería tal vez al deseo de saber dónde se encontraba el Príncipe, animóse entonces el muchacho a expresar por señas que no tardaría en llegar, valiéndose para ello de gestos tan complicados e ingenuos, que, muerta de risa la Colonna, acabó por aplaudir, enviando después varios besos con la punta de los dedos al aposento de Jenaro.

Aquella demostración de la indiferencia de María y de su tradicional fragilidad enrojeció las mejillas del sobrino de Urraca, moviéndole a componer su actitud, para no incurrir en deslealtades posibles.

Procurando serenarse y atender al final del primer acto de la comedia, en que el fingido Doctor trataba de convencer a Don Claudio de sus supuestos maleficios, no pudo menos Jenaro de reflexionar sobre el mal empleo que de sus sentimientos hacía el Príncipe, caso de constituir realmente la Mancini el sujeto ideal de sus alambicados amores.

Como si la suerte se empeñara aquella tarde en comprometer más y más la fama de la Condestablesa, apenas comenzado el entremés que ocupaba el

intervalo entre el primero y el segundo acto de la comedia, y mientras el joven seguía los movimientos de Juana Portillo, esbelta y graciosa bajo arreos varoniles, evocando los detalles de su primer encuentro con la inflamable cómica en la calle de Cantarranas, abrióse la puerta del aposento de la Princesa Colonna y penetró en su interior el Conde de Écija, quien, tras de besar la mano de la dama, instalóse junto a ella, iniciándose secretísimo diálogo que parecía aislar a ambos del resto de los mortales.

Tan increíble ofensa a las leyes del decoro y a la fe que merecía un hombre como Taurisano acabó de trastornar las ideas de Jenaro, haciéndole juzgar inexorablemente a la madura beldad que así comprometía su fama sin disimular siquiera la presencia en público del rival, cuyos desafíos y torpes votos continuaban siendo objeto de las murmuraciones de la Corte.

Discurriendo en el medio más apropiado para evitar que el Príncipe fuera testigo del vergonzoso trato, deslizáronse rápidos los minutos, hasta que Jenaro sintió ruido y, precipitándose hacia dentro, topóse de manos a boca con Taurisano.

Ostentaba éste aún las magníficas galas de su visita al Alcázar; pero sin hacer caso de ellas, ni asomarse siquiera al patio para ver el público, cayó sobre una silla, dando muestras del mayor abatimiento.

Creendo que el traqueteo del coche pudiera haber abierto las heridas, mal cicatrizadas, del Príncipe, comenzó el muchacho a dirigirle solícitas preguntas, aumentando su inquietud al verse rechazado nuevamente por D. Próspero, que permanecía anonadado como si nada le interesase, hasta que al cabo, y recobrándose un poco, murmuró:

—¡Esto es hecho, Jenaro! ¡Ahora sí que ha llegado el momento de las resoluciones supremas! Vengo de Palacio, donde me ha sido imposible ver a Sus Majestades. El Rey se encuentra muy grave desde hace pocas horas, y los que le rodean han prohibido acercarse a nadie, so pretexto de dejarle descansar. La misma Reina no ha podido permanecer sino unos instantes junto a Su Majestad, pues el Cardenal acaba de instalarse a la cabecera del augusto enfermo para confortar el alma, según dice, y parece decidido a disputar su triunfo contra todos. ¡Dios nos salve y proteja a Carlos II en esta hora!

—¿Pero cómo no han advertido a los cómicos? ¡Será preciso avisarlos para que suspendan la función!—exclamó maquinalmente el sobrino de Urraca, sin encontrar por el momento otra reflexión más seria ante la tremenda nueva, que parecía publicada adrede para evitar al Príncipe el descubrimiento de la felonía de María Mancini.

En el mismo momento se escucharon los gritos y las risotadas con que el público acogía las chistosas y ridículas escenas del segundo acto de la comedia de Zamora.

—¡Déjalos que disfruten las últimas horas que les quedan de reposo!—repuso—Taurisano, señalando al patio—. ¡Tiempo les quedará a todos de llorar por sus fortunas y las de sus hijos! ¡Aplaudes! ¡Aplaudes y celebra la farsa, pueblo inocente y dormido, que pronto asistirás a otra comedia mucho más humana y verdadera, para escarmiento de muertos y vivos! ¡Ay Jenaro! ¡Ahora sí que me parece que comienza el principio del fin y que ha llegado el tiempo de que caigan las máscaras que todos llevamos en los rostros y en las conciencias! ¡La verdadera lucha acaba de iniciarse, y maldito sea del Cielo, e indigno de la sangre que heredó de sus

mayores, el que no sepa cumplir lo jurado por su honor de caballero, aun a costa de la vida y de todas las ventajas de la fortuna!

Los aplausos y las carcajadas de los espectadores arreciaron de tal manera, que Jenaro no pudo menos de mirar hacia la escena, donde Damián de Castro sufría la persecución de las mujeres que intentaban embrujarle, derrochando todos los recursos de su comicidad y de su desvergüenza.

Al propio tiempo dirigió el mancebillo furtivamente los ojos hacia el aposento de la Condestablesa con resolución de avisarle la llegada del Príncipe, pero el asombro y la indignación le obligaron a permanecer inmóvil.

Mientras María Mancini, escoltada por Écija, disponíase a salir del teatro, dando muestras de singular agitación, la tapada, que hasta allí permaneciera en impenetrable actitud, levantábase para seguir a la Princesa, y, en la precipitación del movimiento, descubría unos segundos el rostro, permitiendo contemplar la aguileña nariz y los claros ojos de Doña Matutina Fernández de Solís, el espejo de las viudas y la censora inexorable de los vicios de la Corte.

La mirada de la tía de Casilda cruzóse al instante con la de Jenaro de Pereda, que no disimuló una sonrisa de desprecio, causando con su actitud tan repentina cólera en la ex Camarista que, sin ocultar el despecho que la sofocaba, cerró de golpe las celosías del aposento, como si tratara de dar con ellas en el rostro del insolente.

¿A qué vanidosos móviles o a qué indignas combinaciones políticas obedecería la presencia de aquella mujer en el Corral, representando con manse-dumbre ejemplar el papel de encubridora y tercera de las aventuras de la Condestablesa?

Instintivamente volvióse Jenaro a contemplar al

magnate, que, indiferente a cuanto a su alrededor sucedía, continuaba sumido en amargas y patrióticas cavilaciones.

Mientras tanto, el infeliz Don Claudio, en la escena fingida, acompañado de todos los actores, a los que se había unido el Niño Malo, subido de un salto al escenario; excitadísimo por el alboroto del patio y los gritos histéricos de las cazueleras; halagado por la aprobación de la divina Flora, que aplaudía frenéticamente, caía al fin en brazos de sus acompañantes, murmurando en tono desfallecido y trémulo, que hacía llorar de risa a cuantos le escuchaban:

.....
 ¡Que si no me velo
 me han de velar a mí!

XXVIII

La gravedad del estado del Monarca era, en efecto, extremada, y no hizo sino aumentar desde el 21 hasta el 28, en que le fueron administrados los Sacramentos por mano del Patriarca de las Indias. Suspendiéronse los teatros y toda clase de diversiones públicas, reemplazándolas con rogativas y procesiones para el alivio del regio doliente, cuyos menores actos y palabras tornaron a constituir el pasto de la conversación de los madrileños, enternecidos por última vez ante las desdichas del heredero de tantas coronas.

Publicada por los cortesanos, propalóse con rapidez la noticia de la edificante religiosidad con que Carlos II recibiera los auxilios divinos, pidiendo antes perdón a todos los que le rodeaban, aunque declarando no haber tenido nunca intención ni deseo

de ofender a nadie y acordando devolver a las viudas lo que les había quitado en las últimas reformas.

Al otro día pareció tan de peligro, que, rivalizando en solicitud y pompa la devoción de eclesiásticos y particulares, comenzaron a trasladarse a Palacio las imágenes y reliquias más veneradas, que iban amontonándose en la cámara del moribundo y las salas vecinas, aumentando la irrespirabilidad de la atmósfera con el olor del incienso y de la cera que alumbraba día y noche la presencia en el Alcázar de tan milagrosos intercesores.

Destinados a la alcoba del Soberano o a la Capilla Real, fueron acompañadas por la muchedumbre las estatuas de la Virgen de la Soledad de Atocha, de la Almudena, de Belén, y el Niño del Sagrario de Toledo; los cuerpos de Santa María de la Cabeza, San Isidro y San Diego de Alcalá, sin contar con otras muchas representaciones a las que la piedad atribuía efficacísimo poder, que fueron prestadas por Congregaciones y personas de nota.

Ninguna de aquellas ceremonias presencié, sin embargo, Jenaro, retenido en casa de Portocarrero por orden expresa del tío, siendo las únicas noticias que consiguió obtener las transmitidas gracias a la amabilidad de D. Bruno Zorraquín, que pudo en dos o tres ocasiones franquear la consigna que cerraba las puertas de la morada arzobispal a los extraños y visitas.

Por el covachuelista logró enterarse el impaciente joven de la inquietud y agitación que reinaban en la Corte y de la aparición en ella de muchas personas sospechosas, parecidas a las que participaron en el famoso motín contra Oropesa, que trataban de enardecer al *popular*, como entonces se llamaba al pueblo, y excitarle a la revuelta y al desorden, aprovechando el desgobierno que reinaba en todo

y la necesidad, que alcanzó extremos horribles en aquellos días.

Reconcentrada la vida en el interior del Alcázar y en sus cercanías, veíase el Real Palacio asediado por la multitud que esperaba las nuevas que el Conde de Benavente, o algún otro Señor, publicaba de tiempo en tiempo desde un balcón, comentando mientras tanto la entrada y salida de personajes y tratando de averiguar por la expresión de sus rostros las impresiones que dominaban en sus respectivas almas.

—¡Vieras, Jenarillo!—explicaba D. Bruno a su amigo—. ¡Vieras la cara del Señor de Blecourt y la del Conde de Harrach cuando se encuentran por casualidad sus coches, y fingen no verse siempre que se les ofrece comodidad para ello! Ningún Grande de los que en Madrid viven ha dejado de ir a Palacio desde que se declaró la enfermedad del Rey, y allí los tienes a todos muy serios y graves, con sus sombreros encasquetados y pasando horas enteras sin hablar, convencidos de que así cumplen con su obligación de sostener el Trono. Para un verdadero Señor, como el Marqués de Mancera, que con sus ochenta y tantos años a costas sube apoyado en sus pajes e impresiona por su aspecto venerable y la rectitud de su fama, o un Príncipe como tu amigo Taurisano, que con su gentileza y honrada preocupación se lleva de calle la simpatía de la gente, ¡qué de nulidades recibe el patio en sus losas! ¡Cuánto Duque de los Cameros inepto, vanidoso y degenerado! ¡Cuánto Conde de Écija travieso, engañador y traicionero!

—Dígame, don Bruno—preguntó curioso Jenaro—. Usted que es tan buen observador y que desde su escritorio oye todo lo que pasa, ¿qué rumores corren por las covachuelas?

—¿Quieres que te diga la verdad? A mí la generalidad de los que contemplo, grandes y chicos, religiosos y seculares, me producen el efecto de que con su empaque y tiesura procuran disimular y contener los impulsos de su espíritu y de su lengua hasta ver hacia dónde se inclina la balanza, y acatar cualquier resolución siempre que les conserve sus haciendas y su títulos, que de los demás se les da una higa.

—¿Y su Eminencia?—interrogó el mozo—. ¿Qué hace?

—¿Y me lo preguntas tú, que vives en su casa?

—Le aseguro, don Bruno, que si le hablo del señor Cardenal es porque ignoro todo y desde hace muchos días ni le veo ni le siento, lo mismo que a mi tío.

—Pues, hijo, yo creo que Su Eminencia es hoy el árbitro de todo y que nada se firmará sin su consentimiento, pues, según se susurra, desde que se instaló en la cámara regia, para hablar con el augusto paciente de las cosas que tocan a la salvación de su alma, ha conseguido ahuyentar de allí a la Reina, al Inquisidor general, al Confesor Torres Padmota, al Secretario Ubilla y a cuantos figuran como partidarios de doña Mariana. Para lograr mejor sus propósitos tiene consigo a dos religiosos de su confianza encargados del servicio espiritual del enfermo: que, como zorro viejo, de los primeros que desconfía es de los de su propio oficio.

—Y el Príncipe de Taurisano, para quien di a su merced el encargo de explicarle los motivos de mi forzada ausencia, ¿qué dice?

—El Príncipe, que ya sabes lo bien que me recibió, trabajará indudablemente con todas sus fuerzas cerca de la Reina para que no consienta forzar la voluntad de su esposo. Pero ya conoces a doña Mariana, que no es mujer fuerte ni lista. Acaso

mientras Taurisano le muestra el camino que debe seguir para imponerse, emprenderá ella alguna negociación sin sentido con las Potencias marítimas, que la entretendrán para ganar tiempo. ¿Sabes tú lo que a veces se me ocurre? ¡Pues que lo mejor que podía hacer Carlos II era morirse sin firmar nada! Así vendría a reinar en estas tierras el Príncipe que nosotros eligiéramos y no el que nos imponga la voluntad de un agonizante intimidado y sobrecogido por las amenazas y las visiones que constantemente están presentando ante su devoción.

La voz de alguien que escribía en el aposento vecino vino a interrumpir la plática, moviendo a Zorraquín a despedirse; pero, recordando antes algo muy importante, acercóse de nuevo a Jenaro para decirle:

—Se me olvidaba lo principal. ¿No sabes que desde hace días se han suprimido las pensiones de Palacio y que nuestra amiga doña Matutina se encuentra en la calle con todo su orgullo y sus humos de gran señora?

—¿Y dónde ha ido a parar?—preguntó sorprendido Jenaro.

—Por ahora se ha refugiado junto a doña Mayor, en tanto que encuentra algún arbitrio para sustentarse, que sí lo encontrará, pues ella es mujer de recursos... ¿Quieres que te confiese lo que pienso, Jenaro? Pues mira, creo que, después de todo, no has perdido gran cosa con alejarte de esa familia, y que si consiguieras acostumbrarte a la idea de vivir sin Casilda sería una gran cosa para tu juventud y tu porvenir; ¡un mozo de tus prendas puede encontrar mujer a su gusto sin encadenarse a los diecisiete años a la cola de una dama del milagro, como en resumidas cuentas es la Solís!

—¿Y de la niña no se sabe nada?—preguntó el

mancebo, sin responder directamente a las palabras del covachuelista.

—Hasta ahora, no; pero pronto averiguaremos algo, porque con las Floncillas de por medio será imposible que doña Matutina siga ocultando el escondrijo donde encierra a la cordera.

—Pues mire, don Bruno—añadió el jovenzuelo—: en cuanto descubra algo no deje de avisármelo, y..., mientras tanto, si por una casualidad llegara usted a saber que Casilda padece alguna necesidad, procure hacer llegar a sus manos, sin nombrarme, la mitad de estos dobloncillos.

—¿Dices que la mitad únicamente?

—Sí, amigo; porque con lo que resta deseo feriar a sus chicos, si usted me da permiso para ello.

—¿Y te vas a quedar sin nada? ¡Cualquiera diría al oírte que eras un gran señor!

—¡No!—confesó Jenaro—. Aun me queda un diamante muy bueno, que venderemos en la primera ocasión, si el hambre aprieta.

Suavizáronse las angulosas facciones de Zorraquín al ver confirmados sus juicios sobre las cualidades de Pereda, y, mascullando frases de reconocimiento, despejó por fin el cuarto, no sin volverse antes de abrir la puerta y repetir, con ademán de predicador:

—Cumpliré tu comisión, Jenarito, porque la estimo justa, y mis hijos bendecirán tu desprendimiento; pero recuerda lo que acabo de decirte y medita en ello. ¡Honrada y discreta es la doncella en que te fijaste; mas ya que Dios permitió la separación de vuestras personas, confórmate con tu destino y da gracias por haberte librado de las garras de esa arpía que hasta ayer consideramos como amiga!

XXIX

Discurriendo, en efecto, sobre la proposición de D. Bruno, que más de una vez ocurriera ya a Jenaro, aunque siempre la rechazase como vileza indigna de su caballería, transcurrieron monótonos y abrumadores los días, sin que ninguna novedad viniera a mejorar el estado del Rey, ni desapareciera, por consiguiente, la consigna de Urraca para que el joven permaneciera día y noche a sus órdenes.

Abominando de la encerrona, disponíase el malhumorado joven a emprender el estudio de un legajo de papelotes enviados por D. Mariano Ubilla, que acababa de entregarle Urraca, en ausencia del impenetrable Liciniano Téllez, cuando al poner orden en los pliegos desprendióse de ellos un papelito lleno de tachaduras, que, volando por el cuarto, vino a parar cerca de la ventana que iluminaba al aposento.

Levantóse Jenaro para recogerlo, cuando vió con sorpresa que la cuartilla era de letra del propio Ubilla, quien, sin duda por inadvertencia, había extraviado o confundido aquel borrador entre los manuscritos enviados al palacio de Portocarrero.

Curioso por descubrir lo que contenía la misteriosa minuta, examinó el mancebo los apretados renglones, y a la tercera línea sintió que el papel temblaba en sus manos, viéndose obligado a suspender la lectura para enjugar el sudor que inundaba su frente.

Sí, no cabía duda. Aquella hoja, perdida quien sabe por qué misteriosa casualidad y encontrada por Jenaro, era nada menos que una de las páginas originales del borrador del testamento de Carlos II, redactado probablemente entre Portocarrero, el Se-

cretario general del Despacho y algún otro Consejero de los del secreto, a fin de someterlo a la conformidad y aprobación del Soberano.

Para mayor confusión, tratábase nada menos que de la cláusula principal, y con asombro y susto comenzó el mozo a descifrar los caracteres de Ubilla, que iban revelándose como otros tantos arcanos del libro del destino, abierto en aquel momento ante los ojos de Jenaro:

Y reconociendo — decía el papel —, conforme a diversas consultas de Estado y Justicia, que la razón en que se funda la renuncia de las Señoras D.^a Ana y D.^a María Teresa, Reinas de Francia, mi tía y hermana, a la sucesión de estos reinos fué evitar el perjuicio de unirse a la Corona de Francia; y reconociendo que viniendo a cesar ese motivo fundamental subsiste el derecho de la sucesión en el pariente más próximo, conforme a las leyes de estos reinos, y que hoy se verifica este caso en el hijo segundo del Delphín de Francia; por tanto, arreglándome a dichas leyes, declaro ser mi sucesor (en caso que Dios me lleve sin dejar hijos) el Duque de Anjou, hijo segundo del Delphín, y como tal le llama a la sucesión de todos mis reinos y dominios, sin excepción de ninguna parte de ellos; y mando y ordeno a todos mis súbditos y vasallos de todos mis reinos y señoríos que en el caso referido de que Dios me lleve sin sucesión legítima le tengan y reconozcan por su rey y señor natural, y se le dé luego y sin la menor dilación la posesión actual, precediendo el juramento que debe hacer de observar las leyes, fueros y costumbres de dichos mis reinos y señoríos. Y, porque es mi intención, y conviene así a la paz de la Cristiandad y de la Europa toda y a la tranquilidad de estos mis reinos que se mantenga siempre desunida esta Monarquía de la Corona de Francia, declaro, consiguientemente a lo referido, que en caso de morir dicho Duque de Anjou, o en caso de heredar la Corona de Francia y preferir el goce de ella al de esta Monarquía, en tal caso deba pasar dicha sucesión al Duque de Berry, su hermano, hijo tercero de dicho Delphín, en la misma forma...

Al terminar la interesantísima lectura no pudo menos Jenaro de suspirar con fuerza, contemplan-

do largo rato el emborronado papelito que cambiaba la historia del mundo y excluía para siempre del Trono español a la Casa de Austria.

Hasta llegar a la redacción de aquella cláusula, ¡cuántos esfuerzos, cuántas cavilaciones, cuántas luchas, cuántos trabajos habrían sido menester! Para conseguir que el propio Ubilla, familiar de D.^a Mariana de Noeburgo, acabara por redactar de su mano aquel borrador, ¡qué argumentos, qué esperanzas, qué promesas habría sido necesario emplear!

Impresionado aún con el descubrimiento, y deseando tranquilizar al Secretario del Despacho, si por casualidad llegaba a notar la pérdida del original, corrió Jenaro al despacho de su tío, a fin de entregarle el precioso papel, quedando paralizado de asombro al contemplar el efecto que en el rostro de Urraca producían sus honradas explicaciones.

Con los ojos fuera de las órbitas, el semblante contraído y los puños en a'to, como si tratara de pulverizarle, avanzó el fornido toledano sobre el adolescente, rugiendo de ira y apostrofándole con voz de trueno:

—¡Tú, siempre tú, miserable chiquillo, atravesándote en mi camino y desconcertando todos mis propósitos! ¡Maldita sea la hora en que te recogí de manos de mi hermana! ¡Maldita la promesa de...! ¡Oyeme bien! Seguramente habrás leído esto y te habrás dado cuenta de lo que significa. ¡Si abres la boca, si revelas una sola palabra de lo que aquí se contiene, si permites adivinar a quienquiera que sea que posees este secreto, desde el mismo instante puedes despedirte del sol que nos alumbra, eres hombre muerto!

Aterrado Jenaro ante aquella explosión de cólera, retrocedió algunos pasos, con intención de retirarse;

pero colocándose el enfurecido Urraca ante la puerta, gritóle con ímpetu:

—¡No! ¡De aquí no saldrás hasta que a mí me convenga! ¡No faltaría más sino que ahora te escaparas! ¡Eres mi prisionero, y si intentas evadirte antes de mi regreso, a nadie culpes por el resultado de tu desobediencia!

Cerrando la puerta al terminar las anteriores palabras, oyó Jenaro dar dos vueltas a la llave, y encontróse al fin solo en la espaciosa habitación, combatido por el sentimiento de la injusticia con que acababa de ser tratado y el pesar de haber incurrido involuntariamente en la definitiva desgracia de su tío, a quien nunca viera tan enojado y despreciativo.

¡Sí! ¡Razón tenía su instinto al alejarle del palacio de Portocarrero! ¡Aquel hombre impetuoso y desconfiado no le quería, no podía quererle! ¡Ni lograría ganar nunca su voluntad, como hicieran cuantos se atrevesaron hasta entonces en su existencia!

Acostumbrado el corazón de Jenaro a las blanduras maternas, a la tierna solicitud de Casilda y a la benévola condescendencia de Taurisano, sentíase herido en lo más hondo por las amenazas y maldiciones del Canónigo, cuya aversión tan claramente acababa de manifestarse.

Cada día, cada hora que transcurrían parecía más difícil salvar la infranqueable barrera que le separaba de aquel hombre, diferente en todo a su modo de ser y extraño por completo a su manera de pensar.

¡Marcharse! ¡Irse de allí cuanto antes! ¡Renunciar a todos los proyectos formados por su madre! ¡Distraer su imaginación con otra vida y otro empleo!... ¡Huir!... ¡Huir lejos, muy lejos!...

Indiferente a las horas que volaban, permanecía

el jovenzuelo, repasando en su conciencia los motivos que pudieran explicar el despego mostrado por Urraca, sin encontrar falta alguna en el desempeño de sus deberes que mereciera tanto castigo.

¿Existiría alguna historia anterior a su nacimiento, o algún disgusto entre D. Ramiro de Pereda y el Canónigo, que explicara el encono de éste? Pero en ese caso, ¿qué culpa cabía a Jenaro de nada de ello? ¿Por qué haberse encargado Urraca de su porvenir y tenerle bajo el mismo techo?

Impaciente por salir de la enojosa situación en que se encontraba, levantóse al fin y comenzó a prestar atención a los ruidos que hasta él llegaban, pareciéndole escuchar inusitado movimiento de personas que entraban y salían del palacio.

Acercándose hacia la puertecilla que ponía en comunicación el despacho de su tío con el del Cardenal Portocarrero, abandonado desde muchos días antes por vivir constantemente Su Eminencia en el Alcázar, alcanzó a percibir rumores de idas y venidas, mezcladas con discusiones y gritos, como si se estuviera celebrando allí alguna asamblea importante y tumultuosa.

Pegada la oreja al muro, trató de reconocer alguna de las voces o percibir alguna frase que le pusiera en la pista de lo que se discutía o tramaba; pero las recias paredes no dejaban escapar sus secretos, y, fatigado el mancebo, aburrido de aquellas interminables intrigas, acabó por caer en uno de los sillones fraileros que adornaban el cuarto, tornando sus pensamientos hacia la criatura de bondad que constituyera hasta entonces el jardín secreto de su alma.

¡Casilda! ¡Pobre flor de inocencia, crecida en medio de todas las mentiras, todas las ambiciones y todas las falsedades que simbolizaba el mundo y la

sociedad de la Corte! ¿Dónde se encontraría en aquella hora tan amarga para su adorado? ¿Qué pensamientos y qué planes ocuparían su mente durante el encierro forzado que el inflexible rencor de su tía le obligaba a soportar?

¡Si Jenaro supiera al menos que no había cambiado! ¡Que la vida y las costumbres del convento no conseguirían entibiar su afecto por él...!

Algo le decía, sin embargo, al mozuelo que las severidades y las imposiciones de la Solís estrellaríanse siempre ante la suave firmeza de la joven-cita, resuelta a sacrificar todo en aras de la obediencia y el respeto, excepto su amor, fuerte y espontáneo como la lealtad de la raza castellana.

¡Abandonarla! ¿Renunciar a su cariño, como le aconsejaban los amigos más íntimos? ¡Sí! Quizá tuvieran razón. Pero ¿era posible? ¿Era noble? ¿Volvería a encontrar un afecto más puro, más desinteresado?

¡Ah! ¡Si ella estuviera allí, cuán presto sabría consolar su abatimiento! ¡Qué fácilmente encontraría las palabras oportunas para apartar todas las dudas y sombras de su espíritu!

Enternecido con el recuerdo de la niña, olvidóse Jenaro de la pasada escena, del maravilloso descubrimiento del testamento, de las miserias y ambiciones desencadenadas en aquella casa, para no pensar sino en su amor, en la divina ilusión de su existencia.

Evocados por su ardiente fiebre, representáronsele entonces, con la misma claridad que si los estuviera viendo, los principales episodios de sus relaciones con Casilda. Su primer encuentro en casa de D.^a Mayor de Flon. Las breves palabras cambiadas sobre asuntos triviales, el interesado mirar de los ojos, los silencios insubstituibles con palabras, la

melancolía de la despedida, el amanecer de una vida nueva, las palpitaciones de un corazón virgen...

Prescindiendo de alambicamientos e inútiles discursos, casi sin hablar, declaráronse ambos su recíproco sentir, libre de afectaciones, natural, más profundo quizá en ella que en él. Desde entonces, ni una discusión, ni un enojo, ni una nube, hasta que el mundo empezó a velar el azul purísimo de aquel cielo infantil con la negrura de sus pasiones y venganzas...

.....
El regreso de Urraca, que penetró de improviso en la habitación, sacó a Jenaro de su ensueño, volviéndole a la realidad y haciéndole ponerse en pie para afrontar de nuevo las recriminaciones de su tío.

Pero su sorpresa no reconoció límites al descubrir el aire de satisfacción que traslucía la figura del Canónigo, así como el paternal afecto con que le decía:

—Disculpa, sobrinillo, si antes te traté con dureza y no pude dominar mis palabras; pero ya sabes que mi carácter es rudo y tiene prontos en que yo mismo no sé lo que digo ni lo que hago; mas no te preocupes por lo pasado y sigue trabajando como hasta aquí, que pronto he de demostrarte la satisfacción que me merece tu persona. Por ahora tienes libertad de salir, pues ya se desvaneció el peligro que corríamos; y en prueba de ello, como aun es de día, puedes pasear un rato, en compensación del sofoco que te proporcioné esta mañana.

Con el pretexto de que nadie los viera, y aumentando su amabilidad, condújole Urraca del brazo hacia el despacho del Cardenal Portocarrero, que se encontraba desierto y tenía una salida particular e ignorada de todos.

Al pasar Jenaro por el bufete de Su Eminencia no

pudo menos de fijarse en un riquísimo paño sobre el que se elevaba un montón de cenizas y de papel carbonizado.

El Canónigo, que espiaba sus miradas, restregóse las manos con gozoso misterio y murmuró con voz baja:

—¿Reparaste en el nuevo adorno que ostenta la mesa del señor Cardenal? ¿No adivinas de qué se trata? Pues esas pavesas, Jenaro, representan el hecho más grande de la historia y el triunfo más completo de nuestro amo sobre sus enemigos. ¡Lástima no poder comunicárselo desde ahora a tu amigo don Próspero, que tan ajeno se encuentra a que hoy se ha asegurado por fin la paz del mundo y la integridad de la Monarquía española!

Impresionado el mozo por el magno anuncio y la solemnidad de las palabras de su tío, comenzó a bajar las escaleras, y mientras salía a la calle, su espíritu compasivo dirigióse hacia el Soberano, hundido en su lecho de muerte, renegando de todas sus convicciones y todos sus afectos para llamar al sucesor que más antipatía y resentimiento le inspiraba desde la infancia.

Indudablemente, Urraca no era hombre que podía engañarse con ilusorias promesas, y el ansiado testamento debía de haberse firmado, después de destruir en presencia del Cardenal el anterior, que designaba por heredero al Archiduque.

El Emperador y D.^a Mariana de Noeburgo acababan de ser vencidos gracias a la terquedad y a la influencia del ardiente Purpurado; pero para realizar aquel verdadero milagro había sido preciso el consejo del Pontífice, la opinión de las personas con quienes más confianza tenía Carlos II, el aislamiento de éste, la llegada de la Implacable y la convicción de que no existía otro medio fuera de aquél

para salvar los reinos de una catástrofe y salvar su alma de la condenación eterna.

Jenaro, que no recordaba el día en que vivía, detúvose un segundo para reflexionar e imprimir en su memoria aquella fecha.

Era el 3 de octubre del año de gracia de 1700.

XXX

El secreto debió, sin embargo, guardarse tan cuidadosamente, que cuando Pereda pudo ver al Príncipe quedó persuadido de que nada había llegado aún a su noticia del desastre de todas sus esperanzas.

Recibiendo, por el contrario, al joven con análoga satisfacción a la del padre de la Escritura respecto a su hijo pródigo, exclamó:

—¿Por fin conseguiste tu libertad, infeliz Genarino? ¡Seguramente creería el señor Urraca que iba a pretender arrancarte la confesión de sus maquinaciones! Calla, calla y no me digas nada, que hartosé cuanto sucede, y si no fuera por quebrantar la promesa que te hice de no hablarte jamás de política, podría referirte algo que te haría reír. Por fortuna, el Rey ha mejorado notablemente desde ayer, los médicos se encuentran más optimistas, y dentro de unos días contaremos entre nosotros a mi ilustre pariente el señor Almirante, que ha sido llamado por Su Majestad, y que sabrá reducir a Portocarrero a los cuidados de la mitra de Toledo. Sin el Consejo nada puede intentar el Cardenal, y con la presencia de don Juan Tomás y del Duque de Veragua, que son amigos seguros, contaremos con mayoría en las deliberaciones; así que ya puedes prepararte a asistir a fiestas mucho más emocionantes que las últimas de la plaza Mayor. Cuenta desde luego con un bal-

cón, donde pueda lucir tu futura suegra. Por cierto que la he encontrado estos días en casa de la Princesa Colonna. No en balde recordaba yo conocer aquella cara. Estaba sola con doña María, a quien ahora sirve de acompañante, y al preguntarle por ti me contestó desdeñosamente que no recibía ya tus visitas y que ignoraba tu paradero. ¿Qué ha sucedido, Jenaro? ¿Quebraste tu amistad con la niña, o tu desatentada juventud ha comprometido el honor de una familia respetable? ¡Sincérate pronto, si no quieres que aleje de mi severo palacio a un galán tan peligroso como trapacero!

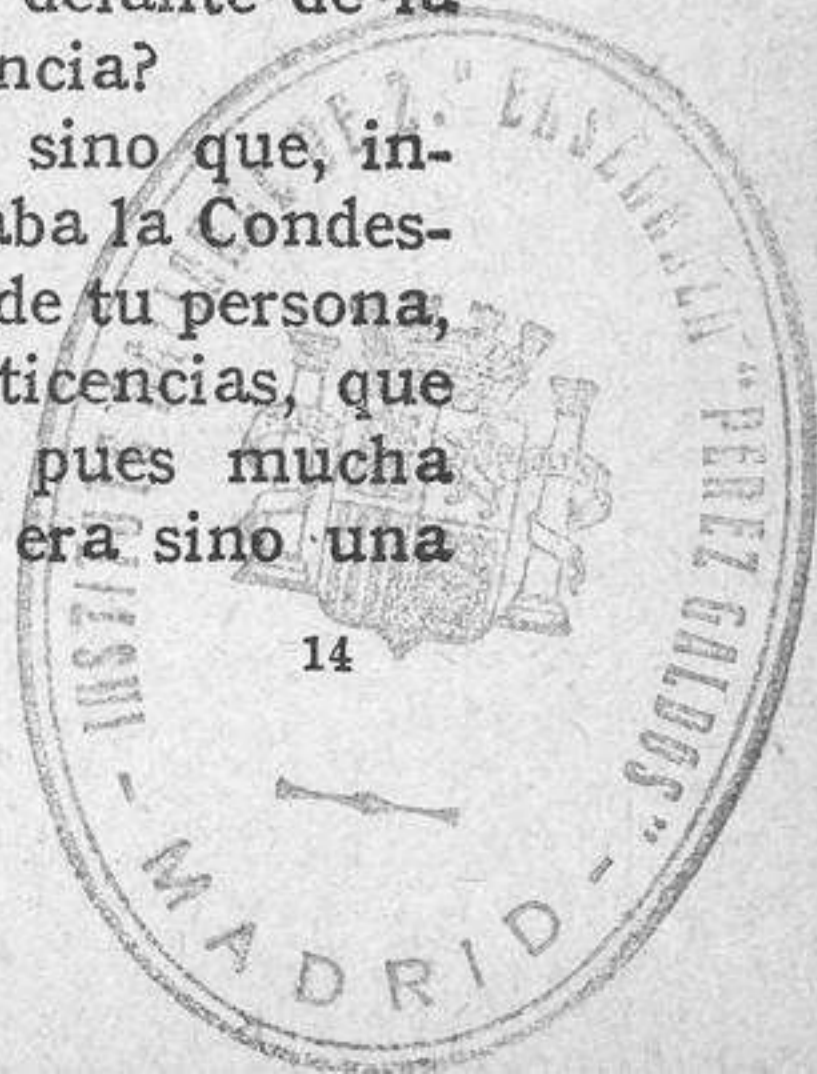
Apresuróse el mozo a desvanecer las ofensivas sospechas del Príncipe refiriéndole lo ocurrido desde la tarde de la fiesta de toros, y aprovechando la oportunidad para confiarle el secreto del apurado trance en que se veía por culpa de la obstinación de aquella endiablada mujer.

Advirtiéndole Taurisano la sinceridad y el fuego de las palabras de Jenaro, no tardó en cambiar de tono y lenguaje, pidiéndole disculpas por haberse expresado tan de ligero, añadiendo:

—Si es así, no puedo menos de darte razón y advertirte además que andes con cuidado en lo que haces y dices respecto de la viuda de Solís, pues bien claro se ve que no eres santo de su devoción y que procurará enemistarte con tus mejores amigos, siempre que se le ofrezca ocasión para ello.

—¿Acaso habrá osado denigrarme delante de la señora Princesa y de Vuestra Excelencia?

—No sólo ha dicho horrores de ti, sino que, indignada por los elogios que te prodigaba la Condesablesa y por la defensa que yo hacía de tu persona, atrevióse a insinuar, con pérfidas reticencias, que debiera cuidarme de tu compañía, pues mucha gente aseguraba que tu amistad no era sino una



superchería para poder vigilar mis actos y referirlos después al Cardenal Portocarrero, por intermedio de tu tío.

—¿Eso se ha permitido decir la malvada?—exclamó, enardecido y fuera de sí, Jenaro—. ¡Ah Señor, Señor! ¡Si yo pudiera hablar! ¡Si me fuera posible mostraros el verdadero ser de ese monstruo!

—¡Pero, hijo, no te pongas así! ¿Qué importancia puede tener lo que diga una mujer como ésa?

—¡Una mujer como ésa!—prosiguió el mozo, sin fijarse en el alcance de sus palabras—. ¡Esa hembra sin corazón y sin conciencia pretende juzgar a los demás por sus mismos actos! ¡Ella sí que es una traidora a sus amigos y una espía de quien le paga mejor, para averiguar lo que pasa en cada casa!

Taurisano, que hasta entonces escuchara las palabras del rapaz con benevolencia, frunció el ceño al oír la acusación dirigida contra D.^a Matutina, y preguntó anheloso:

—¿Qué quieres decir y qué interés puede tener nadie en colocar junto a la Princesa Colonna una persona semejante?

Confuso y arrepentido el muchacho por haberse dejado llevar de la cólera más allá de lo que debiera, quiso enmendar la imprudencia; pero no era don Próspero fácil de engañar, y, viéndose apurado el delator, tuvo que responder categóricamente:

—Pues digo, Señor, ya que os empeñáis en saberlo, que la viuda de Solís, obligada por su necesidad, que en los actuales momentos es más estrecha que nunca, no tiene reparo en desempeñar ciertos papeles, que alguien muy alto le recompensa, valiéndose de su facilidad para introducirse en las casas y obtener en ellas los informes que se le solicitan.

—¿Y qué clase de informes pueden interesar a nadie en el palacio de los Cameros?

—¿En el palacio de los Cameros? ¿El de la plaza del Salvador?—exclamó con sorpresa Jenaro.

—Sí; ¿no sabes que allí habita la Condestablesa desde hace unos días, con su sobrino el Duque, que es la única persona que consiente en hospedarla, contra la oposición de todos sus allegados?

Jenaro reflexionó algún tiempo antes de responder; hasta que, decidiéndose, continuó:

—Yo no sé si debo decir lo que pienso; pero a estar a algunos antecedentes que conozco, los contrarios de Vuestra Excelencia, fiados en la afición de doña María Mancini por las cosas de Francia, intentan valerse de su influencia a fin de atraeros a su partido.

—¿Y para conseguir semejante prodigio piensan que bastaría con la presencia de una vulgar intrigante al lado de la Condestablesa? ¡Qué mal conocen los que así discurren mi verdadero carácter y el de mis relaciones con madama Colonna!

Aquella inesperada confesión, así como la risa que acompañó las palabras de Taurisano, sirvieron para desconcertar de nuevo las ideas de Jenaro, renaciendo sus adormecidas sospechas sobre la existencia de otra mujer misteriosa en la vida del magnate, cuyo secreto era cada vez más difícil de penetrar.

Algún reflejo de aquellas ideas debió de leer don Próspero en su semblante, pues, adoptando un tono más serio, continuó, dirigiéndose al muchacho:

—No te espantes de la declaración que acabas de oír ni formes conjeturas para descubrir misterios que si no te he confiado hace tiempo es porque faltaría con ello a mi honra. Conténtate con saber que el dignísimo objeto de mi infinito cariño es tan alto que, aun sabiendo, como hoy sé, que mi afecto es correspondido, jamás la impureza manchó nuestras

ceremoniosas relaciones ni abrigo esperanzas de ningún género respecto al fin de ellas.

Absorto Jenaro ante aquellas confidencias, exclamó maquinalmente:

—¿De modo que la Condestablesa...?

—La Condestablesa es una excelente y nobilísima dama, en quien la calumnia se ha cebado siempre más de lo debido, persiguiéndola desde su infancia. Sin aspirar a la perfección, que no es de nuestro siglo, sus cualidades superan en mucho a sus flaquezas, y cuando concede su amistad, el que con ella se ve honrado puede felicitarse y considerar que nunca encontrará un corazón y una conciencia más leales. Por mi parte, sólo favores le debo desde que la conocí, de niño, y sería capaz de defenderla contra todo el mundo si considerase que la amenazaba algún peligro o que alguien trataba de faltarle públicamente al respeto. Las maniobras políticas que la opinión supone trata de ejercer cerca de mí, y que efectivamente tienen alguna base, constituyen un motivo más de galante discusión entre nosotros. Pero, de todos modos, agradezco en el alma tu aviso respecto del peligro que corre admitiendo en su compañía a mujer tan peligrosa como la Solís, y aprovecharé la noticia para evitar cualquier contingencia que pudiera sobrevenir en perjuicio de la Princesa. En cuanto a tus amores, aunque siga creyendo que no son convenientes para tu fortuna ni para tu edad, sabes que puedes contar en absoluto con mi protección y con la de doña María Mancini, que te sigue considerando como uno de sus amigos más preciosos.



XXXI

Rebosando ira y sintiendo hervir en su pecho la sed inextinguible de venganza separóse Jenaro de su ilustre protector, decidido a poner fin a la ambigua situación de sus relaciones con Casilda y sustraerla para siempre a la peligrosa tutela de D.^a Matutina Fernández de Solís.

Para conseguir tan sagrado objeto no existía ya, por desgracia, en concepto del joven, sino un solo medio: el rapto y la fuga de los dos amantes hacia otras tierras y otras almas más compasivas y menos ruines que las madrileñas.

Convencer a la enamorada niña de la necesidad de tan radical medida constituía la principal dificultad para el plan que el macebo edificaba en su mente mientras recorría a largo andar el espacio que separaba la huerta de Taurisano de las casas de Portocarrero.

En la imposibilidad de hablarle, no quedaba otro recurso que escribir y desarrollar en el papel los argumentos necesarios a la exaltación de su amor y al desprecio de todos los prejuicios del mundo, para que viniese la doncella en acceder a sus justísimas, aunque arriesgadas demandas.

Resuelto a intentar la magna empresa, y encerrándose en la torrecilla que le servía de aposento, para que ni siquiera el hermano Benigno pudiera sorprenderle, dedicóse, en efecto, Jenaro a redactar la más pulida y sentimental epístola que hasta entonces saliera de su pluma, concentrando en ella, con notable exageración, las ansias y tormentos que venía padeciendo desde la nefasta tarde de la plaza Mayor y la cruel separación del objeto de sus ansias. Con buena copia de mitologías y autores clá-

sicos, que hubieran hecho suspirar de gusto a la marisabidilla Angélica y derramar lágrimas a doña Mayor, pasaba después Jenaro a detallar la lobre-guez de su vida y la necesidad de poner a prueba sus juramentos para demostrar a la humana es-tirpe la injusticia de la tiranía que los venía persi-guiendo con inexorable saña. Alardeando, por últi-mo, de resolución y de facilidades que estaba muy lejos de poseer, solicitaba el mozuelo con frases de fuego la aquiescencia de la joven a fin de preparar su evasión del convento y la huída de ambos al reino de Valencia, en procura de aquellos parientes nobles y poderosos que facilitarían seguramente su unión y los colmarían de bendiciones. El final de la carta, mezclado con varios pensamientos de Virgilio y al-guna frase de Ovidio, coronaba dignamente el tra-bajo presentando el cuadro fascinador de su futu-ra existencia y el del castigo de la fiera D.^a Matuti-na, condenada a la desepiación y a los suplicios laocónticos, propios de su perversidad y de sus culpas.

Terminada la obra y cerrados sus pliegos con va-rios sellos de cera negra, para mayor expresión de duelo, apresuróse Jenaro a buscar al fiel Zorra-quin, a fin de constituirlo en depositario del tesoro hasta el día en que pudiera llegar a su destino.

Pero, no obstante la prontitud del mancebo en acudir al Alcázar, ya el covachuelista había aban-donado la oficina, caso insólito, dadas las inaltera-bles costumbres del empleado.

Presumiendo que pudiera encontrarse entre los grupos que pululaban por los alrededores de Palacio, mezclóse el muchacho entre el gentío, buscando la macilenta figura de su mentor y enterándose de paso de las noticias que corrían en aquel océano de chismes y murmuraciones.

Ya iba a renunciar a su inútil empeño, cuando al fin lo descubrió perorando con extraordinaria animación en medio de un círculo donde le escuchaban hasta diez o doce personas, entre las que se encontraban D. Primitivo Flon y Fray Francisco Blando.

Vacilaba Jenaro en acercarse, cuando fué divisado por el boticario, quien le interpeló cariñosamente diciéndole:

—¿Qué es de tu vida, Jenarillo? ¡Si supieras cómo te echan de menos todos los de casa! ¿Por qué no vas alguna vez? Doña Mayor siempre me pregunta por ti. Y mis hijas no se conforman con lo ocurrido y se han declarado partidarias de tus amores, contra doña Matutina. ¡Vieras qué discusiones se arman en la tertulia por causa tuya! Pero ven, acércate. El señor Zorraquín está impagable discutiendo con Fray Blando sobre si la repentina mejoría de Su Majestad obedece a un milagro operado por alguna de las reliquias trasladadas a su cámara o a una evolución natural e imprevista de la dolencia. Nunca vi a nuestro amigo don Bruno tan irónico y ocu-
rrente como hoy.

—¿Opinará seguramente que se trata de una crisis en la enfermedad del Rey?—expresó Jenaro.

—¡Al contrario! Sostiene que responde a un prodigio, como todo lo que ocurre en España desde hace dos años. Y ahí está precisamente la originalidad de su discurso. Oyele, que sus palabras no tienen desperdicio.

En efecto: agitando sus brazos en todas direcciones, y más amarillo y anguloso que nunca, continuaba el insigne covachuelista su prédica, atrayendo cada vez mayor número de curiosos.

—Yo os aseguro, señores míos—vociferaba—, que lo que aquí se necesita es que venga una mano enérgica que termine con las vacilaciones que nos

llevan al precipicio de la descomposición y que obligue a todos los españoles a renunciar a sus diferencias. ¡Un hombre nos hace falta, un hombre!; que ha tiempo se acabaron los de Castilla, y si esto sigue tendrán que venir de fuera para tratarnos como mercancía. Hace muchos siglos, y en una ocasión parecida, la firmeza de los que idearon el compromiso de Caspe salvó uno de nuestros actuales reinos de la desmembración y de la ruina. ¿Por qué no hemos de seguir hoy el ejemplo de aquellos santos varones y consultar de algún modo a las fuerzas vivas de la Monarquía sobre el camino que deba seguirse en el problema de la sucesión de la Corona?

—¡Por favor, no se acalore, don Bruno!—interrumpía Fray Francisco Blando, procurando calmar al covachuelista—, ni esfuerce tanto la voz, que a nadie conviene dar un cuarto al pregonero de nuestras ideas. En mi oponión, su celo exagera la gravedad de las cosas en lo tocante al indudable derecho que compete al Soberano para la adjudicación de este colosal patrimonio.

—¿Y por qué ha de tratarse como patrimonio de uno solo, por ilustre que sea, lo que costó tantos siglos, tanta sangre y tantos esfuerzos de millones de hombres para formar y constituir? Ahí está el mal precisamente, Fray Francisco, y de él tenemos culpa todos, los unos por ambición y los otros por ignorancia. ¿Se le ha ocurrido a alguien averiguar el sentimiento de Aragón, de Cataluña y de Valencia? ¿O quiere decirme su paternidad que desde la llegada del Marqués de Harcourt a esta tierra se abrieron los ojos y se trocaron los corazones de España entera para desear el remedio que hasta entonces se ocultara a su ceguera? ¡Pues salga de su error, Fray Francisco Blando, que si muchos magnates y ministros han podido mudar de parecer, quién sabe

por qué causas, aun queda buena parte de cristianos viejos que sigue aferrada a las antiguas máximas, y el Estado se encuentra hoy tan dividido, que nada bueno puede profetizarse si continúa el desconcierto de unos y otros!

—A pesar de ello—atrevióse a objetar el padre Blando—, el sentir de las gentes que constituyen la mayoría...

—¿Y quién puede llamarse mayoría en este caso, ni cómo vamos a conocerla, padre de mis entrañas? Si por mayoría se entiende la del número, corresponderá tal representación al pueblo, que para nada interviene en estas tramoyas y sólo sirve para sufrir y pagar los errores de los demás. Y si la adjudicamos a los hombres de ciencia o a los que disfrutan los cargos del Estado, os responderé que éstos y aquéllos dependen de quien los nombra o los protege, sin que les sea lícito expresar su verdadero modo de sentir. Convóquense Cortes, según nuestro uso antiguo, y escucharemos la voz de la verdad y de la honradez, que hace siglos salió desterrada de la Corte. Pero hasta entonces no me hable Vuestra Paternidad de mayorías, pues los tiempos que corremos no admiten tales palabras. Aquí dispondrán siempre los menos, que se impondrán a los más, hasta que en el curso de los siglos se produzca alguna revolución que ponga lo de abajo arriba; y la opinión de España hoy por hoy, si alguna existe, se parece a este chiquillo que nos escucha, bueno y débil, noble e impulsivo, a quien mueven y arrastran los hombres y las cosas, sin darse cuenta él mismo de lo que le conviene ni de lo que verdaderamente le interesa.

Al escuchar aquellas palabras y advertir los ojos de la concurrencia fijos sobre su modesta persona, enrojeció Jenaro de vergüenza y apresuróse a des-

aparecer del corro, deplorando los extremos de la oratoria del covachuelista y dispuesto a quejarse, cuando pudiera atraparle, del sofocón que por su causa había pasado.

No resultó, sin embargo, tarea fácil el apoderarse de Zorraquín hasta ya entrada la noche, en que Pereda logró descubrirlo en un mísero bodegón, agotadas las fuerzas, verdinegra la tez y con tales señales de abatimiento en toda su persona, que en lugar de indignación comenzó a sentir el mancebo lástima, presumiendo que algo extraordinario y penoso había ocurrido a su viejo amigo.

—¡Pero, don Bruno!—exclamó en tono agridulce—, ¿qué se ha hecho de las lecciones de prudencia y disimulo que escuché hasta hoy de vuestros labios? ¿A qué viene manifestarse de ese modo en público y despotricar contra el Gobierno? ¿No piensa que si algún mal intencionado le oyera y fuera con el cuento a la superioridad, peligraría el pan de sus hijos y el empleo que tan honradamente desempeña desde hace treinta años?

Suspiró con infinito desconsuelo el anciano al escuchar aquellas razonables observaciones en boca del chiquillo que poco antes calificara de ligero, y, después de una pausa, repuso lúgubrementemente:

—¿Y no adivinaste al oírme que la catástrofe de que me hablas se había producido ya y que la saña de mi voz correspondía a la amargura de mi alma viéndome arrojado a la calle como se arroja la basura que para nada sirve?

—¿Habéis sido declarado cesante?—murmuró consternado Jenaro.

—¡Sí, hijo mío! ¡Despedido como un perro!—contestó D. Bruno dando un suspiro—. Desde hoy ni mis hijos ni yo tenemos un mendrugo que llevarnos a la boca, y, ¡Dios me perdone el mal pensa-

miento!, pero creo que la determinación de mi desgracia se debe a doña Matutina, que por fin ha conseguido vengarse de mis sarcasmos por tan ruin medio.

—Pues yo le aseguro, noble amigo—declaró solemnemente el sobrino de Urraca—, que si tal ha ocurrido, y yo he de averiguarlo, esa mala mujer llorará con lágrimas de sangre esta nueva picardía, de que la hemos de hacer arrepentirse si usted me ayuda y juntos ponemos en ejecución los proyectos que tengo arreglados.

Enderezóse la faz del covachuelista al oír tan vigorosos acentos, y, alargando la descarnada diestra, estrechó la mano que el mancebo le tendía, en prenda de conformidad y aprobación de todas sus combinaciones.

Sacando entonces Jenaro de su pecho el pliego dirigido a Casilda, suplicó con instancia a D. Bruno que pusiese en juego su astucia y su influencia con las hijas de Flon para que alguna de ellas lo hiciera llegar a poder de la reclusa.

Vaciló un punto Zorraquín antes de aceptar el peligroso encargo, como si presintiera el alcance de éste, y, recobrando parte de su buen sentido, dijo:

—Ya conoces mi opinión en esta materia, opinión que creo concuerda con la de la mayoría de tus amigos. Pero puesto que persistes en tus sentimientos, no puedo negarme a complacerte, siempre que me asegures que nada se esconde en este papel contrario al honor y a la caballeridad en que te criaste.

—Yo le juro, don Bruno—repuso el muchacho—, que esa carta encierra la prueba más decisiva de mi amor y de mi respeto por Casilda.

—Siendo así—contestó el viejo, tomando el pliego y guardándolo en las profundidades de su bolsillo—, ¡yo te prometo que la niña de Solís lo recibirá,

aunque no puedo asegurarte cuándo ni si tardaré poco o mucho en conseguirlo!

XXXII

El volcán de su entusiasmo no permitió a Jenaro meditar en las desastrosas consecuencias que para la fama de la doncella traería la realización de su plan.

Tampoco se detuvo a pensar en el caso, muy posible, de que los orgullosos Centelles valencianos, que nunca se ocuparon de su parienta, rechazasen a la culpable pareja, abandonándola en medio del arroyo.

Lejos, por el contrario, de entibiarse su resolución, conforme pasaba el tiempo sin que la esquila lograra ser entregada, fortificábase el joven en sus propósitos, entreteniéndose en fabricar doscientos proyectos, a cual más quimérico, para poner por obra su deseo.

La cuestión monetaria no le preocupaba, fiado en el auxilio que llegado el caso le prestarían Taurisano y la Condestablesa, por lo cual, y en vista de las crecientes necesidades de la familia de D. Bruno, decidióse a vender el diamante de María Mancini, cuyo producto alejó por algún tiempo el espectro del hambre en aquel hogar.

No contento con esto, y persuadido por algunas palabras de Urraca del mal concepto que su tío tenía sobre la probidad del covachuelista, acudió al favor del Príncipe, obteniendo la promesa de que se ocuparía de su amigo apenas llegara a Madrid el Almirante, gracias al cual podrían fácilmente encontrarle otro puesto en alguno de los Consejos.

Quedaba por resolver el problema del abandono de la casa de Portocarrero y las consecuencias de la

rebelión del mozo ante el intransigente Canónigo y la tierna madre.

Justamente en aquellos días recibió Jenaro una cariñosísima epístola de D.^a Aldonza, en que le hablaba de su porvenir y de la necesidad de confiarse al afecto de Urraca hasta ver el sesgo que tomaban los acontecimientos y la firmeza de las proposiciones de Taurisano.

Pero, dominando su emoción y haciendo cuanto le era posible por no pensar en el disgusto que se preparaba a infligir a la santa mujer, seguía el enardecido mozo contando con impaciencia los días que iban transcurriendo sin que Zorraquín le avisara de que su famosa carta obraba en poder de la enamorada Casilda.

Mediaba el mes, y acababa de regresar el Almirante a Madrid, resolviéndose la Corte a celebrar la mejoría del Rey con música y fiestas anunciadas por las gacetas, cuando por fin una mañana sorprendió D. Bruno a Jenaro con la noticia de que ya se había averiguado el escondite de la niña de Solís y que Violantita Flon se prestaba a llevar el pliego a su amiga, siempre que Pereda permaneciera tranquilo, sin tratar de descubrir el retiro, pues de otro modo todo se perdería irremisiblemente.

Prometió el galán cuanto se le pedía, y, seguro ya del efecto de la primera parte de su industria, sólo se preocupó de esperar la respuesta de la doncella, que no podía tardar mucho tiempo.

Ni al día siguiente ni en los sucesivos recibió, sin embargo, noticias de ningún género que tranquilizaran su impaciencia, y sorprendido ante aquel inexplicable mutismo, dióse a cavilar sobre los motivos; dudando por primera vez de la eficacia de su elocuencia y de las seguridades del cariño de Casilda.

¿Habría sido sorprendida la misiva por la infernal D.^a Matutina y estaría ésta atormentando con toda clase de armas el alma y hasta el cuerpo de su infeliz sobrina?

¿Acertaría acaso Zorraquín, que se atrevió a insinuar la posibilidad de que la niña hubiera olvidado en la quietud del convento aquel su primer cariño por otro mayor y más sagrado que la inclinara a tomar el velo de las vírgenes del Señor?

Cuantas suposiciones cabe imaginar en un trance como aquél fueron presentándose a la consideración de Jenaro, excepto la única razonable y lógica en su caso: la de la monstruosidad de su pretensión y la de la insensatez de su demanda.

Y no respondían ciertamente la ceguedad y el ofuscamiento del mancebo a desviaciones viciosas de su natural rectitud. Aquel proyecto de rapto, concebido en un momento de despecho y de infantil impulso, respondía a la exageración y desequilibrio de los afectos y las pasiones desencadenados en torno suyo: al inasequible y etéreo amor de Taurisano, vacilante como un fuego fatuo entre las tumbas de sus ilusiones; a las aventuras de la Condestablesa, empeñada en conservar la lumbre de la perdida juventud y luchando por su vana apariencia; al ejemplo de la mayoría de los nobles, ostentando públicamente sus flaquezas y cometiendo los crímenes más reprobables, sin encontrar castigo ni censura; a la corrupción de todas las costumbres; al ansia de vida que todo corazón joven experimenta ante el anuncio o la cercanía de la muerte.

Los acontecimientos que acompañaban las luchas interiores de nuestro héroe bastaban por sí solos, además, para modificar el criterio, no ya de un niño de las condiciones de Jenaro, sino de cualquier hombre, por independiente y experimentado que fuese.

Obedeciendo a las alternativas de la salud del Monarca, tan pronto dominaba una impresión como otra, y la gente perdía el tino tratando de adivinar la verdad de los rumores que circulaban. En posesión el propio Jenaro del secreto de lo ocurrido el 3 de octubre, dudaba de su memoria escuchando de labios del Príncipe de Taurisano que los esfuerzos de la Reina y del Almirante habían conseguido obtener del Soberano el despacho de un correo a Viena indicando su pensamiento definitivo de declarar por sucesor al Archiduque, y adquiriendo la evidencia de que el día 21 disponía Su Majestad por codicilo, entre otras cosas secretas, que si D.^a Mariana quisiera después de su fallecimiento retirarse de la Corte y vivir en una ciudad de España o en cualquiera de los estados de Italia o Flandes, se le diera el completo gobierno de aquéllos, con sus correspondientes Ministros.

En esta situación, el 26 de octubre reagravóse el estado del Rey, con síntomas alarmantes, y el 29, viéndose imposibilitado para seguir gobernando, otorgó un decreto concediendo facultades al Cardenal Portocarrero para ejercer las funciones en su nombre. Aquel mismo día se firmaron también los nombramientos de la Junta que había de reemplazar al Monarca cuando éste muriera, hasta la llegada del sucesor, componiéndola la Reina, con voto de calidad; el Cardenal Portocarrero; el Duque de Montalto, como Presidente del Consejo de Aragón; D. Manuel Arias, como Gobernador del de Castilla; D. Baltasar de Mendoza, como Inquisidor general; el Conde de Frigiliana, como Consejero de Estado, y el de Benavente, como Grande de España.

En conocimiento Jenaro de algunos de los anteriores detalles, permaneció sin levantar cabeza, no obstante la creciente preocupación de sus asuntos.

atento a las continuas órdenes que le transmitía Urraca, en correspondencia con el Alcázar; con la Embajada de Francia y con otra porción de personas, entre las que se contaba muy a menudo el Conde de Écija, que no desamparaban un instante las casas de Portocarrero, cual si en ellas vieran ya el centro del futuro poder.

Como cabeza invisible de aquella importante conspiración, movía desde su despacho el terrible Canónigo los hilos que sujetaban los fantoches del teatro del mundo, sujetos por su férrea mano merced al ímprobo trabajo realizado desde hacía tantos meses; y la figura imponente del privado de Portocarrero agigantábase en aquellos supremos momentos, asombrando al aturdido sobrino con la prontitud y la energía de las resoluciones que le veía adoptar.

Allanadas cuantas dificultades se presentaban y reiterados a Su Majestad los Sacramentos de la Penitencia y la Comunión sagrada, y el de la Santa Extremaunción, que el propio Rey había pedido, y hallándose la Corte en el último desconsuelo, a las dos de la tarde del 31 de octubre, cuando estaban más perdidas las esperanzas de todos, comenzó a recobrase el augusto enfermo con un sudor benigno, que le duró cerca de media hora, los pulsos altos y descubiertos y con vigor y apetencia al alimento proporcionado; y al confirmarse la pasmosa novedad, apresuróse Urraca a trasladarse al Alcázar, donde acababa de llamarle el Cardenal.

Disponíase Jenaro a dejar el despacho libre al padre Liciniano Téllez, cuando el hermano Benigno se acercó misteriosamente para notificarle que tenía un pliego de parte del Sr. Zorraquín.

Al escuchar aquel anuncio sintió el mozo como si la sangre golpeará en sus sienes, y sin vacilar

preparóse a leer su sentencia, no dudando un instante que la carta procedía de Casilda.

Así era en efecto, y el papel de la niña, escrito con los infantiles rasgos propios de su edad, decía lo siguiente:

Desde que recibí tu esquela, Jenaro mío, no he cesado de pensar en ella y releerla cien veces, dudando si fuiste tú verdaderamente quien la escribió y si es tu voz o la de otra persona desconocida la que parece escucharse a través de sus renglones: ¡tan trocado encuentro tu estilo y tan nuevos para mí resultan tus pensamientos! ¿Qué se hizo de aquel discurrir suave y apacible que tan bien comprendía mi ignorancia? ¿Qué de nuestros sencillos planes y de las tranquilas aspiraciones de nuestras almas? Sin duda el mundo cambió tu ser, amigo mío, como siempre lo temí, hasta el punto de cegar tus ojos y tus recuerdos, llegando a olvidar con quién hablabas y la verdadera significación de lo que proponías. ¿Yo escapar contigo, a mis años, y comenzar mis peregrinaciones por el mundo pesando continuamente en tu existencia y perdiendo el único bien que mis padres me legaron? ¿Has pensado, Jenaro, en el alcance de tu propuesta y en las obligaciones a que te sujetarías con tus ofrecimientos? No, amigo; mi afecto por ti es demasiado grande para aceptar tu ruina y exponerme a la pérdida de tu consideración por satisfacer un deseo de venganza contra mi tía, que tiene más de niñería que de motivo. Permíteme, Jenaro, ya que nombré a esta persona, que te repita una vez más que te equivocas al juzgarla y que D.^a Matutina no es tan mala como tu sentimiento la pinta. Su vanidad y sus estrecheces lograrán apartarla alguna vez de la línea recta que todos deseáramos seguir en el curso de nuestras acciones; pero su fondo es bueno y su interés por mi felicidad no ha decaído nunca, demostrándolo bien claramente su conducta durante mi permanencia en el convento de Santa Catalina, donde nada me ha faltado y he recibido sus visitas con regularidad y cariño de verdadera madre. Lo que ocurre en ti, amigo del alma, y disculpa si mi cariño te habla con verdadera franqueza, es que, deslumbrado por la grandeza de tus nuevas ambiciones y brillantes amistades, no puedes reprimir tu impaciencia y tu desagrado al encontrarte entre gentes tan distintas por todos estilos, olvidando sus modestas cualidades para no pensar sino en sus defectos. ¡Ocurrencia es ésta fatal y que

no puede remediarse por mucho empeño que pongamos en ello! Yo misma, Jenaro, si tu conciencia es leal, reconocerás que hay momentos en que no basto a satisfacer tus aspiraciones, chocando a cada paso mi insignificancia e instintivo desprecio de las vanidades con tu inclinación hacia sus magnéticos atractivos. En este naufragio de ilusiones que amenaza concluir, más o menos tarde, con tu amor, es preciso que uno de los dos se sacrifique por el otro, y ese papel me corresponde a mí, cumpliendo la promesa que te anuncié otras veces, y resignándome con mi triste suerte con tal de verte recorrer satisfecho y libre la ruta que te señala el destino.

No imagines que al devolverte la palabra renuncio a tu afecto, ni dejaré nunca de quererte como hasta ahora te quise. Tampoco creas que me cuesta poco el hacerlo, pues derramando lágrimas que mojan el papel te escribo la presente, que he tardado muchos días en decidirme a enviarte y que tan imperfectamente expresa lo que siento. Podrá cambiar el rumbo de nuestras vidas y desvanecerse en ti la memoria de esta infeliz, que desde que te vió consagró su juventud y su corazón a prevenir tus deseos; pero jamás variará mi afecto, ni mucho menos desaparecerá mi amor, que te acompañará siempre como una lámpara humilde cuyo resplandor iluminará todos tus pasos. Hagas lo que hagas, nunca lograré aborrecerte, y de antemano te perdono todos tus errores y todas tus veleidades. Acabo de regresar al lado de mi tutora, y desde la casa de D.^a Mayor, que mañana abandonaremos para buscar otra habitación, te dirijo esta carta, que ojalá pueda encontrarte a tiempo de que recibas mi última súplica. Cualquiera que sea tu resolución, mi firmeza no se resiste a la idea de verte y conversar contigo como en otras épocas más felices. Las hijas de D. Primitivo han combinado para mañana, día de Todos los Santos, una visita a casa de Zorraquín, en que sólo nos acompañará su padre, pues D.^a Mayor y mi tía andarán muy ocupadas por otro lado. Allí te aguardaré desde las cuatro de la tarde. ¿Vendrás, Jenaro? Sólo esta esperanza me permitirá vivir hasta entonces. Tu invariable amiga, CASILDA.

Al llegar a este final sintió el lector como si un nudo apretase su garganta, comprobando una vez más la bondad y la ternura de la elegida de su corazón; ¡aquella era la verdad y la dicha, despojadas

de todo el artificio que ocultaban detrás de sus vanos oropeles las pompas de las imágenes en uso!

¡Sí, iría! ¡Iría a la cita para postrarse a las plantas de Casilda y pedirle perdón de todas sus ofensas, confirmando la promesa de renunciar por ella a cuantos espejismos se presentaran en adelante a sus ojos! ¡Lo único que sentía era no poder volar hasta su presencia y verse obligado a transigir con sus órdenes esperando las horas que le separaban de su felicidad!

XXXIII

Faltábale poco trecho para llegar a la iglesia de Santo Domingo, tan próxima al palacio de Portocarrero, cuando topóse Jenaro de manos a boca con una tapada que parecía salir del templo, y en la que no le fué difícil reconocer a la misteriosa Angélica, que dirigiéndose a su encuentro comenzó a hablarle con voz entrecortada por la ansiedad y sin emplear ninguno de los floridos tropos que otras veces esmaltaban su conversación.

— ¡Señor Jenaro, señor Jenaro! El Cielo os envía, pues hace horas que ando buscándoos y ya no sabía dónde dar ni cómo manejarme en casa de Su Eminencia. He aquí la misión que me ha sido confiada por una persona que no me es dado nombraros, pero que sólo desea la felicidad del Príncipe. Si es cierto vuestro cariño por Su Excelencia, corred al Alcázar, donde aún debe encontrarse, y manejaos de modo que no salga esta noche de la huerta. Si no pudierais conseguirlo, tratad de acompañarle a todas partes y no os separéis de su persona un segundo, porque le amenaza un peligro tal que acaso no logre salvarse. Reservad para vos el aviso y que-

dad con Dios, que no puedo declararme más y harto arriesgo con el paso que doy.

Sin contestar a las inquietas preguntas del mancebo, ni detenerse, desapareció Angélica tan rápidamente como había llegado, y no tuvo otro remedio Jenaro sino conformarse con lo oído, dirigiéndose con la mayor rapidez al patio de Palacio, donde esperaban alineadas las carrozas de los Grandes, entre las que pudo reconocer la de su ilustre amigo, que efectivamente se encontraba aún en el Alcázar.

Impedido, por su modesta posición, de pasar adelante y subir por la amplia escalera de mármol gris, con pasamanos de piedra azulada y adornos dorados, que conducía a la sala de armas, en la que prestaban servicio los borgoñones, permaneció el muchacho esperando a pie firme la salida de D. Próspero, mezclado con la turbamulta de caballeros y lacayos, para quienes, como pueblo, constituía asimismo el piso superior del Palacio un arcano donde sólo los elegidos tenían derecho a penetrar.

Obsesionado por las fatídicas prevenciones de Angélica, y siguiendo con la imaginación el paso del Príncipe por aquellas galerías y aposentos, cuyos nombres eran familiares a todos los españoles, apenas si el mancebo prestaba atención a la algarabía de cocheros y truhanes que, reunidos en el centro del inmenso patio o desparramados por las arcadas, donde se permitían algunos tenduchos y puestos, discutían a voces sobre los sucesos del día, dándose más importancia que sus propios señores, cuyos ilustres nombres usaban cual si formaran parte de la librea que vestían.

Algunos servidores de la Real Casa, como ujieres, carreristas, porteros de estrado o guardadamas,

mezclábanse a la reunión, comunicando con palaciega mesura las noticias que en la Botica o en la Camarería habían podido sorprender; y no faltaban reverendas tocas de dueñas que terciaran en las conferencias, limpiando el polvo del suelo con sus negros manteos, ni avispadas mozas de retrete o criadas, de las que a centenares poblaban el Alcázar, que dejaran de acudir solícitas al reclamo lacayuno de los fornidos tagarotes que por allí pululaban a caza de noticias que vender después a quien mejor les pagase, en aquella época de toma y daca.

La maledicencia, el estruendo y la procacidad de toda aquella canalla asalariada y corrompida hasta el tuétano, en que lo único limpio eran a veces las galas que cubrían los cuerpos, acabaron por disgustar a Jenaro, quien, procurando aislarse, no apartaba su pensamiento de Taurisano y de la posible misión que arriba estaría desempeñando.

¿Sería cierto el rumor, que aún circulaba por la Corte, sobre la decisiva influencia que el gallardo D. Próspero ejercía en el ánimo de D.^a Mariana de Noeburgo? ¿Constituiría la esposa de Carlos II el amor secreto de Taurisano, contra todas las apariencias y todas las presunciones?

La voz del Príncipe conminando a la Reina parecía resonar en los oídos del muchacho, haciéndole admirar el coraje de su ídolo, que osaba seguramente decir la verdad en las estancias más habituadas a la mentira, pretendiendo infundir resolución en el espíritu acobardado de la Princesa, que tan impunemente dejábase arrebatarse la autoridad y la influencia que por derecho le correspondían.

Y sin embargo no era posible que el ardiente pa-

ladín de una causa perdida de antemano lograra despertar en la Soberana arrestos de que siempre careció aquella mujer soberbia e inconsciente.

Portocarrero, con su audacia y sus procedimientos, habíala llevado a una situación de pasiva conformidad, en que, perdida ya toda esperanza de auxilio del Emperador y los suyos, sin confiar en los españoles, a quienes despreciaba, resignábase de antemano al desastre, tratando de salvar únicamente su dignidad de Soberana viuda y sus inmensas riquezas.

Media hora llevaría transcurrida así, cuando algunas frases pronunciadas junto a él distrajeron a Jenaro de sus cavilaciones, para atender a la conversación de varios pícaros que hablaban cerca.

— ¿Dices — preguntaba el más corpulento de ellos, que parecía por las trazas montañés o vizcaíno de los que solían autorizar las carrozas de los Grandes — que es para esta noche la cosa y que han de concurrir Estebanillo, Ignacio y los demás de tu casa?

— Armados con cuchillos o con lo que prefiráis, debajo del camisón, por si se arma pendencia. La orden es de acabar con cualquiera que se atreva a turbar el orden de la procesión, sea quien fuere — respondía otro individuo, que ostentaba golilla y parecía aprendiz de corchete, destacado para reclutar gente en alguna hazaña sospechosa.

— ¿Y qué se va ganando en ello? — interrogaba un tercero.

— Dos escudos relucientes como el sol, a más del lienzo del vestido, sin contar con el hacha, que pesará cinco libras de cera y también puede servir de garrote en caso necesario.

— ¿Y de dónde saldrá el cortejo?

— De la iglesia de San Justo; la clerecía irá por

delante con la reliquia, camino de Palacio, y nosotros detrás, que pienso pasaremos de trescientos.

— ¡Quién sabe si lograré llegar a tiempo! — declaró al fin el mocetón —. Todo estriba en que mi Señor salga pronto y no se le ocurra dirigirse después a las rogativas o a otra parte.

— No hará, que la Marquesita está sangrada y le habrá encargado regrese cuanto antes para feriarla con alguna joya.

— En ese caso, contad conmigo, Velasco, y podéis asegurar que seré de los que más peguen.

— Por eso me acordé en seguida de ti, hijo, que tu nombre es el primero que me ocurre cuando sé de algo que pueda remediar tu necesidad y la de Inesilla, pues hartos se me alcanza las necesidades que estará pasando la pobre con lo malo que anda el trato en las contingencias actuales.

— ¡La verdad es que este buen señor podía acabar de morirse de una vez y no molernos más con prohibiciones y premáticas! ¡Que porque un hombre se vaya no es razón para que los demás dejemos de vivir y dar curso a nuestros humores!

Iba Jenaro a mezclarse en la conversación, curioso por averiguar qué tenebroso plan se estaba maquinando entre aquellos jayanes, cuando apareció de pronto Taurisano en la escalera de honor, buscando con la vista a sus servidores.

La presencia del magnate hizo enmudecer de pronto a los vecinos de Pereda, que se dispersaron en el acto, permaneciendo únicamente en su puesto el de la golilla, a quien se le había desatado un zapato.

Adelantándose al encuentro de su protector, no tardó en percatarse Jenaro de la agitación y nerviosidad del Príncipe, que apenas llegado junto al mancebo exclamó:

— ¡Albricias, Jenaro! Aún no está todo perdido, y esta vez mis exhortaciones alcanzaron el éxito deseado.

Volviendo después la vista hacia los balcones del primer piso, continuó, sin cuidarse de los que podían escucharle:

— ¡Ah! ¡Eminencia! ¡Eminencia! Antes de que veas entrar por este patio la comitiva de tu nuevo Rey hemos de reñir la última batalla y poner en ella todas nuestras fuerzas. ¡Venciste hasta ahora cerca de los enfermos, de los garnachas y de los irresolutos y débiles de espíritu! ¡Ahora te tocará combatir con los sanos, los decididos y los que nacieron con las espadas en las manos!

Al llegar aquí, Jenaro, que contemplaba con admiración al Príncipe, creyó sentir un ruido a sus espaldas y volvióse con prontitud para ver de dónde procedía.

El patio continuaba ocupado por coches y por servidores que departían; pero el sospechoso personaje de la golilla, a quien oyera llamar Velasco, alejábase precipitadamente tratando de ocultarse entre las carrozas y con el embozo de la capa subido hasta los ojos.

XXXIV

Cuando se encontraron instalados en el coche y éste emprendió la marcha hacia el centro de la ciudad declaró Taurisano su intención de dar una vuelta por algunos de los lugares donde se reunían los ociosos, para informarse de las noticias que corrían por la Corte y de la impresión dominante en ella.

Recordando entonces Jenaro las advertencias de

Angélica, comenzó a oponerse con todos sus recursos a los deseos de D. Próspero, alegando cansancio, indisposiciones y otra colección de pretextos que no hicieron mella ninguna en la resolución del Príncipe.

Agotados sus argumentos, y sin saber ya qué razón emplear para que Taurisano mudase de parecer, exclamó entonces Pereda:

— Ved, Señor, que los ánimos están muy excitados y que vuestra presencia entre la plebe pudiera dar lugar a cualquier demostración o incidente que perjudicara el nombre de la Reina.

— ¿Qué quieres decir con tus palabras, muchacho? — interrogó sorprendido el magnate, volviéndose para contemplar con desconfianza al adolescente —. ¿Por qué me hablas de ese modo, tan distinto del tuyo y tan desconocido para mí? ¿Qué interés puede inspirarte el que yo salga o entre a mi arbitrio, como siempre hice? Respóndeme presto, o si no creeré que...

En lugar de contestar directamente, tomó Jenaro una de las manos del Príncipe y con voz temblorosa conjuróle por lo más sagrado a que atendiera sus ruegos y volvieran a la huerta, sin exigirle ninguna explicación sobre los motivos que a ello le impulsaban.

Aquellas reticencias acabaron de irritar la impaciencia de D. Próspero, que, estrechando al mancebo con preguntas, acabó por hacerle confesar, al cabo de un rato, su encuentro con Angélica y las recomendaciones de ésta.

Al enterarse Taurisano del cuidadoso mensaje, que sólo un afecto muy grande podía haber inspirado, abrazó con ímpetu a Jenaro exclamando:

— ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por el consuelo que en este momento me envías valiéndote de un

ángel del cielo, y gracias a ti, hijo, por el valor que me infundes con tus palabras! ¡Nada temas de asechanzas, que por ahora no pueden sorprenderme y que siempre desprecié!

Mientras así conversaban había recorrido el coche buen trecho, y ya se encontraban cerca de la calle del Príncipe cuando Taurisano mandó detener el vehículo y, seguido de su compañero, apeóse, dirigiéndose a pie hacia el Corral de la Cruz, ante cuyas cerradas puertas estacionábase un numeroso grupo de personas que discutían acaloradamente.

Figuraban en el concurso casi todos los cómicos de los Corrales de la Corte, capitaneados por la frescachona Jusepa, que era una de las pocas far-santas a quienes no perjudicaba el cierre del teatro, gracias a sus poderosas protecciones.

Encontrábase también Jerónima, la Mariblanca, y Juana Portillo, escuchando sin perder sílaba de lo que decía el galán Antonio Ruiz, coreado por las observaciones del niño malo de Guzmán y la experimentada madre Lorenza.

El suceso no era para menos, y puestos al corriente D. Próspero y Jenaro, tuvieron que resignarse a oír el cuento, repetido a la vez por cinco o seis voces.

Tratábase de la fuga de Flora, la gran Flora, el modelo y la envidia de todas las presentes, que aquella misma mañana había desaparecido de la Corte en compañía del *Mulato* y de cuantas joyas y dinero le había sido posible reunir, para emprender de nuevo su vida aventurera e insubstituible.

— ¡Ha hecho bien! — declaraba terminante Mariblanca, recordando la vileza y monotonía de sus propios amores —. ¡Si puede ganarse la vida de otro modo, para qué aguantar vejámenes y aburrimientos!

— ¡Pobre Alba! — murmuró Taurisano, pensando en el amor del prócer, tan ciego por la belleza de la fugitiva.

— De su casa vengo ahora mismito — interrumpió el Niño malo, terciando en la plática.

— ¿Y qué dice Su Excelencia? ¿Qué hace?, ¿en qué piensa? — exclamaron a una todas las mujeres, ansiosas por conocer detalles, con esa mezcla de lástima y delectación propias de semejantes casos.

— ¡Dejadle respirar, hijas — chilló Lorenza —, que acabaréis por matarle a fuerza de estrujones! ¡Seguro que el señor Duque habrá metido a la justicia en el caso, mirando por sus caudales!

— ¡Pues te equivocaste de medio a medio, madre! ¡Que el infeliz Señor se encuentra tan afligido y desconsolado por el abandono, que, con sorpresa de cuantos le rodean, sólo se ocupa en despachar emisarios a todas partes en busca de la inconstante!

— ¡Que mande decir misas para ver si parece! — repuso el *gracioso* Castro.

— No lo digas en broma, Damián — prosiguió el Niño muy serio —, porque misas y rogativas ha encargado el de Alba, en efecto, para que se encuentre a Flora, y, lo que es más extraordinario todavía y nos ha espantado a todos: ¡acaba de hacer un voto solemnísimos que coronará nuestra fama de locos en toda Europa cuando se sepa!

— ¿Qué voto? ¡Habla! — gritaron las hembras fuera de sí.

— ¡Pues casi nada! Ha ofrecido no levantarse de la cama, ni consentir que le muden las ropas o le cambien de postura, hasta que parezca la ausente.

— ¡Qué fineza!, ¡cómo se conoce lo ilustre de su sangre en ese proceder!, ¡cuánta galantería! ¡Eso sí

que ya no es de estos tiempos! — comentaron las farsantas, extasiadas.

— ¡Pobre Alba! — repitió Taurisano, cada vez más melancólico.

— ¡Valiente cabronazo! — sentenció agriamente Lorenza —. ¿De qué le sirven su poder y su hacienda, si no sabe dar muerte al *Mulato* y recluir a la ladrona en un convento?

— ¿Sabéis lo que os digo? — expresó muy seria la Jusepa —. ¡Que otra suerte nos cupiera a los españoles si todos los hombres, principiando por nuestro desdichado Rey, sintieran así y fueran tan aficionados a las faldas! ¡Otro don Juan de Austria era lo que nos hacía falta ahora, en lugar de tener que apechugar con el heredero que nos traigan de fuera!

Disgustado Taurisano con aquella charla, que en otro tiempo le hubiera divertido tanto, alejóse del bullicioso grupo, dirigiendo sus pasos hacia la calle del Prado, donde se reunía el mentidero de los comediantes, tan visitado en aquellas horas del anochecer por autores y poetas, que debían entretenerse en conversaciones más serias e importantes.

Allí se encontraban efectivamente todos, discutiendo a voces sobre política, como si nunca hubiera sido otro su oficio, y lanzando las especies más absurdas respecto de las últimas noticias de Palacio y las invenciones de las gacetas y correos. Halagados con la llegada del Príncipe, interrumpieron un momento la discusión para saludar a tan generoso Mecenas y preguntarle noticias acerca de la salud de Su Majestad, cuya muerte se proponía ya cantar el Teniente Cañizares en un poema que tenía a medio componer.

Satisfecha la curiosidad de la asamblea, tornaron a funcionar las lenguas, comentando cada cual a

porfía el resultado del gran Consejo reunido días antes, según todo el mundo afirmaba, para discutir el inevitable asunto de la sucesión del Trono.

Como si cualquiera de los presentes hubiera asistido a la solemne y reservadísima convocatoria, barajaban aquellos ingenios chirles los apellidos más sonoros de la Monarquía, sin guardar respetos a nadie y tratando despectivamente a todos, incluso al moribundo Monarca.

Entre chistes y sangrientos epigramas, citábanse los nombres de Portocarrero y del Conde de Santisteban como los principales defensores ante el Consejo de los derechos del Duque de Anjou. Criticábase despiadadamente la cobardía del Almirante y del Duque de Veragua, que viendo perdido el juego no se habían atrevido a contradecirlo, temerosos por la suerte de sus Casas. La debilidad de D. Manuel Arias y la traición del Secretario Ubilla inspiraban toda clase de sarcasmos. Y el único que merecía un poco de respeto ante aquellos buitres era el Marqués de Mancera, que, obligado a decidirse de pronto en asunto de tan vital importancia, había pedido veinticuatro horas para reflexionar, al cabo de las cuales se inclinó a favor de los Borbones.

Estremecido de espanto Taurisano ante aquella mezcla de verdades, descubiertas quién sabe por qué medios, y de mentiras inventadas por la malicia, procuraba eludir las insistentes preguntas de unos y otros, tratando de esquivarse antes de verse obligado a romper las costillas de algún insolente que aprovechara la ocasión para zaherir a los austriacos y desahogar la bilis y el odio acumulados durante largos años en su pecho.

Libre al fin de los energúmenos y desanimado por el espectáculo que acababa de presenciar, internóse, seguido de Jenaro, por las sospechosas callejuelas

que partían de la de Cantarranas y formaban una especie de barrio tan mal reputado como peor concurrido.

Cubierto por la capa, que disimulaba su señorial apostura, y olvidando jerarquías y respetos, vagabundeó largo rato por aquellos andurriales oscuros y desiertos, hasta dar con un tabernucho desconocido, donde, tras de vacilar un poco, decidióse a penetrar, sentándose ante una de las mesas vacías y pidiendo un jarro de vino.

Jenaro, que no veía el instante de salir de aquel antro, temeroso de los riesgos que en él pudiera correr la vida de D. Próspero, animóse entonces a interrumpir el silencio de éste proponiéndole regresar a la huerta.

Pero sus tímidas observaciones no fueron escuchadas.

— Antes de complacerte — repuso el Príncipe con voz lejana — necesito apurar el cáliz de los desengaños y las desilusiones. Creía hasta hoy que la corrupción y la envidia eran patrimonio de los de mi clase. ¡Ahora comienzo a percatarme de que el mal es universal y de que la podredumbre entró demasiado adentro en nuestra desdichada España para que se la pueda extirpar sin verter mucha sangre y hundir el cuchillo muy hondo; tan hondo, que quizá tenga que llegar al corazón! ¡Déjame oír a los ignorantes, a los perdidos, a los que nunca escuchamos, a los que jamás conoceremos, y de quienes, sin embargo, exigimos continuamente la vida en nombre del Rey!

Ocupando buena parte del zaquizamí, y cubriendo con sus gritos y sus risotadas de borrachos todos los demás ruidos, ofrecíase a la contemplación de los curiosos seis u ocho hombres acompañados de dos mujerzuelas. El rebajamiento moral y físico

de aquella gente, reflejado en sus macabros semblantes, y la conversación soez que entre ellos sostenían, excitaron pronto el desprecio y la repugnancia de Taurisano.

Figuraban en el ruedo dos o tres soldados, que parecían haber asistido a las últimas guerras, uno en Cataluña, los otros en Flandes, y se lamentaban a voces de la paz reinante, publicando cínicamente sus robos y atropellos durante las para ellos felices épocas de lucha y de desorden.

Los insultos contra los Gobiernos y el Rey alternaban en aquellas bocas con las blasfemias y los juramentos, mostrando sólo admiración por la fortuna de Luis XIV, ante cuyos ejércitos tuvieran siempre que correr, procurando salvar el pellejo a costa de los mayores peligros.

— Desengañaos, hermanos — vociferaba uno de aquellos degenerados —, la gloria de España se acabó para siempre, y aquí no seremos nada hasta que venga el Rey de los franceses y nos traiga su nieto, que barra todos los ladrones que nos matan de hambre.

— ¡Viva el Duque de Anjou! — respondían a coro los demás, levantando sus vasos.

— ¡Viva el futuro Rey de España! — repetían como un eco los concurrentes a la taberna.

Taurisano no pudo soportar más tiempo la tortura, y arrojando unas monedas salió a la calle, avergonzado y deprimido el ánimo al comprobar el envilecimiento de la plebe.

Mientras se retiraban, parecióle a Jenaro que aumentaba el escándalo y arreciaban los alaridos de aquellos miserables y que la mirada burlona y penetrante de varios ojos los espiaban en su retirada.

Caído el embozo, sin pensar en esconderse, per-

maneció D. Próspero en medio de la sombría rúa, dudando acerca del camino que debía seguir en su fatídica peregrinación, cuando el suave ceceo de una voz hizo levantar maquinalmente la vista de ambos jóvenes dirigiéndola hacia un balcón frontero donde se amontonaban las macetas de flores y hierbas olorosas.

Apoyada de codos sobre el barandal, y destacando su silueta sobre la confusa claridad que venía de dentro, descubrieron entonces una moza del partido, que, sorprendida por la presencia de dos galanes desconocidos, tan diferentes en traje y aspecto de todas sus amistades, y juzgando que no podían ser españoles, ni pobres, extendía los desnudos brazos, invitándolos a subir.

— ¡Monsiures! ¡Monsiures! ¡Viva Francia! —gritó al fin, con voz aguardentosa como si hubiera encontrado la palabra mágica que resolviera el conflicto.

Aquella confusión acabó por trastornar el juicio de Taurisano, que, decidiéndose a desandar lo andado, hizo ademán de taparse el rostro para no oír más indignidades.

— ¡Ah Jenaro, Jenaro! — exclamó al cabo de un rato —. ¿Dónde estamos y en qué tierra vivimos? ¡Razón tenías en aconsejarme que no descendiera a este infierno! Pero, ¡Dios mío!, ¿qué se ha hecho de la honra y del valor? ¿Dónde se esconde la lealtad? ¿Qué futuro estará reservado a esta tierra, donde antes se cifraba la hidalguía? Vámonos, vamos pronto. ¡Ahora sí que creo que todo está perdido y que la catástrofe es inevitable!

— ¡Tranquilizaos, Señor! — animóse a decir Jenaro, procurando calmar la agitación del Príncipe—. Las palabras de cuatro galopines nada representan en la historia de un gran pueblo, y lo que se precisa

hoy son cabezas que manden y brazos que den el ejemplo.

— ¿Dónde encontrarlos, Jenaro? ¡Si tampoco existen! ¡Se acabó para siempre la historia de los grandes hechos y de los grandes capitanes! ¡Se acabó el siglo XVII para no volver más! ¡Nuestros sueños, nuestras empresas, nuestra reputación ya no tornarán a preocupar la atención del mundo! ¡El alma de los castellanos se prepara a sufrir una transformación en que perderá su brío y poco a poco irá admitiendo la influencia de todo lo extranjero!

— ¡No sucederá eso mientras Vuestra Excelencia aliente!

— ¡Mi papel en la escena del mundo ha terminado, Jenaro! ¡La época que se avecina no está hecha para mí, ni yo para ella! ¡Soy de otro tiempo y de otra religión! ¡Moriré luchando, pero sin transigir ni doblegarme ante nadie!; ¡ni siquiera ante la voluntad de nuestro Rey, si ella contraría mi honor y mi conciencia!

Discurriendo así, habían desembocado en la iglesia de Jesús, que, con motivo de las rogativas por la salud del Monarca, y no obstante lo avanzado de la hora, continuaba abierta y encendida, congregando numerosa concurrencia.

Persuadidos de que allí no seguirían oyendo hablar de testamentos ni franceses, penetraron el Príncipe y Jenaro en la reducida capilla, tomando asiento en uno de sus bancos.

Pero no habían contado con la inspiración del predicador que desde el púlpito hablaba, y que en lugar de dirigirse al Altísimo impetrando la salvación de Carlos II, o por lo menos el auxilio de la Divina Gracia en los últimos momentos del Monarca, daba rienda suelta a sus profanas inclinaciones diciendo a los fieles:

«¿Será nuestro futuro Rey vigilante? ¿Quién puede dudarlo, hermanos míos? ¿No es galo, o gallo, por su ascendencia? Así es cierto; y el gallo, según Alciato, ¿no es símbolo de vigilancia? En ello no hay duda; y lo cantó Ovidio en sus *Fastos*:

*Nocte Deo cristatur coeditur ales
Quod tepidum vigili provocat ore diem.*

Luego nuestro Príncipe no puede dejar de ser vigilante; y siendo, como hemos dicho, también león, síguese que tendremos una perfecta custodia y que todo caminará bien. Alcemos, pues, los españoles el gallo, que otro gallo nos cantará.»

Desesperado y maldiciendo de los excesos del púlpito y de las aberraciones de sus Doctores, corrió el Príncipe al atrio, conduciendo tras sí a Jenaro, y ya iba a meterse en una silla que se encontraba vacía, cuando topóse de manos a boca con su antigua conocida Petronila la Portuguesa, hecha un brazo de mar y acompañada de escudero y rodri-gón, que acusaban algún indiano generoso en la feria de su gusto.

Conservaba aún en su memoria la rencorosa hembra el amargor del insulto y la afrenta recibida meses atrás en casa de Jusepa, suceso tras del cual no había vuelto a conversar con Taurisano, y deseando vengarse y humillar a su vez el amor propio del Príncipe, dirigióse a él apenas le divisó, murmurando con voz de sierpe:

—¿Dónde se dirige la gloria de España? ¿En la iglesia metido a estas horas, con lo que pasa en el mundo y las novedades que ocurren en la Corte? Yo creí a Su Excelencia más celoso; ¡pero se conoce que los Señores han perdido sus energías y no saben emplearlas sino con mujeres indefensas o Reinas caídas! De la calle Mayor vengo ahora mismito, y allí

me han asegurado que la del Sacramento está de fiesta, esperando el paso de una procesión que se dirige a Palacio custodiando el cuerpo de no sé qué santo. Eso dicen los inocentes; pero todo Madrid sabe que de lo que se trata es del cumplimiento de una promesa, y que el altar donde se realizará el sacrificio es el palacio de los Cameros. Conque no añadiré más, y Dios guarde a Su Excelencia, que me voy a rezar por el pobrecito Rey, aunque aseguran no pasará de esta noche.

Y recogiendo gallardamente el manto, segura de haber acertado con la saeta, dirigióse la envenenada mujer al interior del templo, mientras el Príncipe, loco de furor, repetía a Jenaro.

—¿Qué ha dicho de procesiones y de promesas ese escorpión? ¿Para qué habrá manchado con su boca la calle del Sacramento y el palacio de...? Corramos, Jenaro, corramos, ¡pues el corazón me anuncia que aun he de sufrir esta noche tormentos mayores de los que hasta ahora he padecido!

XXXV

Análogos presentimientos asaltaron a Pereda, recordando los avisos de Angélica, así como los cabildeos del Alcázar, mientras la silla que los conducía íbase aproximando al caserón que habitaba la Condestablesa, merced a la hospitalidad de sus ilustres parientes, propietarios del histórico edificio.

Uniendo las anteriores noticias con el recuerdo de la promesa hecha por Écija en las gradas de San Felipe para el día en que sus ansias viéranse coronadas por el más dulce premio que una dama puede conceder a su galán, maldecía Jenaro en su fuero interno de la liviandad de María Mancini y del atrevi-

miento y desvergüenza que suponía el valerse del pretexto de la enfermedad del Rey para turbar el reposo de aquellos días encubriendo aventuras bajo la disculpa de prácticas devotas.

¿A qué nuevo peligro se exponía Taurisano por culpa de su amistad hacia una señora tan ligera de cascos como agobiada de años, que parecía empeñarse en mantener eternamente la zozobra entre todos sus conocidos?

¿De qué medio se valdría el conde de Écija y sus astutos instigadores para llevar al paroxismo los sentimientos de su rival y conseguir la definitiva pérdida del Príncipe en tan críticos momentos?

Acababa de cerrar la noche; pero el pueblo, anhelante por conocer hora tras hora las noticias circulantes sobre el estado de Carlos II, permanecía en las calles, siendo forzoso a los conductores de don Próspero dar un gran rodeo hasta llegar a la calle del Sacramento, que era donde Taurisano les había ordenado detenerse.

Una vez allí, echaron pie a tierra el magnate y su compañero, no tardando en darse cuenta de que algo insólito ocurría en aquella vía tan silenciosa y discreta de costumbre, viendo todas las casas abiertas y los balcones llenos de gente, como si asistieran a alguna fiesta solemne e inesperada.

Adelantándose hacia el caserón de los Cameros, descubrieron por fin el bochornoso espectáculo que en fecha tan digna de ser respetada por los madrileños atrevíase a interrumpir la tranquilidad de la villa con su ridículo y carnavalesco alarde de procesional galantería.

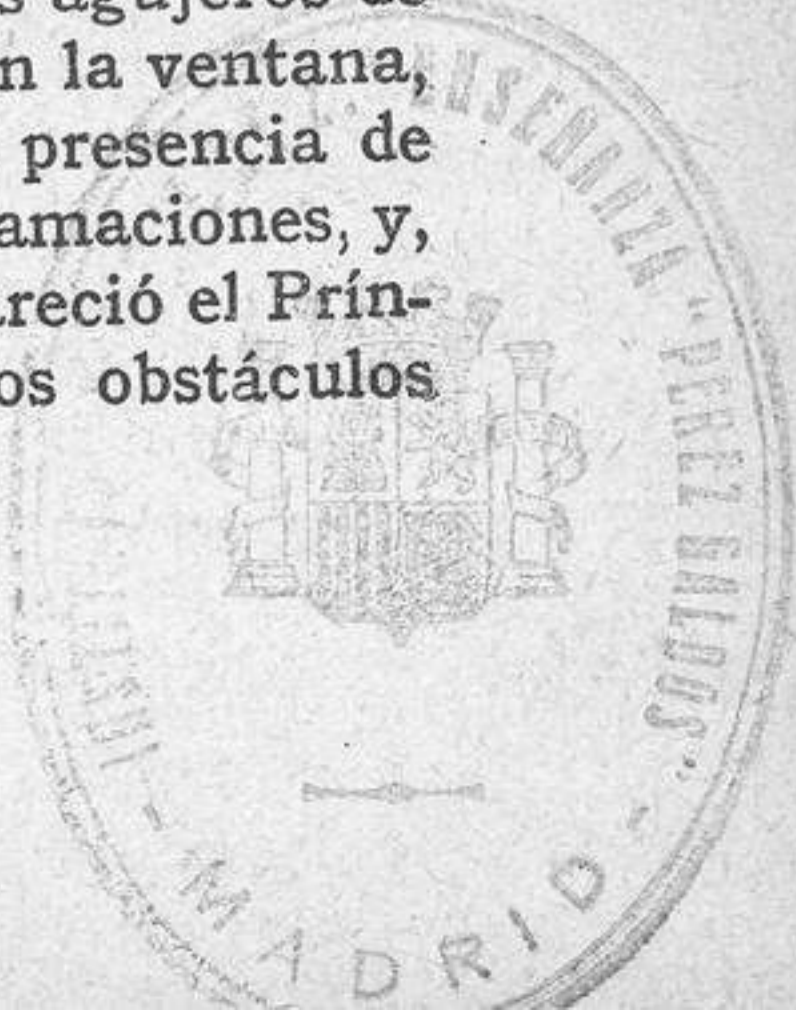
Mientras allá a lo lejos se divisaba una muchedumbre de sacerdotes que entre luces y cánticos conducían el reluciente cofre donde se encerraban los restos de algún bienaventurado, avanzaban calle

arriba dos filas de penitentes, que sumarían hasta doscientas personas, sosteniendo sendos cirios verdes en las manos y murmurando tristes salmos, sin que las caperuzas que les tapaban la cabeza permitieran adivinar los rasgos de sus fisonomías.

En medio de ellos destacábase el que parecía capitanear la procesión, vestido con una especie de enagua de batista muy fina que bajaba hasta los pies, tan amplia y menudamente plegada que lo menos entrarían en ella cincuenta varas de tela. Sobre la cabeza ostentaba su correspondiente caperuza de holanda, con un gran paño que ocultaba rostro y pecho, dejando únicamente dos pequeños agujeros para ver. Otros dos paños descendían por las espaldas, manteniendo al descubierto la carne blanca y delicada del pecador; llevaba éste guantes y zapatos, también blancos, y diversos lazos, repartidos en camisola y mangas.

Llegada esta parte del cortejo frente a una ventana baja, defendida por artística reja, que correspondía a los fondos del palacio de los Cameros, adelantóse el jefe de los encapuchados hasta detenerse cerca de los hierros, y, enarbolando la terrible disciplina que empuñaba su diestra, y que como suprema muestra de amor ostentaba un listón celeste, distintivo de la Condestablesa, comenzó a azotarse las espaldas con singular destreza, no tardando en aparecer algunas gotas de sangre, que corrieron a lo largo de la inmaculada batista.

En el mismo instante, y mientras los agujeros de la caperuza del penitente clavábanse en la ventana, detrás de cuya celosía adivinábase la presencia de varias personas, oyéronse algunas exclamaciones, y, abriéndose paso entre la multitud, apareció el Príncipe de Taurisano, derribando cuantos obstáculos se oponían a su paso.



Verle avanzar en actitud amenazadora y reconocerle al instante los espectadores de la escena, fué obra de un segundo; resonó un grito imprudente de «¡Viva Taurisano! ¡Viva la Casa de Austria!», al que no tardó en responder otro de «¡Vivan los Borbones!»; y la inevitable batalla entre disciplinantes y público comenzó con todo el ensañamiento de una lucha a muerte.

Cerráronse de golpe los balcones, apagáronse las luces, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos muchos curiosos, callaron las bocas que entonaban loores al Todopoderoso, para convertir los cánticos en maldiciones y juramentos, mezclados con ayes de dolor y gritos de agonía, y bien pronto convirtiése la calle en palenque de una de las reyertas más vergonzosas y más características de la época.

Por fortuna, no tardaron en acudir alguaciles y guardias, que podía presumirse estaban cerca, en previsión de cualquier acontecimiento; pero antes de que lograran atravesar la barrera humana que formaban los combatientes de primera fila había conseguido Taurisano arrancar la capucha del capitán de la farsa, dejando al descubierto el pálido y desencajado rostro del Conde de Écija, que mostraba evidentes señales de confusión y espanto.

Preparábase el Príncipe a traspasarle con su acero, cuando reparó que el disciplinante no tenía armas, y, dominándose por un supremo esfuerzo de caballería, contentóse con abofetearle con uno de sus guantes, pronunciando al mismo tiempo algunas palabras rápidas, que nadie pudo entender en medio del estruendo y que fueron respondidas con un signo afirmativo por el Conde.

Quiso después D. Próspero acercarse a la reja, tras de la cual percibíase inusitado movimiento, y hubiéralo conseguido a no ser por Jenaro, que, vien-

do avanzar la guardia pública en dirección a sus personas, abalanzóse sobre él y, arrastrándole a viva fuerza, sin respetos de ningún género, ayudado por los defensores, pudo llevarle hacia el callejón que subía a la plaza del Salvador, poniéndole fuera del alcance de la justicia.

XXXVI

Al regresar, ya tarde, a la huerta de Taurisano, rendidos por la fatiga y las emociones sufridas, el Príncipe, que de ninguna manera había consentido en que Jenaro volviera a las casas de Portocarrero, anunciándole su propósito de comunicarle cosas muy graves, informóse ante todo de la salud del Soberano, cuyo alivio continuaba, y contestó secamente a los emisarios del Almirante y del Conde de Harrach que todo estaba dispuesto y que le dejaran descansar en paz hasta el día siguiente.

Acto continuo ordenó a sus gentileshombres que le dispusieran una colación ligera, dándoles licencia para retirarse, y condujo a su joven amigo hasta un aposento de forma octogonal, en cuyo sitio de honor lucía el retrato del Príncipe padre, D. Marco Antonio, pintado por Claudio Coello.

Traído desde Nápoles el soberbio lienzo, cuando D. Próspero vino a España, conocía Jenaro desde su niñez aquella obra maestra, que representaba al arrogante magnate a los treinta años de edad, en actitud de mandar las escuadras de Su Majestad surtas en la bahía partenopea, y no pocas veces había servido para inspirarle respeto en sus travesuras, gracias a la mirada fija, dulce y melancólica de aquellos ojos, que, obedeciendo a un capricho del artista, seguían en todas direcciones a quien los contemplaba.

Emocionado el muchacho al reconocer las nunca olvidadas facciones del ilustre Señor que con tanta bondad animara sus primeros pasos por la vida, permaneció largo rato ante la pintura, que tantos recuerdos traía a su memoria de adolescente.

—¿Le ves?—murmuró a su oído Taurisano—. ¿Reconoces el espejo de los nobles y al benefactor de los desgraciados? ¡De intento te he traído aquí, para confiarte en su presencia sucesos que hasta hoy no salieron de mis labios, porque en ellos va envuelto el honor de mi familia y el de la tuya!

—¿De la mía?—exclamó asombrado Jenaro.

—Sí, hijo mío. Hace días que pensaba hablarte de ello; pero los sucesos se atropellan de tal suerte y la incertidumbre de lo que sucederá mañana tórnanse tan apremiante, que ya es hora de que me oigas y descifres las razones de mi mudanza desde el punto que nos separamos en Nápoles.

—¡Señor!—interrumpió Jenaro—. Meditad, antes de comenzar vuestras confidencias, si mi incapacidad las merece y no os arrepentiréis más tarde de haberme dado parte en ellas. ¿No sería mejor aplazar la conversación y dejarla para otra coyuntura más favorable y menos dolorosa?

—¡No, Jenaro! El tiempo vuela, y desde mañana se han de producir sucesos que absorberán todo mi ser, conduciéndome al triunfo, a la derrota, o tal vez a la misma muerte.

Sobrecogido el muchacho ante el misterio de aquellas palabras, tras de las cuales adivinábase un confuso porvenir de luchas y rebeliones, acertó únicamente a responder.

—¿Acaso el Conde de Écija...?

Taurisano sonrió con desprecio al escuchar el nombre de su enemigo y limitóse a contestar.

—¡Quién piensa ahora en personas como ésa ni en

intrigas que deshonran tanto al entendimiento que las consiente como al brazo que las ejecuta! El Conde recibirá la lección que merece y que ya no arriesgo nada en darle, puesto que estoy dispuesto a pelear cara a cara con mis enemigos y resistir a todos sus ataques. No me hables, por consiguiente, de personas que envilecen el nombre que inmortalizaron sus ascendientes, aceptando el papel de rufián que les confían sus inferiores, y volvamos al objeto que motiva nuestra reunión en este cuarto.

Pendiente Jenaro de las palabras del Príncipe, y sin apartar la vista del retrato de D. Marco Antonio, esperó con temor la revelación del anunciado secreto.

—Has de saber Jenaro—principió por fin Taurisano en voz baja—, que sobre la existencia de mi Señor pesa un misterio terrible, que aun no he podido desentrañar y que constituye el motivo de todas mis preocupaciones. Don Marco Antonio no murió de un accidente de caza, como comúnmente se cree, sino de una manera violenta, a manos de misteriosos asesinos, que hasta ahora permanecen ignorados.

—Pero vos, Señor, ¿no sabéis...?—exclamó aterrado Jenaro ante la tremenda revelación, que confirmaba los rumores oídos de labios de Zorraquín.

—Yo no sé nada, hijo mío, sino lo que dice un papel de letra de tu padre que me entregaron al llegar a Nápoles, y que voy a leer en tu presencia, para demostrarte la confianza que me mereces.

Acercándose a un contador que debajo del admirable retrato se veía, revolvió Taurisano algunos documentos, y sacando uno bastante arrugado dió comienzo a su lectura con voz conmovida:

Señor: Antes de abandonar para siempre la casa, cumpliendo los últimos deseos de vuestro padre, que aun después de muerto sigue mandando sobre mí y los míos, me

considero en el deber de revelar a Vuestra Excelencia una tragedia relacionada con el secreto que el Aguila de Taurisano encierra en su seno, y que, según las tradiciones y el juramento de los primogénitos de vuestra estirpe, no podéis conocer hasta la fecha en que cumpláis los veinticinco años. El Príncipe mi Señor y vuestro padre ha sido víctima de una abominable venganza que le ha arrebatado la vida en circunstancias que no me es dable explicar. El día 1.º de noviembre del año 1700, a las dos de la tarde, hora en que entráis en la referida edad, comprenderéis el alcance de las palabras que ahora os escribo y los motivos que justifican mi inexplicable ausencia. Dios os guarde hasta entonces, dulce Señor mío, y reservad esta confesión de toda alma viviente, «incluso de vuestra esposa». Tales son las últimas palabras pronunciadas por D. Marco Antonio antes de morir. Si ya no nos viéramos en este mundo, acordaos siempre del infinito amor que os profesó vuestro criado, que os besa las manos y que nunca os olvidará.

RAMIRO DE PEREDA.

Anonadado por el descubrimiento de la horrenda verdad, y pareciéndole que al leer Taurisano el misterioso papel escuchaba la voz grave del anciano don Ramiro, apenas si se atrevió Jenarillo a preguntar:

— ¿Y ha de ser mañana cuando Vuestra Excelencia conozca todos los pormenores del espantable caso?

— ¡Sí! — repuso lentamente el Príncipe —. Mañana a las dos de la tarde cumpliré veinticinco años y me veré libre del juramento sagrado que todos los herederos de mi Casa prestamos ante nuestros padres al llegar a la edad de la razón, de respetar los secretos de la familia, que hasta entonces nos son desconocidos. Ahí tienes la explicación del enigma de mi carácter desde que recibí la carta de tu padre y el motivo de mis esfuerzos para descubrir su paradero y obtener una confesión más clara de lo sucedido.

— ¿Y ese misterio del Aguila de Taurisano?

—Mañana lo sabrás todo, Genarino, pues desde que te encontré creí siempre que el Cielo te enviaba en mi socorro para ocupar cerca de mí el lugar que gozó tu padre con el mío. ¡Pobre padre! Tampoco pudo él disfrutar de la fortuna ni del encumbraimiento de su nombre. Unido en matrimonio con una de las herederas más nobles, ricas y hermosas de España, cuando todo parecía sonreírle y su ambición soñaba con levantar la Monarquía del abismo, mi nacimiento costaba la razón a mi infeliz madre, que ya no la recobró más, retirándose a sus estados de Salamanca, donde sólo siguió ostentando ante Dios el título de esposa.

—¡Triste suerte!—murmuró Jenaro.

—Diez años perduró la enfermedad de la desgraciada Señora, mientras don Marco Antonio dedicaba sus bríos a las pocas empresas marítimas en que España intervino por entonces, y allá en apartado castillo una pobre loca consumía las rosas de su belleza junto a un triste niño que comenzaba a dar los primeros pasos entre una corte de preceptores y maestros... Al fin Dios llamó a mi madre, y aun tardó el Príncipe en regresar a la Corte hasta la terminación de la guerra. Ignoro lo que habría pasado en aquel tiempo; pero cuando se presentó por primera vez ante Sus Majestades, el Rey no podía convencerse de que aquel noble envejecido y agobiado por las pesadumbres era el Almirante alegre y jactancioso que animara los tiempos de su minoría. Después sobrevino la renuncia de todos los puestos y nuestra retirada definitiva a Nápoles, donde sólo se dedicó al cultivo de las artes, de las letras y de las buenas obras, como tú pudiste apreciar. ¡Pobre padre mío! ¡Quién te dijera que tu único hijo, el orgullo de tus canas, había de parecerse tanto a ti por todos estilos!

—¿Así habláis, Señor, a vuestra edad y con el porvenir que se presenta a vuestro valor y ardimiento?

—¡Quimeras! ¡La felicidad no la da la ambición, Jenaro! La felicidad la da el amor o la amistad. El amor, por desgracia, y aunque ocupe todas las potencias de mi alma, es para mí como una cárcel en que vivo prisionero, sin poder comunicar mis ansias con nadie. Y en cuanto a la amistad..., ¡sólo te tengo a ti, Genarino!; amistad especial también, defectuosa y llena de reservas, pero que cada día aprecio más y estoy resuelto a conservar y defender, suceda lo que suceda. Sí, cualquiera que sea la suerte que sigan los destinos de la Monarquía, yo te prometo por el que ahí nos escucha que no nos separaremos ya más. Si el Rey muere y por un milagro sucede el Archiduque, yo seré de los principales Ministros y tú mi privado; si, como parece casi seguro, hereda el duque de Anjou, nos marcharemos para siempre a Italia, y allí me encargaré de tu fortuna y de la de los tuyos.

El recuerdo de Casilda cruzó por la mente del muchacho, y, decidiéndose a confiar sus anhelos al que acababa de prometerle ayuda y riquezas, comenzó a decir:

—Señor: yo quisiera, puesto que de mi porvenir hablamos, consultaros algo muy importante.

—Ya adivino a lo que te refieres, hijo, y no pases cuidado, que todo se arreglará a tu gusto. Concédeme un plazo para escuchar tus deseos, pues ni mi razón ni mi conciencia se verán libres hasta entonces del peso que atormenta mi alma. Mañana ha de ser día de justicias en la Corte y necesitamos de todas nuestras fuerzas y todo nuestro corazón para llevarlas a cabo. Acércate a la chimenea — añadió, reparando en la palidez del joven —, reclínate en

ese sillón y duerme mientras tanto, amigo mío; el cansancio se refleja en tu rostro. ¡Pobre niño! ¡La fatiga ha sido harta para tus tiernos años! Duerme, Genarino, sin cuidado; ¡la sombra de mi padre protege tu sueño y vela por nosotros!

Aun permaneció buen rato el Príncipe paseando, mientras el adolescente luchaba por permanecer despierto. Al fin, poco a poco, fué quedándose inmóvil en su asiento, rendido por la agitación y las impresiones del día. Cuando Taurisano comprobó que su ahijado ya no podía observarle, dirigióse nuevamente hacia el contador de marfil y plata, y, metiendo las manos en sus profundidades, sacó una bolsita de terciopelo, que colgó de su cuello, escondiéndola bajo el jubón; terminada esta diligencia, entretúvose en leer con profundo interés cartas y papeles que iba separando de un abultado legajo.

Sucedíanse las horas con implacable rapidez, y ya alboreaba el día cuando acabó el Príncipe su tarea, quedando absorto al final de ella, contemplando una vez más la carta de D. Ramiro de Pereda.

El reposo de Jenaro, que de vez en cuando veíase interrumpido con suspiros y quejas inarticuladas, pareció en aquel momento que iba a concluir.

Levantándose entonces D. Próspero, y recogiendo el montón de papeles y cartas esparcidos sobre el bufetillo, acercóse a la chimenea, tratando de adivinar las preocupaciones del durmiente, que permanecía muy cerca del fuego.

La luz borrosa del amanecer daba de lleno en el rostro de Jenaro, que ostentaba una expresión en que nunca había reparado el Príncipe; pero que debió de traerle a la imaginación algún recuerdo o suscitar en su mente alguna idea, pues permaneció buen rato inmóvil, contemplando fijamente el sem-

blante del mancebo, como si tratara de descifrar algo en él.

Dirigiéndose, al cabo, hacia el encendido hogar, pero volviendo de cuando en cuando la vista hacia el muchacho, fué arrojando al fuego, uno por uno, todos los papeles que sus manos apretaban. Quedaba únicamente la carta de D. Ramiro, y, decidiéndose con un último esfuerzo, arrojóla también en las llamas, que la devoraron en pocos segundos.

¡La liquidación del pasado era un hecho y en adelante podía Taurisano lanzarse a las más peligrosas aventuras sin temor a que la casualidad, la traición o el secuestro, descubrieran los misterios de su corazón y de su conciencia!

.....

A lo lejos la campana de una iglesia comenzó a llamar a los fieles para la primera misa. Al escuchar aquel toque, el Príncipe santiguóse devotamente y, apartando los ojos de las lucientes brasas, fijólos con ternura infinita en el retrato de su padre, que sonreía desde el soberbio lienzo, contemplando el armonioso grupo que formaban ambos jóvenes.

XXXVII

Cuando despertó Jenaro eran ya cerca de las diez de la mañana, y la luz triste y mortecina que los balcones dejaban filtrar recordó al mancebo las singularidades de la noche pasada y las sorprendentes confidencias de D. Próspero.

Estremeciéndose de frío, y echando una mirada instintiva hacia la monumental chimenea, donde acababan de consumirse algunos leños, disponíase el joven a buscar al señor de la casa, sin preocuparse del enojo con que el iracundo Urraca estaría co-

mentando su ausencia, cuando apareció el propio Taurisano, seguido del viejo ayo D. Dámaso y un paje que traía una mesilla cubierta de manjares, destinados a saciar el apetito del hambriento huésped.

Sin pronunciar más que palabras indiferentes, relativas a la persistencia de la mejoría del Rey y al melancólico día que se preparaba, dió breve cuenta Jenaro del almuerzo, y subieron los tres al coche del Príncipe, que los condujo a la iglesia de San Pascual, en el Prado de Recoletos, donde oyeron dos misas seguidas, con el mayor recogimiento; y al abandonar el templo que años antes fuera salón de comedias del Almirante Castilla, dirigiéronse a pie hacia la vecina huerta de Juan Fernández, completamente desierta a aquellas horas.

Rompiendo entonces Taurisano el silencio que desde la salida de la iglesia venía observando, declaró en tono resuelto a sus confidentes que si los había traído hasta allí era para rogarles, como las únicas personas de su absoluta confianza, que asistieran, en calidad de meros espectadores, al secretísimo duelo concertado con el Conde de Écija en aquel lugar, donde tal vez pudieran concurrir algunas personas atraídas por la notoriedad del suceso o las arteras maquinaciones de su adversario.

Alborotóse al oír esto el fiel Jenaro, tratando de disuadir al Príncipe de tan peligroso encuentro en aquellos momentos críticos de la enfermedad del Rey, sin contar con el auxilio y la asistencia de testigos como el Almirante o alguno de sus parientes, que autorizaran el combate e impidieran la consumación de cualquier emboscada.

Desatendiendo las protestas del valeroso Taurisano, iba ya el mancebo a correr en busca del ilustre Duque de Medina de Ríoseco, que tan cerca vivía,

cuando por el extremo de la huerta apareció el Conde de Écija, seguido, en efecto, por dos embozados de aspecto tan sospechoso, que justificaba por sí solo todas las desconfianzas.

Llegados al encuentro de Taurisano, y sin disimular la sorpresa que la presencia de Jenaro y del ayo les producía, dejaron aquellos hombres caer sus embozos, descubriendo los rostros, en que fácilmente podía leerse su siniestra profesión, y parlamentaron durante breve rato con su ahijado, como si vacilasen acerca del partido que deberían adoptar.

Avergonzado entonces el Príncipe al comprobar la realidad de sus sospechas, e hirviendo su sangre patricia al ver a uno de sus iguales vacilante en cuestión de honra, adelantóse virilmente hacia el grupo y, desenvainando la espada, exclamó con voz resuelta, en la que parecía escucharse el eco de toda la hidalguía española:

—¡No es hora ésta, Conde, de discutir, sino de resolver; así que ordena a esos hombres que se retiren a un lado, o decidíos a pelear todos juntos contra mí, porque hoy hemos de morir aquí alguno de los dos y todo un ejército sería incapaz de hacerme cambiar de propósito!

Creció la lividez del de Écija al recibir tan merecido insulto, y, sin responder a Taurisano, pero apartando con un ademán a los espadachines, que le obedecieron de mala gana, desprendióse del sombrero y de la capa, comenzando acto seguido la lucha, que desde el primer momento puso de manifiesto el encono de ambos combatientes y su resolución de no retroceder hasta llegar al último extremo.

Singularmente diestros los dos en el manejo de las armas, distinguíase el Príncipe por la energía y claridad de su juego, mientras el Conde brillaba por

la variedad y astucia de sus recursos, uniéndose tales circunstancias para igualar las condiciones del desafío y prolongarle de manera enervante.

Menudeaban los tajos y reveses, entrechocándose los aceros con pasmosa rapidez, cuando la espada del Príncipe rozó el brazo izquierdo del Conde, hiéndole levemente, sin que Écija hiciera el menor ademán para interrumpir el combate.

En aquel momento, Jenaro, que no perdía detalle de lo que a su alrededor pasaba, y que veía con satisfacción la serenidad y destreza de los golpes de Taurisano, que comenzaba a dominar a su rival, creyó descubrir en los testigos contrarios cierta inquietud y azoramiento, que los movía a dar algunos pasos para acercarse a los duelistas, con intención indudable de intervenir a favor del Conde, y, resuelto a impedir la villanía, desnudó a su vez la espada para estar pronto a repeler cualquier ataque.

Fatigado Écija por las incesantes acometidas de que era objeto, desarrollaba toda su habilidad, en tanto, para resguardarse de los certeros golpes que cada vez ponían en mayor peligro su persona. Su cansancio, empero, era evidente, y todo hacía presumir el final de aquella lucha.

Sin preocuparse de los movimientos de sus acompañantes, arremetió por fin Taurisano contra su dominado antagonista con más ímpetu que nunca, y, aprovechando un momento en que el Conde dejó al descubierto su pecho, lanzóse veloz como el rayo para traspasarle con su acero.

Pero en el mismo instante ocurrió una cosa inesperada, inaudita, única en los anales de la caballería y la nobleza madrileñas. La espada que empuñaba Taurisano, en lugar de seguir su camino, resbaló a lo largo del cuerpo del Conde, encontrando de pronto traidora resistencia bajo el jubón, mer-

ced sin duda a la presencia de alguna malla, protectora de aquella carne cobarde.

La sorpresa y la cólera del Príncipe fueron tan grandes al comprobar semejante felonía, que, sin dar crédito a sus ojos, y tratando de encontrar en su ofuscada imaginación el insulto o la actitud que correspondía a tamaña monstruosidad, permaneció un segundo inmóvil, con la espada dirigida hacia el cielo.

Aquel segundo, que probablemente estaba previsto por Écija, fué fatal a Taurisano. Con presteza de fiera, seguro de su acierto, con la suprema resolución del que se juega todo, presente y porvenir, a una carta, tendióse a fondo el Conde, hundiendo la hoja en el costado del Príncipe y atravesando a éste de parte a parte.

Tiñó la sangre inmediatamente las ropas del herido, y lanzando un alarido de muerte cayó en brazos de Jenaro y de Dámaso, que se abalanzaron para recibirle, al mismo tiempo que los espadachines huían presurosos, arrastrando al Conde, que se dejaba llevar como un inconsciente.

La tremenda escena se había desarrollado con tanta rapidez, que cuando Jenaro pretendió buscar a los traidores ya éstos se encontraban lejos y apenas podían escuchar los desgarradores gritos del muchacho, que seguía arrodillado junto a su Señor.

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Esperad!, ¡deteneos! — clamaba con todas sus fuerzas, mientras el viejo ayo rompía con desesperación lienzos y sedas para descubrir la herida, que inundaba de rojo sus temblorosas manos.

El rostro de Taurisano que comenzaba a descomponerse, dando inequívocas muestras de su cercano fin, contrájose entonces a impulsos de quién sabe qué pensamientos, y abriendo los ojos por un supre-

mo esfuerzo de voluntad murmuró algunas palabras ininteligibles.

— Animo, Señor — interrumpió Jenaro conteniendo sus sollozos —. ¡No es nada! Lo peor es que esos traidores se van a escapar y...

— Déjalos, Genarino — articuló trabajosamente el Príncipe —. ¡Esto es hecho!... ¡Dios manda que muera!

— ¿Quién habla de morir? — gimió el desconsolado ayo —. ¡Pediremos ayuda! Agua, Jenaro..., ¡trae agua!

— Procurad levantaros y os llevaremos en brazos — insinuó Jenaro.

— ¡Es inútil, hijo mío! ¡Mis minutos están contados! Y lo único que siento es marcharme... así..., sin verla por última vez..., ¡por última! Mira, Jenaro — añadió con voz entrecortada —, busca sobre mi pecho una bolsita de terciopelo..., sí..., ésa...; ¡arráncala!..., ¡tira!...; ¡fuerte!...; ¡más fuerte aún!... Guárdala, y... cuando yo falte...

— ¡Allí se acerca alguien! — interrumpió el ayo de pronto, descubriendo un coche, del que descendió rápida una mujer totalmente cubierta por amplísimo manto, que disimulaba toda su figura.

— ¡Es una dama! — exclamó Jenaro —. ¡Y viene hacia nosotros! ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Será la Condestablesa?

El Príncipe, transfigurado por celeste presentimiento, quiso incorporarse por reconocer a la que llegaba; pero no pudiendo lograrlo, extendió los brazos hacia el vacío como si impetrara un prodigio.

La desconocida, que ya estaba cerca, corrió entonces hacia el moribundo, y, sin pronunciar palabra, descubrióse, mostrando un rostro anegado en llanto, que arrancó un grito de sorpresa y de éxtasis al caído caballero.

— ¡Vos! — acertó únicamente a decir éste. — ¡Vos aquí!..., ¡y por mí! ¡Bendita sea la muerte!

Jenaro, que esperaba contemplar a María Mancini y que nunca había visto una mujer tan bella ni una figura tan majestuosa, aspiró en aquel instante el sutilísimo e inconfundible aroma que señalara las apariciones del Prado y de la Victoria, y ante la inesperada revelación del misterio de aquella hermosura comprendió por fin todas las razones de la locura del Príncipe.

— ¡Próspero! ¡Próspero! ¡Amor mío! — sollozó la mujer, inclinándose sobre el cuerpo y uniendo sus divinos labios con los del agonizante, que ya no hablaba, pero que sonreía, sonreía con expresión inefable, como si ante él se abrieran las puertas de un paraíso misterioso y eterno.

.....
 La mano del Príncipe dejó de repente de estrechar el brazo de Jenaro y, desprendiéndose lentamente, cayó a lo largo de su cuerpo. Horrorizado el mozo, acercó su oído al grupo que formaban los amantes y de pronto gritó:

— ¡Ya no respira! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Está muerto!

— ¡Cobardes! ¡Malvados! ¡Al fin consiguieron su propósito! ¡Malditos sean! — rugió la desconocida, elevando su rostro y recorriendo con sus angustiados ojos cuanto la rodeaba.

Clavándolos, por último, en Jenaro, y dirigiéndose a él con una voz cuyos mandatos era imposible resistir, suplicó:

— Vos, a quien tanto quería y en quien siempre depositó su confianza, corred a casa del Almirante para que avise a la Reina y se haga al fin justicia en esta tierra. ¡No os detengáis! — añadió al notar la vacilación del muchacho —. ¡Es el último tributo

que su memoria os exige, mientras yo quedo aquí para cerrar sus ojos y pedir perdón a Dios de nuestros mutuos pecados!

Obedeciendo a la súplica, sin reflexionar en nada y después de haber besado con respeto infinito la mano del que fué su protector, echó Jenaro a correr en busca de algún apoyo para castigar el crimen que acababa de cometerse.

Antes de desaparecer volvió, sin embargo, la vista, para contemplar por última vez la escena, y un escalofrío de terror y de piedad estremeció todo su cuerpo.

Tendido en tierra yacía el ilustre Taurisano, apoyada la noble cabeza en las rodillas de su ayo, y frente al cadáver erguíase, cual terrible Némesis, la arrogante figura de la tapada amenazando con su brazo ensangrentado a la vecina Corte, que se mostraba a lo lejos.

XXXVIII

Sin darse cuenta de lo que hacía, y respondiendo sus movimientos al impulso adquirido, encontróse el joven en la quinta del Almirante, penetrando por el zaguán, donde reinaba extraordinario desorden y ninguno de los que salían o entraban parecían dispuestos a ocuparse del recién llegado.

Dirigiéndose a un grupo de clérigos que se retiraban dando muestras de la mayor agitación, obtuvo por fin respuesta.

—¿Pero de dónde sales, muchacho, ni cómo ha de estar Su Excelencia aquí en los instantes que el Rey agoniza y todo Madrid se encuentra en la calle esperando por momentos la noticia del fallecimiento?

— ¿Estará en el Alcázar entonces?

— ¡Naturalmente!; pero por muy grave que sea lo que tengas que decirle, me parece que será difícil encontrarle allí.

Sin contestar Jenaro, salió corriendo hacia el Prado de Recoletos, y tomando calle de Alcalá arriba, comenzó su viacrucis, pensando en los medios de penetrar en el Palacio de los Reyes para cumplir su misión.

Ya desde lo alto de las Baronesas principiaron a menudear grupos y transeúntes, así como vehículos de todas clases, que se encaminaban en la misma dirección.

Espantado con lo que acababa de suceder, apenas si concedía el mancebo atención a sus fuerzas ni a nada de lo que a su alrededor pasaba. La misma noticia de la agonía del Monarca, que en cualquiera otra sazón hubiera trastornado todos sus pensamientos, dejábale indiferente y frío, como si se tratara de un suceso muy lejano o que se refiriera a otro mundo distinto.

Sus ojos no veían sino la cara de D. Próspero muerto y la imagen incomparable de la desconocida inclinada hasta sus labios y sellándolos con su beso de amor.

«¡Qué crimen! ¡Qué crimen!», repetía maquinalmente sin cesar en su carrera; y tan grande era su impresión, que no acertaba a pensar en nada más ni a coordinar las ideas, como si su cerebro se hubiera vaciado repentinamente.

En la Puerta del Sol, los habituales mercaderes cerraban o abandonaban precipitadamente sus puestos para unirse a la muchedumbre que en apretado haz se dirigía por la calle Mayor y la del Arenal hacia Palacio.

«¡El Rey se muere! ¡El rey se muere!», escuchá-

base por todas partes, y la gente volaba a confirmar la noticia, como si no la esperara hacía tanto tiempo.

Por la calle de Carretas, por la de la Montera y por la Carrera de San Jerónimo afluían personas y más personas, haciendo difícil el tránsito y obligando por primera vez a Jenaro a detener su paso y meditar en las enormes dificultades que se oponían al logro de sus propósitos.

«¡Quiero ir a Palacio! ¡Tengo que ir a Palacio!», pensaba, con el propósito de convencerse a sí mismo. «¿Pero cómo? ¡No sé! ¡No sé! ¡Tengo que ir!»

Las ruedas de un coche que, abriéndose paso entre los peatones, rozaron el cuerpo de Jenaro, colocándole a dos dedos de ser atropellado, inspiráronle una idea salvadora. Con agilidad de chiquillo trepóse detrás del vehículo, acurrucándose para no ser descubierto, y así logró recorrer buen espacio de la calle del Arenal, oyendo las imprecaciones que en torno suyo provocaba la insolencia del auriga, que pretendía avanzar, a fuerza de latigazos e insultos, entre la compacta multitud.

El reposo que aquel inesperado descanso concedió a los fatigados miembros del pobre adolescente sirvió para serenar también un poco la excitación de sus nervios y hacerle proceder con método en el examen de las causas que habían producido la catástrofe. ¿Sería, en efecto, el instigador de tanta infamia su propio tío el Canónigo Urraca, y obraría el de Écija de acuerdo con Portocarrero para deshacerse de un contrario tan temible como el Príncipe?

¿O respondería únicamente lo ocurrido a la cobardía del Conde y a su afán por hacer méritos para conseguir algún puesto en el nuevo Gobierno? ¡No! ¡Por muchos defectos y muy pocos escrúpulos que tuviera D. Juan Antonio, aquel homicidio resultaba indigno de su rudo coraje y de su brutal franque-

za para arrostrar las situaciones críticas! ¡Seguramente los proyectos del Cardenal consistirían en buscar una oportunidad que le permitiera decretar el destierro de Taurisano o deshacerse de él cara a cara y en lucha abierta! ¡Nunca en prepararle una emboscada, cuya publicidad había de perjudicar considerablemente la impresión de sus primeros actos de gobierno!

Al llegar a esta conclusión respiró Jenaro con mayor libertad, continuando sus cavilaciones, hasta que de pronto dióse cuenta de que el coche que le conducía habíase parado y que acababa de entablarse una ruidosa disputa entre sus ocupantes y el público que se apiñaba en torno.

Presumiendo que se trataba de algún accidente, descendió el muchacho con cautela del puesto que ocupaba y, procurando esquivarse sin ser visto, emprendió de nuevo la marcha a pie, internándose por una de las calles adyacentes para desembocar frente al Alcázar.

Cuando, al cabo de innumerables prodigios de destreza, encontróse frente a la plaza de Palacio, consideró con asombro el espectáculo del incontable público que llenaba sus ámbitos, y que se estrujaba sin piedad, parecido a colosal hormiguero en continuo movimiento.

Pugnando por abrirse paso entre la compacta multitud que le separaba de la gran puerta del Alcázar, cerrada a la sazón, tuvo que renunciar a su propósito, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, contentándose con clavar la vista en los dorados balcones detrás de los cuales se estaba desenlazando en aquellos momentos otro drama no menos terrible y desconsolador.

Terca la muchedumbre en su resolución de permanecer allí; imposibilitados de retroceder ni mar-

char hacia adelante; hablando todos a un tiempo; discutiendo muchos; quejándose otros de las aperturas y del poco comedimiento de sus vecinos; produciéndose a cada instante alborotos parciales, debidos al desmayo de alguna mujer o a los gritos de alguna criatura lastimada; sin una autoridad, ni un alguacil, ni nadie que procurase el orden y el respeto; entregado por completo el pueblo a su instinto y a sus fuerzas personales, entreteníase el gigantesco avispero en recibir y comentar las noticias que a su conocimiento iban llegando, propalándolas y desfigurándolas con la rapidez del rayo.

Jenaro, que recorría con angustia la vista en torno, para descubrir alguna cara conocida, sólo tropezó con semblantes hoscos y figuras siniestras, que parecían descendidas de sus escondrijos, como bandada de buitres atraídos por el olor de carne muerta.

Un remolino, causado por la lluvia de garrotazos que caía sobre un individuo sorprendido en el acto de robar la bolsa de una dama situada a pocos pasos de Pereda, sirvió a éste para adelantar un poco, a fuerza de codos, exponiéndose a recibir algún golpe en las costillas.

Hallábase en mitad del camino soñado, cuando repentinamente se abrió uno de los balcones de Palacio y aparecieron en él varios personajes vestidos de negro, que, tras de dirigir breves palabras a los curiosos que se encontraban más cerca, volvieron a retirarse, cerrando los postigos.

Aquella fugaz visión hizo el efecto de una centella en la muchedumbre.

«¡El Rey ha muerto! ¡Su Majestad acaba de fallecer!», comenzó a repetir en voz baja, y bien pronto la fatídica noticia corrió de boca en boca,

produciendo unos minutos de medroso y respetuoso silencio en todo el mundo.

Mas el menguado tributo de consideración a la memoria del Soberano que tantos años rigiera los destinos de España duró poco en el espíritu de los súbditos, que aguardaban con mayor impaciencia aún la noticia de la proclamación del nuevo Rey.

Recobrando la energía con más ímpetu que nunca, prodújose impensadamente un movimiento de avance en la masa, que, descomponiéndose y quebrándose, dirigióse en columna irresistible contra las puertas de la augusta mansión, que cedieron de pronto ante el poderoso empuje, abriéndose de par en par para franquear la entrada, ¡por primera vez en la historia!, al pueblo madrileño.

Desbordóse el torrente humano por aquella abertura, con velocidad increíble; resonaron gritos de dolor en todas direcciones; arreció la confusión y el desorden; generalizóse la lucha a puño limpio para obtener un puesto en el asalto; perdiéronse los últimos restos de consideración y de pudor hacia sexos y edades; y llevado Jenaro como en andas, golpeado, molido, peleando con brazos y piernas para no perecer asfixiado, sin saber cómo ni por qué medios, traspuso los umbrales del Alcázar y se encontró en el gran patio, dirigiéndose, en una especie de delirio, hacia la gran escalera de honor que conducía al piso alto.

Como en sueños, creyó vislumbrar la concurrencia amontonada bajo las grandes arcadas y parecióle ver criados que huían, dueñas que escapaban, señoras que perdían el sentido y semblantes aterrizados que asomaban por balcones y rejas.

Pero aquello no duró sino el espacio de un relámpago. Conducido casi en vilo por sus acompañantes, ascendió la ola por la anchurosa escalera,

arrollando cuanto se oponía a su paso y haciendo irrupción en la sala de Guardias, donde, por fortuna, no se encontraba ninguno de ellos; llegada hasta allí, e impresionados los intrusos por el supersticioso respeto que seguían inspirándoles aquellas habitaciones sagradas, vacilaron unos instantes, desparramándose en seguida por aposentos y galerías hasta llegar al gran salón dorado, inmediato a la Cámara del Rey, donde desde por la mañana esperaban pacientemente Embajadores y Ministros, Cardenales y Grandes, Obispos, títulos, Consejeros, Magistrados, Inquisidores, clérigos, frailes, sumilleres, personajes y personas de todas las categorías y clases.

Favorecido por su traza decente y la ligereza de su cuerpo, pudo Jenaro penetrar por una de las entradas del inmenso salón y deslizarse hasta un ángulo del mismo; pero como desde allí no veía nada, resolvióse a trepar por los mármoles del zócalo hasta abrazarse a una de las doradas y barrocas columnas, para descubrir desde lo alto a las personas que buscaba.

Allí se encontraba, en efecto, cuanto de figuración y valor existía en la Corte de España, que discutía y se agitaba, conversando en todos los tonos, refiriendo los últimos instantes de la muerte del Rey y haciendo cálculos sobre la ansiada noticia, que cambiaría la faz de Europa, amenazando los intereses de presentes y ausentes.

La impaciencia por conocer el nombre del nuevo Soberano espoleaba los ánimos y enardecía las lenguas, prestando diferentes expresiones a los rostros, según los sentimientos de cada cual, y haciendo prescindir por única vez a los cortesanos de etiquetas y prejuicios.

El Embajador de Alemania y el Representante

de Francia contemplábanse sin mirarse, y los cubiertos Grandes permanecían con los ojos fijos en la puerta que comunicaba con las habitaciones de Su Majestad, como si aguardasen la inapelable sentencia del futuro.

Jenaro, que desde el primer instante reconociera figuras y figurones, identificando a buena parte de ellos, aguzaba cuanto podía la vista para descubrir al Almirante, recordando al cabo que, por razón de su cargo de Caballerizo Mayor, debía permanecer junto al cadáver del Rey en tan solemnes momentos.

La atmósfera de agitación e inquietud que en aquella asamblea se respiraba y la presencia en ella de tanto envidioso e intrigante volvieron a la memoria de Pereda la figura de su Príncipe, tan diferente y superior a la mayoría de sus contemporáneos, tan digno por todos estilos de encontrarse allí y levantar el corazón de los españoles, deprimidos y desorientados por falta de fe y de verdadero amor a la patria.

De pronto abriéronse las puertas de la antecámara: enmudecieron todas las bocas; prodújose el silencio más completo; y ante la expectación general, aparecieron los miembros de la Junta de Gobierno, presididos por el Cardenal Portocarrero, impenetrable y augusto en sus rojas vestiduras, y acompañados de los Jefes de Palacio, los Presidentes de Castilla, Aragón e Indias, los Consejeros de Estado, el Inquisidor general y los altos dignatarios de la Corona, que procuraban aparentar, cada cual en la medida de sus facultades, el mayor dolor y compostura por la desgracia que acababa de enlutar el trono de Carlos V

«Su Majestad ha muerto», proclamó solemnemente alguien de la comitiva, y por un instante

pareció sentirse en la inmensa sala el batir de alas de la fatalidad sobre aquel mundo de pasiones humanas consagradas exclusivamente al culto de las miserias de la vida.

Aprovechando la coyuntura, prodújose entonces un incidente notable. El anciano Duque de Abrantes, que precedía al cortejo, y a quien todo Madrid solía celebrar por la agudeza de sus burlas y la intención de sus dichos, adelantóse con las manos extendidas y dando muestras de la mayor alegría hacia el Conde de Harrach, que aguardaba en primer término el desenlace de toda su política y de las ambiciones del Emperador.

—¡Tengo el mayor placer, mi buen amigo! —principió a decir el Duque, estrechando en sus brazos al de Harrach—. ¡Tengo la satisfacción más verdadera de mi vida en... despedirme para siempre de la ilustre Casa de Austria!

Un murmullo general, seguido de los alborozados comentarios de todos los circunstantes, acogió la burla del maligno Abrantes, y mientras el humillado diplomático apresurábase a despejar el campo para ocultar su despecho y su derrota, comenzaron a acercarse Grandes y pequeños al victorioso Blecourt, con objeto de presentarle sus aduladoras felicitaciones.

El vocerío estruendoso de la apiñada concurrencia al ver desvanecido por fin el misterio y llamado al Trono de San Fernando al nieto de San Luis dominó entonces la tradicional compostura y seriedad de la Corte española, haciéndole olvidar para siempre el nombre y la persona de su último Señor, que a pocos pasos dormía el sueño eterno de la muerte.

A pesar de todas sus angustias, no pudo menos en aquel instante Jenaro de fijarse en el rostro del Cardenal Portocarrero, que dominaba con su alta

estatura y majestoso porte a todo el concurso. ¡Jamás la expresión de triunfo y de orgullosa satisfacción por el deber cumplido se reflejó con mayor intensidad en la faz de hombre alguno de la tierra!

Elevándose sobre todos los ruidos y tornando a sellar todos los labios, alzóse al cabo la voz del Notario Mayor de los reinos, que con acento tembloroso y conmovido por la solemnidad del acto comenzaba la lectura de los cincuenta y nueve artículos que componían el testamento y abrían una nueva era a los destinos de la patria:

«Don Carlos, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de Valencia, de...»

En aquel momento sintió Jenaro que alguien le agarraba enérgicamente, obligándole a descender al suelo. Al volver el rostro reconoció asombrado a su tío Urraca, que, haciendo señas de que callara, y sin soltar su brazo, conducíale lejos de la multitud, en dirección a los vecinos aposentos.

XXXIX

— ¿Por qué no está el Príncipe aquí? ¿Qué le ha sucedido? — fueron las primeras palabras que Urraca dirigió a su sobrino cuando se encontraron solos.

— ¡Ha muerto! — repuso lúgubrementemente Jenaro.

— ¿Muerto? — preguntó sorprendido el Canónigo —. ¿Estás seguro? ¡Muerto! ¡Dios le haya perdonado! — añadió santiguándose —. ¿Pero cómo ha sucedido? ¿Lo viste tú? ¡Refiéremelo todo!

Dando al fin suelta a sus contenidos sentimientos, y como quien se desprende de un enorme peso que le agobia, prorrumpió entonces el joven en lamenta-

ciones y denuestos, describiendo lo ocurrido en la huerta de Juan Fernández e implorando el castigo de Dios y de los hombres contra el Conde de Écija y sus instigadores.

Alentado por la suprema atención con que acogía Urraca sus palabras, y creyendo descubrir cierta expresión de desprecio y asombro en las rudas facciones del toledano al escuchar los detalles de la traición, atrevióse Jenaro a solicitar la ayuda del tío en la justiciera empresa encomendada a su lealtad.

Pero como si aquella súplica tuviera la virtud de serenar repentinamente la agitación del Ministro de Portocarrero y hacer recobrar al sacerdote su frialdad habitual, contestóle con tono reposado:

—Descuida, hijo mío, que se hará justicia; el Conde será detenido, y si del proceso que se incoe resulta culpable, sufrirá la pena a que hubiere lugar. Modera, sin embargo, tus ímpetus y desconfía del efecto de mis buenos deseos, pues no he de ocultarte que, según lo que me cuentas, el caso es arduo, tanto por la calidad de los protagonistas como por las excepcionales circunstancias en que nos encontramos. Lamentable es el suceso, sobre todo pensando que el Príncipe ha muerto sin confesión, y en un día como éste. De sobra comprendo tu dolor, y lo comparto como cristiano. Pero a los ojos de la ley el Conde ha delinquido únicamente contra las leyes que prohíben el duelo, y bien sabes la indulgencia que encuentran siempre los reos de semejante delito, plaga de la sociedad en que vivimos.

—Sin embargo—protestó Jenaro, desconcertado ante aquel aspecto de la cuestión—; ¡los parientes del Príncipe podrán acusar al Conde por su villana conducta!

—¡Ah sobrino, cuán mal conoces el mundo! El Príncipe no contaba sino con allegados muy lejanos,

que se guardarán muy bien de defender ante el nuevo Rey la memoria de uno de sus peores enemigos, contentándose con recoger los restos de su pingüe herencia, en que jamás se atrevieron a soñar.

—La Condestablesa podrá afirmar...

—¡La Princesa Colonna es una vieja loca a la que nadie presta crédito y que involuntariamente ha servido de juguete en este drama, por lo cual será encerrada en un lugar seguro, a menos que prefiera regresar a Italia!

—Y la Reina doña Mariana, el Cardenal, los amigos de Taurisano como el Almirante y los Aguilar, ¿consentirán que desaparezca así uno de los hombres más ilustres de la Monarquía?

Sin responder directamente a la pregunta de Jenaro, y clavando sus negros ojos en las claras pupilas del mancebo, como si a través de sus palabras pretendiese insinuar mil cosas secretas e inconfesables, preguntóle Urraca con tono autoritario:

—¿Conoces tú, por ventura, alguna persona capaz de repetir como testigo de vista lo que acabas de declararme, y que por su estado e influencia represente algo más que la alocada palabra de un mozo de diecisiete años, que ningún juez tomará en cuenta, y menos aun las poderosas personas que acabas de nombrar? ¡Si esa persona existe, ella es la llamada a levantar su voz ante Felipe V y ante Su Eminencia para obtener la sentencia de infamia contra el Conde de Écija!

La figura de la hermosísima desconocida de la huerta de Juan Fernández, de la verdadera y sublime pasión de Taurisano, acudió a la memoria del joven. ¡Sí! Aquella dama, que sin duda debía de ocupar elevadísimo lugar en la Corte, era la única fuerza ante quien podían rendirse las hipocresías y los convencionalismos humanos. ¿Qué importaba no

conocerla, si a las primeras señas podría identificarla Urraca sin vacilación posible?

Ya iba a decidirse a revelar el misterio de la vida de Taurisano, cuando parecióle contemplar la pálida faz del agonizante bendiciendo la muerte, que le deparaba el primer beso de amor, y evitando aun en aquellos supremos instantes pronunciar el nombre de la divina mujer, como si pretendiera llevar su secreto mas allá de la tumba. La conducta caballeresca del Príncipe ocultando a los ojos del mundo su cariño; sus esfuerzos por mantener inmaculada la reputación de la incógnita; el verdadero móvil de su vida, inspirado por el afecto más noble que el alma de una criatura puede sentir, todo desaparecería instantánea e irremediablemente en el momento que Jenaro despegara los labios y atrajera sobre la deidad el desprecio público, condenándola a la deshonra, acaso a la muerte.

Como si la voluntad del ausente continuara imponiendo desde el infinito su dulce ley, experimentó Jenaro la necesidad de callarse y mantener la sombra del eterno misterio alrededor de aquella pasión tan pura como insensata. ¡Reflejo divino de la espiritualidad de un corazón afinado en el silencio y en la desgracia, tal vez perduraría así eternamente en la penumbra de la conciencia que lo recibió y a quien le fué ofrendada!

—¿Lo ves?—continuó el Secretario de Portocarrero—. ¡Tú mismo reconoces con tu silencio la insuficiencia de tus denuncias! ¡La justicia humana tiene sus límites! ¡Para ciertos castigos sólo existe un tribunal, que es el de Dios!

—¡Ah señor!—repuso al fin Jenaro, en un arranque de abrumadora decepción—, ¡qué cosa amarga es el mundo y cuán difícil es recorrer en él los caminos de la rectitud y del derecho! ¡Cómo acertar

en el bien o en el mal, si el valor de esas palabras cambia al compás de los sentimientos o de las necesidades!

—¡No hables así!—murmuró el clérigo con una voz que Jenaro nunca le había escuchado—. Tus tristezas y tus quebrantos son únicamente el principio de la ruda lección que a cada cual nos reserva el destino. ¡A fuerza de llorar aprendemos a vivir, y a fuerza de vivir comenzamos a comprender y a perdonar! La vida derramó hasta hoy sus sonrisas sobre ti, y tu adolescencia serena y obscura fué como un puente de plata que no empañaron con su huella los pesares ni los desengaños. Hoy conoces el dolor, y tu vista se nubla como si la luz de la esperanza hubiera desaparecido para siempre de tus ojos. Ven, acompáñame por estos corredores que un Monarca mandó disponer para satisfacción de su curiosidad, y contempla el espectáculo de otra desgracia y otro abandono mucho mayores que todos los que puedan afligirte en el resto de la existencia,

Agarrando de la mano al mancebo, condújole entonces Urraca a través de pasadizos oscuros y misteriosos, hasta llegar a una pequeña rejilla incrustada en el muro, desde donde se podía descubrir lo que sucedía en la habitación contigua.

Jenaro aproximó instintivamente el rostro, y, conteniendo el grito de espanto pronto a escapar de sus labios, permaneció absorto ante el espectáculo solemne y macabro que ofrecía la escena desarrollada en aquel cuarto.

Destacándose sobre el opaco fondo de las tapicerías, cuya superficie interrumpía alguna imagen o reliquia sagrada, aparecía un colosal lecho, sobre cuyas revueltas sábanas descansaba, casi desnudo, el cadáver del hombre que horas antes empuñaba el cetro de ambos mundos.

Abandonado por su esposa, a quien la etiqueta vedaba presenciar la llegada de la muerte; desamparado de los magnates y los grandes dignatarios eclesiásticos, que desde la cuna rodearon su vida; sin un pariente, ni un servidor fiel, ni un amigo, entre los millares de criados que formaban la familia de Palacio; convertido en un andrajo miserable, mientras allá cerca se proclamaba su última voluntad como ley suprema para millones de seres, blanqueaba el cuerpo del último Monarca austriaco, al tembloroso resplandor de algunos cirios repartidos por el cuarto, que parecían infundirle un resto de vida al compás de la oscilación de sus llamas.

Casi perdido en la sombra, un grupo de hombres, que debían de ser barberos, sangradores y mozos del servicio, preparábanse a cumplir los últimos deberes de aseo con su difunto Señor, antes de entregar el augusto cadáver a los médicos de la Real Cámara para que procedieran a la autopsia.

Ningún ruido turbaba la majestad del silencio de aquella escena, que parecía representar un paréntesis impuesto por la realidad de la muerte en medio de la comedia más representativa de la humanidad y de la vida.

Pasados algunos instantes, muy pronto, acudiría seguramente el Sumiller de Corps, seguido de los Gentilshombres y demás personajes designados por el protocolo para asistir a la apertura del cuerpo y disponer los primeros actos del complicadísimo ceremonial que por vez postrera colocaría el nombre de Carlos II sobre la humana estirpe, rindiéndose a su memoria honores de semidiós.

Pero en aquel momento nadie se ocupaba del que fué; la ambición, el egoísmo y la curiosidad llamaban con fuerza irresistible a las almas cortesanas hacia otros salones y otros pensamientos; y el mí-

sero despojo, yerto, flácido, casi infantil por sus proporciones, permanecía solo, como si por primera vez reposara tranquila y libre la carne en aquel lento martirio que le impusieran sus desdichas desde el primer vagido de su lamentable existencia.

Cuántas lacras puede ostentar naturaleza, habían dejado su huella en aquel pobre cuerpo deforme, consumido y raquítico, del que no perduraba una línea armoniosa ni una proporción artística, ni otra belleza que la de las manos, crispadas aún por el último estertor del sufrimiento.

Jenaro, que siempre había visto de lejos al Rey, contempló ansiosamente el rostro del muerto, que caía dentro del círculo de luz reflejada por los blandones, y experimentó una sensación de piedad y de consuelo admirando el reposo, la tranquilidad, el alivio supremo que parecían transparentarse bajo las facciones, tantas veces alteradas por el temor o la desconfianza.

La responsabilidad del cargo, el aburrimiento de la vida, todas las preocupaciones humanas habían abandonado aquel semblante, que en lugar de cansancio reflejaba ahora una serenidad misteriosa y absoluta, ¡tan absoluta y tan misteriosa como la serenidad del mar cuando se borra el último círculo de agua producido por la desaparición de un navío en su insondable fondo!

—¡Recuerda mientras vivas lo que acabas de ver!—susurró la voz del Secretario de Portocarreiro, apartando suavemente a su sobrino y conduciéndole hacia otra cámara, que desembocaba en la Galería del Cierzo.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Nada somos! ¡Nada soy!—declaró Jenaro cayendo de rodillas ante Urraca—. ¡Razón tenía Vuestra Reverencia cuando dudaba de mis condiciones para triunfar en la Corte! Y ya

que de nada sirvo en ella, os suplico que me permitáis retirarme a Toledo y buscar al lado de mi madre el consuelo y la paz, que nunca encontraré de otro modo.

—¡Renunciar al mundo cuando apenas has comenzado a descubrir sus misterios!—contestóle Urraca con acento indefinible—. ¿Y crees que aunque ahora lo pretendas sinceramente podrías conseguirlo con tus años y con tu carácter? No, Jenaro; tu destino es la vida, la vida, de la que aun sabes muy poco y que te espera con los brazos abiertos. Oyeme bien. El siglo que comienza hoy, será el siglo de los jóvenes, de los animosos, de los aventureros. Despareció para siempre el régimen de los validos y el imperio de los grandes nombres seculares, cuyo último símbolo representaba tu amigo, y que llenaron los reinados de los Austrias. Tu suerte depende de nosotros, de tus iguales, de ese nuevo Rey y del Cardenal, en cuya casa entraste y que fué el primero en favorecerte. De tu felicidad me ocupo yo, aunque tú te empeñes en considerarme como un extraño y un tirano, cuando no como un enemigo de tu mocedad y de tus ilusiones.

—¡Perdón! ¡Perdón!—sollozó el joven, mojado con sus lágrimas la mano que se le tendía y sintiendo estremecerse algo nuevo en su pecho ante aquellas inesperadas demostraciones de afecto.

—¡Levántate del suelo —repuso Urraca—, alza esa frente que no tienes por qué humillar, y mírame cara a cara, como se miran la verdad y el deber! ¡Así!—añadió, poniendo las manos en los hombros de Jenaro—. ¡Fíjate bien en lo que voy a decirte, y persuádate de que en ello no me guía más interés que tu felicidad y el verdadero cariño que siento por tu madre! No sueñes en venganzas ni en castigos que a su hora vendrán, y que tú no podrías conseguir

jamás por ti solo. Conserva el culto hacia los que fueron; pero no hables nunca de ellos ni descubras sus secretos. Tranquiliza tu espíritu y demora el pleito de tus amores hasta ver claro en ti mismo y en lo que te rodea. Despierta del sueño en que viviste, y aléjate por un tiempo de cuanto pueda recordarte las amarguras que te han convertido en hombre.

—¡Alejarmel, ¡sí! ¿Pero cómo? —interrogó el mancebo.

—Toma este pliego—continuó el Canónigo—. En él se encierra la llave de tu porvenir. Hasta dentro de tres horas no partirán los correos oficiales de la Embajada y del Gobierno que participan a Su Majestad Cristianísima la muerte de Carlos II y el nombramiento de heredero a favor de su nieto. En tu diligencia estriba, por consiguiente, aprovechar esa ventaja y preceder a todos los despachos. Por la escalera que ahora te mostraré puedes llegar hasta el patio que comunica con el Jardín de la Priora. Junto a su puerta te espera Benigno con un caballo y los dineros necesarios. No pierdas tiempo en ninguna diligencia y galopa sin descanso por el camino de Francia hasta llegar a Versalles. Una vez allí, preguntas por el duque de Beauvilliers y a nadie confíes tu mensaje sino al Rey Luis XIV en persona. ¡Ven! ¡Sígueme!

Sugestionado por las palabras del Canónigo; aturcido por la magnitud de los acontecimientos que vertiginosamente se sucedían; sin alientos para replicar ni para rebelarse ante aquella autoridad despótica que disponía de él, atravesó Jenaro algunos salones, corriendo detrás de su tío, que se movía por Palacio con la misma seguridad que si fuera ya su casa.

Cuando por fin se encontró en brazos del bendito

hermanuco, que le despedía haciendo pucheros, y quiso desprenderse de ellos para subir al caballo, sintió que algo caía en el suelo, e inclinándose para mirar, reconoció la carta de Casilda. Un momento cruzó por su mente la idea de correr al encuentro de la niña para despedirse de ella y estrecharla por última vez contra el corazón; pero en el mismo instante apareció ante sus ojos la figura de D.^a Matutina, con todas sus máculas odiosas, y resonaron en sus oídos las palabras de Zorraquín, las advertencias de Taurisano y los consejos del propio Urraca.

.....
 Sí, sí, tenía razón éste. El único medio de salvación consistía en huir, en obedecer al destino, en olvidar..., ¡si era posible!...

Decidiéndose rápida y desesperadamente al sacrificio de sus juramentos y a la aceptación de libertad que se le ofrecía, llamó de nuevo a Benigno para hacerle un postrer encargo.

Al mismo tiempo, y como movido por una inspiración, desprendióse del cuello la bolsita de terciopelo que le entregara Taurisano antes de morir, y entreabriendo los cordones que la sujetaban se cercioró de que escondía una magnífica joya, de cuya forma ni siquiera pudo percatarse, pero sí de que la enriquecían toda clase de gemas de incalculable valor.

—Si es verdad que te inspiro alguna amistad —murmuró entonces el muchacho, dirigiéndose al atónito lego—, te ruego que entregues esto a Casilda, que me espera desde las cuatro en casa de don Bruno Zorraquín, en la plazuela de Afligidos.

—Descuida, hijo, descuida; ahora mismo pasaré por allí—aseguró Benigno—. Y si me pregunta algo, ¿qué le digo?

—¡Dile...! ¡Dile que me has visto partir!—contestó el mozo, haciendo un esfuerzo y volviendo el rostro para ocultar el agua que llenaba sus ojos.

.....
La tarde era triste; la niebla comenzaba a invadirlo todo, dejando únicamente a la vista los primeros troncos de los árboles, que extendían sus ramas como si fueran brazos de esqueletos.

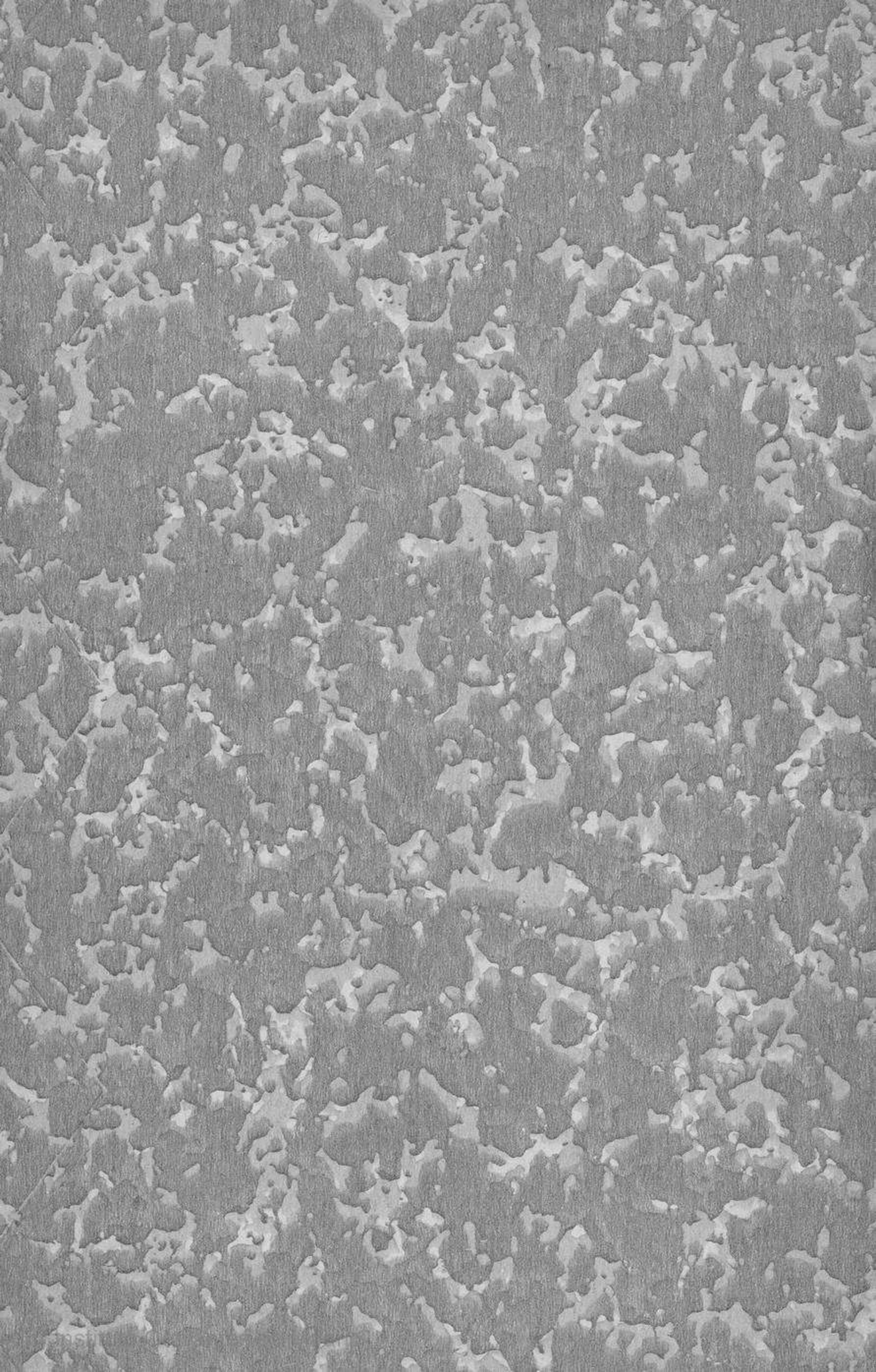
A lo lejos escuchábanse las infinitas campanas de las iglesias y conventos de Madrid, que doblaban por el difunto Rey.

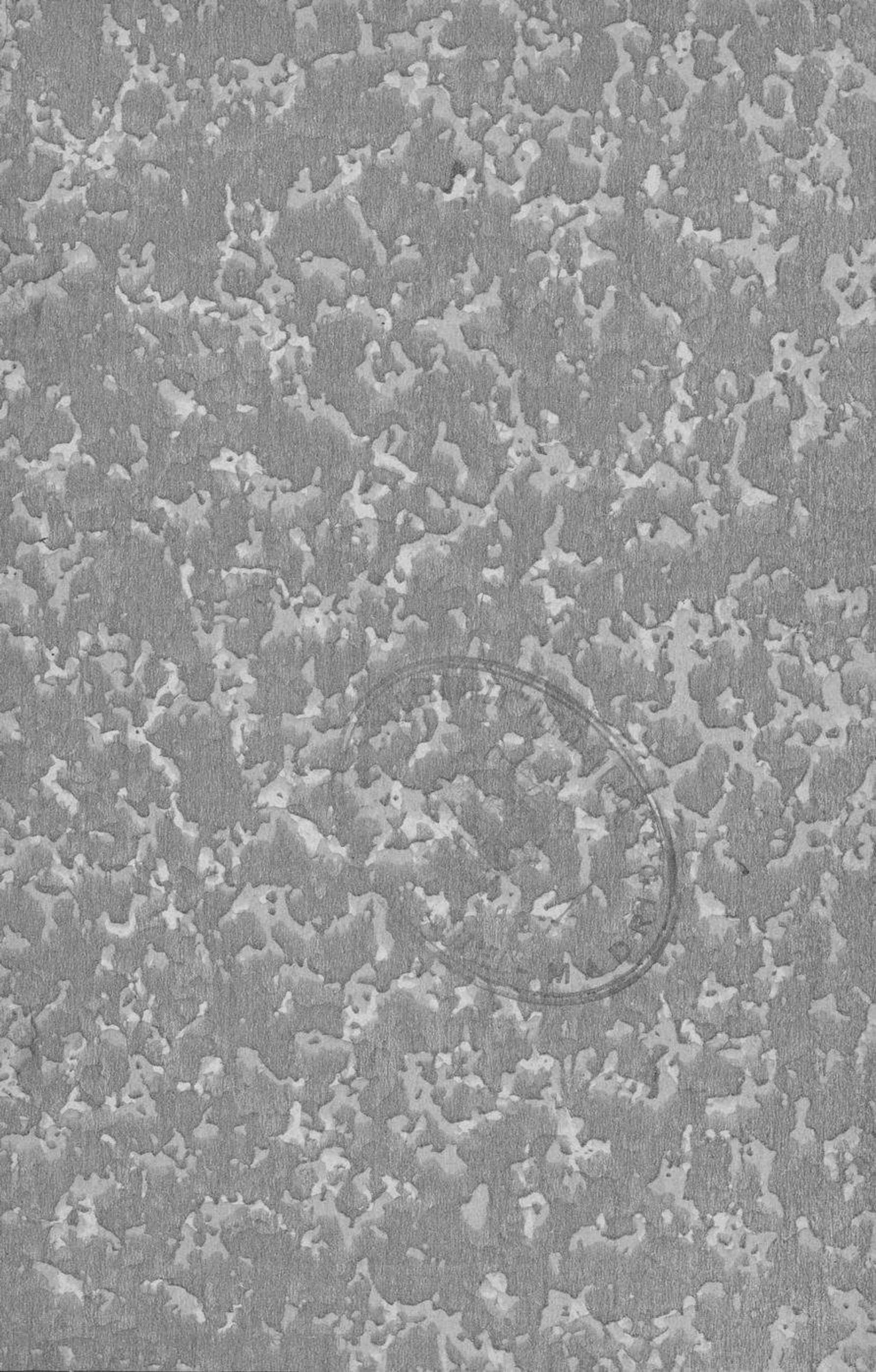
Resolviéndose por fin a marchar, hundió Jenaro las espuelas en el lomo del corcel, y lanzando éste un relincho de dolor, desapareció por el oscuro camino, dejándose de oír a poco el rumor de su desenfrenado galope.

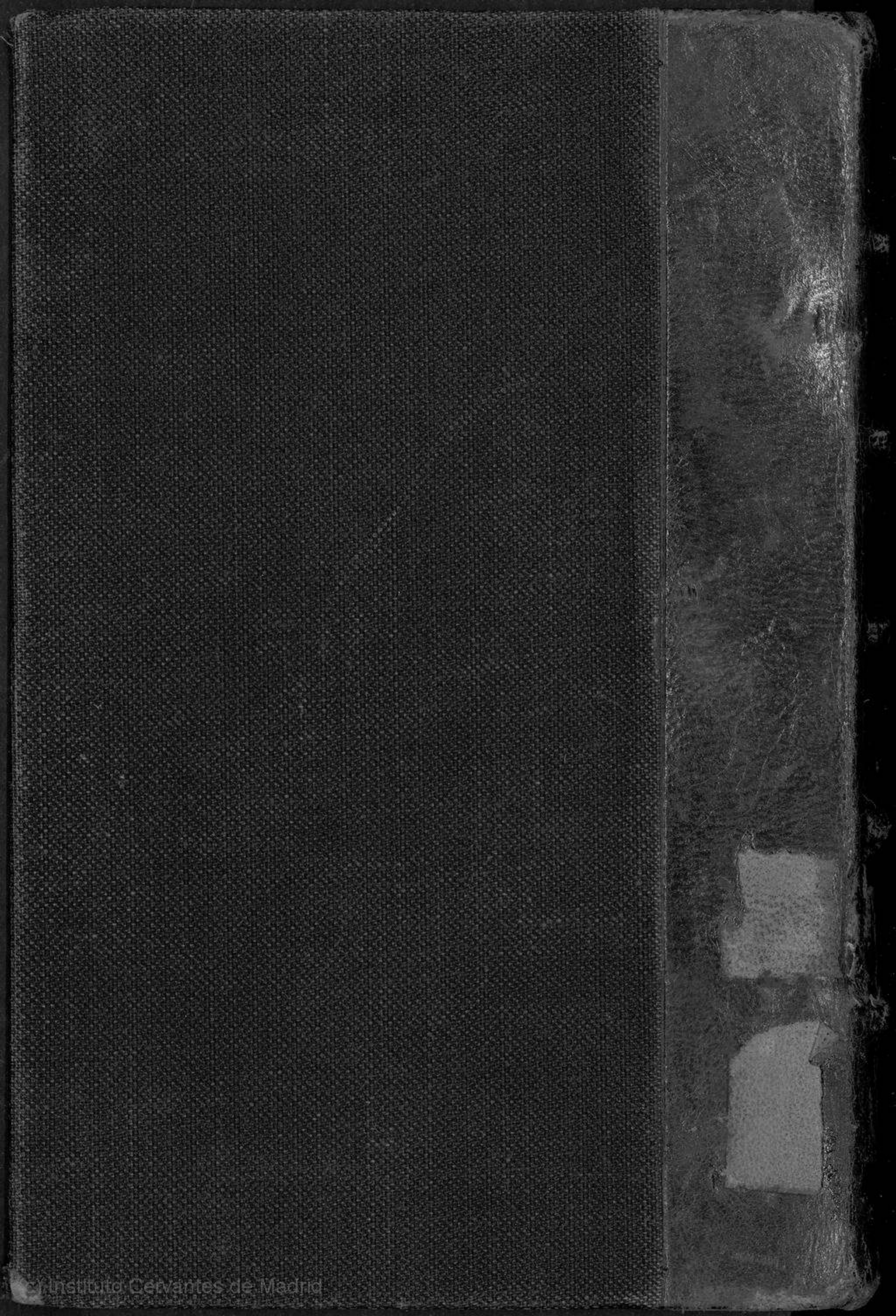
Buenos Aires, enero de 1923.

FIN DEL TESTAMENTO DE CARLOS II









DANVILA

LAS LUCHAS
FRATRICIDAS
DE ESPAÑA

EL TESTAMENTO
DE
CARLOS II